



Liliana G. Barela
Eduardo J. Clancy
Juan Aurelio Lucero
Leticia Norma Maronese
Luis Mendiola
Arnaldo Ignacio Adolfo Miranda
Diego A. del Pino
Nélida Rosa Pareja
Edgardo José Rocca
Alcira Graciana Zarranz

Compilación:
Arnaldo Ignacio Adolfo Miranda



Comisión para la
Preservación
del Patrimonio
Histórico Cultural
de la Ciudad de
Buenos Aires



INVASIÓN, RECONQUISTA Y DEFENSA DE BUENOS AIRES
(1806-1807)

INVASIÓN, RECONQUISTA Y DEFENSA DE BUENOS AIRES (1806-1807)

Compilación
Arnaldo Ignacio Adolfo Miranda



INVASIÓN, RECONQUISTA Y DEFENSA DE BUENOS AIRES (1806-1807)

Compilador: Arnaldo Ignacio Adolfo Miranda



Comisión para la
PRESERVACIÓN
DEL PATRIMONIO
HISTÓRICO
CULTURAL
de la Ciudad
de Buenos Aires

Compilación: Arnaldo I. A Miranda.

Coordinación de Edición: Lic. Leticia Maronese

Diseño Gráfico: María Eugenia Lisio

Impreso en Argentina

Next Print S.A.

Portela 1137/41 - C1406FDW - Bs. As. - Argentina

Tel.:/Fax: 4613-4224 (líneas rotativas)

info@nextprint.com.ar - www.nextprint.com.ar

Invasión, reconquista y defensa de Buenos Aires : 1806-1807. - 1a ed. -

Buenos Aires : Comisión para la Preservación del Patrimonio

Cultural de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2007.

232 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-23708-3-1

1. Patrimonio Histórico.

CDD 363.69

Fecha de catalogación: 09/10/2007

© Copyright 2007 by CPPHC

Todos los derechos reservados

ISBN 978-987-23708-3-1

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Este libro no puede reproducirse, total o parcialmente, por ningún método gráfico, electrónico, mecánico u oralmente, incluyendo los sistemas fotocopia, registro magnetofónico o de alimentación de datos, sin expreso consentimiento del autor.

actitudBsAs

MINISTERIO DE CULTURA

Jefe de Gobierno
Sr. Jorge Telerman

Ministra de Cultura
Arq. Silvia Fajre

Subsecretaria de Patrimonio Cultural
Arq. María de las Nieves Arias Incolla

Subsecretario de Gestión Cultural
Sr. Roberto Francisco Di Lorenzo

*Comisión para la Preservación del Patrimonio
Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires*
Lic. Leticia Maronese





***Comisión para la Preservación del Patrimonio
Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires***

Secretaría General

Lic. Leticia Maronese

Secretaría de Investigaciones Históricas

Lic. Liliana Barela

Secretaría Técnico - Museológica

Lic. Ana María Cousillas

Secretario de Preservación y Conservación

Arq. José María Peña

Secretario de Relaciones Institucionales

Prof. Cesar Fioravanti

Funcionaria Coordinadora

Lic. María Rosa Jurado

Vocales

Arq. Néstor Zakim

Arq. Pedro Delheye

Arq. Jorge Mallo

Lic. Liliana Mazettelle

Cons. Alberto Orsetti

Mus. María Teresa Dondo

Asesor

Prof. Néstor Carballo





***JUNTA CENTRAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES.***

FEDERACIÓN

Personería Jurídica C1657583

COMISIÓN DIRECTIVA (2005-2007)

Presidente

Arnaldo Ignacio Adolfo Miranda

Vicepresidenta 1°

Leticia Maronese

Vicepresidente 2°

Edgardo José Rocca

Secretaria General

Nélida Rosa Pareja

Tesorero

Ramón Pisos

Secretaria de Actas

Susana Haydeé Boragno

Prosecretaria

Otilia Da Veiga

Protesorero

Pedro Juan De Simone (+)

Prosecret. de Actas:

María Clotilde Richieri

Vocales Titulares

Alberto Gache

Rubén Domingo Camillozzi

Vocales Suplentes

Luis Gerardo Caruso

Horacio Callegari

ÓRGANO DE FISCALIZACIÓN (2005-2007)

Revisores Titulares

Gregorio Traub

Marta Pedemonte

Néstor Echevarría

Revisores Suplentes

Francisco Scibona (+)

Graciela Pérez Villamil

MIEMBROS TITULARES

Institución	Presidente
Agronomía	Mabel Y. Röelants
Almagro	Elena Maurin
Balvanera	Graciela Pérez Villamil
Barracas	Gregorio Traub
Belgrano	Silvia Vardé
Boca	Rubén Granara Insúa
Boedo	Aníbal Lomba
Caballito	Aquilino González Podestá
Chacarita/Colegiales	Héctor Messina
Coghlan	Jorge Puricelli
Constitución	Antonio J. Costa
Flores	María Rosa Pugliese
Floresta	Arnaldo I. A. Miranda
Liniers	Nélida R. Pareja
Mataderos	Orlando W. Falco
Monte Castro	Leticia Maronese
Montserrat	Elena M. de Perri
Nueva Pompeya	Nilda Magnaghi
Nuñez/Saavedra	Alberto G. Piñeiro
Palermo	Benjamin Bravo Canedo

Parque Avellaneda	Juan C. Arias Divito
Parque Chacabuco	Mauro A. Fernández
Parque Chas	María Isabel Pérez
Parque Patricios	Mirta Martín
Paternal-Villa Mitre	Alberto M. Pérez
Puerto	Edgardo J. Rocca
Recoleta	Victor Villasusso
Retiro	Néstor Echevarría
San Cristóbal	Otilia Da Veiga
San Nicolás	Juan José Cresto
San Telmo	Luis G. Caruso
Vélez Sársfield	Ricardo R. Vitiritti
Versalles	Elsa Blanco
Villa Crespo	Hugo Tornese
Villa del Parque	Isabelino Espinosa
Villa Devoto	Edgardo Tosi
Villa Luro	Marta Pedemonte
Villa Ortúzar	María Clotilde Richieri
Villa Pueyrredón	Azucena R. Contino
Villa Real	Carlos Micko
Villa Urquiza	Luis Alposta

MIEMBROS ADHERENTES

Barrios del Oeste	Eduardo Favier Dubois
Casa de Mataderos	Amalia O. Lavira
Inst. Hist. S. Liniers	Silvana G. Pignatelli
M. C. de los Corrales	Esteban Breglia
Parque Patricios	Manuel Vila

MIEMBROS CORRESPONDIENTES

Berazategui	Rodolfo Cabral
El Talar	Ariel Bernasconi
Lomas del Mirador	Francisco Álvarez
Mercedes	Pedro Pasquinelli
Pcia de Bs. Aires	Rodolfo Cabral

Tres de Febrero
Vicente López

Estér B. Carrión
María T. Wicht

MIEMBROS HONORARIOS INSTITUCIONALES

C. Patrimonio CABA
Colegio Escribanos
Fundación El Libro
Instituto Histórico
Manzana de Luces
S. A. Historiadores
Universidad Notarial

Leticia Maronese
Norberto Luis Pelosi
Marta Díaz
Liliana Graciela Barela
Miguel Ángel Brignani
Eugenio F. Limongi
Néstor Pérez Lozano

Índice

INTRODUCCIÓN

- **Presentación.** *Leticia Maronese - Liliana Barela*.....15
- **Prólogo** *Arnaldo I. A Miranda*.....21

I. LA VISIÓN GEOPOLÍTICA INTERNACIONAL.

Aquella época. El contexto histórico de las Invasiones Inglesas

- Luis Mendiola*.....33

II. EL CONTEXTO SOCIAL, CULTURAL Y REGIONAL.

- Actuaciones en los Puertos de Buenos Aires durante las Invasiones Británicas.

- Edgardo J. Rocca*.....51

- La mujer y la vida cotidiana a comienzos del siglo XIX.

- Leticia Maronese*.....103

- La asistencia médica en las Invasiones Inglesas

- Alcira G. Zarranz*.....113

III. DESARROLLO DE LOS ACONTECIMIENTOS Y CONSECUENCIAS HISTÓRICAS.

- Don Rafael de Sobremonte Noveno Virrey del Río de la Plata

- Arnaldo I. A. Miranda*131

- Creación, actuación y transformación de las Milicias Criollas en Buenos Aires (1806-1811)

- Liliana Barela*.....143

- Patrick Island, soldado del "71"

- Eduardo J. Clancy*.....161

- Equipamiento de las Milicias en Buenos Aires

- Juan A. Lucero*.....177

- Santiago de Liniers. Décimo Virrey del Río de la Plata. Conde de Buenos Aires.

- Nélida R. Pareja*.....201

IV. CONSIDERACIONES Y ESTUDIOS.

- Bases para una Bibliografía acerca de las Invasiones Británicas al Río de la Plata

- Diego A. del Pino*.....219



INTRODUCCIÓN



Presentación

¿Por qué un nuevo libro sobre el período 1806-1810?

Realmente se ha escrito mucho sobre este período, y se seguirá escribiendo, sin duda, aunque no medie un centenario. Es uno de los períodos más ricos de nuestra historia, con una complejidad en grado sumo, y de influencias notables para los años siguientes.

Visto en el transcurso de su largo plazo, es un período que –iniciado en 1806 y que se lo puede extender hasta 1880– dio comienzo a un proceso histórico de larga duración que llevó a la creación de la nación, la constitución del mercado interno y la formación del Estado nacional. Todo esto vinculado al surgimiento paralelo de una clase dominante y/o dirigente, producto del proceso de acumulación originaria del capitalismo dependiente de nuestro país.⁽¹⁾ Pero en los primeros cinco años se desplegaron contradicciones político-ideológicas de una densidad que aún sigue originando controversias y las más variadas tomas de posición.

Asimismo, cada uno de los protagonistas principales sigue originando múltiples visiones históricas. Y a doscientos años de sucedidos los hechos, una nueva mirada, más democrática que hace cien años, obliga a la reflexión permanente.

Miremos algunos personajes:

El Virrey Sobremonte ha quedado en la historia como el villano que huyó con los caudales. Nada modificará sustancialmente esta visión tan arraigada; sin embargo, el Virrey actuó conforme a las leyes vigentes y trató de poner a resguardo los bienes

¹ Ansaldo, Waldo: Estado y sociedad en la Argentina del siglo XIX. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1988.

públicos retirándose a Córdoba, que era la “plaza de armas”. Pero así no lo comprendió la población ni la historia. La actuación de los acaudalados comerciantes de Buenos Aires, que entregaron este tesoro que fue paseado en Londres, a fin de salvar los propios que corrían peligro ante las represalias esgrimidas por el invasor, no fue nunca motivo de análisis. Como bien señala Felipe Pigna y en tono de humor, la amenaza de Beresford de cobrarse el botín con fortunas personales sentó “*un lamentable y exitoso precedente, (...) que el Estado se hiciera cargo de los gastos*”.⁽²⁾

Evidentemente la población de la pequeña aldea esperaba una actitud más heroica de su virrey. Cuando este fue juzgado en España, fue absuelto de culpa y cargo; incluso más tarde recibió un ascenso en su carrera. Los ingleses actuaron en forma distinta con el responsable de la segunda invasión: Whitelocke fue juzgado rápidamente (a principios de 1808) degradado y expulsado del ejército inglés.

Santiago de Liniers ha tenido en esos años evaluaciones públicas contrapuestas: por un lado, fue rescatado por su acción militar durante los acontecimientos bélicos; por otro lado, fue cuestionada su gestión gubernamental.

Dichas evaluaciones son siempre ideologizadas y el historiador necesita tener presente los contextos en las que se pronuncian. Muchos comerciantes españoles no estaban de acuerdo con la utilidad del Cabildo Abierto y abjuraban del apoyo que Liniers recibía de las milicias. Esa mutua necesidad entre unos y otros no serviría a la hora de definir posiciones políticas durante la revolución. Las milicias serían revolucionarias y rupturistas y Liniers contrarrevolucionario y españolista. La necesidad de fusilamiento era válida en el contexto revolucionario “jacobino” que dominó las acciones primeras de la Junta de Gobierno.

Si se pronunciaban aliados de la revolución, la adhesión debía ser económica, para financiar la guerra; caso contrario se lo consideraba enemigo. Esta “crueldad” es la de la “guerra”, compañera de la revolución. Una cosa es el fusilamiento y otra es la represión que en la misma época ejercían los españoles contra rebeliones en las que el fusilamiento no alcanzaba para asegurar el miedo.

Se suele recordar que Paul Groussac dijo que Liniers era uno de los tantos “segundones de fortuna”, que protestaba contra el absurdo derecho de privilegio de la primogenitura. ¿Es por ello que Santiago de Liniers sobreactuó la capacidad de sobresalir, con una adhesión a la Corona vivida casi como un derecho divino?

Sin embargo, su adhesión a España (¿o a los Borbones?) fue poco comprendida, porque siempre su actuación en el Río de la Plata generó recelos. Era Liniers un francés

2 Pigna, Felipe: Los mitos de la historia argentina. La construcción de un pasado como justificación del presente. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2004. Pp. 185-186.

nacionalizado. Desde 1761, pocos años después de que él naciera, el tercer “Pacto de Familia” que suscriben España y Francia, igualaban ambas nacionalidades.

Para Félix Luna, sin conocer ciertos rasgos de la personalidad de Liniers es muy difícil comprender su conducta en el Río de la Plata: *“Su fidelidad (de Liniers) estaba depositada más en la institución de la monarquía que en la adhesión a un país determinado. No era un aventurero, y menos aún, un mercenario. Había quedado impresa en él la influencia familiar, esos severos principios morales y religiosos arraigados en esa pequeña nobleza provinciana, aferrada al Antiguo Régimen, (...) la fidelidad a la monarquía era para él una forma de mantener inalterable la fidelidad hacia sus antepasados”*.⁽³⁾

La evaluación de la necesidad de su fusilamiento también ha originado respuestas disímiles. Cierta censura se encarna en aquellas visiones que han visto en las actitudes políticas de Moreno, Castelli, Monteagudo, Beruti y French algo de “jacobinismo”, adjetivo en boga luego de la Revolución Francesa.

Lo cierto es que Córdoba era un baluarte realista que desconocía la autoridad de la Primera Junta de gobierno y Liniers, a pesar de su nefasta gestión, aún seguía teniendo prédica entre las tropas por él formadas. Era un peligro para la revolución en marcha. Con su ajusticiamiento, el 26 de agosto de 1810, *“los realistas pudieron comprobar que los revolucionarios no titubeaban en adoptar la última pena con los que intentaban oponérseles (...) (los ajusticiados), personas de figuración social y económica en un medio en el que, como el de Córdoba, los lazos de parentesco y amistad, junto con el sentido solidario del sector social al que pertenecían, debían provocar un profundo impacto en toda la comunidad. Esos fusilamientos no eran solamente un acto revolucionario contra los representantes de la metrópoli colonialista; debieron ser vistos también como una reacción contra las tradiciones aristocráticas ya arraigadas en suelo americano con propio cuño”*.⁽⁴⁾

Liniers murió como “Conde de Buenos Aires”, un título que lo premiaba por su adhesión a la Corona –aunque él prefería cambiarlo por el de la fidelidad y que España usó muy pocas veces como premio a servicios en las colonias–. Otro caso parecido fue el de José Manuel Goyeneche (Conde de Huaqui) o el de Pablo Morillo (Conde de Cartagena).

También Martín de Álzaga sobresalió en la defensa de Buenos Aires. Monopolista y negrero, siempre tuvo una mala relación con Liniers, que adhería a una cierta liberalidad comercial, continuando la política que había llevado el virrey Cevallos. El

3 Luna, Félix y colaboradores: “Un caudillo popular: Santiago de Liniers”. En *Historia Integral de la Argentina*. Grupo Editorial Planeta, Buenos Aires, 1995. Cap. 2.

4 Heredia, Edmundo A: *Los vencidos. Un estudio sobre los realistas en la guerra de independencia hispanoamericana*. Programa de Historia de las Relaciones Interamericanas CIFFYH, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, Córdoba, 1997.

librecambio, como bien señala Halperín Donghi, alteraba indefectiblemente el “pacto colonial” asentado entre los más importantes comerciantes porteños.⁽⁵⁾ Como agravante, la creciente militarización llevó a Liniers a imponer obligaciones que los comerciantes se negaron a cumplir.

Con respecto a las milicias, que por cierto elegían a sus jefes democráticamente, cabe destacar que hay sectores que se han sentido herederos directos de los cuerpos creados durante las invasiones. Así lo expresó el locutor del Regimiento de Patricios en la conmemoración del bicentenario de las invasiones inglesas, desde el Cabildo de Buenos Aires, en el año 2006. Para el locutor se cumplían 200 años del nacimiento de las “fuerzas armadas”.

Pero esas milicias, de hace más de doscientos años, fueron una preocupación de los mismos residentes españoles, de los cuales Álzaga era la máxima expresión y que también se canalizaba a través de los miembros del Cabildo y la Real Audiencia. Así lo expresaba Diego Ponce de León al ministro Floridablanca: “*Todo el pueblo bajo de Buenos Aires, todos los cuerpos que él (Liniers) ha creado, mil ochocientos oficiales que ha formado eligiendo la escoria, han arruinado al erario con sueldos exorbitantes, y en fin, una porción de franceses a quienes da los principales honores de esta milicia tan singular y descabellada como su autor (...)*”.⁽⁶⁾

En esos días de 1806 variados fueron los comportamientos de aquellos que detentaron el poder: signos de amistad en algunos encumbrados y en la iglesia colonialista; resistencia declarada en aquellos beneficiados con el monopolio del comercio; y el pueblo de Buenos Aires planeando la resistencia que llevaría a la reconquista.

¿Habría sido así si no hubiesen existido esas contradicciones de fe religiosa entre los protagonistas de ambos lados? Luego, los cronistas ingleses debieron afirmar que “todos eran enemigos”. Todos los sectores sociales, de todas las edades, amos y esclavos.

Pero lo que no hizo el ejército inglés lo hicieron sus manufacturas. Los ingleses dejaron en Buenos Aires y Montevideo un inmenso stock de mercaderías cuya abundancia provocó una gran oferta con precios notoriamente bajos: “*Productos de calidad se vendieron a menos del costo y la población se acostumbró a una producción de calidad superior a la conocida hasta entonces. Esto creó una imagen por demás optimista de las ventajas del comercio libre*”.⁽⁷⁾

Las invasiones inglesas produjeron una fuerte fractura en el dominio colonial español. A partir de allí, ya nada sería igual.

5 Halperín Donghi, Tulio: *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Siglo XXI Argentina S.A., Buenos Aires, 1972.

6 Luna, Félix: *Ob. Cit*

7 Floria, Carlos A. y García Belsunce, César: *Historia de los argentinos*. Larousse, Buenos Aires, 1992. p. 245.

Invasión, Reconquista y Defensa de Buenos Aires (1806-1807)

El 25 de mayo de 1809 estallaba la revolución en Chuquisaca, cuna de las ideas libertarias que se fraguaban en su universidad. La rebelión fue aplastada por el virrey Cisneros y la mayoría de los rebeldes capturados terminaron en la horca y mutilados. La indignación de los criollos de todo el virreinato demuestra que la actitud de las autoridades virreinales era distinta según se sublevasen españoles (como Álzaga en Buenos Aires) o criollos. Esta es la lección que los revolucionarios porteños de 1810 aprendieron prontamente.

Lic. Liliana Barela
Secretaria de Investigaciones Históricas
CPPHC

Lic. Leticia Maronese
Secretaria General
CPPHC



Prólogo

Una fresca mañana de agosto del año 2003 participábamos junto a otros amigos historiadores del ciclo radial *Buenos Aires y sus amigos* emitido por Radio Cultura y conducido por Luis Edgardo Fiorentini, cuando durante la presentación abordamos el tema que hoy recreamos. Se hallaban presentes entre otros Leticia Maronese y Edgardo Rocca con quienes al culminar la audición, luego de atender vía telefónica variadas inquietudes de los oyentes, nos dirigimos como *buenos* porteños a compartir un café y allí continuamos comentando acerca de estas cuestiones, surgiendo de nuestra amable conversación la idea de plasmar en el papel una nueva visión relativa a esta parte de nuestra historia, considerando la cercanía del bicentenario de las invasiones y la experiencia que, sin planificarla, había surgido espontáneamente motivándonos con nuevas ideas.

Dentro de los episodios de real valía que jalonan la historia de la Nación Argentina, especial connotación revisten las incursiones Británicas al Río de la Plata durante los años 1806 y 1807. Las mismas configuraron un punto de inflexión en la estructura política, social y económica no solo de Buenos Aires, sino en el resto del lato territorio del antiguo Virreinato del Río de la Plata.

Si bien la mayor repercusión de aquellos hechos se sintió en la capital virreinal, las provincias interiores también se vieron conmocionadas ante tamaños acontecimientos, incluso tomaron parte activa en las jornadas de la reconquista formando improvisadas huestes que colaboraron en dichas acciones. Baste recordar la colaboración prestada durante la ocupación británica en Buenos Aires cuando, instalado el gobierno virreinal en Córdoba, las provincias periféricas a ésta coadyuvieron con armas, bastimentos y

hombres. Una de las principales huestes se organizó desde la ciudad de San Miguel de Tucumán y aunque éstas no llegaron a actuar en la práctica, colaboraron en forma muy eficaz en el traslado de buena parte de los prisioneros tomados durante la Reconquista de Buenos Aires al interior de los vastos dominios que por entonces, pertenecían al aludido virreinato.

Esta obra que hemos titulado *Invasión, Reconquista y Defensa de Buenos Aires 1806-1807*, pretende realizar un aporte más que ponga de manifiesto la amplitud y trascendencia de acciones bélicas que gravitaron en forma decisiva para transformar el mundo de la época en la que tuvieron lugar. Es por ello que, desde una visión sencilla, pero cronológica y pormenorizada se trata de introducir al simple lector interesado, al estudioso y también al investigador avezado en una analogía de hechos y circunstancias que conforman los ingredientes de un significativo y atrayente periodo histórico.

Dividida en cuatro secciones para su mejor estudio, ellas están dedicadas a tratar la cuestión en toda su extensión y a través de distintas ópticas. Tituladas *La visión geopolítica internacional; El contexto social, cultural y regional; Desarrollo de los acontecimientos y consecuencias históricas y Consideraciones y Estudios*, comprenden los tópicos principales que colaboran en el análisis de los sucesos.

Comenzamos así la primera parte del derrotero propuesto con un trabajo que su autor, el Embajador Luis Mendiola, ha titulado *Aquella época; el contexto histórico de las Invasiones Inglesas* en el cual nos conduce a través del mundo europeo de aquel entonces, mostrándonos cómo los artilugios y movimientos políticos operados particularmente en los reinos de España, Gran Bretaña y las pretensiones del otrora Soberano Galo, repercutieron en forma directa en nuestras tierras causando entre otros hechos las invasiones que hoy tratamos. Mendiola centra su ensayo en un breve lapso temporal, tal como lo expone, que va desde 1804 a 1808, encontrándose en dicho pasaje histórico la autoproclamación de Napoleón Bonaparte como Emperador de los franceses, sus ansias de poder ilimitado, los conflictos peninsulares entre España y Portugal, el paso de las tropas imperiales por territorio español, la penetración de los dominios lusitanos y la ocupación, en 1808, de la Península Ibérica sumida ésta en graves conflictos dinásticos. Nos muestra asimismo cómo estos acontecimientos, unidos a otros que más adelante comentaremos, tuvieron incidencia directa en el desenlace de los sucesos que hoy estudiamos.

Continuamos analizando los hechos desde la órbita de esta parte de la América meridional y el panorama que se avizoraba entonces.

Así, guiados por la pluma de Edgardo Rocca arribamos al Puerto de Buenos Aires a través de una minuciosa reseña de las actuaciones cumplidas en su estuario. Rocca divide su trabajo en tres partes haciendo referencia a otras tantas invasiones al

considerar los hechos acontecidos a mediados del siglo XVIII, la expedición Anglo-Lusitana y el establecimiento de la Colonia del Sacramento en 1680, comentándonos acerca de su complejo devenir al haber estado dicho territorio en permanente litigio entre las coronas de España y Portugal. En forma pulida y muy prolija enlaza Rocca todas las entradas y salidas de buques entre 1805 y 1807, complementando su historia con datos precisos acerca del movimiento de tropas. Por vía de ejemplo, nos señala que el Brigadier General John Withelocke arribó a estas costas con una armada compuesta por treinta buques de guerra en los cuales iban embarcados unos nueve mil hombres contando soldados y tripulantes. Entre otras consideraciones se incluye un significativo juicio de valor del escritor británico Walter Scout que en uno de sus párrafos expresó: “...*Dos distintos intentos se hicieron en este miserable país y no redundaron ni en honor ni en ventajas para la Nación Británica. Buenos Aires fue tomada en posesión por un puñado de tropas británicas el 27 de junio de 1806, las que fueron atacadas por sus habitantes y unas pocas tropas españolas; y, rodeadas en la Plaza del Mercado de la Ciudad, bajo, un fuego general y violento, fueron compelidas a rendir sus armas y entregarse como prisioneros de guerra...*”. Una nómina de cantares, marchas y placas en homenaje a la Reconquista de Buenos Aires cierra este trabajo.

Continúa el significativo aporte de Leticia Maronese relativo a las mujeres y la vida cotidiana. La autora nos apunta con acierto acerca del ámbito recoleto en el que transcurría la vida de las mujeres sujetas a prohibiciones de variada índole. Cuando asistían a misa o alguna reunión social debían hacerlo siempre acompañadas por los hombres de la casa, estando reducida su principal actividad a las tareas domésticas y a la crianza de los niños. Señala el rol preponderante de la Iglesia Católica pues ella “...*bautizaba, casaba y enterraba...*”, abarcando todo el ciclo vital. La mujer intentó subsistir en un ambiente hostil, el mandato social indicaba que debía entrar en matrimonio siendo muy joven y procrear varios hijos, claro está, si lograba sobrevivir a los partos realizados en condiciones de higiene muy precarias y a veces casi infrahumanas. Su relación se ve enriquecida con jugosos testimonios de viajeros como Alexander Gillespie y Antonio José Pernety donde se refieren las tertulias de la sociedad porteña y otros aspectos de valor. Nos habla luego de las mujeres que se destacaron en aquel momento como María Sánchez de Velasco (Mariquita), esposa del cuestionado Capitán de Puerto Martín Jacobo Thompson, o Manuela Pedraza, apodada La Tucumanesa, que protagonizara un conocido incidente en la posada “Tres Reyes”. Los entretelones de la agitación popular para defender la ciudad, la actuación de la Iglesia para colaborar con los cristianos católicos en su arremetida contra el invasor protestante y hereje. Tampoco deja de lado la azarosa vida, “...*disipada y escandalosa para los cánones morales de la pequeña aldea...*”, nos acota con certeza, de Ana Perichón de Vandeuil, casada con

el comerciante Tomás O’Gorman, su reciprocidad con el espía inglés James Burke y por supuesto su relación con el Virrey Santiago de Liniers con el consabido rechazo de la sociedad porteña, especialmente del grupo independentista, que convirtió a este último en el centro de sus ataques. En suma, una correcta y atrayente combinación de ingredientes que culmina con una pregunta que formula la Lic. Maronese para la reflexión: “...¿Estarían concientes todos estos personajes nombrados del cambio profundo que se estaba produciendo en el Río de la Plata?...”.

La asistencia médica durante todo el conflicto, tema de capital importancia, es delineada por Alcira Zarranz quien nos da cuenta acerca de la existencia de tres hospitales, conocidos como Santa Catalina, la Residencia y San Miguel, los dos primeros bajo la tutela de los Padres Betlehemitas y el último con doce camas destinadas a mujeres. Desde luego estos nosocomios eran improvisados, carentes de recursos y por tanto no preparados para atender a los heridos ante un estado beligerante. El importante papel que desempeñó el Tribunal del Protomedicato creado el 1° de febrero de 1779, que contó con la aprobación Real a partir del 17 de julio de 1798, estuvo destinado a organizar los estudios de medicina, combatir el curanderismo y tomar los exámenes de idoneidad a los profesionales que desearan revalidar sus títulos. Hacia fines de 1803 este tribunal presentó a las autoridades una nómina de veintisiete médicos y cirujanos habilitados para ejercer la profesión entre los que se encontraban los prestigiosos nombres de Cosme Mariano Argerich, Agustín Eusebio Fabre, Miguel Gorman, primer presidente de la corporación y Joseph Redhead, años después médico del ilustre general Manuel Belgrano. El 15 de febrero de 1805, quince alumnos recién recibidos manifestaron por nota al Virrey Sobremonte que pese a la excelencia de los conocimientos recibidos no se sentían en condiciones aún de trabajar con los pacientes, mientras que el 28 de julio del mismo año se realizaba la primera vacunación antivariólica. Continúa la Dra. Zarranz brindando un prolijo detalle de los médicos que actuaron desde ambas partes durante la invasión y reconquista, la labor humanitaria de estos primeros galenos y el sacrificio que significó para ellos y sus familias el acompañar a los ejércitos en los momentos en que se formaba nuestra Patria.

El desarrollo de los acontecimientos y sus consecuencias son abordados por cinco trabajos que en forma cronológica nos conducen a través de ese nudo histórico describiendo sus distintas alternativas.

Comienza esta parte con un ensayo de nuestra autoría relativo al Marqués de Sobremonte noveno Virrey del Río de la Plata, acaso el más discutido por su accionar en aquellos días. Nuestro virrey provenía de encumbrados linajes, su familia paterna era poseedora del feudo de Aguilar del Campoó y su formación militar había sido adquirida junto a su tío José Antonio Francisco Bravo de Sobremonte y del Castillo destacado

en Cartagena de Indias, quien fue creado Primer Marqués de Sobremonte por el Rey Carlos III. A la muerte de este el título fue heredado por un hermano doctor en derecho y ministro togado llamado Raimundo, quien a su vez ocurrido su deceso fue sucedido por su hijo Rafael, nuestro personaje, como tercer marqués. Su llegada al Virreinato del Plata ocurrió en tiempos del Virrey Juan José de Vértiz y Salcedo de quien fue secretario, siendo muy bien recomendado al finiquitar esta función por su escrupulosidad en el cumplimiento del deber. Así fue como llegó a Gobernador-Intendente de Córdoba del Tucumán donde descolló por su brillante administración, los adelantos y obras públicas propugnados para esa ciudad y por su sentido del progreso. Había casado en Buenos Aires hacia 1782 con la porteña Juana María de Larrazábal y de la Quintana, también descendiente de una destacada familia cuyos orígenes se remontan a la fundación de nuestra ciudad en 1580. A raíz del fallecimiento de don Joaquín del Pino y Rosas en 1804 llegó Sobremonte a ocupar el solio virreinal, donde también se destacó por la introducción de la vacuna contra la viruela, la construcción del canal de San Fernando y la autorización para fundar las poblaciones de San José de Flores y San Fernando de Buena Vista en la llamada *Punta Gorda*. Previno también a las autoridades metropolitanas en distintas ocasiones, acerca de la carencia en el territorio de su mando de tropa adiestrada y armamento para hacer frente a un posible ataque de una potencia extranjera. La actitud de este mandatario fue duramente juzgada por el pueblo de Buenos Aires, aunque la perspectiva histórica nos muestra que tanto Liniers como el almirantazgo Británico, le elogiaron por su decisión de trasladarse a Córdoba, donde era casi un héroe, declarar a dicha ciudad capital del virreinato, no entrando su persona en capitulación y preparar un ejército de tres mil hombres dispuestos a reconquistar Buenos Aires, acción cuya gloria le cupo al nominado Santiago de Liniers.

Sigue el aporte de Liliana Barela quien nos informa acerca del surgimiento y transformación de las milicias criollas en Buenos Aires entre 1806 y 1811. Nos explica que la primigenia organización de las huestes obedeció a la necesidad de defender a la ciudad y la escasez de tropas regulares enviadas desde la península debido a la crítica situación de ésta. Analiza también con pautas precisas el proceso de militarización de esta zona del continente americano, pautado por los movimientos de enero de 1809, los días de mayo de 1810 y los de abril y diciembre de 1811, describiendo cómo se logra modificar a las improvisadas milicias urbanas sometiéndolas “...a *regañadientes*...” a la disciplina militar propiamente dicha. En este punto la autora centra acertadamente su exposición a través de las *Memorias Curiosas* de Juan Manuel Beruti brindando precisiones acerca de lo ocurrido. La Lic. Barela pone de manifiesto el problema de la soberanía popular planteado en el Cabildo Abierto del 14 de agosto de 1806 donde se designó Gobernador militar interino al Capitán de Navío de la Real Armada Santiago

de Liniers y la necesaria medida de dotar a esta plaza de una milicia adecuada frente al peligro de un nuevo ataque a una ciudad donde hasta entonces la administración pública y el comercio habían constituido sus principales actividades. Indudablemente sobre una población estimada entre cuarenta y cuarenta y cinco mil habitantes, una incipiente fuerza compuesta por ocho mil efectivos representaba un cambio radical. De los mencionados un mil trescientos pertenecieron al Cuerpo de Patricios, mientras que los restantes se dividieron conforme su procedencia en Gallegos, Catalanes, Montañeses, Arribeños y Asturianos. Luego de exponer las graves diferencias existentes entre el ya Virrey Santiago de Liniers, apoyado por el Cuerpo de Patricios y el otrora Gobernador de la Banda Oriental Francisco Javier de Elío que contaba con el soporte del Cabildo de Buenos Aires y al examen de todos y cada uno de los eventos militares, la autora nos propone dividir este proceso en dos etapas bien diferenciadas “...*la primera de 1806 a 1809, que refleja el ascenso rápido de la oficialidad con casi ninguna exigencia y la segunda, que va desde 1809 a 1811, en la que –especialmente a partir de 1810- los ascensos son casi nulos, en tanto que comienzan a perfilarse requisitos para acceder a la oficialidad...*”.

Eduardo J. Clancy nos introduce en la conmovedora historia del oficial artillero de la novena compañía del regimiento 71, Patrick Island oriundo de Dublín, Irlanda. Quien tomó parte en el asalto a la casa del anciano José Santos Gómez, protagonizando un duelo con el negro esclavo Braulio Gómez, encuentro en el cual casi es degollado por éste, si no hubiese sido por la intervención de una de las jóvenes de la casa llamada Bartola que salvó su vida. Efectuada la rendición de las tropas británicas muchos de sus soldados permanecieron con los heridos en las casas de familia que habían atacado, otros marcharon prisioneros al interior. Así fue como entre la joven apodada Tola y don Patricio nació un romance cuyo feliz desenlace tuvo lugar en la Capilla de la estancia de José Santos Gómez, situada en la margen derecha del río Arrecifes (actualmente jurisdicción de Baradero) el 6 de agosto de 1815, siendo testigos Mariano Andrade y Bernabela Farías. Los contrayentes fijaron su residencia en una casona de dos plantas ubicada frente a la plaza principal del pueblo de San Antonio de Areco, propiedad de Candelaria Gómez de Del Arca, hermana de Bartola. Ya acriollado don Patricio arrendó un campo de las inmediaciones a la familia Castex donde se dedicó a las tareas rurales. Nos informa el Arq. Clancy respecto de la suerte de otros británicos del mismo regimiento como James Brittain quien en 1817 adquirió ciento veinte hectáreas en la Boca del Riachuelo y también acerca del periplo sufrido por Patricio Island y su familia, motivado en sus ideas contrarias al régimen rosista. De tal manera y bajo las órdenes de Juan Lavalle marchó hacia San Pedro donde tomó parte activa en algunas acciones

que dispersaron al ejército federal, siguiendo luego la suerte de Lavalle con su larga serie de derrotas y siendo fusilado en Catamarca en abril de 1841.

Con el título *Equipamiento de las Milicias en Buenos Aires*, el investigador Juan Aurelio Lucero hace hincapié en un problema de fundamental importancia para la Corona española como lo fue el abastecimiento de pólvora, armamento y municiones para la Guarnición Militar de Buenos Aires, creada el 26 de abril de 1771. Con un inmenso océano de por medio donde asechaban piratas y corsarios, sumado a los conflictos políticos y sociales en que se hallaba inmersa la Península por aquellos días, motivaron que la guarnición porteña se estuviese carente de todo recurso, sin el personal adiestrado necesario y por ende con una preparación paupérrima para las acciones bélicas. La falta de una planta completa determinó que el grueso de las fuerzas disponibles se mantuviese dentro de la ciudad custodiando el puerto y el erario público. Recién hacia 1773 se formaron los Regimientos de Infantería, Dragones y Artillería siendo esta la única tropa fija que esperó la llegada del primer virrey en 1777. El autor incluye una relación detallada de la evolución de los cuerpos milicianos y su armamento para llegar al tiempo que nos ocupa donde quedaría demostrado lo inútil que había resultado la instrucción impartida a las tropas vecinales, cuando “...una tropa veterana, bien equipada, bien armada y disciplinada, aunque pequeña logra tomar la capital del Virreinato del Río de la Plata con cierta facilidad al no tener una resistencia estoica y organizada...”. El reglamento, instrucción, vestuario y abastecimiento de las distintas fuerzas pretéritas y posteriores a la invasión son abordados también para pasar luego al tema del armamento en sí. Hacia principios del siglo XIX era norma que todas las armas utilizadas en las guerras fuesen de fabricación española, para lo cual funcionaba en nuestro territorio la *Real Armería de Buenos Aires* que producía armas de baja calidad ante la carencia de materia prima y a un costo elevado. Se analiza además cada tipo de arma y sus funciones como las bayonetas, lanzas, sables, pistolas, fusiles de chispa y cañones, entre muchos otros, arribando a la conclusión muchas veces planteada que aquellos hombres que actuaron en la reconquista y defensa de Buenos Aires tuvieron una escasa instrucción militar, un faltante importante de armamento y escasez de pólvora y municiones, contrastando todo lo expuesto con el exceso de valor y coraje.

Para finalizar este capítulo resta poner de manifiesto la actuación y figura de don Santiago de Liniers y Brémond y esto es lo que hace Nélide Rosa Pareja, con un minucioso estudio donde rememora la figura del héroe de la reconquista comenzando desde sus remotos antecedentes familiares. Nacido en Niort, Francia en 1753 perteneció a una familia de gran abolengo cuyos antecedentes en el país Galo se remontan al siglo XI. Rigiendo la institución del mayorazgo, el primogénito Enrique Luis (es decir su hermano mayor), heredó las posesiones familiares conjuntamente con el título de Conde

de Liniers, dedicándose el resto de los descendientes a la carrera de las armas e incluso a la religión conforme los cánones de entonces. Es así como nuestro Liniers parte hacia el Río de la Plata con la expedición de don Pedro de Cevallos el 3 de noviembre de 1776 a bordo del navío Hoope tomando así parte activa en la toma de Santa Catalina, Montevideo, Maldonado y San Gabriel. En 1783 conoce a Juana Úrsula de Membielle, su primera esposa, llegando luego de diversas alternativas al Apostadero Naval de Montevideo, no sin antes haberse dedicado al comercio debiendo enfrentarse con los monopolistas liderados por Martín de Álzaga y haber contraído nuevas nupcias con María Martina de Sarratea y Altolaquirre, luego del deceso de su primera esposa. Se destacó como estratega en la Junta de Guerra convocada por el Virrey Avilés y del Fierro ante la posibilidad de un ataque anglo-lusitano. Estos detalles y muchos otros, son los que brindan color y sentido cabal al trabajo de la Prof. Pareja quien continúa narrando la actuación del ya Capitán de Navío en las horas de la ocupación británica seguidas por la épica Reconquista del 12 de agosto de 1806 que tiene a nuestro personaje como principal protagonista. Luego sobrevendrán las honras como décimo Virrey del Plata y las condecoraciones como el Título de Castilla con la denominación de Conde de Buenos Aires. Paradójicamente a todos los honores le seguirán la persecución y su trágica muerte en Cabeza de Tigre en 1810 cuando se iniciaba la llamada Patria Nueva. Este aporte incluye también datos acerca de la descendencia familiar y la reivindicación de los títulos obtenidos.

Se cierra este libro con una reseña enjundiosa de los estudios e investigaciones realizados a través de dos siglos relativos a este trascendente tópico a cargo del destacado historiador Diego A. del Pino. Estas *Bases para una Bibliografía acerca de las Invasiones Británicas al Río de la Plata*, configuran un fiel báculo para todo aquel que decida adentrarse en el conocimiento cabal y metódico de los hechos, pues a más de encontrarse la bibliografía tradicional, se hallarán los denominados nuevos aportes y consideraciones que tuvieron lugar, especialmente a partir del año 1976. Podemos dividir esta bibliografía en tres partes principales que abarcan: estudios e investigaciones producidos durante el siglo XIX, escasos en su producción más no en su contenido; los ensayos obrados por historiadores de fuste entre los años 1906 y 1976 y los restantes aportes surgidos hasta la actualidad.

Hoy, a dos siglos de aquellos acontecimientos que contribuyeron a forjar el espíritu de nuestra argentinidad, la Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires conjuntamente con la Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires, entidad fundada en 1968 y que federa a más de sesenta instituciones ha decidido plasmar este aporte con el propósito de abrir una puerta más que nos conduzca a una nueva revisión, comprensión y

perspectiva de aquellos tiempos. Habremos cumplido así con uno de los postulados de la ciencia histórica que nos enseña que la reflexión acerca de los hechos pasados nos guiará para razonar el presente y así poder alcanzar una mejor visión del porvenir.

Prof. Arnaldo Ignacio Adolfo Miranda
Presidente
Junta Central de Estudios Históricos de la
Ciudad de Buenos Aires



*LA VISIÓN GEOPOLÍTICA
INTERNACIONAL*



Aquella época: El contexto histórico de las Invasiones Inglesas

Luis Mendiola

En pocos, o ningún otro, momento de nuestra vida como nación, la historia está rediviva, es relevante y virtual como en estos días. El fenómeno no es por cierto nuevo, pero es sorprendente notar tanta bibliografía nueva, tanta investigación y sobre todo, tanto público lector. Podemos quejarnos de muchas cosas, pero no de que falte interés. Lo más importante, ni siquiera es eso. Lo es, que continúe y se agrande más el cuestionamiento; que la polémica esté viva; que se pretenda más profundidad, al igual que detalle, solidez y madurez de juicio en la escritura de la historia. Más aún: Cada vez es mas aceptado, por más público, no solo por una minoría, que es correcto y positivo ejercer un permanente "revisonismo", es decir, no quedarse con juicios, asertos y esquemas pretendidamente definitivos, doctrinales. En otras palabras: La historia se torna más madura, veraz y confiable, cuanto más se la revisa y afina, cuanto más se duda de un supuesto "punto final", sobre cualquier cuestión, aún las más antiguas, como la que nos ocupa: Las invasiones inglesas.

Ahora bien: ¿Cuándo inicia la historia argentina como tal, diferenciada de la herencia pretérita? - Hubo y coexisten por cierto más de un criterio, pero entre ellos figura, sin duda, la épica (la palabra no es exagerada) de los años 1806 - 1807 A propósito de ello, entonces, ¿Como inscribir esos avatares en el vasto contexto mundial?

- ¿Es posible hacerlo? - ¿Es parte de un ejercicio de historia relevante y útil? Por supuesto que lo es.

Una variable que deberíamos modificar, o mejor aún, incorporar de manera más permanente como metodología histórica, es que nuestra historia, por más que sea nuestra, no debe ser vista a solas, aislada de un contexto mayor, regional y sobre todo, universal. La deberíamos estudiar, rever, mucho más a menudo de lo que lo practicamos, dentro de un marco regional, primero y mejor aún, universal ó "global", como suele decirse hoy.

Las naciones cuyos hombres comprenden y saben historia, la practican como un ejercicio tendiente a la universalidad, no como episodios aislados y autoreferentes, sino como parte de un contexto mucho más amplio. Los mayores dramas y podemos decir, las grandes tragedias, han sido, en todo el mundo, no exclusivas de una parte - los que la viven directamente - sino de todos. No pertenecen a un núcleo reducido de individuos o grupos humanos, sino a todos.

Trataré de concentrar este sintético ensayo en un período relativamente corto, aunque sin duda intensísimo y decisivo que va desde 1804 hasta 1808. Las invasiones quedan así enmarcadas en el amplio cuadro de la guerra que suele denominarse napoleónica, o imperial, diferenciándola del período precedente, el revolucionario. El marco más amplio, cierto, corre desde 1789 hasta 1815, algo más de un cuarto de siglo, y es subdividido en capítulos. El que nos ocupa, parte desde la quiebra de la Paz de Amiens (1802) - considerada más una tregua que una verdadera Paz - al año siguiente, 1803, hasta 1807 ó 1808, con el inicio de la prolongada y trágica (basta rever los grabados de Goya, para constatarlo) guerra peninsular, que involucró a España y Portugal y desencadenó, casi inevitablemente, los procesos independentistas en toda nuestra América. Esa es otra etapa.

A más de 200 años ya de aquel período - tengamos presente que cada uno de los diversos momentos fueron conmemorados por cada país involucrado, y fueron muchos, como efemérides relevantes - se nos presenta aún hoy con la fuerza de un drama de inmensa vitalidad, en algunos casos, le cabe la calificación de "épica".

A partir de 1804 Napoleón, ya consolidado y autoproclamado Emperador, la historia vuelve a dar un nuevo salto de categoría, sobre los que ya había dado. La confrontación franco - británica, varias veces secular, nunca carente de episodios y momentos liminares, decisivos no solo para las dos naciones nombradas, sino para todos, inicia los diez años que concluirán en Waterloo, uno de los momentos bélicos y diplomáticos más relevantes de la historia europea y mundial. Londres se resiste con todas sus fuerzas, que no son escasas, a ceder al creciente dominio continental napoleónico, que anexa territorio - el reciente, el Piemonte al norte de Italia - y gana

nuevos estados vasallos, como la denominada República Cisalpina (también Italia) y nuevos aliados, como la Confederación Helvética (Suiza). Asimismo, los Estados occidentales del aún subsistente (hasta solo 1806) Sacro Imperio Romano Germánico, son "reorganizados" bajo tutela y conducción imperial francesa y luego, para más, las tropas francesas ingresan a la República de Batavia, es decir, los actuales Países Bajos u Holanda.

El Emperador rehúsa además reanudar la vigencia de los tratados de comercio con los ingleses, lo que provoca grave perjuicio económico para la pujante economía industrial de la isla y el resentimiento que se deriva de ello se refleja en insultos de todo orden contra el Emperador en la muy activa prensa londinense. La tensión, imbuida de sospechas mutuas y alentada por la inteligencia (ya muy activa) de nuevas iniciativas bélicas de futuras conquistas, crece y la especie de "guerra fría" (expresión usada ya entonces, recobrada hoy por varios historiadores) da paso acelerado a acciones de guerra verdadera, es decir, caliente.

El enfrentamiento anglo - francés es, como desde hace un siglo y medio, permanente y puede decirse, sin temor a errar, a escala global. Siete grandes (verdaderamente tales, aún a escala actual) guerras tuvieron lugar desde 1689, al año siguiente de la "Gloriosa Revolución", en el Reino Unido, hasta ese presente, pasando por algunos conflictos cuyos efectos llegan hasta nuestros días, como la guerra de los Siete Años (1756 - 1763) ó la de la Independencia de Estados Unidos (1776 - 1783).

Sin embargo, cambia precisamente en este momento el carácter ideológico de la contienda ya que, hasta pocos años antes, durante el período inmediato posterior a la Revolución Francesa, el denominado "revolucionario", el Reino Unido sostuvo y alineó en sus alianzas a las potencias del antiguo régimen, las monarquías despóticas, que enfrentaban a una nación revolucionaria, cercada en la defensa de su autonomía, su libertad y sobre todo, la revolución. A partir de 1804, en cambio, de algún modo se invierten los roles. El Reino Unido, aún en la defensa y alianza con las mismas monarquías y regímenes, comienza a ser percibida como en defensa de la autonomía de las naciones ante el dominio hegemónico, también despótico, del Imperio francés. Tal percepción, aunque minoritaria y de las elites reaccionarias, jugó un rol importante para inclinar la balanza, primero, de a poco, luego decisivamente, a favor de las alianzas antinapoleónicas unidas a Inglaterra.

Pero en 1804 estamos recién en los inicios de ésta nueva etapa, que llegará a su cúspide recién luego de 1808, y comenzará el proceso de retroceso para el imperio francés luego de 1811. Francia ocupa ahora Hannover, estado importante, vecino de Prusia, ante la protesta de Federico Guillermo III. El Reino Unido, por su parte, bloquea el Elba y el Wesser, para perjuicio de Francia, pero también de Prusia. Comienza

a ejercer, hasta el límite de sus fuerzas, la mayor presión que posee: la de su poderosa y creciente Armada. Incide también con otros créditos, que aunque no son militares, pesan considerablemente: el apoyo financiero a los países en lucha contra el Emperador. Este instrumento fue, desde larga data, uno de los más empleados por Inglaterra, ya desde inicios del siglo XVIII, y aún antes.

En el mismo año, 1804, se inicia un proceso de acumulación de fuerzas militares y navales, por parte de Francia, cuyo objetivo estratégico vuelve a ser, una vez más (había sido intentado ya en 1799 y en 1801), la invasión de la isla, que enfrenta semejante perspectiva, al inicio (en 1803), sola, mas luego comienza a tener aliados. Se forma la Tercera Coalición, con Austria y Rusia (hubo, se sabe, hasta siete coaliciones, en el transcurso del cuarto de siglo de las guerras revolucionarias e imperiales). Estos años (1804 y 1805) son decisivos, pues ahora España misma entra en guerra también contra Inglaterra, y la coalición con Francia llevará a ambos países a Trafalgar, batalla emblemática para los ingleses, que la tienen en el pináculo de las muy pocas mayores de toda su historia. No en vano la plaza más significativa, en Londres, lleva su nombre. En esta concentración de fuerzas militares y navales, en Boulogne, a la que se suma la construcción masiva de naves y barcas de asalto para la invasión a la isla, unos 150.000 efectivos, cifra gigantesca, aún para niveles actuales. Inglaterra, donde históricamente se tuvo como la mayor amenaza la invasión desde el continente, de las que hubo varios intentos, exitosos, las varias vikingas, en el siglo IX, y la normanda, en el XI, mas la que cambió más que ninguna la historia, la de 1688, y fracasados, como la Armada Invencible española, en 1588; la que estamos describiendo y, la más importante, la intentada por Hitler, en 1940, percibe el peligro como gravísimo y terminal. Por ello desarrolla un plan de defensa que reúne voluntarios; entrena milicias; construye grandes fortificaciones; mejora el sistema de señales y comunicaciones rápidas y efectivas, que ya es el mejor, por gran diferencia, de todos los de la época; prepara la evacuación de las costas invadidas y hasta el traslado del Gobierno hacia el norte de la isla, los Midland.

Pero por sobre todo esto, es el regreso del Primer Ministro Pitt al Gobierno lo que marca toda la diferencia, es esencial y explica mejor que nada el sentido de la resistencia y planeamiento estratégico. A partir de su presencia - que fue breve, solo un año, hasta su muerte temprana, al inicio de 1806 - es que el Reino Unido vuelve a una estrategia, en lo externo, y una conducción política consolidada y legitimada, en lo interno, que cambia el cariz de la contienda. Así, de la soledad del año 1803 ante la sombra de la amenaza napoleónica, el Primer Ministro Pitt lleva al Reino Unido a la coalición con los grandes continentales - Rusia y Austria - a la vez que la Armada británica prepara la compleja tarea de la defensa de la isla, contra las flotas conjuntas,

francesa y española. Este momento alcanza nivel épico, entre los comparables de la historia británica, como la amenaza de la Armada Invencible (1588) o la más reciente, la Batalla de Inglaterra (1940). El predecesor inmediato de Pitt, el PM Addington, había comenzado ya en 1803 el bloqueo de los puertos franceses - una de las estrategias más efectivas de los ingleses, contra cualquier potencia continental, en varios momentos de su historia, a partir del siglo XVII - y llega a acosar, hasta su casi completa destrucción, el comercio marítimo, uno de los instrumentos de presión efectiva anticontinental más clásicos. Además, reocupó las colonias abandonadas como parte de la Paz de Amiens y comenzó a demostrarse la preeminencia económica - ya avanzada la revolución industrial, único país, en ese momento - unida a la comercial y, obviamente, también la financiera. Así se logró que grandes potencias, mucho mayores en población, territorio e incluso potencial productivo, buscaran la coalición con una nación, el Reino Unido, mucho más pequeña en si misma, solo en los papeles, pero sumamente efectiva como aliada, por su capacidad económica, primero, y habilidad estratégica, luego.

La guerra antinapoleónica, que en un momento previo, en los inicios de la guerra antirrevolucionaria, en los años 1790, se creyó que sería una condena que destruiría financieramente a Inglaterra, se demostró, en la práctica todo lo contrario: La Nación en armas pudo no solo sostenerse, sino sostener a sus aliados, militar y financieramente. Es imprescindible indicar aquí que las guerras revolucionarias, luego devenidas imperiales, significaron un real salto cualitativo, un nuevo paradigma de la guerra, en función de varios elementos distintos. El factor económico, en la base de la mayoría de ellos, más el ideológico - relativamente novedoso (también fue factor en las guerras de la independencia de EEUU) - conformaron una masa crítica que produjo ejércitos, armadas, logística, campañas, batallas, daños y pérdidas de una envergadura mucho mayor que los momentos históricos precedentes. Esto fue así a pesar que el mayúsculo factor tecnológico - esencial y mucho mas predominante en el período siguiente, entre 1815 y 1914 - aún no había hecho su aparición, imponente y definitiva.

Solo algunos ejemplos comparativos: En tiempos del Rey Sol, Luís XIV, Francia había reunido, en 1694 (también una guerra contra Inglaterra) casi 300.000 hombres (la población francesa era cuatro veces mayor que la británica), cifra que era ya gigantesca, para la época. Si bien durante el siglo XVIII Francia creció demográficamente un tercio más, en 1794 logró reunir la imponente cantidad de 750.000 hombres bajo las armas, es decir, una vez y media más que cien años antes, pero cinco veces más, en proporción, de lo que había sido su crecimiento poblacional. Pocos años más tarde, ya en tiempos imperiales napoleónicos, Francia sumó como efectivos propios, casi un millón y medio de reclutados, entre 1800 y 1812, a los que se agregaban los contingentes de los países aliados y satélites.

Las grandes batallas de las dos primeras décadas del siglo XIX llegaron a enfrentar fuerzas de entre casi 100.000 efectivos y alrededor de 300.000, de cada parte, es decir, entre 10 y 50 veces superiores a las que se enfrentaron en la mayor batalla librada en nuestras tierras, la Defensa de Buenos Aires, hasta Caseros, en 1852. El Reino Unido, por sí solo, no podía nunca compararse, en tierra, a semejante aparato bélico, el que, además, había transformado su eficiencia en forma rápida y sustancial. Era superado cuantitativa y cualitativamente. Pero el contrapeso de semejante superioridad pretendió ser - y lo consiguió - el marítimo, donde su ventaja creció, entre el inicio y el fin de este período (solo un cuarto de siglo, entre 1790 y 1815), hasta equiparar la suma de sus mayores rivales. Esa diferencia era cuantitativa muchas más naves, más la logística, realmente gigantesca, que debía mantener efectivas las flotas y cualitativamente también: técnicas navales; medios y sobre todo, conducción, estratégica y táctica, con toda justicia, su mayor ventaja relativa. No es posible tocar aquí mas allá de una sola mención el cambio epocal, paradigmático que significó en las sociedades rivales y enemigas involucradas en el gran conflicto este período, corto en tiempo, pero profundo en consecuencias. En numerosos estudios, no solo políticos y militares, es estudiado en profundidad.

Concentrémonos en el estrecho pero vital período que nos ocupa: 1804 - 1808. La notable coincidencia política de la aut coronación, como Emperador, de Napoleón y el regreso al poder del PM Pitt (quién duró poco, pues falleció, muy joven aún, a comienzos de 1806), inicia un período de confrontación intenso. Por una parte, continúa la preparación francesa para una invasión a la isla: Se concentran en Boulogne 150.000 efectivos. Por la otra, la secuencia de la guerra naval de preparación que llevará a la gran batalla de Trafalgar, duró casi dos años, desde 1803, hasta el día de la gran batalla, una de las más notorias y decisivas de la historia naval: El 21 de octubre de 1805.

La estrategia francesa consistía en la unificación de las flotas francesa y española - España ya estaba también ella en guerra contra Inglaterra - en Cádiz. Cruzar el Atlántico hacia las indias occidentales (los archipiélagos exteriores del Mar Caribe), uno de los teatros de guerra naval más importantes, clásico en las confrontaciones entre los mismos actores, a lo largo de dos siglos consecutivos, área de enorme importancia económica y comercial, y por ende, también estratégica, para encontrarse con la otra flota francesa, huida de Rochefort.

El jefe naval francés, el Almirante Villeneuve, debía eludir una confrontación con Nelson y regresar al teatro de operaciones elegido, el Cantábrico, para reunirse con la flota en Brest, superar en número la flota británica que defendía el Canal de la Mancha en ausencia de Nelson, para permitir el espacio de tiempo que Napoleón creía necesario - "un día", según el Emperador - para cruzar su enorme ejército a la isla.

Pero no ocurrió tal como planeado. El Emperador, que tenía inmensa superioridad en tierra, creyó posible superar a su adversario naval, contando con el espacio de tiempo suficiente para la invasión y conquista de la isla. 140 años más tarde, en 1940, Hitler abrigó planes similares - la operación "Sea Lion", ó "León Marino - en que suponía tener superioridad aérea, pero desistió luego de la Batalla de Inglaterra justo cuando estuvo a punto de superar a la RAF. Los ingleses comparan siempre estos dos momentos liminares de la defensa de la isla.

En la época que nos ocupa, inicios del siglo XIX, la superioridad marítima británica no solo en lo material (más naves), sino además en lo conceptual, es decir, la conducción estratégica y táctica, lograba casi (no por cierto del todo) equiparar, para los ingleses, el dominio terrestre francés. Nelson no cayó, por cierto, en la casi ingenua trampa francesa de perseguir por todo el Caribe a la flota francesa, aunque al inicio de la campaña lo intentó. No tardó en darse cuenta que la flota enemiga estaba regresando y percibido el gran peligro, despachó una veloz fragata para avisar al Almirantazgo en Londres, preparándolo contra cualquier sorpresa. El Almirante, por su parte, regresó a navegación forzada al teatro de operaciones principal. Villeneuve fue bloqueado, frente al Cabo Finisterre, por el Almirante Calder y debió entrar con su flota a El Ferrol y a Vigo. Luego, bajó a Cádiz. Mientras tanto, la otra flota francesa, en Brest, no pudo eludir el bloqueo británico, para intentar sumarse a Villeneuve y a los españoles. Al momento del encuentro final (la narración algo mas detallada demandaría demasiado espacio), frente al Cabo Trafalgar, aunque el número de naves y armamento, sumadas las flotas, era algo mayor que la fuerza de Nelson - llegado a tiempo - la batalla concluyó en una completa victoria británica, aunque el notable Almirante cayera en la refriega, y una real catástrofe franco - española. El gran drama de ésta, para la época, gigantesca confrontación naval - solo más de un siglo después, en Jutland, 1916, hubo una confrontación comparable, sintetizada en pocas líneas, fue en realidad mucho mayor de lo que luce en ésta somera descripción -. Las flotas aliadas sumaban 38 naves, con 2568 cañones (un dato no secundario: la más grande de todas las naves en la batalla, y según muchos, la más bella por porte e imponentia, la "Santísima Trinidad", con la friolera de 136 cañones, equivalente a la suma de dos naves, era comandada por el entonces contralmirante Baltasar Hidalgo de Cisneros, nuestro último Virrey); la flota británica contaba con 32 naves, con un total de 2148 cañones (420 cañones menos). Al fin de la batalla y de la tormenta marítima que se desató poco después de concluida, la flota franco hispana, que había sumado más de 30.000 hombres (los británicos, algo menos de 17.000), sumó bajas gravísimas. Los españoles tuvieron 2500 bajas, entre muertos heridos y desaparecidos; pero los franceses más de 4500, para un total aliado de bajas superior a 7000. Los ingleses, por su parte, sumaron 1700 bajas. No obstante

la grandiosidad y el carácter de excepción de esta gran batalla naval en realidad no tuvo un efecto estratégico decisivo, en el momento inmediato que siguió.

Si bien Inglaterra superó un momento de peligro terminal que se cernía, los ejércitos napoleónicos ya habían partido, cuatro meses antes, desde Boulogne hacia la región del Danubio del sur de Alemania para iniciar una sucesión de campañas, entre mediados de 1805 y la Paz de Tilsit, en julio de 1807 (precisamente en el momento de la Defensa de Buenos Aires), momento en que para prácticamente toda la opinión histórica el Emperador alcanza el cenit de su carrera militar y de su poder. Estas campañas se extenderán durante dos años, coincidentes con las campañas británicas a Sudáfrica, primero (exitosa), y al Río de la Plata, Buenos Aires y Montevideo, luego (al fin, frustradas).

A medio mundo de distancia de nuestra región, ese momento histórico es liminar e incomparable, por su brillantez de ejecución militar, los éxitos obtenidos y las consecuencias políticas. Ni los previos ni los posteriores alcanzarán ese pináculo.

En el interin, antes del inicio de estas campañas, la *Grand Armee del Emperador* había adquirido un formato táctico más elaborado y completo - modelo para posteriores formas, en otros ejércitos - con el tipo de comando de división, que reúne las tres armas principales (infantería, caballería y artillería) concentrando las divisiones así formadas en cuerpos de ejército. Además, la profesionalidad, la relativa juventud (menores de 40 años) y la fortísima motivación de la conducción superior - los famosos mariscales de Francia, nombradas pocos luego de la coronación imperial de Napoleón - hombres surgidos en la época revolucionaria, que alcanzan rápida madurez en las sucesivas y permanentes acciones, bajo la conducción napoleónica, le dan a la *Grand Armee* un empuje y capacidad de acción, una movilidad, audacia, iniciativa y hasta temeridad que superaba con holgura a todos sus adversarios.

La campaña que arranca en Boulogne para llegar, en su primera etapa, a Ulm, es fulminante. Para los patrones de la guerra acostumbrados entonces, resultó una verdadera "blitzkrieg". En menos de dos meses (23 agosto - 20 octubre) se movilizó un ejército que le cortó a los austriacos del General Mack la conexión con Viena, a sus espaldas, y en una serie de combates (cada uno de ellos entre cuerpos de ejército de alrededor de 20.000 efectivos), dejó sin chances al general austriaco en Ulm. Cabe notar que el fin de la batalla es la víspera de Trafalgar.

En esta batalla, diríase preparatoria de la máxima victoria del increíble historial napoleónico, el emperador logró impedir, con su rapidez de movimientos y posiciones tácticas, que los rusos de Kutuzov (temible general, que había complicado, pocos años antes, las campañas en Italia) se reunieran con los austriacos. No obstante, estos no quedaron totalmente fuera de combate, dado que el ingreso anticipado a Viena - inne-

cesario, antes de terminar con el ejército austriaco, persiguiéndolo - demoró un mes y medio la definición, hasta el 2 de diciembre de 1805, en Austerlitz.

La batalla de los Tres Emperadores: Alejandro I, de Rusia; Francisco II, de Austria y Napoleón, de Francia, concluye con un resonante, absoluto, ineludible triunfo del Emperador francés. Hay que destacar que, hasta aquí, en tres meses y medio Napoleón logró, primero, evitar las mayores amenazas bélicas posibles al formarse la Tercera coalición - el ataque al norte de Italia y la amenaza al territorio francés, por parte de austriacos y rusos, juntos - y luego derrotarlos en su propio terreno, dejando fuera de combate, primero a Austria (Ulm) y luego, juntas, a Austria y Rusia (si bien a ésta última siempre le queda resto, como se verá). La consecuencia político - diplomática es la Paz de Pressburg, en la Navidad de 1805.

Para la mayoría de los historiadores, sean especializados en temas militares; generalistas o particularistas; investigadores o divulgadores; filósofos o biografistas, Austerlitz constituyó siempre un "festín". Como explicamos al principio, el año 2005, 200 aniversarios de este momento, provocó una profusión de nuevos estudios, análisis, revisiones y reflexiones. El detalle de los movimientos militares, la habilidad táctica, las negociaciones diplomáticas y demás avatares se reflejaron en atractivos nuevos estudios y ensayos. Pero lo que importa es, al fin, las consecuencias - sin por cierto olvidar nunca que el drama de la guerra, la prueba de la batalla, el sufrimiento y pérdidas de vidas, es siempre tremenda para quienes la padecen, actores o pasivos, y que las pérdidas fueron enormes. Después de esta catástrofe Austria tuvo que ceder nada menos que Venecia (la había adquirido pocos años antes, en 1798), la Dalmacia (sobre la costa Adriática oriental), ambas unidas a la República Italiana, parte del sistema napoleónico (Napoleón era el Presidente). Pierde también el Tirol, que pasa a la Baviera, junto con el Voralberg y Lindau. Baviera, debido a su lealtad al Emperador, pasa a ser un Reino - parte del sistema, naturalmente. Pierde también Briesgau y Constanza, que van a Badén - Wurtemberg.

Aún en este momento de gloria mayúsculo, el Emperador no se detiene ni conforma en su ingeniería político - diplomática. Por el contrario, continúa siendo más provocativo y audaz. Terminada la Tercera Coalición, que duró realmente poco, romperá con Prusia, otra potencia considerable en el continente, solo marginalmente menor que Austria o Rusia, con la que solo un año antes (12 febrero 1805) había concluido el Tratado de Schonbrunn cediéndole el Electorado de Hannover - que había previamente ocupado, como explicamos - en permuta por los pequeños enclaves cercanos al territorio Imperial (ampliado) de Cleves, Neuenberg y Ausbach - Bayreuth. De tal modo había sumado al sistema continental, por la asistencia mutua militar, a la potencia militar cuyo líder militar lo había inspirado, Federico el Grande. Lo que hará es nada menos

que ofrecer Hannover a los ingleses, como cambio para negociar una nueva paz (los ingleses rehusarán). Prusia, humillada, se lanzará a la guerra en coalición con Sajonia y Rusia - como adelantamos, el gran gigante al que siempre le queda resto, aún después de derrotas catastróficas, las más desastrosas, como demostrará una y otra vez en la historia de los últimos tres siglos.

Inicia el año 1806, cuando los ingleses lanzan la primera invasión al Río de la Plata. Fue un año activísimo, en lo político, lo diplomático y mas aún, lo militar. Antes de las batallas, ese año, Napoleón tomó una de las tantas decisiones trascendentales de su prolífica carrera, en este caso, política. Declara la formación de la Confederación del Rhin, uno de sus mayores legados, bajo su protectorado, obligando a los estados reunidos a la asistencia militar mutua con el Imperio francés. Serán parte de su sistema, dependientes. Pero la gran ganancia, para los alemanes, fue la reducción de la miríada de pequeñas unidades estatales, antigua herencia de Westphalia (1648), que demoró la formación de la Nación alemana por casi dos siglos, en pocos estados, mayores (en relación a los anteriores, aunque todavía pequeños, comparados con las grandes potencias que los rodeaban), los que al fin terminaron por constituir la base de lo que luego fue el Imperio - más de sesenta años luego - previo paso por el Zollverein, unión aduanera integradora, y que al fin constituyen los Estados de la actual República Federal.

Pero no fue suficiente tal decreto. Napoleón obligó literalmente a Francisco II a abdicar la Corona Imperial, concluyendo así con una rémora histórica que se arrastró más de dos siglos de lo necesario, y que databa de por lo menos 600 años antes: El Sacro Imperio Romano Germánico. Notemos ese sustantivo: "Romano", que indica que recién en 1806 una institución perderá un nombre ilustre, más de 2500 luego del inicio que le dio el nombre original. Además, en el mismo año - solo en la primera mitad - Napoleón nombra Rey de Nápoles a su hermano mayor José, el mismo que dos años luego, en 1808, será puesto como Rey de España, y a otro hermano, Luís, como Rey de Holanda. Baviera, hasta entonces un Electorado, fue elevado a rango de Reino. El Emperador, autoproclamado Rey de Italia - autocoronándose nada menos que en el Duomo de Milán, en mayo de 1805, designó Virrey a Eugenio Beauharnais y repartió varios ducados y condados entre los miembros de otra de sus creaciones: La nueva nobleza hereditaria, en parte, miembros de su familia y en otra parte, mariscales y relaciones políticas.

Prusia, confiada en el respaldo de Rusia, desafía con un ultimátum al Emperador, a retirar las fuerzas al oeste del Rhin y a disolver la recientemente creada Confederación. ¡Nada menos! - En la campaña que sigue a este desafío - coincidente con el momento de la primera invasión a Buenos Aires - el Rey prusiano, Federico Guillermo, debió enfrentar, para ser derrotado, junto con los sajones, al ejército imperial en las dos ba-

tallas casi simultaneas de Jena y de Auerstadt, el 14 de octubre, para ver entrar luego triunfante al Emperador en su capital, Berlín, el 27 de octubre. La capital prusiana, desde 1870 capital imperial y hoy, nuevamente, capital de la República Federal, el Emperador decretará, en noviembre, la ampliación del Sistema Continental de bloqueo contra el Reino Unido. Sajonia, el pequeño desafiante derrotado, deberá integrarse a la Confederación del Rhin en diciembre, con la Paz de Posen. Napoleón ingresa en Varsovia el 18 de diciembre. Allí permanecerá durante el invierno.

Concluye un año de grandes acciones y decisiones, de cambios trascendentes, de destino, para varios futuros países europeos. Un año de Gloria, para L'Empereur. Si vemos esta historia en un escenario más amplio que el del centro y norte de Europa donde tuvieron lugar las acciones, los sucesos militares napoleónicos contra Austria y Prusia dejaron en una situación de aislamiento a Rusia, despertando del letargo al otro gran enemigo histórico de Moscú: El Imperio Otomano. El enfrentamiento entre los dos grandes gigantes (para los tamaños de las épocas precedentes) se extendió durante dos siglos, en sucesivas guerras, y continuará luego hasta el fin del Imperio Otomano, en 1917. Los turcos, ansiosos ante la posibilidad de que el Emperador francés tome en su mira los Balcanes, cierran los estrechos - el Bósforo y los Dardanelos - a los rusos, arriesgando otra guerra, que hubiera distraído parte del esfuerzo ruso contra Napoleón. En semejantes circunstancias, existía también la posibilidad de la intervención austriaca contra los rusos, invirtiendo la alianza y hasta corría riesgo de caer el imperio otomano, ya debilitado. Los ingleses, dominadores indiscutidos del Mediterráneo, con su base naval en Malta y el control de Sicilia, llegan a Estambul para disuadir a la "Sublime Puerta" a reabrir los estrechos, pero el Sultán se resiste, disponiéndose a una nueva guerra con su tradicional enemigo: Rusia. Y Rusia, en el norte, está sola contra el "Ogro" (así comenzaron a llamarlo a Napoleón).

Es momento para acordarse: - ¿No parece estar describiendo una especie de guerra europea, y hasta mundial? - ¿No se asemejan los teatros de guerra, los planteos estratégicos, los cambios de posición, a los de la Primera Guerra Mundial, 110 años más tarde? - ¿Es que acaso no implican también estos cálculos al Medio Oriente (concepto aún no establecido) y al pasaje hacia el Lejano Oriente, aún mucho antes de la apertura del Canal de Suez, de la gran expansión europea en África y Asia, de la extensión a otros países europeos de la revolución industrial y hasta del descubrimiento del petróleo y sus usos? Ya al inicio de 1807 continúa el gran enfrentamiento que concluirá en Tilsit. Mientras tanto, aparentemente "distraídos", los ingleses lanzan la campaña de la toma de Montevideo, base de su segundo y pretendidamente definitivo intento de conquista de Buenos Aires, y, nada menos, de toda Sudamérica. Los rusos, justo en ese momento, no reciben ayuda, ni militar ni financiera, a pesar de reclamarla

insistentemente. Inglaterra, a la que nunca le sobraron, precisamente, los hombres, en tierra y ni siquiera en el mar (era la menor de las grandes potencias, en población) decide enviar un ejército importante (sin duda lo es, para los niveles y disponibilidad británicos), al Río de la Plata en lugar de a Francia, como insistían los rusos, y también a Alejandría de Egipto, para intentar defenderla. Ambas operaciones terminarán en ignominiosa derrota y retiro.

Es necesario insistir: La operación al Río de la Plata - no solo Buenos Aires, también Montevideo - fue sin duda importante, no un mero ejercicio secundario, si se toman en cuenta las cifras del esfuerzo en efectivos, naves, comando, logística, objetivos económico y comercial. Más importante aún, para el destino europeo, es que el Zar interpretó que los británicos estaban más interesados en otros lugares del mundo, para su expansión comercial, que en concentrar el esfuerzo bélico contra el Emperador. Es perfectamente posible - así lo interpretaron algunos estudiosos - que esta "indiferencia" británica, con el envío a Buenos Aires de una fuerza, haya inclinado al Zar a concluir la Paz de Tilsit. Además, existen otros parecidos recientes, con 1942 y 1943, cuando los rusos insistían a Churchill y a Roosevelt que invadieran Europa en esos años.

Antes de Tilsit ocurren dos de las mayores batallas de todas las campañas napoleónicas: Eylau, en febrero, que no alcanza a ser un triunfo tan neto - en realidad, muchos dudan sobre el resultado real - y más tarde Friedland, ésta sí, una real derrota rusa. Estamos en territorio polaco, Polonia, víctima de sucesivos repartos entre las tres potencias mayores de la región, Rusia, Prusia y Austria. Es invierno: puro, duro y cruel, lo cual supone un esfuerzo mucho mayor, físico y de la voluntad de todos, soldados y oficiales. Eylau fue una prueba brutal, lucha desesperada y extenuante al máximo, con temperaturas atroces, indecisión, incertidumbres, cambiantes circunstancias y resultado incierto. Las pérdidas de ambas partes lo demostraron. En la batalla de Eylau los franceses sufrieron no menos de 10.000 bajas, aunque es de sospechar que fueron muchas más, a pesar de que la propaganda, muy bien llevada siempre por Napoleón, convincente y permanente, pretendiera que fueron solo 7.500 entre muertos y heridos. Algunos cálculos ulteriores, según la formación de los posteriores grupos de ejército, dejan entrever que pudieron llegar a la friolera de 25.000 bajas. Los rusos, por su parte, habrían perdido no menos de 15.000 efectivos. Los números son altísimos, porque proporcionalmente significaría un tercio de los franceses, algo inusitado. En esta feroz batalla pudo probarse, por primera vez, que era posible contener militarmente al Emperador, casi ponerse a la par de su capacidad táctica.

La siguiente campaña, que culminó con la batalla de Friedland, no menos famosa que Eylau, necesitó de un proceso de reconstitución de la Grand Armée, en el terreno, que tuvo que recibir ingentes aportes de efectivos nuevos, hombres y material, esta

vez en una composición mucho más mixta, procedentes de varios de los aliados. Para mediados de junio, ya en verano, luego de peripecias que incluyeron operaciones tales como el sitio de Dantzig o la batalla de Heilsberg, Napoleón volvió a contar con 80.000 hombres para librar, el 14, la batalla decisiva. El verano permite más movilidad, pero la contienda no fue tanto menos sangrienta que Eylau. Los franceses sufrieron más de 8.000 bajas, y los rusos, comandados por Bennigsen, casi 20.000. Estamos de nuevo en casi un tercio del total en el campo, esta vez, para los rusos. Hubo pocos prisioneros, lo que siempre es una medida de la crueldad de la lucha.

Así se llega a Tilsit, uno de los momentos más altos de la historia militar, diplomática y política de Europa. El encuentro es entre los dos gigantes continentales, en una balsa flotante en el río Niemen. El momento es precisamente coincidente con el desarrollo de la segunda invasión inglesa a Buenos Aires. El emperador ruso, Alejandro I, se negó a conceder la disolución de Prusia, en sus territorios al este del Elba, pero no pudo impedir que la potencia hasta entonces aliada los perdiera al oeste de dicho río. El pacto en esencia fue el reparto de esferas de influencia en una nueva alianza, que incorpora esta vez a Rusia - ya estaban casi todos los demás que contaban - al Sistema Continental antibritánico. Prusia queda reducida a su menor expresión territorial, desde hacia más de doscientos años. Parte de sus territorios occidentales conformarán el nuevo Reino de Westphalia, cuyo titular será otro de los hermanos del Emperador, Jerome. En el peor momento de su historia - anterior a la formación del Imperio Alemán, en 1870 - Prusia pierde también sus territorios polacos, que pasaron a constituir el nuevo Ducado de Varsovia. Además, debió pagar indemnización de guerra y limitar su ejército a solo 40.000 hombres, cifra escásima para defenderse.

Cabe aquí comparar el momento de punición a un estado alemán, el más emblemático, con 112 años después, Versalles, 1919, que en la comparación resulta mucho menos punitivo, en daño y consecuencias. Por otra parte, este momento de derrota y humillación marca el inicio de la recuperación moral, política, económica y al fin, también militar, del reino de Prusia, que la llevará a liderar el proceso de unificación no muchos años después. Pero se necesitará otro hombre de la talla de Bismarck para conseguir un resultado semejante.

Estamos llegando al final de este breve pero intensísimo período, coincidente con las invasiones inglesas a nuestro territorio. Luego de Tilsit, queda planteado un nuevo esquema de poder cuyo efecto no permanecerá demasiado tiempo. El Sistema Continental francés, antibritánico hasta la exasperación, si bien perjudicó a la industria inglesa, impidiendo tajantemente el comercio, tuvo una contraparte no menos grave: El bloqueo naval británico, arma de respuesta, que incluyó a los neutrales y si bien tuvo un efecto boomerang, dañando a los propios británicos, provocó muchos otros daños

colaterales como la piratería, el contrabando, el desempleo y la depresión económica, más la creciente impopularidad del régimen dominante francés en el continente, las inequidades y privilegios para muy pocos, la irritación creciente de los neutrales y, en fin, el resquebrajamiento de la disciplina en su aplicación, en realidad, nunca demasiado eficaz.

La siguiente etapa, que concluye este período, nos acerca a los sudamericanos mucho más a la historia "mayor". Portugal, pequeño reino en el extremo occidental de Europa, pero con colonias extendidas en tres continentes - es decir, un buen mercado - rehúsa aceptar ser parte del *Sistema Continental*. Se resiste. Así desencadena la ira del Emperador que luego del *Tratado de Fontainebleau* en octubre 1807 - un diktat - con la ya muy debilitada y corrupta monarquía borbónica en España, obligándola a permitir el establecimiento de guarniciones francesas en su territorio y dejar paso a sus ejércitos, en marcha hacia Lisboa, envía al Mariscal Junot hacia la capital portuguesa. El comandante francés llega apenas un solo día luego de que partiera la flota británica llevando al rey portugués, Juan VI y a toda su familia al Brasil. No cabe duda que este fue uno de los momentos históricos más importantes para nuestro continente, la de los sudamericanos, pues ingresamos en el juego estratégico mayor de dos de las grandes potencias en pugna: Francia e Inglaterra. Una vez en Portugal, el año siguiente, 1808, verá el inicio de la gran guerra peninsular, involucrando de lleno al Reino de España, y sobre todo, a su población civil, y en consecuencia, también a sus colonias. Es decir, nosotros.

Así llega el nudo al ojo de la aguja. Y no pasa. El *Gran Corso* comienza a intervenir en "nuestra" historia, en forma ahora más directa, al hacerlo en la de España, de la que formábamos parte. El truco, o la maniobra política casi inconcebible, en cualquier otro momento histórico, de Biarritz, en la que Napoleón aprovecha hasta el abuso mas cruel la desgracia borbónica, con esos patéticos personajes portentosa, se diría, gloriosamente retratados por Goya (es muy difícil encontrar retratos tan impresionantes que narran por si solos toda una historia, como el de la familia de Carlos IV, en El Prado), producirá luego el otro portento plástico también goyesco: "Los desastres de la Guerra".

La larga, prolongada, cruel, desesperada y brutal contienda peninsular - que no forma parte de este relato - será una de las mayores, quizá la máxima condena para el Emperador. Ejércitos enteros; centenares de miles de hombres; ingentes recursos; campañas devastadoras; crueldades sin límite, todo será consumido durante casi siete años en la trágica, horrenda guerra ibérica, la peor que padeció la península en su propio territorio, al fin de la cual terminará despojada de los restos de su ya demasiado durable imperio de ultramar, y arrastrada a un retroceso del que le costará decenios, quizá un

siglo, emerger. Y el Gran Emperador concluye, él, totalmente derrotado, desde todos los puntos cardinales, con prácticamente todo el mundo en su contra.

¿Que reflexiones, o sugerencias, podríamos extraer de éste gran cuadro dramático, en muchos casos y momentos, trágico y fatal, para nuestros propios días? – El Buenos Aires aparentemente plácido, que parecía casi apartado del mundo (solo lo parecía, ya que figuraba en algunos planes políticos), dedicado a su propia vida, indefensa y hasta ingenua, concluyó definitivamente cuando llegaron a Quilmes esos pocos ingleses, en junio de 1806. Lo que comenzó casi como una audaz aventura, devino por la fuerza de las circunstancias en una operación mayor, de la misma envergadura al menos del inicial desembarco británico al inicio de la larga campaña ibérica, en Lisboa. Solo que aquel, en un teatro de guerra cercano a su base, con el apoyo de una flota hegemónica, directamente involucrado en la lucha contra los mariscales del Emperador, y con él mismo, en 1809, prosperó hasta lograr el triunfo, siete largos años después. En cambio el del Río de la Plata sucumbió por la oposición cerrada, en casos, heroica, del pueblo de Buenos Aires y de quienes lo conducían, más la incompetencia militar inconcebible de la muy deficiente conducción británica, para partir de estas costas ignominiosamente y abandonar una empresa que pudo haber cambiado no solo nuestra historia, sino también el curso de la universal. De hecho, aún por defecto, la cambió. Aquella semilla de 1806 y 1807 generó frutos muy rápido. Para cuando Napoleón es definitivamente vencido en Waterloo, el 21 de junio de 1815, Buenos Aires estaba ya en curso de ser la ciudad liberadora efectiva de medio continente y capital de una nueva Nación. En menos de 10 años.

Volvamos al principio. La historia es mucho más, casi siempre, "la" Historia, que "nuestra" historia. Es decir: solo es nuestra, en parte. No puede - no debe –ser desvinculada del resto, de las de otros, de la Universal o como suele decirse de "La Historia", con mayúsculas.

Esta no es una lección solo y puramente intelectual, metodológica, pedagógica. Es más bien política, quizá, pretendidamente, hasta filosófica. Ningún lugar, menos aún, ninguna Nación, ninguna Ciudad - sobre todo si es importante, madura, grande -puede ni debe vivir desvinculada del resto del mundo. En realidad, cuanto más involucrada, metida en la masa, participando de La Historia, esté mejor.

BIBLIOGRAFIA Y FUENTES

- *Atlas of world history. Volume ii. From the french revolution to the american bicentennial.* Hermann Kinder y Werner Hilgemann. Anchor Press - Doubleday. 1978
- *A text book of modern european history.* 1789 - 1938. George W. Southgate. Dent and Sons Ltd. 1938.
- *The british way in warfare.* 1688 - 2000. David French. Unwin - Hyman Ltd. 1990.
- *Trafalgar. Countdown to battle.* 1803 - 1805. Alan Schom. Penguin Books. 1990.
- *Battle at sea. From man of war to submarine.* John Keegan. Pimlico. 1988.
- *A history of the english speaking people. The age of revolution. Vol. 3* Winston S. Churchill. Cassell. 1957.
- *Diplomacy.* Henry Kissinger. Simon and Schuster. 1994.
- *Britain and argentina in the six century.* H. S. Ferns. Oxford at Clarendon. 1960.
- *Las invasiones inglesas del rio de la plata.* Carlos Roberts. Emece Editores. 2000.
- *Cada casa era una fortaleza.* Mario Díaz Gavier. Ediciones del Boulevard. 2007.
- *Napoleon ou le mythe du sauveur.* Jean Tulard. Fayard. 1977.
- *The campaigns of napoleon.* David G. Chandler. MacMillan Publ. Co. 1966.
- *Dictionary of the napoleonic wars.* Stephen Pope. Facts on File Inc. 1999.
- *Napoleon and wellington.* Andrew Roberts. Phoenix Press. 2001.
- *The age of napoleon.* Alistair Horne. Phoenix. 2004.
- *Napoleon.* Paul Johnson. Phoenix. 2002.
- *Lezioni napoleoniche.* Ernesto Ferrero. Mondadori. 2002.
- *Austerlitz. La piu grande vittoria di napoleone.* Sergio Valzania. Mondadori. 2005.
- *Napoleone.* Sergio Valzania. RAI - ERI. 2001.
- *Las invasiones inglesas vistas desde alla.* Gral. Gustavo Martínez Zuviría. Separata del Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Volumen LI. 1978.

*EL CONTEXTO SOCIAL, CULTURAL
Y REGIONAL*



Actuaciones en los Puertos de Buenos Aires durante las Invasiones Británicas

Edgardo José Rocca

CAPITULO I

Querer estudiar la historia que nuclea como polo central el caudaloso Río de la Plata, trae una relación inmediata de hechos que se conjuran para no permitir desentrañar en profundidad las realidades acaecidas durante varios siglos de vivencia histórica en torno a este Río, al que en un principio se lo creyó Mar Dulce.

Muchos acontecimientos y países presionaron a lo largo de los meandros de su historia de siglos, durante los cuales el Puerto de Buenos Aires fue en cierto modo caja de resonancia de esos sucesos, que en forma ciclotímica se fueron desarrollando con horas de gloria o de congoja, dejando una estela que se relacionó en forma inconfundible con los fastos sucesos de nuestro país.

En estos siglos, tuvo gran influencia el imperio de Portugal, con su tenacidad en procura de expandir sus territorios, como la fundación de *Colonia do Sacramento*, justamente frente al Puerto de Buenos Aires, teniendo como norma ensanchar sus fronteras sin necesidad inmediata, pero con miras al porvenir.

Recién en 1680, cien años después de la fundación de la Ciudad de la Trinidad, el Río de la Plata despierta miradas y estudios, y es justamente con la fundación de los portugueses de Colonia que se realizó en vista del gran porvenir económico que vislumbraban para el Río de la Plata, con la organización del contrabando con el Puerto de Buenos Aires y territorios que de la misma dependían.

Por muchos años, Colonia fue un problema latente entre españoles y portugueses. Establecida en 1680, fue tomada por los españoles ese mismo año, devuelta en 1683, retomada en 1705, devuelta nuevamente por el Tratado de Utrecht en 1713, conquistada por Cevallos en 1762, otra vez reintegrada a los portugueses en 1764, y reconquistada en forma definitiva en 1777, por Cevallos.

Pero ya en 1724, el Gobernador de Buenos Aires Bruno Mauricio de Zabala, echó a unos pocos pobladores portugueses establecidos sobre la costa oriental fundando en 1726 la ciudad de Montevideo con el firme propósito de impedir que Portugal tomara posesión de toda la Banda Oriental del Río de la Plata y al mismo tiempo evitar más pobladores franceses, que en 1720 se habían establecido en Maldonado, con la intención de negociar con cueros, de donde fueron rápidamente desalojados por las autoridades españolas.

Para comprender las divergencias que existieron entre los Puertos de Buenos Aires y Montevideo que tanto resaltaron en las invasiones inglesas, y posteriormente hasta la Declaración de Independencia del Estado Oriental en 1828, creemos necesario investigar los intereses respectivos de estos dos Puertos.

En ninguna de las orillas del Río de la Plata había algún Puerto de importancia, pero el de Montevideo, que se encontraba en la margen más honda, era infinitamente superior al de Buenos Aires, situado en la margen con menor profundidad. No olvidemos el de la ensenada de Barragán, auxiliar del de Buenos Aires, pero con el inconveniente de su separación de setenta kilómetros, unidos por un camino desastroso cuando existía mal tiempo. Con estos antecedentes, el resultado fue que, tan pronto como comenzó a funcionar el de Montevideo, entró al poco tiempo en franca rivalidad con el de Buenos Aires, y dada su posición, se lo designó como Estación Naval del Río de la Plata, fondeando allí todos los barcos del reino que custodiaban las costas de la Patagonia y las Islas Malvinas, como también, la escuadrilla que vigilaba el propio Río de la Plata, por lo cual Montevideo con el tiempo fue fortificada.

El Puerto de Montevideo fue también el centro de las expediciones de corsarios en el Océano Atlántico, de la industria ballenera y de lobos marinos, puerto de recalada para los barcos que viajaban de Europa al Océano Pacífico y, con el tiempo, anclaje de numerosos barcos de comercio de gran tonelaje, los cuales descargaban sus mercaderías

en el Puerto de Montevideo, del que, por medio de varias lanchas, llegaban al de Buenos Aires o remontaban las aguas de los grandes y caudalosos ríos afluentes.

La ciudad de Montevideo se transformó tomando un aspecto distinto a la de Buenos Aires, que con mucha más antigüedad, la habitaban una mayoría de criollos, quienes paulatinamente tomaban tendencias opuestas a España; mientras que Montevideo, se destacaba por su lealtad a la Corona, debido seguramente a que funcionaba como plaza fuerte y apostadero naval, tanto que los hijos de oficiales nacidos allí siguieron las ideas de sus padres e ingresaron en las filas del ejército o armada española.

Los habitantes de Montevideo, por otra parte, tenían un mayor espíritu aventurero que los de la orilla opuesta. El campo lo habitaban los gauchos, un producto de indios, españoles desertores, negros y portugueses contrabandistas, más reacios a una disciplina ordinaria que los gauchos porteños. El pueblo estaba integrado por militares y marinos, comerciantes, contrabandistas españoles y portugueses, tripulantes y desertores de barcos negreros, corsarios y de comercio, quienes convivían con un conglomerado de razas como la francesa, inglesa, portuguesa, genovesa y sarda. Todos compartían un mismo interés, formar parte en negocios de cualquier índole.

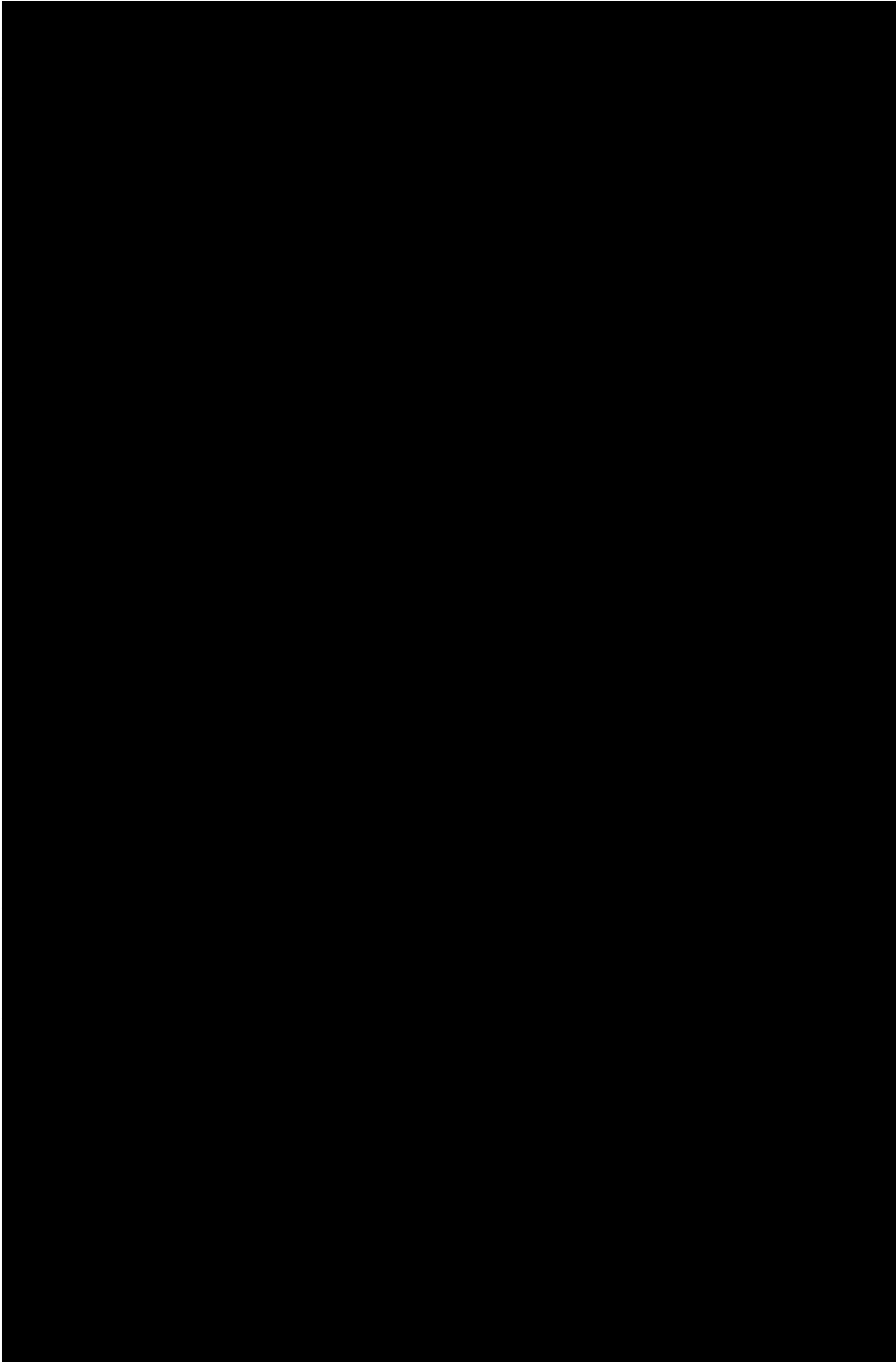
El Río de la Plata a fines del siglo XVI

Luego del desastre de la Armada Invencible a fines del siglo XVI, comenzó la decadencia naval hispana, debilitando notablemente las defensas de sus dominios de ultramar, suceso que se hizo más notorio a medida que las distancias entre estos y España, aumentaban por los asentos fundacionales que requerían más vigilancia.

En la inmensidad marítima del Atlántico Sur, el Río de la Plata era un punto perdido que no contaba con bienes prodigiosos que custodiar, por lo cual prontamente lo consideraron presa segura, o por lo menos apetecible para las naciones que, con irrefutable sentido imperialista, deseaban tener este inmenso río entre sus posesiones.

Al estar aún en gestación el poder marítimo y no contar con medios propios para encarar esta empresa de franca conquista, el reino inglés no tuvo ningún prurito en recurrir al sistema de la piratería o al de sus corsarios debidamente autorizados.

La distinción muy sutil, y muchas veces inexistente, entre piratas y corsarios consistía en la obediencia de ciertas reglas impuestas en la *carta patente* y los reglamentos de *corso* entregados por los gobiernos que las respaldaban. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII, corsarios y piratas fueron generalmente sinónimos, especialmente por los hechos cruentos y desprovistos de todo carácter compasivo, que realizaban en toda oportunidad que se presentara.



se encontraba el rey Jorge III, es el frustrado intento de ingleses y portugueses de apoderarse de Buenos Aires y saquearla. Este hecho, que salió a la luz en la década de 1950, formó parte de una sucesión de agresiones y hostilidades anglo-portuguesas que infligieron a las colonias españolas en el Río de la Plata.

El autor del descubrimiento referente a la historia de esta expedición inglesa al Río de la Plata fue el recordado historiador doctor Enrique M. Barba, publicándolo en la revista Humanidades.

Barba explica que, firmado en 1761 el Pacto de Familia y con la declaración de guerra entre Gran Bretaña y España a principios de 1762, el embajador portugués en Londres concretó un proyecto de invasión de Buenos Aires. Tal vez formó parte de esta idea el relato de Joseph Reed en varias tabernas de Londres relacionando su estadía de varios años en Buenos Aires, como empleado de la Sout Sea Company, la cual contaba con la explotación infame de la Real Compañía del Asiento de Negros, en la zona de El Retiro.

Por su ocupación había conocido ampliamente los procederes de esta especie de depósito donde se acumulaban las mercaderías de origen británico. Decía también que había aprendido la forma de eludir los bancos de arena del río, tan temidos por los capitanes, agregando seguramente, en forma exagerada, las riquezas que podían encontrarse por esos lugares, y también cómo llegar hasta Potosí, sin prácticamente ningún impedimento de tropas españolas.

Al referirse a esta posible conquista de Buenos Aires, W. Laird Glowes, escritor inglés en su historia de la Real Armada de su Nación, decía: *“Una pequeña expedición de 1762 merece mencionarse aquí, aunque la Armada Real tuvo muy poca intervención en ella y sus resultados fueron de escasa importancia. Fue una aventura que en cierto grado nos recuerda a algunos de los sucesos de la era del reinado de Isabel, porque fue una empresa de guerra realizada por particulares, aunque controlada por el Gobierno y que fue dirigida contra el poder español en América”*.

Mientras se ultimaban los diversos detalles del ataque a la Ciudad de Buenos Aires, el Gobernador Don Pedro de Cevallos expulsaba a los portugueses de Colonia del Sacramento, pasándola a manos españolas.

En la ignorancia de este último detalle, la alianza inglesa-portuguesa organizó y planeó durante el año 1762 la *empresa* de apoderarse del Río de la Plata, quedando la parte oriental para estos y sus dependencias para Inglaterra.

Consumados los planes, se hizo cargo de la *empresa* la Compañía de las Indias Orientales, y en su nombre un bravo aventurero al frente, un a bold adventurer, el Capitán John Mac Namara, como dice Sidney Lee en el Dictionary of National Biography, Londres 1909.

Esta empresa fue financiada por suscripción pública, fijándose carteles por la ciudad de Londres para los que desearan emplearse en una “*expedición al Mar del Sur*”, ofreciendo hacerlos partícipes de lo que ella se obtuviera en el saqueo.

Varios comerciantes vinculados a la Compañía de las Indias Orientales, y otros fuertes interesados, reunieron cien mil libras esterlinas, y para que la operación resultara más rentable, las embarcaciones fueron cargadas con mercaderías, con el neto pensamiento de que el centro distribuidor del contrabando en la región, Colonia del Sacramento, estaría en poder de los portugueses. Calculado en 40.000 mil libras esterlinas el valor de los géneros que llevaba la nave *Lord Clive*, se perdió todo en el incendio de la misma, que el Almirantazgo británico le había vendido al Capitán Mac Namara, con el nombre de “*Kingston*”.

Poseía 50 cañones, más la fragata *Ambuscade*, con 28, a los cuales Mac Namara aumentó a 64 y 50 respectivamente, estando la tripulación constituida por 700 hombres en carácter de voluntarios, atraídos por el saqueo de Buenos Aires.

La empresa era auspiciada por “*un grupo de nobles británicos y de comerciantes que llegaron a la conclusión de que un ataque contra el Puerto de Buenos Ayres podría ser útil a la nación y productivo a los aventureros*”.

La expedición partió del Puerto de Londres en julio de 1762, estando Mac Namara en la nave capitana *Lord Clive* y en la fragata *Ambuscade* su segundo, el Capitán Roberts, llegando a Río de Janeiro el 1 de octubre, donde su Gobernador, Gomes Freire de Andrade, Conde de Bobadela, entregó a su jefe un tercer navío de 70 cañones, 6 bergantines bien tripulados y 600 hombres de tropa, por lo cual la escuadra se componía de 3 navíos con 180 cañones, 2 fragatas con 68 cañones, 6 bergantines y 1300 hombres de tropa, teniendo también su poeta, Tomás Penrose.

A comienzos de diciembre de 1762 los invasores se encontraban dentro del Río de la Plata a la vista de Maldonado, continuando rumbo a la Colonia. Al llegar a la altura del Puerto de Montevideo se enteraron que Colonia del Sacramento se encontraba en poder de los españoles. Confundidos por la inesperada noticia, se acercaron cautelosamente a ese Puerto por el canal del norte izando bandera inglesa, resolviendo pasar a saquear a Buenos Aires, sondeando en varias oportunidades el río, sin encontrar paso para el canal del sur. Otro factor que los detuvo fue que cuando Colonia pasó a poder de los españoles, Cevallos le ordenó reforzarla al Ingeniero Antonio Aymerich, para que no quedara lugar en la costa sin fortificar y distribuyendo tropas en ambos lados del Plata, enviando a un Teniente de Artillería a la ensenada de Barragán, un Alférez con algunos artilleros a Maldonado y un Capitán con otros a Montevideo. A Buenos Aires fue una compañía de infantería, un cabo y seis artilleros. En el Puerto de la Colonia ubicó una lancha para que, de recibir el aviso de que una flota agresora había tomado el rumbo

al Puerto de Buenos Aires, pasara personalmente a defenderla dejando en Colonia quinientos hombres y cien en la Isla San Gabriel.

Los portugueses residentes en Brasil, conocedores del escenario y en especial de Cevallos como militar, habían perdido el optimismo inicial y desconfiaban del éxito de esta temeraria *expedición* al Río de la Plata.

Por estas nuevas e inesperadas noticias que hacían variar las intenciones de invasión, el Gobernador de Río de Janeiro Gomes Freire de Andrade, envió órdenes a Mac Namara para que la escuadra volviera a Río, pero este, tocado su amor propio de marino y ante la presión de sus segundos, posiblemente engolosinados por la ambición del saqueo prometido, se dirigió directamente a la Colonia del Sacramento.

El 6 de enero de 1763, a las siete de la mañana, comenzó el ataque al Puerto de Colonia. El fuego fue muy graneado de ambas partes, durando hasta las cuatro de la tarde, presentando los atacantes una batería de 87 cañones colocados a estribor, que dispararon durante la batalla 3.037 cañonazos de bala, palanqueta y metralla.

A las cuatro de la tarde, la *Lord Clive* comenzó a arder frente al Puerto tan vivamente que tres minutos después de declarado el fuego en la cámara de popa, ya estuvo encendido el velamen y obras superiores de un modo que representaba un incendio inextinguible, no quedando más recurso a los demás navíos que retirarse precipitadamente, ni otro asilo a los marineros que el recurso de echarse al agua. Antes de que la pólvora del navío explotara, a las ocho de la noche, Cevallos tuvo tiempo de sacar de ella todo lo que tenía valor. La fragata *Ambuscade* salió maltrecha con la pérdida de 80 hombres. El saldo fue de 78 prisioneros británicos, entre los cuales se encontraban los oficiales Hugh Hackhouse, James Ramsay, John Beesley y William Barton; y los guardiamarinas William Burghall y Charles Rogers.

Cinco se salvaron, trescientos se ahogaron y cuarenta resultaron muertos por la artillería española. El Jefe de Escuadra Mac Namara se dejó quemar deliberadamente a la vista de todos en su navío y el poeta Penrose salvó su vida, publicando sus obras en Londres en 1781 con el título de "*Poems*", cantando dolorosos versos sobre el fracaso de esta expedición. Lo que quedó del barco sigue bajo cuatro metros de arena y barro en el fondo del Río, frente a las costas del Uruguay.

Las pérdidas de los defensores de la Colonia consistieron en la muerte del Teniente de Dragones Carlos Porlier, tres indios y un negro. Los 600 portugueses que habían quedado cuando su rendición, fueron embarcados para Buenos Aires para ser internados en las provincias y en Chile.

Los elementos más fieles relatando esta primera invasión inglesa con los portugueses como aliados, se encuentran consignados en el Parte de la Victoria que Pedro de Cevallos dirigió al rey Carlos III, el 20 de febrero de 1763, diciendo: "*Exmo.*

Señor, Muy Señor mío. Despacho este aviso para dar a S.M., como lo haga por medio de V.E. la gustosa noticia de haber conseguido sus Reales Armas una importante victoria sobre la escuadra compuesta de once bajeles ingleses y portugueses, que atacaron esta Plaza el día 6 de enero pasado.

Antes de empeñarse los enemigos en esta acción, estuvieron algunos días a la vista de esta Plaza, haciendo varias tentativas ya para atacarla o quemar las embarcaciones que estaban en él, ya para pasar a Buenos Ayres, sin haber logrado algunos de estos intentos, así porque no tenían el Práctico, que les llegó después del Janeiro para ejecutar lo primero y tercero, como porque fueron prontamente rechazados por el cañón de la Plaza, las lanchas que intentaron lo segundo la noche del día 24 de diciembre.

Frustrados estos designios, se retiraron tomando el rumbo de Montevideo, a la Plaza, y del Puerto de Maldonado, como también el de Buenos Ayres, a donde igualmente amenazaban con riesgo de un golpe de mano. Envié prontamente todos los socorros que pude, quedándome aquí por lo mismo con muy poca gente.

Con efecto, según hemos sabido después por los prisioneros ingleses, se hallaban el día 2 de enero enfrente de Montevideo con la resolución de atacar por el Puerto aquella Plaza el día siguiente. Pero habiéndoles llegado a la sazón del Río de Janeiro con cartas del Conde de Bobadela un famoso Práctico que se había retirado de aquí con la guarnición, y las familias, cuando nosotros la ocupamos, les disuadió de ese pensamiento, diciéndoles que no tenía, como efectivamente era así, aquel puerto bastante fondo para sus navíos, y que él los introduciría en el de esa Plaza, que por hallarse sin defensa por la parte del Río, podría ser fácilmente tomada, especialmente conociendo que no podía yo menos de haber dividido en muchas partes mis pocas fuerzas, y que por consiguiente me hallaría aquí con muy pocas, teniendo al mismo tiempo el embarazo del crecido número de portugueses que habían quedado en la Plaza al tiempo de su rendición, los cuales ayudarían también a recuperarla.

Deteniéndose un día para hacer sus últimas prevenciones, y habiendo el día 6 reconocido que el viento y la marea eran favorables, se puso toda la escuadra en movimiento a poca vela, y trayendo a la vanguardia los navíos ingleses, uno de 64 cañones y otro de 40, a quienes seguía otro portugués de 60, y quedando en el Puerto a poco más de medio día, y colocados en los parajes más oportunos para el desembarco, dieron fondo y comenzaron a hacer sin interrupción, el más vivo fuego, al cual le correspondió de nuestra parte con mucho mayor del que ellos discurrían, por haberse trabajado con empeño en fortificar la Marina y construido en ella buenas baterías. Aunque fue breve el tiempo que mereció desde la rendición de esta Plaza, y aunque era muy reducida la tropa con que a la sazón se hallaba en ella, experimentaron tanto

daño que el navío inglés de 64 cañones, que montaba el Jefe del Armamento, a las 4 horas de combate, después de haber tenido más de cuarenta hombres muertos, y muchos más heridos, y entre ellos el mismo jefe, se incendió apoderándose el fuego de popa a proa con tanta velocidad que de más de quinientos hombres que tenía a bordo solo se salvaron dos marineros en un pequeño bote, y ochenta que salieron a nado a la playa de esta Plaza, donde quedaron prisioneros, pereciendo todos los demás, y con ellos el Comandante de la escuadra.”

Don Pedro de Cevallos⁽¹⁾

En la carta, Don Pedro de Cevallos, con su natural modestia, no mencionó el hecho de padecer un ataque de paludismo y a pesar de la fiebre que lo retenía en su lecho, se levantó para dirigir la represión desde lo alto de las murallas, exponiéndose al fuego de los invasores por el Puerto, dando el ejemplo a sus efectivos.

Pero en 1711, en Londres, se publicó un famoso y ahora muy raro ejemplar bibliográfico con el título “*Proposal for humbling Spain*”, cuyas intenciones se encuentran bien claras en su título: “Propuesta para Humillar a España”, y que sugiere, ya en esos años, el envío de una fuerza *expedicionaria* a la Ciudad de Buenos Aires considerando además que la plaza no se defendería, o por lo menos que no lo haría fuertemente.

En 1732 apareció otro libro también en la ciudad de Londres, de un tal Pullen, ofreciendo una buena sugestión por el módico precio de un chelín y seis peniques, cuyo título es muy ilustrativo:

“Memoria de los Negocios Marítimos de Gran Bretaña, especialmente en nuestra Relación a nuestros intereses en las Indias Occidentales”, al cual precede la carta original del autor para el Conde de Oxford, cuando era Gran Tesorero de Inglaterra, en relación con la Compañía del Sud y el comercio para el cual fue designada llevar a cabo; comercio que, por consecuencia de un mal manejo a ese respecto, está completamente inactivo y su verdadera naturaleza es explicada por el difunto John Pullen, ex Gobernador de Bermudas. A ello se agrega un breve estudio de América Española del Capitán Pain, que contiene una sucinta deducción sobre navegación de los originales del Descubrimiento del Nuevo Mundo en relación a la extensión, calidad, riquezas y comercio de los dominios de Su Majestad Católica, según un método y autoridades totalmente nuevo, nunca conocido hasta ahora por el público – Londres: Impreso por T.: “*Astlet en la Plaza de la Iglesia de San Pablo y vendido por E. Nutt de la Royal Exchange de la calle San Jaime, año 1732 – Precio: 1 chelín y 6 peniques*”.

¹ Archivo General de la Nación IX – 3 – 8 – 3

Un viaje marítimo entre Sevilla y el Río de la Plata podía tardar, en esos años, entre tres y cuatro meses de navegación, recalando en Puertos intermedios. A la rutina de estos viajes se le sumaba la carencia de métodos de cálculo precisos, de maestros aptos, de tripulaciones y de navíos competentes, agregado a los hechos del mar y a los propios de la navegación a vela –desconocimiento de una meteorología como la actual–, la necesidad de refrescar víveres y agua, adicionado a los imprevistos que podían hacer peligrar el viaje, por más que fuera cuidadosamente programado por capitanes y maestros derroteros.

Podemos decir que un promedio de tres meses, entre la zarpada de un puerto español y el arribo a uno del Río de la Plata, podía considerarse como una buena medida, aunque con tiempo fortuito, buenos pilotos, barcos recién carenados “y con la ayuda de Dios”, en algunas oportunidades, este tiempo se reducía a algo más de sesenta días.

Por la ruta del Océano Atlántico ese era el promedio de tiempo para barcos sueltos, pero la navegación en convoyes extendía algo más la duración. Sin embargo, cuando se utilizaban las comunicaciones por el sistema de flotas y galeones, el tiempo era más impredecible.

Lo expuesto demuestra el riesgo corrido por los viajeros y por la carga para llegar al Río de la Plata. Esto lo que tenían en cuenta las autoridades civiles y militares para la defensa y rechazo de las invasiones de enemigos; el poder contar con tiempo suficiente para recibir refuerzos a tiempo era suficiente, pero también pedirlos era otro de los graves problemas de la época, dada la gran distancia en que se encontraban las colonias de España.

La hidrografía del Puerto de Montevideo lo convirtió en el más apto del Río de la Plata, un verdadero puerto de aguas profundas natural y con menores problemas de acceso. Esta ciudad creció mirando a Buenos Aires y constituyéndose en su hermana y rival, motivado por las especiales circunstancias internacionales de Europa, por lo cual despertó en diversas oportunidades la mirada codiciosa de varias naciones.

Entre su fundación y 1776, Montevideo vio construir su Ciudadela, iniciada el 1 de mayo de 1742, siendo el virrey del Río de la Plata Juan José de Vértiz y Salcedo, el que pudo conseguir enviar al Ingeniero Juan Martín de Cermeño para proseguir estas obras de defensa, las que posteriormente continuó el Coronel Joaquín del Pino, quien fuera posteriormente designado como Gobernador de la Plaza de Montevideo.

El otro punto importante a ocupar en la Banda Oriental lo constituía el Puerto de Maldonado. En una bahía abierta, es el primer puerto del Río de la Plata viniendo de Europa.

La presencia de la Isla Gorriti protege al puerto de las sudestadas y le da buen abrigo, aunque entorpece en algo su entrada. Cevallos inició allí fortificaciones,

justificadas por constituir el Puerto de Maldonado, un puesto de avanzada en la vigilancia del río. Vértiz continuó las fortificaciones, tanto de la Isla Gorriti como de Punta del Este y Punta Arrecifes, con sendas baterías, adquiriendo más tarde importancia militar. El pueblo contaba apenas con algunas casas de barro y paja y su puerto era utilizado solo por los contrabandistas, piratas y corsarios.

Estas obras se complementaron con la construcción de un apostadero de la Real Armada y se constituyeron en las más poderosas del sur americano como así también puerto y bastión hispano en el Río de la Plata e íntimamente ligado a todas las invasiones inglesas.

Era decisión de la Corona española poner una defensa sumamente importante en la región del Río de la Plata por la cual se impidiera fijar asientos de países extranjeros, en especial las costas de la Patagonia y la zona del Río de la Plata, para detener el descarado avance portugués, sobre todo los que se encontraban habitando la Colonia del Sacramento.

Para la expulsión de los portugueses del Plata, el Reino organizó una poderosa expedición, la cual se puso al mando de Pedro de Cevallos, a quien por Real Cédula del 1º de agosto de 1776 se lo nombraba también Virrey del Río de la Plata, creándose en esta forma un control administrativo de mayor jerarquía para proteger esta región.

El 4 de agosto se dieron las instrucciones generales a la expedición, pero el 9 de agosto de 1776, se toma como nacimiento del llamado Apostadero del Puerto de Montevideo ⁽²⁾, mandando instrucciones para que en ella tuvieran asiento dos fragatas y dos sumacas o bergantines para resguardo del Río de la Plata y protección de las Islas Malvinas. Cuando el asiento naval fue transformado en Apostadero estaba a su cargo el capitán Camino, que asistió a la llegada de Cevallos y al ataque de la Colonia del Sacramento.

Fueron enviadas al Puerto de Montevideo las fragatas *Santa Catalina* y *Nuestra Señora de la Soledad*, al mando de los Capitanes de Fragata José Varela y Ulloa y Ramón Topete. En 1778 arribó el Capitán de Navío Gabriel Guerra, para reemplazar a Camino, al frente del Apostadero, quien a su vez fue sustituido en febrero de 1784 por el Capitán de Navío Francisco Idiáquez de Borja, como Comandante del Apostadero.

En septiembre de 1789, llegaron al Puerto de Montevideo las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, al mando del Capitán de Fragata Alejandro Malaspina, en una gira científica de gran valor para la humanidad, siendo el Comandante de la segunda, el Capitán de Fragata José Bustamante y Guerra, el cual retornó en 1797 como Brigadier a cargo del Apostadero, quien, con la experiencia de su viaje científico, le expuso al Ministro de Guerra e Indias Pedro Varela, un plan defensivo basado en el establecimiento

2 Archivo General de la Nación IX - 24 - 2 - 3

de lanchas cañoneras que llevasen hornillos para calentar las balas (llamadas *balas roxas*), que tenían entonces un efecto incendiario, utilizadas preferentemente por la noche por las baterías de los Puertos de Maldonado y Montevideo, coincidiendo este plan con el propuesto por Liniers el 23 de noviembre de 1790 a Antonio Valdés.

A fines de 1801 existían entre veinte y veinticinco lanchas y había aumentado la flota del Apostadero con la fragata *Magdalena*, las corbetas *Descubierta* y *Atrevida* y los bergantines *Nuestra Señora de Belén*, *Nuestra Señora del Carmen* y *Ánimas*, *Nuestra Señora del Carmen* y *San Antonio* y *San Julián*.

CAPITULO II

Otros intentos y antecedentes

No solamente fue el ataque en 1763 a la Colonia del Sacramento –que fuera fundada el 20 de enero de 1680– sobre la Banda Oriental entre los años 1711 y 1802; hubo muchos (en 1780, 1783, 1795, 1798, 1799, 1800 y 1801), generalmente contra América Hispana, pero algunos muy concretos contra la Ciudad de Buenos Aires, llave del Río de la Plata.⁽³⁾

A fines de 1780, el virrey del Río de la Plata Juan José de Vértiz y Salcedo comisionaba al Teniente de Navío Rafael Adorno para reconocer en los Puertos del Brasil la aparición de naves de guerra inglesas, para lo cual se lo proveyó el 17 de octubre de ese año de la “Instrucción” correspondiente al efecto, que ordenaba: “*Se hará Vm. a la vela con la brevedad posible, siendo el objeto principal de su encargo explorar el mar y arribar al Janeiro, donde sin dar motivo alguno de sospecha a aquella Nación, ni al Virrey, le entregará Vm. La Carta que lleve, poniéndose a la vela luego de que se le dé la respuesta y procurando adquirir en el intermedio las noticias que se desean sobre haber entrado en el expresado Río seis Fragatas de Guerra Inglesas, cinco en la Isla Grande y once en la Bahía de Todos los Santos (...)*”.

Se le encargaba en consecuencia que en el caso de resultar que la armada en cuestión se dirigiese al Río de la Plata, regresase sin pérdida de tiempo a dar cuenta a las autoridades. En caso contrario debía recorrer el mar acercándose a la costa y llegar así hasta Santa Catalina.

No tardaría el virrey Vértiz en recibir nuevas e inquietantes noticias, como la carta enviada por Valerio Gassols desde Río de Janeiro el 30 de septiembre de 1780,

3 Carlos Roberts: Las Invasiones Inglesas en el Río de la Plata. 1806-1807. p. 21.

anunciándole la llegada de seis fragatas de treinta y seis cañones cada una y de un paquebote procedente de Lisboa diciendo que en la capital lusitana *“fueron los ingleses a solicitar el Práctico para ingresar cuatro fragatas al Río de la Plata”*; lo mismo afirmaría tiempo después el Capitán de Navío Adorno.

El temor de un nuevo ataque inglés era grande, por lo cual tomaron precauciones extraordinarias, como el Oficio dirigido a Antonio Salazar el 28 de mayo para que las milicias de su mando estuviesen apercebidas y acudiesen a rechazar un desembarco en el puerto de la ensenada de Barragán.

El 17 de junio de 1782, Diego de Salas comunicó al Virrey la noticia de hallarse en Río de Janeiro una flota inglesa con tropa de mar y tierra.

El 16 de diciembre de 1785, el virrey Nicolás del Campo hacía saber al Comandante del Río la siguiente prevención: *“Parece que se frecuentan demasiadamente estas alturas buques extranjeros, y al pretexto de la pesca de ballena pueden cubrir otras intenciones. Con las personas y derroteros del comercio de España con este río y viceversa debería bastar para poner de esta parte toda la vigilancia correspondiente (...)”*.

En respuesta el Comandante de Marina hacía saber el 26 de diciembre de 1785, que se recelaba de las personas como pilotos, ingenieros y toda clase de gente que pudiera levantar planos, hacer mediciones, sondajes o calas en ciertos parajes de la costa, por lo cual a toda embarcación que fondeaba en el Puerto, se le interrogaba sobre si en su ruta había hallado otras naves, a qué altura, con qué rumbo y de qué bandera.

España, de acuerdo con su aliada Francia, en 1796, declaró la guerra a Inglaterra; la misma se desarrolló hasta la firma del Tratado de Amiens, en 1802, a raíz de lo cual Nicolás Vansittart, Secretario del Tesoro, le presentó al Primer Ministro William Pitt, del Partido Conservador, tory, un proyecto de expediciones a América parecido al de 1790, pero más ambicioso: tomando las Filipinas, solicitando el apoyo a los Estados Unidos, a los que le ofrecía la Florida y Luisiana, pero reservándose el Canal de Panamá, a construirse. Tanto Pitt como Rufus King, ministros de los Estados Unidos en Londres, tomaron el plan con gran entusiasmo y ordenaron salir de la India un ejército a las órdenes de los Generales Saint Leger y Wellesley, este último futuro Duque de Wellington.

Al pedir al Coronel Picton, Gobernador de Trinidad, quien contestó que la conquista de Sudamérica era imposible ya que había enviado manifiestos a colonias españolas vecinas incitándolas a sublevarse bajo la protección inglesa, sin resultado positivo

En 1795, el General Aluret Clarke recibió la orden de salir de la Ciudad de Cabo, tomada por los holandeses, con una expedición naval hacia Buenos Aires, enviándose

varios barcos para efectuar reconocimientos en el Río de la Plata y en el Puerto de Buenos Aires, creyéndose que los portugueses, desde Río Grande, cooperarían con los ingleses, ya que eran los únicos aliados que les quedaban en Europa. En 1797 el Gobierno inglés tuvo que abandonar este proyecto ya que los sucesos en Europa colocaban a Inglaterra en una situación muy crítica.

La amargura de Pitt, por el abandono del proyecto, se refleja en su carta al Ministro de Marina, Lord Spencer, del 2 de marzo de 1797, donde dice: *“Excuso decir a Su Señoría, que conoce todos mis pensamientos en el asunto, que jamás en mi vida he acercado mi pluma al papel con más repugnancia que como hago ahora, para abandonar un plan de operaciones que prometía al país tan halagüeñas perspectivas de gloria y de permanentes ventajas”*.

De pronto, el 31 de mayo de 1797 se difundió la noticia de que por la desembocadura del Río de la Plata recorría las aguas una embarcación sospechosa que se acercaba repetidas veces a la costa oriental, echando al agua su bote, que le servía quizás para reconocer minuciosamente el litoral o para adquirir informes de los habitantes ribereños. Sin pérdida de tiempo se ordenó que se alistasen la corbeta Descubierta y una fragata real con el fin de que cruzasen la desembocadura y ahuyentasen al enemigo, que con su sola presencia inmovilizaba en el Puerto de Montevideo treinta y tres naves mercantes. Al respecto, el 2 de julio, el Teniente de Navío Dionisio Moltalvo informó que ese navío no se encontraba en el Río y que se mantendrían alerta.

En agosto de 1797 se resolvió que las fragatas Leocadia, Magdalena y Clara y la corbeta Descubierta se dirigiesen a reconocer prolijamente los alrededores de la Isla de Lobos, y de allí, en el caso de no topar con enemigo alguno, pusiesen proa al nornordeste, reconociendo el litoral desde Maldonado a Río Grande, pasando luego a visitar las aguas de la Isla de Santa Catalina. Ello expresado de esta manera: *“Se hace ver a los enemigos que procuramos buscarlos provocándolos al combate; por cuyo medio podrá precaverse en mucha parte el que frecuenten las fuerzas de dos fragatas que sabemos extrajudicialmente tienen por esos mares”*.

Por otra parte, y para ratificar a las autoridades sus temores, en especial las portuarias, se supo por el Teniente Francisco Agustini, durante su viaje del Puerto de Maldonado al de Buenos Aires, que dos barcos de guerra, por él avistados, no habían entrado aún en puerto. Sin embargo, Bustamante y Guerra opinaba que dichas embarcaciones debían de ser portuguesas destacadas para atacar la corbeta francesa La Ceres, por lo cual solicitaba instrucciones especiales.

La respuesta que obtuvo el 25 de septiembre de 1797, fue categórica: el hecho de aparecer unidos ingleses y portugueses en la vigilancia del estuario era una prueba evidente no solamente de que estos últimos cometían una infracción manifiesta a sus

derechos de nación neutral, sino una ofensa a la nación castellana, por lo cual se ordenaba que si aquellos provocaban no se tuviese reparo en entablar combate.

En febrero de 1799, el Capitán de la zumaca española Nuestra Señora de los Dolores, Bartolomé Rosiano, le comunicó al virrey Olaguer y Feliú que el 15 de enero habían zarpado de Río de Janeiro dos fragatas de guerra inglesas con destino al Río de la Plata. Poco después, desde Maldonado se denunciaba la presencia de las mismas en Río Grande, por lo cual se ordenó que la fragata *Leocadia* redoblase la vigilancia. Posteriormente, en mayo de ese mismo año, el Virrey le escribió a Bustamante y Guerra adjuntándole la traducción del Oficio remitido por el Comandante de Marina de Su Majestad Británica, en la bahía de Tablas, y una copia de la relación de nueve prisioneros que se habían despachado procedentes de las zumacas españolas *Nuestra Señora de los Remedios* y *Santa Rosa de Lima*, para canjear por igual número de ingleses.

El 29 de noviembre de 1800, el navío *Diómedes* de cincuenta cañones, enarbolando el pabellón inglés, apresó la balandra española *La Concepción* del tráfico del Río de la Plata: “(...) *en que cogieron los enemigos cinco cartas para una fragata de su Nación que se hallaba a su vista la mañana del 30 en Samborombom.*”

Iniciada la información sumaria, el Comandante de Marina acusaba, con un Oficio del 29 de abril de 1801, a cierta compañía de catalanes poseedora de faluchos dedicados al contrabando.

El vigía del Puerto de Maldonado, que daba cuenta regularmente de los movimientos de barcos ingleses, anotó en su cuaderno de observaciones que el 24 de mayo de 1801 se le unían al navío dos fragatas de guerra británicas; esto hacía presumir que, de simples bloqueadores, estaban dispuestas a pasar a ser atacantes, pero el 20 de junio las fragatas mantuvieron su crucero. El bloqueo, empero, se hacía sentir cada vez más; el 29 de dicho mes el bergantín *El Ligero*, portador de pliegos de S.M. y comandado por el Teniente Esteban de Gomendio, fue apresado por la fragata *Júpiter*, de cincuenta cañones, carenada en Río de Janeiro, a cargo del Comandante Losak.

El 1 de octubre de 1801 se firmaban los preliminares de Londres, primer paso que se daba hacia la paz de Amiens y por los cuales Inglaterra devolvía sus conquistas coloniales a excepción de dos: Ceylán y Trinidad. Finalmente, el 25 de marzo de 1802 se suscribieron los documentos diplomáticos que ponían fin a la enconada lucha. España, igual que Francia, aprovechó el cese de los conflictos para introducir reformas. La guerra había permitido a Londres anular en el mar el comercio franco-español e introducir, mediante el contrabando, inmensa cantidad de mercaderías en la América hispano-holandesa. La paz, en cambio, permitía que las naves franco-hispanas recorriesen libremente los mares, disminuyendo las ganancias británicas rápidamente y en forma alarmante.

El 5 de octubre de 1804, la flotilla española que llevaba un fuerte cargamento metálico desde América (4.736.153 pesos fuertes, de los cuales 1.307.634 pertenecían al Tesoro Real) fue sorprendida y apresada por barcos de guerra ingleses después de una breve resistencia.

El 24 de diciembre de 1804, el bergantín portugués *El Pensamiento Feliz*, al mando del Capitán Pedro Lorenzo Alcántara, llegó al Puerto de Buenos Aires y le informó a José de Córdoba y Roxas, de la goleta Paz, que se encontraba en Balizas Exteriores, de la noticia del ataque sufrido por la escuadrilla española capitaneada por Bustamante y Guerra, por lo cual el 26 el Subdelegado de Marina recibía la orden de no permitir la salida de las embarcaciones para puertos europeos, colonias extranjeras y ni hacia la costa de África. El 20 de enero de 1805 se cerró el puerto de Montevideo y se tomaron medidas de embargo contra las propiedades inglesas.

El Puerto de Buenos Aires antes de las Invasiones

Santiago de Liniers dio, en abril de 1805, instrucciones de vigilancia en el Alto de la Residencia, Quilmes, Arroyo de las Carmelitas, en las estancias de Federico Marques, Fermín Rodríguez, Arellano y Loza, y en la ensenada de Barragán. Los vigías, con señales o disparos, debían anunciar la llegada de barcos enemigos: de 24 a 30 hombres en Punta de Piedras, 10 en Atalaya, otros 10 en el puesto La Balandra y 6 en Punta Lara; destacamentos cuya misión era recorrer y vigilar la costa para poder anunciar con tiempo la presencia de ingleses.

El día 7 de mayo de 1805, apareció en el Río de la Plata un bergantín corsario inglés, enviado por Pitt, Melville, Popham y Miranda, con el objeto de reconocer el teatro de operaciones, al mismo tiempo que sondear el Río en ciertos lugares precisos. El bergantín inglés apresó uno español, de dos cañones de “a 2”, llamado Arrogante, pero dos de sus tripulantes pudieron liberarlo y llevarlo al Puerto de Colonia, donde informaron sobre el bergantín *Antílope*, armado con doce obuses de “a 12”, dos cañones de “a 4”. Esta nave enemiga alarmó al Fuerte a cargo del Capitán de Fragata José Laguna.

El bergantín *Antílope*, el 9 de mayo, se colocó frente a Quilmes para continuar sondeando y el 10 navegó hacia el Puerto de Buenos Aires, situándose a la cabecera del “*Banco de la Ciudad*”, donde sus embarcaciones lograron capturar al navío *El Pilar* y la fragata portuguesa negrera *Luisa*.

Por tal motivo, el virrey Rafael de Sobremonte ordenó que las embarcaciones se refugiasen en el Riachuelo o en Balizas Interiores, bajo el fuego del Fuerte de Buenos Aires, actuando en estas disposiciones el Capitán del Puerto, Pablo Sizur.⁽⁴⁾

Desde el 15 de mayo, los vigías instalados en Punta Piedras, Atalaya y La Balandra informaron de la presencia de dos o tres naves enemigas, fragatas o corbetas que suponían era la división Deslobbes.

A partir del 1 de junio se recibieron en Buenos Aires noticias de Montevideo sobre la presencia de varias naves enemigas que avistó el bergantín El Cupido. Tres días después, el vigía del Puerto de Maldonado informó la navegación de ocho naves divisadas por el tercer piloto José de Costa y Lara.

El 13 de junio de 1806, el Teniente Ruiz Huidobro sospechaba que era la expedición inglesa del Cabo, sobre la que informó oportunamente el Alférez de Fragata José de la Peña, que los divisó desde su falucho *Nuestra Señora del Carmen*.

El 25 de junio, Liniers avisó al virrey Sobremonte que el enemigo con naves de tres palos en cantidad de cinco, tres bergantines y una sumaca, se dirigía al Puerto de Buenos Aires⁽⁵⁾, por lo cual se prepararon apresuradamente las débiles naves de guerra y se alistaron las lanchas cañoneras, contando con el apoyo de la corsaria Reina Luisa, al mando de Mapo Mordelle. Azopardo tripuló la lancha *Invencible* número 4.⁽⁶⁾

La fragata *Narcissus*, con el Comodoro Home Riggs Popham a bordo, que de acuerdo con algunos era un aventurero, explorador, astrónomo, brillante navegante y astuto diplomático, había fondeado el 8 de junio frente a la Isla Flores, pero el jefe inglés dudaba aún al llegar a destino cuál sería el lugar apropiado para efectuar el desembarco. Ya antes de fondear en Santa Helena tenía estas operaciones que realizar:

- 1- Ataque a Buenos Aires y desembarco en Punta Lara.
- 2- Desembarco con ataque a Montevideo, en su mismo puerto.
- 3- Desembarco al este de Montevideo.
- 4- Desembarco en la costa sur y ocupación de los Puertos de Ensenada y Buenos Aires.

“Para el comercio de Gran Bretaña, Buenos Aires muestra peculiares ventajas, así como para la industria activa de sus ciudades manufactureras. Y cuando me atrevo además a asegurar a Sus Señorías la extrema salubridad del clima, sólo estoy dando una tranquilidad a la que los amigos de todas las personas empleadas en esta

4 Archivo General de la Nación IX – 59 – 1 – 5

5 Archivo General de la Nación IX – 1 – 5 – 5

6 Archivo General de la Nación IX – 3 – 1 – 69

expedición tienen justo derecho, y que estoy seguro será igualmente gratificante para los sentimientos de todo súbdito británico.”

En el juicio que se le realizó posteriormente a Popham en Londres para juzgar su conducta, declaró que el Primer Ministro William Pitt le había suministrado una Carta del Río de la Plata, que había sido enviada de Madrid a París, para uso de la escuadra francesa, que seguramente sería la de la expedición del Capitán de Fragata Alejandro Malaspina de 1789, con las adiciones del piloto Oyarvide, basándose en la cual se realizó una Carta inglesa en 1805.

Comienza el desembarco

El Puerto de la Ensenada de Barragán, aunque conocido, no fue realmente analizado hasta 1727, cuando el piloto Juan Antonio Guerrero levantó su carta hidrográfica, recomendándolo como el único lugar abrigado de la costa bonaerense.

Bruno Mauricio de Zavala hizo suyo el informe y pidió al Rey autorización para artillarlo, instalando una batería en 1731, la que se amplió con fortificaciones en 1735, obras que se ampliaron en 1775 en lo que se llamó, sin llegar a serlo, *Puerto de la Ensenada de Barragán*.

En esas épocas comenzó a trazarse una huella entre Buenos Aires y dicho puerto, resultado de las carretas que lo transitaban, lo que llevó a ser un lugar apto para el desembarco del contrabando proveniente de la Colonia ya que no poseía autoridad portuaria.

La escuadra inglesa completó su reunión el 11 pero, debido a la niebla, la fragata *Narcissus* llegó recién el 13 frente a Montevideo, y el 15 las tropas fueron embarcadas en los transportes, teniendo en cuenta el menor calado de estos. El General Beresford y su Estado Mayor se reunieron con Popham a bordo de la fragata *Narcissus*, donde se embarcaron también la infantería de marina y los marinos que iban a desembarcar de acuerdo al plan de invasión planeado.⁽⁷⁾

Se podía apreciar que la infantería de marina se encontraba uniformada con chaquetilla roja y los marinos con uniforme azul, estando todos bajo las órdenes del Capitán King, del navío *Diadem*.

Con el objetivo de cortar las comunicaciones, los navíos *Raisonable* y *Dio-mede* fueron situados frente a los Puertos de Maldonado y Montevideo, mientras que Popham se adelantaba con los transportes y naves menores; pero el piloto Russell, que se encontraba ebrio, lo hizo encallar en el norte del Banco Ortiz, del cual pudieron zafar prontamente. Con tiempo malo, ventoso, nieblas y lluvias, recién el 22 estuvieron

7 Archivo General de la Nación IX - 3 - 1 - 5

próximos a la Ensenada, y el 25 a la madrugada zaparon hacia Quilmes. Poco después del mediodía comenzó el desembarco de las tropas, en 21 botes, realizando tres viajes portando de veinte a veintitrés hombres cada uno; el bergantín *Encounter*, por otro lado, fue varado cerca de la playa para respaldar con su artillería a las tropas invasoras en tierra.

Consistió la fuerza desembarcada en 1.641 hombres, estando compuesta por: 138 de artillería; 1.046 de infantería, de los cuales 864 eran del Regimiento 71º y 182 de la Infantería de Santa Helena; 7 de caballería; 340 de la infantería de marina; 100 de marina; y 10 al Estado Mayor e Ingenieros; la artillería puesta en la playa constaba de 8 cañones, 2 obuses de 5 pulgadas y media, 4 cañones de “a 6” y 2 cañones de “a 3”.⁽⁸⁾

Cuando ya anochecía terminó el desembarco. Mientras partidas de la caballería española observaban desde la barranca cercana, los ingleses dormían esa noche en la playa. En la madrugada siguiente, en el combate de Quilmes, los invasores batieron a las inexpertas tropas del Inspector José Arce, tomando sus cañones abandonados en la huida y avanzando hacia el Riachuelo.

Recordemos que la armada española en esos años consistía en: la corbeta San Francisco de Paula; el bergantín Ligerio; las goletas *Paz*, *Dolores* y *Santo Domingo*; las sumacas *Aranzazú* y *Belén*; 25 lanchas cañoneras, lanchas, otras embarcaciones y botes armados. De este detalle descontamos las corbetas *Atrevida* y *Fuerte*, por estar mal tripuladas y virtualmente desarmadas. Con las fuerzas descritas, cayó la Ciudad de Buenos Aires con el pequeño número de invasores ingleses desembarcados al sur del Puerto de la Ciudad, aún atónita por los acontecimientos.

El informe de Popham estimaba las fuerzas nativas como incompetentes, aunque exageraba su número diciendo: “*El enemigo estaba apostado en la aldea de Reducción* (actualmente Quilmes), *situada en una eminencia a unas dos millas de la playa, con lo que parecía una excelente pradera entre los dos ejércitos, aunque a la mañana siguiente resultó ser sólo una ciénaga cubierta de hierbas*”, según el informe publicado en la *Gazette* del 13 de septiembre de 1806. En la primera edición del *The Times*, el sábado a la mañana, apenas se había registrado en la segunda página que: “*no se han recibido informes de la expedición*”, pero las letras crecieron de tamaño y resaltaron, en la cuarta columna de la misma página, en una edición posterior del mismo día que anunciaba: “*Por un correo expreso que acabamos de recibir de Portsmouth, tenemos que congratular al público con uno de los hechos más importantes de la actual guerra. Buenos Ayres en este momento forma parte del Imperio Británico, y cuando consideramos las consecuencias a las que lleva este hecho, dada su situación y su capacidad comercial, así como su influencia política, no sabemos cómo expresarnos*

⁸ La presente información relacionada con el movimiento de las tropas inglesas es de las “Memorias” del Teniente Samuel Walter.

en términos adecuados a nuestras ideas sobre las ventajas nacionales que derivarán de la conquista de esa ciudad del Río de la Plata”.

Reconquista de Buenos Aires

Al lograr su objetivo, el Comodoro inglés Sir Home Popham informó a las autoridades de su país el éxito y consideraba muy bien justificada la excesiva iniciativa en el desembarco y toma de la ciudad, relatando su llegada y el movimiento de sus naves hasta el momento mismo del desembarco en la costa quilmeña.

Con respecto al Batallón de Marina, informó de su organización como tropa de desembarco de la escuadra, reforzada con algunos marineros y tres compañías de Azules Reales, *“quienes habían sido ejercitados con regularidad para esta tarea y vestían uniforme apropiado”*, y que el 27 de junio observaron algunos fuegos en el Riachuelo, *“pero con el fuerte viento resultó impracticable mantener comunicaciones con tierra durante ese día”*; señalando luego el “gran celo del Subteniente Talbot del bergantín Encounter y del Subteniente Groves del Diadem y una gran actuación de oficiales y tripulación de los diferentes transportes durante las operaciones de desembarco en el Río de la Plata”.⁽⁹⁾

El 28 de junio de 1806, luego de izar la bandera inglesa en el Fuerte, saludada por salva de cañones en tierra y de la escuadra, desembarcó Popham y se puso en comunicación con Beresford. Este tomaba ya las primeras medidas de gobierno, entre las cuales figuraban el nombramiento del Coronel Pack como Comandante de la Guarnición, y del Capitán de Marina Guillermo Thompson, como Capitán de Puerto de Buenos Aires.

Santiago de Liniers permaneció unos días en Buenos Aires, sosteniendo varias entrevistas con prominentes vecinos, teniendo conocimiento de la tentativa que pensaban efectuar Sentenach, Esteve Llac, Fornaguera y Álzaga, buscando la independencia⁽¹⁰⁾, y de que el virrey Sobremonte se encontraba en Córdoba reuniendo tropas, por lo cual pensó que el único núcleo de poder intacto en su prestigio era el apostadero del Puerto de la ciudad de Montevideo.

Alrededor del 10 de julio, Liniers se trasladó al Puerto de Las Conchas para pasar luego a la Colonia del Sacramento. Procedente de esta llegó el Capitán de Fragata Juan Gutiérrez de la Concha, informando que el 3 de julio la Ensenada había sido ocupada por los ingleses al mando del Teniente Groves. Gutiérrez de la Concha era el

9 Archivo General de la Nación. VII – 2 – 5 – 4. Nota de Home Popham al Almirantazgo, fechada en a fragata Narcissus frente al Puerto de Buenos Aires, el 6 de julio de 1806.

10 Hjalmar Edmundo Gammalson: Juan Martín de Pueyrredón. Editorial y Librería Goncourt, Buenos Aires, 1968, Pp. 41 al 49.

oficial de Marina de mayor grado de la guarnición del Río de la Plata, luego de Ruiz Huidobro y Liniers.

El 11 de julio, en un Consejo de Guerra, los jefes y oficiales del Apostadero presentaron un proyecto para llevar a cabo la reconquista de la Ciudad de Buenos Aires, en poder del enemigo, contando la ayuda que recibiría de su población, recalcando que el ataque debía ser efectuado prontamente debido a que los ingleses podrían recibir refuerzos en pocos meses.

Proponían que fueran alistadas todas las tropas veteranas y las voluntarias que se juzgasen necesarias y que a las órdenes “(...) *de un oficial de crédito, habilidad, robustez y disposición militar para una empresa, marchen a la Colonia del Sacramento. Serían embarcadas allí en una escuadrilla formada por las tres goletas cañoneras que se hallaban armadas, dos más que pueden alistarse en poco tiempo y doce lanchas de fuerza, cañoneras y obuseras, con el número de embarcaciones correspondiente de transporte de la tropa que debía ir, así como el de los botes y lanchas proporcionado al justo desembarco; estas últimas harán su navegación por el Canal del Norte, lo más próximo a la costa que sea posible. En la Colonia serán embarcadas las tropas al anochecer, con viento del noroeste, debiendo desembarcar en la playa de los recoletos para San Isidro o río de Las Conchas, según lo exijan las circunstancias y cuyo paraje es todo propio al intento*”.

Luego del desembarco operarían contra las embarcaciones británicas en Balizas del Puerto de Buenos Aires o Canal de San Isidro, tomando posiciones para batir al Fuerte, llamando la atención del enemigo inglés, mientras se desembarcarían 400 hombres de tropa escogida y bien armada y 140 hombres de marina, lo que obligaría a los británicos a dividir sus fuerzas y la gente sería reemplazada con la marina del Riachuelo.

Este plan tiene fecha del 11 de julio de 1806 y lo suscriben Juan Gutiérrez de la Concha, Baltazar Unquera, José Obregón, Antonio Leal Ibarra, José Cabrera, Juan Ángel Michelena, José de Córdoba, Cándido de Lasala, José Quiroga y Francisco Pareja.

El día 22 de julio, Ruiz Huidobro puso a Liniers al mando de la expedición. Al día siguiente Liniers iniciaba la marcha con su núcleo de veteranos, la Compañía de Miñones recién formada y un nutrido batallón de voluntarios de Montevideo, compuesto por: Compañía de Granaderos de Infantería de Buenos Aires, con 3 oficiales y 65 hombres; Dragones de Buenos Aires (cuatro compañías), con 16 oficiales y 216 hombres; Real Cuerpo de Artillería, con 2 oficiales y 75 hombres; Blandengues de Buenos Aires, con 5 oficiales y 174 hombres; Tropas Veteranas, con 26 oficiales y 530

hombres; Milicias de Montevideo Infantería, con 10 oficiales y 154 hombres; Compañía de Miñones, con 2 oficiales y 120 hombres, y 18 aventureros. Hacían un total de 38 oficiales y 822 hombres. ⁽¹¹⁾

El cruce del Río de la Plata comenzó en la Colonia del Sacramento el 3 de agosto de 1806, con un efectivo total de 44 oficiales y 924 hombres, haciéndolo en ocho transportes, a los cuales se habían agregado una balandra y tres lanchas de la Colonia, siendo las embarcaciones pequeñas, las mayores de poco más de 25 metros de eslora. Los reconquistadores pasaron una mala noche debido a que viajaron apiñados, sufriendo la mayoría los efectos del mareo por las aguas del Río de la Plata.

Se pasó a fondear en la isla San Gabriel a las cuatro de la tarde, para ocultarse de los enemigos y dar órdenes a la división de lanchas cañoneras allí fondeadas. Según Liniers, a las 18 horas, la expedición pudo zarpar hacia los Olivos que, era el punto fijado para el desembarco. ⁽¹²⁾

La noche era muy oscura, hecho que favoreció los planes de los reconquistadores, y soplabla viento estenordeste para llevarlos a la Punta de los Olivos, al oeste de la Colonia, a 57 kilómetros. Las embarcaciones españolas eran de poco calado, las sumacas, que eran las mayores, como la Paraná y la Nuestra Señora de Aranzazú, tenían su fondo aplanado, calando solo 6 ó 7 pies como máximo, con cuidado de no tocar el banco Playa Honda, tomando el canal costero que iba del Puerto de Buenos Aires hasta el de Las Conchas.

Entre tanto, Juan Martín de Pueyrredón y su gente encendieron fogatas en la Punta de los Olivos, San Fernando y Las Conchas para guiar a las embarcaciones. Al amanecer vieron a Buenos Aires y las naves mayores de los ingleses fondeadas en el Puerto, frente a la Ciudad, fuera del banco de Los Pozos y Balizas.

Únicamente una nave enemiga se oponía en el camino de las de Liniers desde la Recoleta hasta Las Conchas: la goleta *Dolores*, armada con dos cañones de “a 18” y diez cañones de menor calibre, que se encontraba fondeada en el canal costanero, cerca de la playa de San Isidro, al mando del Teniente Herrick; pero con viento favorable a la población, y finalmente reunidas las embarcaciones a las 9 de la mañana, se inició el desembarco, el 4 de agosto de 1806, con un tiempo borrascoso.

Entre las seis embarcaciones que llegaron, venía el bergantín Paraná, al mando el Teniente de Fragata José Posadas; la goleta *Nuestra Señora de Aranzazú*, al mando el Teniente de Fragata Cándido de Lasala, acompañadas por una balandra obusera; y las goletas *Remedios* y *Dolores* ya nombradas.

11 Archivo General de la Nación IX - 3 - 1 - 1. Parte de Liniers a Ruiz Huidobro desde Colonia el 3 de agosto de 1806.

12 Parte de Liniers a Ruiz Huidobro. Se incluye entre los hombres a los 18 aventureros que Liniers colocara como soldados.

El Práctico Mayor de la goleta Remedios, Cipriano Pérez, cuyo Comandante era el Teniente de Navío Juan Ángel Michelena, en la cual viajaba Santiago de Liniers y suponemos que también Juan Gutiérrez de la Concha, temiendo que la sudestada lo arrojara peligrosamente sobre el banco de Playa Honda, y debido también al mal manejo de la embarcación, puso un rumbo corregido hacia el viento para contrarrestar sus efectos, pero con el mal tiempo no se podía distinguir bien y realizó una maniobra cerca de la fragata inglesa que patrullaba la zona, y ante el peligro de ser atacados navegaron conjuntamente con las dos cañoneras dirigiéndose hacia los Olivos.

José de la Peña fue el encargado de pilotear la expedición como el “Práctico Mayor” del Río de la Plata. Toda la flotilla española se encontraba entre la Recoleta y Las Conchas con gran alegría de los jefes de la expedición, que habían temido algún desastre debido a la persistencia del mal tiempo en el Río. Solamente faltaba una balandra con setenta milicianos de La Colonia, que tomaron rumbo a la isla Martín García, punto de reunión en caso de separación por cualquier inconveniente.

El desembarco se efectuó en solo una hora en el Puerto de Las Conchas, cuya población estaba semiabandonada a raíz de la inundación del año anterior, y así este lugar se vio colmado por tropas y pertrechos, encontrándose la artillería volante desembarcada sin problemas; pero sí costó mucho el desembarco de dos cañones de “a 18” de la goleta Dolores, los que fueron colocados sobre cureñas de la marina.

Rendición de los invasores

El Alférez de Navío José Miranda y Fontao, que luego de encallar con su embarcación en la Recoleta se había incorporado al ejército, se agregó a la marinería que comandaba Michelena, estando los Tenientes Benito Correa y Federico Lacrosse sirviendo en la artillería. Liniers se establecía con su Cuartel General en la iglesia de La Merced con sus Edecanes, entre los cuales estaban el Capitán de Blandengues Antonio González Balcarce, su antiguo colaborador en la Gobernación de las Misiones, Hilarión de la Quintana⁽¹³⁾, el Teniente del Fijo Juan José Viamonte, el Teniente de Blandengues de Buenos Aires Marcos González Balcarce y el Ayudante Mayor de las Milicias de caballería de la frontera de Buenos Aires Miguel Irigoyen. También con dos Edecanes franceses, el Capitán de Fragata retirado de la marina francesa, Luis Alejandro de Ducloz Guyot, y el Alférez del Ejército Imperial Francés, Juan Bautista Fantin.

13 Hilarión de la Quintana y Aoiz, nació en San Fernando de Maldonado el 21 de octubre de 1774 ingresando en la Real Armada como Guardiamarina en la Compañía de Cartagena.

Mientras las columnas avanzaban, el mercante inglés Justine, con una artillería de 26 cañones, tripulado por cien hombres, hacía fuego desde el Río de la Plata, acercándose lo más posible a la costa, causando bajas y destrozos importantes.

El General inglés William Carr Beresford, se encontraba en la Recova viendo que aumentaban las bajas entre sus tropas y que los defensores entusiasmados estaban preparados para atacarlos fuertemente. En ese mismo momento cayó muerto a su lado el ayudante Capitán Kennet, por lo que cruzó su espada sobre su mano izquierda, que era la señal de retirada al Fuerte. A pesar de ser duramente hostigados, pudieron penetrar a la fortaleza, siendo Beresford el último en hacerlo. Seguidamente se levantó el puente de entrada y ordenó colocar la bandera blanca de parlamento. Eran las 12 del mediodía.

El teniente Juan Bautista Raymond, en compañía de Mordeille, desde su posición en la calle Santo Cristo (actual 25 de Mayo), divisó la bandera de parlamento, corriéndose hasta la iglesia de La Merced, donde se encontraba Liniers. De la Quintana se dirigió al Fuerte, penetrando en el mismo. Al ser entrevistado Beresford, prometió rendirse “*a discreción*”, e incluso salió a la muralla gritando “*non fogo, non fogo*”.

Frente al foso del Fuerte se encontraba Mordeille, con quien Beresford conversó en francés, entretanto ocho franceses y Miñones lograron escalar el Fuerte, cosa que también tenía pensado Mordeille, con escaleras conseguidas en casas de la vecindad.

El Capitán Guillespie intentó acercarse a la muralla y fue recibido con una descarga de fusilería, entonces Hilarión de la Quintana subió a la muralla y, abriéndose la chaquetilla, ordenó a la multitud que se tranquilizara y respetara la bandera de parlamento. Seguidamente, un oficial arrojó la espada como señal de rendición, pero De la Quintana, con ayuda de Mordeille, la hizo reintegrar al tiempo que solicitaba una bandera española, y desde abajo se la alcanzó el Cabo Primero de Infantería del Fijo de Buenos Aires, Vicente Gutiérrez, que se encontraba embarcado en la goleta Paz, de Montevideo, al mando del Teniente de Fragata José de Córdoba y Rojas, siendo la bandera española izada en medio de los gritos del pueblo.

Con posterioridad, Córdoba y Rojas se aproximó con una compañía veterana solicitando que se bajara el rastrillo para entrar al Fuerte; lo hizo conjuntamente con Mordeille, solicitándole a Beresford que se rindiera a Liniers. Este aceptó y preguntó quién respondería por su vida, a lo cual le contestó Córdoba y Rojas diciéndole: “*Él, con la suya*”. Descendió nuevamente el puente saliendo Beresford con Córdoba y Rojas, De la Quintana y Mordeille, uniéndose en la plaza Juan Gutiérrez de la Concha, y juntos se acercaron a Liniers, que venía entrando en la plaza. En su presencia, Beresford quiso

rendir su espada, pero Liniers se la hizo conservar, abrazándolo y felicitándolo por el valor con que se había defendido, concediéndole honores de guerra.

Cuando Beresford izó bandera blanca, en el Puerto el Comodoro Popham desde la fragata *Leda*, disparó tres cañonazos y las embarcaciones inglesas se dispusieron a zarpar. Para evitar la huida, Gutiérrez de la Concha envió los dos cañones de “a 18” a la batería del extremo del muelle y con ello logró apresar a la sumaca Belén y otras embarcaciones que se encontraban en el Puerto de Buenos Aires, logrando huir posteriormente la sumaca Belén del Teniente Herrich.

Debido a la crecida del Río de la Plata, la fragata *Justine* se había acercado mucho por la sudestada, para efectuar disparos por las calles laterales, quedando fuertemente varada debido a una rápida bajada ocasionada por el viento pampero, que soplabo fuertemente del oeste. Pueyrredón, enterado de la novedad y previo permiso de Liniers, envió a uno de sus ayudantes para que, con un piquete de caballería, se apoderara de la nave, recostada a babor. El piquete estaba al mando de Martín de Güemes.

En un parte detallado fechado el 16 de agosto de 1806, Santiago de Liniers informó sobre las bajas sufridas por las fuerzas españolas: 52 muertos y 127 heridos sobre un total de 1.860 hombres. Según Roberts, las cifras inglesas fueron: 3 oficiales muertos y 46 hombres de tropa; 7 oficiales heridos y 101 hombres de tropa.

Durante la noche del día 2 Ruiz Huidobro recibió órdenes de dirigirse hacia la Plaza, iniciando la marcha, al llegar a La Boca, en un juncal descubrieron un grupo de ingleses, a los cuales el pilotín Luis Leal les disparó un pistoletazo. Esto motivó que la fragata situada en el Riachuelo abriera fuego conjuntamente con un falucho, logrando así que el enemigo huyera.

En reunión, el Capitán Ruiz Huidobro, el Piloto Alférez de Navío Joaquín Gundín, los Alférez de Fragata José Martínez del Coro y Joaquín Ugarte con varios Pilotos y Capitanes Mercantes marcharon hacia el Fuerte, donde Gundín y Ugarte fueron asignados a las baterías con los oficiales de mar y de maestranza. Otros fueron destinados a baterías de la Plaza y Ruiz Huidobro fue puesto a las órdenes inmediatas de Liniers.⁽¹⁴⁾

El Teniente de Fragata Francisco Parejas y Torres, nacido en Murcia, había navegado por mares de Europa y América, ascendido a Guardiamarina en 1791 y prestado servicios en el Real Apostadero de Montevideo desde 1803, obteniendo por la “reconquista” el actual ascenso al mando de la obusera *Valerosa*, confiándole en esta defensa del Puerto de Buenos Aires la dirección del débil falucho San Antonio,

14 Archivo General de la Nación X - 26 - 7 - 10. Información sobre la tropa de Marinería al mando del Capitán de Fragata Joaquín Ruiz Huidobro.

con el cual cerca de Buenos Aires avistó una goleta inglesa, entablado el combate, fue herido mortalmente en la acción en defensa del Puerto.

Existen tres planos españoles de la Ciudad de Buenos Aires que son de la época anterior a las invasiones inglesas: uno es del Capitán de Navío Martín Boneo del año 1800, y los otros dos, realizados por el Capitán de Navío Ingeniero Hidráulico Eustaquio Giannini en 1805. Ambos planos fueron confeccionados con gran calidad y precisión. Este último fue el que los ingleses utilizaron para planear los ataques.

Podemos destacar la actuación del Capitán de Navío Juan Gutiérrez de la Concha, que había tenido una importante carrera en la Real Armada. Nacido en Esles, en el valle de Cayón, provincia de Santander, España había ingresado como Guardiamarina en Cádiz en 1775, embarcándose en el navío San José de la escuadra del Marqués de Casa Tilly, que fue la escolta de la expedición de Cevallos al Río de la Plata y la toma de Colonia del Sacramento. También había participado como Teniente de Fragata en la corbeta *Atrevida* de la expedición de Alejandro Malaspina que llegó al Río de la Plata en 1794.

Debidamente acatadas las disposiciones del virrey Sobremonte, los caudales en oro fueron entregados a los invasores, a la altura de la Villa de Luján, a las partidas que sin pérdida de tiempo destacó el General Beresford con tal objeto. Lo entregado fue de un valor de 544.674 pesos fuertes, distribuidos:

114 zurrone con 3.000 pesos cada uno	\$ 342.000
2 cajones de vajilla	\$ 5.932
1 texto de oro	\$ 563
71 barras de plata	\$ 115.000
21 cajones de doblones y pesos	\$ 4.825
	<hr/>
Total	\$ 544.674

Añadiéndose luego a esta suma otras no menos importantes que el general británico exigió de los representantes de la autoridad que permanecieron en la ciudad:

Félix Casamayor, que guardaba fondos del tesoro	\$ 208.519
Apoderado de la Compañía de Filipinas	\$ 238.720
Correo	\$ 55.872
Administración de Tabacos	\$ 94.325
Aduana	\$ 57.000

Invasión, Reconquista y Defensa de Buenos Aires (1806-1807)

Real Consulado – Fondos privados	\$	208.176
Comisarios de Policía	\$	40.230
Suma anterior	\$	544.674
		<hr/>
Total	\$	1.447.516

Fueron deducidos 30.279 pesos fuertes, que se acreditaron al Comodoro Home Popham y cuya inversión no se ha justificado; 198.170 devueltos al Real Consulado; 31.000 gastos del ejército inglés autorizados y comprobados; y 91.130 que se recuperaron en la Reconquista. El resto fue embarcado inmediatamente para Londres en la fragata *Narcissus*.

Los caudales robados entraron a Londres en medio de una pompa triunfal, en carros tirados por seis caballos pintorescamente adornados. El primero iba cubierto con la Bandera Real de España tomada en la Fortaleza y en cada uno de ellos en letras doradas la palabra “*tesoro*”, haciendo flamear banderolas con las inscripciones: *Popham, Beresford, Buenos Ayres, Victoria*. Precedían y seguían al convoy dos destacamentos de marineros, de los que habían combatido en Buenos Aires, llevando dos de los cañones tomados en Quilmes y las banderas de las milicias provinciales de la ciudad conquistada. Con solemnidad, fue depositado el dinero en el Banco de Londres, en medio del entusiasmo popular que aclamaba los nombres Popham y Beresford, imaginándose que el Río de la Plata ya era colonia inglesa para siempre.

Buenos Aires había sido reconquistada, pero el enemigo permanecía en el Río de la Plata y el Comodoro Popham esperaba refuerzos para realizar otra tentativa. El tiempo no lo corría, pues nadie podía disputarle el dominio de las aguas, en tanto que la ciudad celebraba jubilosamente su liberación, pero al mismo tiempo lloraba a sus muertos y custodiaba a sus prisioneros, persistiendo el peligro de un enemigo poderoso que se encontraba agazapado esperando el momento para un nuevo zarpazo. Y no estaban equivocados, puesto que no tardó en darlo.

CAPITULO III

Tercera Invasión Inglesa

Introducción

En Buenos Aires se discutía sobre la capitulación concedida a los ingleses; si los prisioneros serían evacuados o canjeados por los españoles prisioneros de palabra después de la reconquista. Finalmente, los ingleses fueron enviados al interior por Liniers.

También despertó gruesas polémicas y discusiones entre Montevideo y Buenos Aires el reparto de la gloria, la cual podía dividirse –no sabían aún quedaba mucha por lograr–.

Liniers informó al Virrey todo lo acontecido el mismo día de la reconquista, posteriormente lo hizo a Godoy y Álvarez de Faria, Príncipe de la Paz y virtual Jefe del Gobierno español.

Al llegar las invasiones inglesas, la ciudad de Montevideo era un pueblo, sin la guarnición de línea, con los suburbios que no llegaban a diez mil habitantes, de los cuales mil eran esclavos negros. Se encontraba dentro del Virreinato del Río de la Plata, formando parte de la Provincia de Buenos Aires. Era una plaza fuerte, apostadero naval y puerto de trasbordo para el de Buenos Aires –llegando anualmente alrededor de 200 barcos de ultramar–, por lo cual era un centro activo de contrabando para la Ciudad de Buenos Aires, los ríos interiores y sus respectivos habitantes, muchos de ellos marinos y militares que realizaban tareas en el Atlántico Sur.

Por lo general, el marino designado en el puesto de Jefe del Apostadero, era el Gobernador de la Plaza, quien tenía anclado bajo sus órdenes un variado número de fragatas reales, unos cinco bergantines para cuidar las dilatadas costas patagónicas e Islas Malvinas, cinco lanchas y faluchos para efectuar el correo a Buenos Aires y veinticinco lanchas cañoneras para la defensa del Río de la Plata. El Capitán de Fragata Santiago de Liniers y Bremond, presentó al virrey Nicolás de Arredondo, el 28 de octubre de 1790, un importante plan para la defensa de la ciudad.

Si bien la Ciudad de Buenos Aires había sido reconquistada, el enemigo permanecía en el Río de la Plata, y el Comodoro Popham esperaba refuerzos para intentar la recuperación, ya que nadie podía disputarle el dominio de esas aguas, como dijimos anteriormente.

En Buenos Aires, el 14 de agosto de 1806, se celebró un Cabildo o “*Congreso General*”, en el cual se adoptaron diversas resoluciones como: “*Realización de un Tedeum de Gracias, dotes para doncellas, pensiones para las viudas, organización y preparación de la defensa, constitución de nuevas fuerzas, acumulación de víveres y pertrechos, reservándose los asuntos militares para la Junta de Guerra que debía*

resolverlos". Por último, y no menos importante, el nombramiento de una autoridad política y militar para gobernar Buenos Aires. Únicamente el Virrey podía hacerlo, por eso, aunque el pueblo quería a Liniers, se decidió entrevistar al virrey Sobremonte para que nombrara a Santiago de Liniers Comandante de Armas.

El Virrey, en desairada posición, intentó retener sus derechos, aun desde *Fon-tezuela*, a donde había llegado con 2.000 hombres. Finalmente, de mala gana, accedió a nombrar a Liniers como Comandante de Armas.

El 15 de agosto de 1806, el Comodoro Popham se apostó frente al Puerto de Montevideo con dos navíos, una fragata, un bergantín y ocho buques auxiliares de transporte.

A mediados de septiembre, anclaron dos poderosos refuerzos para los ingleses, el navío *Raisonable* de 64 cañones y la fragata *Medusa* de 32 cañones. El primer navío había sido aprovisionado en Río de Janeiro, *violando descaradamente la neutralidad portuguesa*; esto motivó una protesta del virrey Sobremonte. La fragata *Medusa* traía un contingente de 300 hombres de caballería que eran la avanzada de refuerzos provenientes de la ciudad del Cabo, que llegaron tarde para mantener ocupada Buenos Aires, pero no para un nuevo intento de invasión de la misma. ⁽¹⁵⁾

Una fragata y un bergantín inglés quedaron cerca del Puerto, y más de doce cañoneras salieron a atacarlos junto con seis lanchas de remos, pero luego de tres horas de fuego no pudieron tomar las naves enemigas, a las cuales remolcaron fuera del Puerto con sus botes. Tal vez, siendo las naves tan fuertes, fueron ayudadas por los vientos y las corrientes para salir y dificultar las maniobras españolas.

Varias naves inglesas resultaron capturadas al entrar al Puerto creyéndolo en poder de sus compatriotas. El 3 de octubre fue apresado un bergantín en la Ensenada de Barragán por el Subdelegado Piloto Gundín; el 6, otro bergantín cayó en manos del Gobierno de Buenos Aires. El Piloto Gerardo Bordas, llevando cañones para Barragán en el bergantín *Nuestra Señora de Belén*, capturó una fragata procedente de ciudad el Cabo.

El Gobierno inglés había cambiado de autoridades, a William Pitt lo sucedió Lord Grenville, más pacifista. Popham y Beresford habían sido declarados Ciudadanos Honorarios de Londres obsequiándoles unas espadas suntuosas. También se envió un refuerzo de 2.000 hombres al mando del General Samuel Auchmuty, y otra expedición al mando del General Robert Crawford, para conquistar a Chile.

Entre el 10 y 12 de octubre de 1806, llegó al Puerto de Montevideo la expedición remitida por el General Bair en el navío *Lancaster*; dos bergantines cañoneros de catorce cañones cada uno, una balandra y cinco transportes, consistiendo la tropa en 1.799

15 Recordemos que el Código de Señales que empleó el Almirante Nelson, en la batalla de Trafalgar, era el llamado Código Popham.

infantes, 373 hombres de caballería y 6 artilleros, junto a 60 esposas de soldados ⁽¹⁶⁾. Con este contingente, Popham se sintió con fuerzas suficientes para intentar un golpe sobre Montevideo precedido de un bombardeo para abrir una brecha en la muralla, que tenía 16 puntos fortificados sobre la zona este, con veinte cañones y cuatro morteros.

En total, la fortificación de Montevideo constaba con más de 150 piezas de artillería, con calibres que iban de “a 24” a menores.

En vista de una nueva amenaza de otro ataque inglés, el Gobernador Brigadier de Marina Pascual Ruiz Huidobro, había resuelto formar una defensa naval para preservar la entrada del Puerto, la cual consistía en cinco buques acoderados y artillados con piezas de “a 18” y de “a 24”, que se situarían convenientemente para impedir toda entrada al Puerto.

Estaban protegidos por la batería de la Isla de las Ratas y la del Fuerte de San Francisco. Otra línea de doce cañoneras, más avanzada hacia el mar, se replegaría en caso de mayor poderío enemigo, pasando entre los claros dejados por las cinco embarcaciones artilladas y acoderadas hacia la ciudad para defenderla.

Ataque a los Puertos de Maldonado y Montevideo

Para el bombardeo a la ciudad de Montevideo, Popham dispuso una fuerza naval consistente en: los navíos *Lancaster*, de 64 cañones, y *Diomedea*, de 50; las fragatas *Leda*, de 38, y la *Medusa*, de 32; y los transportes *Tritón*, *Hero* y *Charlotte*, complementados con 12 cañonadas del *Diadem*, llevando 4 cañones de “a 12” cada una. Con artillería menor, los transportes *Colombine* y *Fanny*; los bergantines cañoneros *Encounter* y *Protector*, con 14 cañones cada uno, estando el Capitán Edmonds al mando del transporte *Tritón* conduciendo esta operación. Los buques mayores fueron alijados hasta que su calado fuera de 16 ½ pies, para poder acercarse más a la costa. Para reforzar los transportes con artillería de “a 18”, se les envió una dotación compuesta de Guardiamarinas, Suboficiales y marineros de los navíos *Raisnable* y *Diadem*, para el manejo de la artillería. ⁽¹⁷⁾

El plan de ataque consistía en que los dos buques mayores tomaran posición cerca de la costa y al sur, debiendo acercarse a la muralla sur para silenciar las baterías.

16 En esa época era costumbre el permitir el embarco de mujeres a bordo, gozaban de cierta franquicia como las de no levantarse a diana y para que el personal de guardia pudiera verificar que los coys (camas), que quedaban ocupados lo eran por tales personas, estas debían mostrar las piernas. De ahí deriva el nombre de toque de diana en la Marina Británica “show the legs” (muestran las piernas)

17 La descripción del bombardeo a Montevideo es de las “Memorias” del Teniente (R. N.) Samuel Walter y de Invasiones Inglesas, de Jorge L. R. Fortín. Pp. 147 a 197. Hacía muchos años que el Teniente Coronel Francisco de Viana prestaba servicios en las fuerzas armadas españolas, pero la mayoría lo había sido en la Real Armada. Esta descripción corresponde al parte del Contraalmirante George Murray, desde la Ensenada de Barragán, del 30 de junio de 1807 a bordo de la *Polyphemus*.

Los demás buques tenían que cooperar y luego, bajo los cañones de la escuadra, debían desembarcar las tropas. En la mañana del 28 de octubre, las tropas se encontraban a bordo de los navíos *Diadem* y *Raisonable*, que no participaron del bombardeo.

A las 8:30 horas del 28, la escuadra partió hacia el Puerto de Montevideo con buen tiempo, navegando frente a las baterías de la costa sur y con dos brazas de agua; luego maniobraron para acercarse al Puerto en medio de un gran cañoneo de baterías y cañoneras, que no resultó efectivo por la distancia, comprobando las naves mayores que sus tiros apenas alcanzaban la costa.

Los españoles hundieron un bote enemigo e hicieron algunos impactos en los atacantes. Las naves inglesas no alcanzaban bien la costa, por su calado, a pesar de haber sido alijadas, por lo cual la acción fue suspendida al mediodía, fondeando los británicos en Punta Carretas, mientras debían vigilar y controlar las naves que arribaban de América y Europa con mercaderías. Esa misma noche, el Comodoro Popham decidió tomar Maldonado a fin de tener una base para su escuadra. Para ello cargó la tropa necesaria en las fragatas *Leda* y *Medusa*, y partió rumbo a Maldonado; mientras, tres navíos y el resto de la escuadra pusieron rumbo a la Isla Flores, donde fondearon al mediodía.

Las dos fragatas entraron al Puerto de Maldonado acompañadas de otras naves menores, dirigiéndose a un punto de la costa próximo a la desembocadura del arroyo Molino. A las cinco de la tarde del 29 de octubre de 1806, los ingleses desembarcaron con 400 hombres del Regimiento 38, al mando del Teniente Coronel Vassal, y una Compañía de Infantería de Marina y Marinería, unos 500 hombres. Fueron avanzando hacia Maldonado, en una zona de médanos, defendida por fuerzas menores. La lucha finalizó a las ocho de la noche, y la tropa invasora se dedicó al saqueo y al destrozo, convirtiéndose así la Bahía de Maldonado en base y refugio de la escuadra inglesa.

La Bahía o Puerto de Maldonado, tenía en su centro la población del mismo nombre. Está limitada al oeste por Punta Ballenas y al este por Punta del Este, encontrándose la Isla Gorriti, a poco más de una milla al oeste de Punta del Este, fortificada con 20 cañones de “a 24” y menores con una dotación de tres oficiales y cien hombres; también se encontraban con baterías Punta Ballenas, Punta del Este y Punta Piedras, teniendo estas tres últimas doce cañones de “a 18” y de “a 24”, en total.

Sobremonte intentó contraatacar a los ingleses, pero habiendo recibido noticias de que habían desembarcado numerosas tropas, desistió de hacerlo y en cambio envió una pequeña fuerza de caballería que puso al mando del Teniente de Fragata Agustín Abreu los primeros días de noviembre, partiendo el 7 con cien Dragones, cien milicianos

cordobeses y cien hombres del Regimiento de Voluntarios de Caballería, con la orden de hostilizar, atacar sus partidas privar de víveres al enemigo y proteger la incorporación de los desertores ingleses.

Juan Bautista Azopardo solicitó a Liniers una Patente de Corso para armar una embarcación con que atacar las naves enemigas en el Río de la Plata. Le fue otorgada a principios de octubre, armando una nave llamada *La Mosca de Buenos Aires*, que tripuló con 60 hombres y armó con dos cañones de “a 8” y dos de “a 4”, con la cual vigiló al enemigo, proporcionando partes sobre movimientos, en especial si se intentaba algún desembarco.

El 3 de diciembre de 1806, entró al Puerto de Maldonado el Contraalmirante Carlos Stirling, con un navío que inmediatamente partió a la Ciudad del Cabo y varios de la Compañía de Indias. Stirling arribó para reemplazar al Comodoro Popham, que muy a su pesar, entregó el mando al nuevo jefe naval, regresando a Inglaterra.

El año 1807 se inició con una gran incertidumbre en ambas costas del Río de la Plata. Mientras aumentaba la ya gran flota inglesa, un numeroso grupo de naves mercantes esperaban entrar al Puerto con el firme propósito de vender sus mercaderías de origen inglés.

Las fortificaciones del Puerto de Montevideo se repararon y mejoraron: se instalaron 166 cañones; en la Isla de las Ratas se colocaron diez piezas.

El 5 de enero llegó la expedición del Brigadier General Samuel Auchmuty, con un navío, una fragata, un *sloop* y 19 transportes de tropa con 3.610 hombres y 6 piezas de artillería.

Auchmuty era el que había tomado el mando en tierra, resolviendo evacuar Maldonado y desembarcar cerca de Montevideo. Dos navíos quedaron custodiando los mercantes en Maldonado, siete cañoneros y numerosas naves menores. La tropa era de 6.450 hombres, siendo un total de 75 navíos que amenazaban en el Puerto de Montevideo.

Al ser rechazada la intimidación, el 16 de enero de 1807, las naves menores comenzaron el desembarco protegido por el fuego de bergantines y cañoneros. El Coronel Allende, enviado por el Virrey con 800 hombres, se vio obligado a ordenar una retirada, en tanto que el enemigo continuó su desembarco el 17 y 18 de enero, con artillería de cañones de “a 24”. Sobremonte solicitó refuerzos a la plaza, pero estos solo “amagaron” sobre el enemigo. El desembarco se había producido a unos cuatro kilómetros al este de Buceo; de allí fueron a un campamento que establecieron a tres kilómetros de la ciudad.

La fuerza española iba al mando del Brigadier de Ingenieros Bernardo Lecocq y, como segundo, el Mayor de la Plaza de Montevideo Teniente Coronel Francisco de

Viana y Alzaibar. La tropa totalizaba 2.362 hombres, compuestos por 270 del buque Fijo, 260 Dragones de Buenos Aires, 650 Voluntarios de Infantería, 422 de Artillería, 300 de Húsares de Mordeille, 200 Milicianos, 60 Cazadores y dos compañías de soldados de marinería que totalizaban 200 hombres.⁽¹⁸⁾

A las dos de la madrugada del 3 de febrero, iniciaron el asalto final a la ciudad de Montevideo los invasores ingleses. Encabezaban la columna las tropas bien escogidas de las Compañías de Granaderos. El Teniente Everart, del Regimiento 2, aunque agregado al Regimiento 38, reclamó por ser el segundo más antiguo el honor de encabezar el asalto al frente de la Compañía del Regimiento de Cazadores 38.

Los invasores se impusieron por su mayor número a los defensores, sufriendo grandes bajas ambas partes. Siendo las 4:30 horas, solo resistía la ciudadela donde permanecía el anciano Mariscal Tejada y el Coronel Francisco de Viana, Sargento Mayor de la Plaza. Ruiz Huidobro, viendo todo perdido, ordenó la rendición. Inmediatamente, los ingleses iniciaron un salvaje saqueo de la ciudad de Montevideo.

Tras la caída de la plaza, se prendió fuego a las naves españolas. La corbeta Descubierta explotó junto a dos lanchas cañoneras, pero el resto se quemó solo en parte. Fueron tomadas las corbetas *Fuerte e Infante Francisco de Paula* –la primera se encontraba inservible–, las sumacas *Héroe*, *Dolores* y *Paz*, de 10 cañones cada una, además de doce cañoneras y seis botes de remos artillados. También fue apresado el corsario *Reina Luisa de Mordeille*.

El General Auchmuty ordenó la apertura del Puerto de Montevideo para los navíos mercantes que esperaban ansiosamente el permiso para desembarcar sus mercaderías y obtener grandes ganancias. Poco después se inició la edición de un periódico bilingüe, el “*The Southern Star*” (Estrella del Sur), donde comprobamos el movimiento de barcos entrados en esos días al Puerto de Montevideo:

febrero	78 naves
marzo	27 naves
abril	18 naves
mayo	5 naves
junio	4 naves

El Puerto de Montevideo nunca había tenido un incremento tan grande de entrada de barcos como en esos meses.

18 Hacía muchos años que el Tte. Cnel. Francisco de Viana prestaba servicios en la fuerzas armadas españolas, pero la mayoría lo había sido en la Real Armada.

Hechos ocurridos en el Puerto de Buenos Aires

Al llegar las noticias a Buenos Aires de la caída de la ciudad de Montevideo, toda la culpa se le atribuyó al virrey Rafael de Sobremonte y la Junta General reunida el 10 de febrero de 1807. Se lo separó de su cargo de Virrey y Capitán General.

Fue arrestado en Buenos Aires, permaneciendo detenido en la quinta de los Betlehemitas por “*imperito en el arte de la guerra e indolente en clase de Gobernador*”. Allí quedó hasta el 8 de noviembre de 1809, cuando el Virrey Cisneros lo envió a España en la nave *Mercurio*, junto con Sassenay, enviado de Napoleón.

En una entrevista del 7 de febrero Martín de Álzaga y al Capitán Dozo, ambos manifestaron, como Liniers, que Buenos Aires no podría resistir el ataque inglés, pudiendo Beresford arreglar el problema sin derrame de sangre de ambos bandos.

El día 10, Beresford y su Estado Mayor marcharon camino a Catamarca. Desde Luján, la marcha que se encontraba a cargo del Capitán Martínez, escoltado por Olavarría, llegó hasta Arrecifes, donde descansaron. En ese lugar se entrevistaron con Peña y Padilla, proponiéndole a Beresford llevarlo a Montevideo, donde podría tratar los asuntos de Buenos Aires con el General Auchmuty.

El 17, Martínez y Olavarría entregaron a Beresford y a Pack una contraorden falsificada de Liniers. Estos comenzaron la marcha inmediatamente, parando esa noche en la estancia de los Betlehemitas, sobre el arroyo Areco, llegando a Buenos Aires al anoecer del 18, donde se ocultaron en la casa de Francisco González durante los días 19, 20 y 21, caminando esa noche, Beresford, Pack, Peña y Padilla, desde la iglesia de San Francisco, por la costa, hasta La Boca, embarcándose en un bote con seis marineros del barco portugués Flor del Cabo perteneciente al contrabandista de esa nacionalidad Antonio Luis da Lima, a quien Liniers le había designado la vigilancia de la costa sur.

Remando hasta la Ensenada, encontraron en la mañana del 22 al navío Charwell, en el cual venía un oficial de Auchmuty con una comunicación para el Cabildo y con órdenes de espiar el estado de cosas en Buenos Aires. Al darse a conocer Beresford, el oficial decidió regresar al Puerto de Montevideo, donde llegó el 25 de febrero, partiendo el General para Inglaterra recién el 26 de marzo de 1807, en el navío *Diomedea*. Esto fue, según el Almirante Stirling, porque creía que se podía arreglar algo con las autoridades o el pueblo de Buenos Aires en esos días convulsionados por la presencia de los navíos enemigos.

El 25 de marzo de ese mismo año cayó en Inglaterra el Gabinete *whig* de Grenville, asumiendo uno nuevo de *tory*, presidido por el duque de Portland, en el cual figuraba Jorge Canning como Ministro de Relaciones Exteriores. Pocos días después,

el 12 de abril llegó a Londres un informe de Auchmuty dando cuenta de la toma de Montevideo, lo que fue publicado en el *The Times* al día siguiente.

La detención de dos buques mercantes ingleses, que creían la plaza aún en poder de sus compatriotas, y un combate de los bergantines *Nuestra Señora de Belén* y *Nuestra Señora de los Dolores* con dos ingleses, fueron las novedades de la primera quincena de marzo, luego de que el Puerto de Buenos Aires fuera bloqueado por cuatro barcos de Gran Bretaña.

Ante las noticias de la reconquista del Río de la Plata, el Gobierno inglés había decidido reforzar las fuerzas del General Auchmuty, enviando a la veloz balandra correo *Fly* para que desviara la mayor parte de la expedición al mando de Crawford, con destino al Río de la Plata. Esta había partido el 6 de abril de 1807 con el Vicealmirante George Murray y sus tropas, llegando al Plata el 14 de junio. Este nuevo refuerzo constaba de 4.500 hombres aproximadamente, de los Regimientos 5, 36, 45, 88 y 95 de Infantería, dos escuadrones de la Sexta de Caballería y un grupo de artillería compuesto por 18 piezas.

La fuerza naval arribada se componía de dos navíos de 64 cañones, una fragata, una balandra cañonera, un bergantín, una goleta, un buque depósito y 32 transportes de tropa, al mando del Vicealmirante Murray. Este, por ser el marino con mayor antigüedad, se hizo cargo del Mando Superior de las fuerzas navales inglesas en el Río de la Plata, estuario en donde se había reunido un aparato bélico que no tenía precedentes, ya que las tropas ascendían a un total de 11.000 hombres con decenas de piezas de artillería, luego de la toma de la ciudad de Montevideo.

En total, la fuerza naval, llegó a estar compuesta por: cinco navíos de 64 cañones cada uno, un total de 320: la *Poliphemus*, nave insignia del Vicealmirante Murray; la fragata *Diadem*; el buque en el cual izaba su insignia el Almirante Stirling con los navíos *África*, *Ardent* y *la Raisonable*. Además, cinco fragatas con un total de 150 cañones: *Nereida*, de 38 cañones; el *Unicorn*, de 32 cañones; la *Medusa*, de 34 cañones; el *Daphne*, de 34 cañones; y la *Thisbe*, con 34 cañones. A ellas se le agregaban doce naves menores con 175 cañones aproximadamente: el balandro cañonero *Saracen*, de 18 cañones; el balandro *Pheasant*, de 18 cañones; el balandro cañonero *Cherwell*, de 18 cañones; los bergantines cañoneros *Protector*, el *Encounter*, el *Straunch* y el *Rolla*, cada uno con 14 cañones; el *Haughty*; las goletas cañoneras de 10 cañones cada una: *Flying Fish*, *Dolores* y *Paz*. Contaban también con el buque depósito *Camel*, de 44 cañones. A estos navíos se suma, seguramente, el *Reina Louisa* del corsario Mordeille.

Todo esto hacía un total de 23 ó 24 naves de guerra a los cuales podemos agregar los transportes armados, que eran más de cincuenta, el centenar de mercantes ingleses y los mercantes apresados en el Puerto de Montevideo.

Sus naves principales no podían llegar a distancia de tiro, sin el peligro de varar, y sus naves menores no tenían poder artillero suficiente para enfrentar a la artillería de la plaza de Montevideo, apoyada por sus cañones.

La poderosa fuerza naval inglesa podía dominar el Río de la Plata, pero no podía acercarse a la costa con sus naves más potentes.

Las expediciones invasoras habían llegado sin más contratiempo que los temporales y sin ninguna oposición; todo era el resultado del poder naval inglés, sin rival en esa época, y de su dominio en los mares. Debemos destacar la rapidez con que se efectuaron las operaciones de trasbordo de tropas y artillería de naves mayores, a las de menor porte, demostrando un alto nivel de instrucción naval-militar.

El bando español tuvo el inconveniente de depender de un superior, de un virrey inepto, mandatario capaz para los asuntos administrativos pero sin ninguna condición para las actividades de guerra, de carácter muy absolutista y muy convencido de su autoridad en el Virreinato.

La Real Armada Española fue impotente, teniendo sus naves averiadas, aunque las cañoneras cumplieron un papel digno, ya que la superioridad enemiga en el Río de la Plata era abrumadora; pero no olvidemos que la complicada hidrografía del río debido a los traicioneros y cambiantes bancos de arena y remolinos, dificultó grandemente la acción de la poderosa fuerza naval inglesa.

Beresford llegó a Montevideo el 25 de febrero de 1807. Allí rehusó tomar el mando que le ofreció Auchmuty, que era más moderno en su grado, prefiriendo, según él, seguir a Inglaterra para poner en antecedentes al Gobierno de todo lo que pasaba en el Río de la Plata y afrontar las responsabilidades de su actuación. Esta decisión fue, posiblemente, tomada por la distribución de los bienes capturados en la Banda Oriental, por no estar conforme con la cantidad asignada.

Por todo esto, Beresford salió del Puerto de Montevideo en el *Diomede* el 26 de marzo de 1807, llegando a Limerick el 22 de mayo y a Londres el 28, presentándose de inmediato al Ministro Castlereagh, entregándole sus largos partes oficiales, escritos durante su viaje, sobre la reconquista y todo lo sucedido luego.

Desembarco de la Tercera Invasión Inglesa

En abril de 1807, la fuerza naval española que defendía el Puerto de Buenos Aires estaba compuesta por tres sumacas, dos mercantes pobremente armados, una goleta, seis lanchas cañoneras, un falucho y un lanchón del rey, lo que indicaba que bastaba una sola fragata inglesa o dos de sus bergantines cañoneros para desbaratar la débil fuerza naval española que había enviado el Rey Carlos IV.

Mientras tanto, en el Puerto de Buenos Aires los preparativos continuaban con los marineros evacuados de Montevideo que se agregaron al Batallón de Marina.

Por el lado de los ingleses, los Generales John Whitelocke, designado para mandar como Generalísimo, y Levison Gower, como Mayor General, llegaron al Puerto de Montevideo a bordo de la fragata *Thisbe*, el 1 de mayo de 1807, siendo el primero un favorito de la corte inglesa que llegaba con instrucciones de reemplazar al competente General Samuel Auchmuty, con la seguridad de un triunfo rápido por los preparativos y fuerzas reunidas en el Río de la Plata.

Al llegar al Puerto de Montevideo el 15 de junio de 1807, el ahora Almirante Murray, como más antiguo, tomó el mando de toda la escuadra en el Río de la Plata, quedando Stirling como segundo y al mando directo de todos los navíos de mayor calado que no pudieron seguir a Murray a Buenos Aires.

Whitelocke escribió al Ministro de Guerra inglés Windham el 16 de junio de 1807 que había decidido atacar inmediatamente a Buenos Aires, sin esperar la llegada de los refuerzos del General Ackland, diciendo entre otras razones que en Montevideo no había alojamientos de invierno para su ejército aumentado, con la división del General Crawford.

Prolijamente, los británicos realizaron reconocimientos de la costa desde la Punta de Olivos a la Magdalena con el fin de elegir el lugar de desembarco para sus fuerzas invasoras. Recién el 24 de junio, las tropas del General Crawford pudieron llegar al Puerto de Colonia, por lo cual el Almirante Murray movió sus naves preparando el proyectado desembarco con 1.500 hombres del Coronel Pack, que se encontraban en Colonia, dejando los navíos en el Puerto de Montevideo, todas las naves concentradas entre la Ensenada y la costa norte.

Se habían decidido por aquel punto de la costa basándose en un informe de su cuartelmaestre, el Teniente Coronel Bourke, ya que él, en el sloop *Fly*, y su Capitán Thompson, fueron los que habían examinado la costa occidental del Río de la Plata recomendando la Punta de Olivos, que posteriormente fue descartada por las autoridades navales, por su falta de fondo.

En Montevideo dejaron una guarnición a las órdenes del Teniente Coronel Core Browne, Gobernador de la Plaza, compuesta por el Regimiento 47, dos compañías del Regimiento 38, parte de los Regimientos de Dragones 20 y 21, un cuerpo de Infantería de Marina y el Batallón de Milicia que se había organizado con los centenares de comerciantes ingleses y sus empleados, que ansiosamente esperaban la toma de Buenos Aires para llevar allí sus cargamentos. Toda esa tropa tenía alrededor de 2.000 hombres, siendo la de línea, de tierra, de 1.522 hombres. Todo el resto se embarcó y siguió hacia

Colonia para engrosarla con la guarnición estacionada en esa ciudad. El 26 de junio fue abandonado el puesto de Colonia y, después de destruir sus fortificaciones, el Coronel Pack y su guarnición se unieron a las demás fuerzas.

Las fuerzas de desembarco fueron organizadas en tres divisiones. La primera al mando de Gower, con la Brigada Ligera de Crawford y los Regimientos 37 y 38 de la brigada Auchmuty, con dos pequeños cañones. La segunda división, el resto de la tropa. Y la tercera, el personal de servicio logístico con víveres, municiones y bagajes.

La primera era conducida por el Capitán Thompson en la goleta *Flying Fish*. La segunda por el Capitán Palmer, Comandante del balandro *Pheasant*. El Capitán Prevost del balandro *Saracen*, al mando de la tercera. Cada una de las divisiones era escoltada por sumacas y cañoneros. La dirección del desembarco estaba al mando de los Capitanes Baytun y Colbet.

El mismo día 27 de junio, la primera división se acercó a las playas y, el 28 al amanecer, le ordenaron a la goleta cañonera *Flying Fish* que comenzara el desembarco mientras el bergantín *Rolla* se colocaba en el extremo occidental del banco Chico, para servir de guía a todos los barcos.

Con los botes de cada nave fue llevado a cabo el desembarco, mientras Murray y Whitelocke trasladaron sus insignias a la goleta *Flying Fish*.

Todo ese gran convoy, siendo las nueve de la mañana del domingo 28 de junio, llegó a la Ensenada de Barragán. Las tropas desembarcaron sin ninguna oposición, teniendo las primeras que vadear desde cierta distancia con el agua al pecho, ya que los botes no pudieron acercarse más a la orilla, de acuerdo al informe del 30 de junio de Murray desde la misma ensenada.⁽¹⁹⁾

Estaban compuestas por: Artillería, tres baterías; Infantería, los Regimientos 5, 36, 38, 40, 45, 87, 88, 95 (Rifleros) y el Batallón Ligero compuesto de las Compañías de Cazadores de los Regimientos 5, 36, 38, 40, 45, 47, 87, 88 y de una Compañía de Reclutas del Regimiento 71; Caballería: los Regimientos de Dragones 9 y 17 y parte del 6; Marinería: dos Compañías. La caballería carecía de caballada, con excepción de 150 plazas del Regimiento 17 de Dragones. Además se desembarcaron 206 caballos y mulas para la artillería y gran cantidad de víveres, herramientas y pertrechos.

El lugar elegido para desembarcar era una zona anegada y estaba situado a una milla al oeste del Fuerte de la Ensenada de Barragán, y la distancia entre la costa y las lomas elevadas era de seis millas al sudeste del punto de desembarco, pasando por esas lomas el camino a Buenos Aires.

Luego de superar graves dificultades y habiendo perdido alguna artillería, los ingleses llegaron a las lomas y ocuparon los ranchos de una estancia perteneciente a

¹⁹ Esta descripción corresponde en parte al contralmirante George Murray, desde la ensenada de Barragán el 30 de junio de 1807.

Pedro Duval, siendo las tropas desembarcadas un poco más de 9.000 hombres, de los cuales había 200 marineros de los 440 previstos con anterioridad.

En cuanto a las piezas de artillería, fueron 16, debiendo abandonar 5 en el pantano, y las once restantes eran ocho de “a 6”, dos de “a 3” y un obús de 5,5 pulgadas que generó muchas dificultades para su arrastre, ocupando en esa tarea a 300 infantes y los 200 marinos.

El ejército inglés debió recorrer unos cincuenta y cinco kilómetros, desde la zona de las lomas donde se habían concentrado, hasta la orilla del Riachuelo, teniendo que cruzar en los primeros kilómetros varios arroyos que retrasaron su marcha hacia Buenos Aires, en especial por los artilleros y las piezas que debían movilizar.

El Brigadier General Whitelocke ordenó avanzar a su ejército por fracciones, para que cada una de ellas vivaqueara de noche en una estancia distinta, llegando el grueso de los invasores a Quilmes, durante la tarde del 1 de julio.

Las baterías españolas de Ensenada y Quilmes habían sido retiradas por los defensores de modo que los invasores ingleses no tuvieron oposición alguna ni durante el desembarco ni durante su avance por tierra, contando con tres guías que trajeron desde Montevideo: Guillermo White, norteamericano, agregado a la vanguardia; el doctor Carlos José Guezzi, médico que el Cabildo de Montevideo designó para acompañar al grueso del desembarco; y el tercero a la retaguardia. Además Whitelocke se llevó al señor Duval de Ensenada y al peón Mariano de Quilmes, al tiempo que Gower tomó un indio de la chacra de Santa Coloma. El General de Caballería Lumley, en la vanguardia, fue el único a quien se le ocurrió traer peones de Montevideo contratados por White, para enlazar, teniendo así abundante carne de vaca gratis para su tropa. Los otros cuerpos invasores se contentaron con la de oveja, también gratis, de las majadas que saquearon de las estancias.

Paralelamente que se efectuaba el desembarco y avance de las tropas enemigas, un grupo de Húsares, al mando de Martín Rodríguez, vigilaba la vanguardia e informaba a Liniers todas las novedades.

Al llegar a Quilmes, el 1 de julio de 1807, Whitelocke se comunicó con el Almirante Murray solicitándole que las naves de menor calado lo siguieran a El Retiro con artillería de sitio, municiones, provisiones, etc., donde tenía intenciones de llegar, a lo cual Murray destacó a la goleta *Flying Fish* al mando del Capitán Thompson, poniéndose a sus órdenes a la *Dolores*, los cañoneros y los transportes hospitalares, como así también dio órdenes para el desembarco de provisiones para la retaguardia inglesa, que arribó en la noche del día 2 de julio de 1807.

Pero horas antes, por la mañana del mismo día 2, el ejército inglés, situado entre lo que es hoy Bernal y cerca del Riachuelo, tenía 9.000 hombres y once piezas

de artillería. La vanguardia comandada por Gower se componía de 2.620 hombres, con dos brigadas, una al mando del General Crawford y otra a las órdenes del General Lumley.

Entre tanto, los españoles, al tener noticias del desembarco inglés en la zona sur de la ciudad de Buenos Aires, exageraron el número de hombres y de barcos que lo componían, llegando a decir entre 10.000 y 12.000, posiblemente debido a que las noticias pasaban en forma oral entre los vigías.

El Puerto y el ataque a la Ciudad de Buenos Aires

El 30 de junio de 1807 arribó al Puerto de Buenos Aires la barca *Remedios*, que hacía 60 días que había zarpado del Puerto de Cádiz. Pasando entre las naves inglesas era portadora de noticias de España. El Rey Carlos IV había ascendido al grado superior inmediato a los oficiales que tomaron parte en las acciones de la reconquista, por lo tanto Liniers pasó a ser Brigadier de Marina y Gutiérrez de la Concha Capitán de Navío.

También se tomó nota de la Real Orden del 26 de octubre de 1806, mediante la cual Ruiz Huidobro era nombrado Virrey Interino del Río de la Plata, pero este se encontraba en viaje hacia Inglaterra como prisionero de guerra. Asimismo, esta Real Orden preveía que el gobierno interino del virreinato recayera en el oficial de mayor graduación, no inferior al grado de coronel, siendo ello el porqué de que Liniers se hiciera cargo del Virreinato, hecho que la Real Audiencia del Río de la Plata reconoció y puso en conocimiento del pueblo, uniéndose de esta forma el héroe de la reconquista con el poder militar y político del Virreinato.

Por la mañana del 2 de julio se movilizó el ejército español hacia las costas del Riachuelo. Estas se componían de cuatro divisiones, estando la de la derecha al mando del Coronel César Balbiani, integrada por 1.987 hombres, que incluía el Batallón de Marina. La del centro era dirigida por el Coronel Francisco Javier Elío, que con los 400 hombres de Colonia formaban un total de 1.720 hombres. La del ala izquierda la mandaba el Coronel Bernardo Velazco, formada por 1.650 efectivos. La cuarta, la reserva comandada por Gutiérrez de la Concha, estaba integrada por 1.580 hombres, alcanzando un total de 6.937. En tanto, la artillería la componían 49 piezas de diversos calibres, estando otras 50 distribuidas en las Baterías del Retiro, La Recoleta, Muelle de la Residencia y en mayor cantidad en el Fuerte.

En la noche del día 1, Whitelocke resolvió que la vanguardia y el grueso descansaran durante el día 2 y consiguieran víveres de la escuadra, para así estar listos y

marchar el día 3 junto con la retaguardia que llegaría el día anterior, es decir, marcharía todo el ejército unido para tomar la Ciudad Buenos Aires.

Desgraciadamente para los ingleses, siendo las 2 de la madrugada del día 2, se descargó una fuerte lluvia, lo que motivó un cambio de opinión y, contra los consejos de su Estado Mayor, se le ordenó al Teniente Coronel Bourke que a la madrugada dispusiese al General Gower que marchase inmediatamente con la vanguardia, cruzase el Riachuelo por el paso que le pareciera mejor, aguas arriba del puente de Gálvez, y fuese a acantonarse en los suburbios del oeste e intimara la rendición de la Ciudad de Buenos Aires a sus autoridades.

Entre tanto, los marinos españoles tenían preparado en el Puerto el bergantín Dos Hermanas como brulote y fondeada la fragata Reconquista, estando ambas naves expuestas a un ataque enemigo debido a su calado, y ante la aproximación de fuerzas tan superiores se dio la orden de incendiarlas, enviándose a tal efecto una lancha cañonera. Cuando esta se acercaba, dos botes ingleses que pretendían apoderarse de las naves españolas fueron ahuyentados a tiros de cañón, incendiándose luego las naves, después de haber sido retirados los explosivos del bergantín.

Esa misma noche, las pocas naves que se encontraban fondeadas en el Puerto de Buenos Aires, pagaron tributo al poderío enemigo y tenían la idea de que nada se podía realizar en el Río de la Plata debido a la gran diferencia de fuerzas. Prueba de ello fue que varias embarcaciones que estaban en el Puerto de La Boca, entre ellas una fragata, dos sumacas y tres lanchones que se encontraban en las inmediaciones del puente Gálvez con la orden de defender aquel paso.

El día 5, las pérdidas de Liniers, según diferentes relatos, dan entre 150 y 1.000 muertos y entre 500 y 800 heridos, y los ingleses alrededor de 200 muertos y 400 heridos.

Whitelocke, en vista de que las acciones no marchaban con el éxito deseado y de las opiniones adversas de varios de sus jefes, en cuanto a continuar con la batalla, mandó al General Gower al Fuerte, con autorización para tratar con Liniers.

Al verse la bandera blanca que acompañaba a Gower, cesó otra vez el fuego y al llegar al Fuerte, encontró a Liniers comiendo acompañado por todos los jefes ingleses prisioneros, entre ellos al General Crawford y al Teniente Coronel Pack, y por un número igual de jefes de su ejército. Más tarde se redactaron las condiciones detalladas del tratado, que se firmaría al día siguiente, 7 de julio de 1807, por los jefes de ambos bandos, abriendo las negociaciones sobre la base de la evacuación del Río de la Plata. Whitelocke accedió, solicitando seis meses de plazo, pero los españoles lo demandaron en dos. El Fuerte fue el lugar donde se discutió la evacuación que comprendía Montevideo y toda la Banda Oriental, así como a los prisioneros ingleses

de la Reconquista, y no se impediría el abasto de Montevideo hasta la evacuación, en tanto que el reembarco de las tropas inglesas en el Puerto de Buenos Aires tendría que realizarse en diez días y Montevideo debía ser restituido como se encontró y con la artillería que poseía en el momento de su invasión y toma, y que se canjearían mutuamente tres oficiales, que luego se modificó en dos, como rehenes, hasta el debido cumplimiento de lo pactado. Con fecha de ese día 7, lo firmaron Whitelocke, Murray, Liniers, Balbiani y Velazco.

Con anterioridad, Whitelocke, que se había instalado en la quinta de Riglos, frente a El Retiro, se desahogaba con White y Auchmuty –con el primero por haberle asegurado en Montevideo que en Buenos Aires encontraría una corriente favorable a los ingleses, y con el segundo por no haberle secundado debidamente–, hasta calificarlos de malditos “yankees”.

Todos los militares españoles fueron ascendidos en un grado, y Liniers pasó a ser Jefe de Escuadra, que equivaldría al de Vicealmirante de la actualidad.

Se embarcan los ingleses de regreso

La misma tarde del 6 de julio, Whitelocke mandó invitar al Almirante Murray a que bajara a tierra para consultarlo sobre la capitulación, usando en su carta expresiones como: “*Sudamérica jamás podrá pertenecer a los ingleses*” o “*La obstinación de todas las clases de los habitantes es increíble*”, etc.

En la mañana del 7, desembarcó el Almirante Murray y se le mostró el borrador de la capitulación, pero antes de dar su conformidad quiso conocer, según era costumbre, la opinión de su subalterno de mayor antigüedad, el Capitán Baynton, quien expresó su opinión favorable y el Almirante no tuvo inconveniente en firmar.

Más tarde Liniers realizó una visita a Whitelocke en El Retiro, firmando también el documento de rendición, por el cual el ejército inglés se embarcaría en su flota desde ese lugar en un plazo de diez días.

En su parte del 10 de julio, el Almirante Murray escribió a su gobierno: “*Reflexionando sobre la poca ventaja que sería la posesión de un país cuyos habitantes eran tan absolutamente hostiles, resolví abandonar las ventajas que la bravura de las tropas había conseguido, y accedí al tratado anexo*”.

El 23 de julio, en un parte reservado, da como una de las razones para abandonar el país el temor de que si se quedase, poco a poco desaparecería su ejército por deserción, pues ya en Montevideo se le habían ido 170, y en Buenos Aires otros tantos, llevados por la vida fácil que parecía “*tentación irresistible a la mente ordinaria de los ingleses*”.

El 8 de julio, se concentraron las fuerzas británicas en El Retiro y se recibieron los prisioneros tomados por el ejército de Liniers. El día 9 comenzó el embarque de las tropas, que concluyó el 12, haciéndose a la vela ese mismo día la flota inglesa rumbo a Montevideo, llegando a dicho Puerto dos días después. El día 10 la goleta *Saracen* zarpó para Inglaterra, llevando los partes de Whitelocke, en poder del Cuartelmaestre Teniente Coronel Bourke, como también a los Generales Auchmuty y Crawford.

Como rehenes quedaron en Buenos Aires los Capitanes Carrol, del Regimiento 88, y Hamilton, del 5, a quienes Liniers les permitió que embarcasen unos tres meses después, junto con los últimos prisioneros de Beresford que llegaron de las provincias, sin esperar que volvieran de Inglaterra los prisioneros tomados por Auchmuty en Montevideo. Los rehenes españoles, Coronel César Balbiani y Teniente Coronel Quesada, zarparon para Inglaterra con el Brigadier General Whitelocke, en la fragata *Medusa*.

Consideraciones finales

Los invasores dejaron en Buenos Aires unos cuatrocientos heridos, con los médicos necesarios para atenderlos hasta que estuvieran en condiciones de ser embarcados. La mayor parte fueron alojados en los hospitales de los Bethlemitas, el de Defensa y Chile y el de la Residencia.

Debido al mal tiempo, recién el 24 de julio llegó, con bastante atraso, al Puerto de Montevideo, el General inglés Ackland, quien había partido de Europa con el Brigadier General Whitelocke, trayendo las últimas tropas que fueron destinadas a la expedición del Río de la Plata, es decir, el Regimiento 89, con más de quinientos reclutas y una batería de artillería que no desembarcaron.

Antes de partir el ejército inglés del Puerto de Montevideo, fueron enviados desde Buenos Aires casi todos los prisioneros tomados junto con el General Beresford: 70 oficiales, 23 comerciantes y capitanes mercantes, 920 soldados, 311 marineros e infantería de marina, 68 mujeres y 67 chicos; un total de 1.459 personas, de las cuales 88 desertaron por el camino y 8 habían muerto, siendo devueltos 1.365. Como la totalidad no había llegado antes de evacuarse Montevideo, se dejó el transporte *Campeón*, que zarpó el 25 de septiembre de 1807 de ese puerto.

Whitelocke dispuso, de acuerdo con las órdenes recibidas al enviársele a la expedición al Río de la Plata, que los Regimientos 47, 87 y 89 siguieran a la India, vía al Cabo, lo que hicieron el 1 de agosto de 1807.

El 8 de agosto se embarcaron para Inglaterra los Regimientos Rifleros 88 y 95, conjuntamente con los de Dragones 9 y 20. El 9 de septiembre, en cumplimiento con la capitulación de las tropas invasoras que daba dos meses para evacuar Montevideo,

se embarcó todo el resto: 6.510 hombres, que incluían las tropas de Beresford y Ackland.

Este último convoy que quedaba en el Puerto de Montevideo, iba a cargo del Almirante Murray, con los últimos barcos, que eran la fragata capitana *Polyphemus*, el navío *África*, la fragata *Daphne*, el sloop *Fly*, los balandros *Steady*, *Protector* y *Encounter* y la goleta *Flying Fish*, llegando a Cork el 28 de diciembre de 1807.

Antes de tomar rumbo a Inglaterra y al Cabo, todos los buques de guerra y transportes remontaron el Río de la Plata para proveerse de agua dulce para el viaje, pero muchos barcos no lo subieron suficientemente, por lo cual el agua era salobre, lo que provocó enfermedades en la tropa durante el largo retorno.

El Brigadier General John Whitelocke se embarcó de regreso en la fragata *Medusa* el 9 de septiembre llegando al Puerto de Portsmouth el 7 de noviembre, para presentarse pocos días después ante el Ministro Castlereagh, en Londres.

Al evacuar definitivamente el Puerto de Montevideo, se fue una nube de barcos, más de doscientos entre buques de guerra, transportes y mercantes. Gran parte de ellos efectuaron escala en Río de Janeiro para conseguir víveres, haciendo los comerciantes buenos negocios, como lo habían realizado al pasar los barcos hacia el Puerto Montevideano.

Las bajas españolas fueron considerables, llegando aproximadamente a 1.462 muertos, 1.677 heridos y 3.364 prisioneros; un total de 6.503 hombres.

Por parte de Inglaterra, las invasiones de 1806 y 1807, sin contar la preparada luego para 1808 y desviada a la península, significaron un esfuerzo considerable, especialmente teniendo en cuenta la distancia de la metrópoli y sus compromisos políticos en Europa.

Resumiendo, del Real Ejército llegaron al Río de la Plata los Regimientos de Infantería 5, 36, 38, 40, 45, 47, 54 (parte), 71, 87, 88, 89, los Rifleros del 95 y el de Santa Elena, es decir, doce de línea y uno de la Compañía de Indias Orientales. De caballería vinieron el Regimiento 6 de Carabineros y los 9, 17, 20 y 21 de Dragones, más la artillería, ingenieros, etc., llegando a 14.273 hombres de todo grado, con el mando de siete Generales y sus respectivos Estados Mayores. De ese total, 545 fueron muertos en combate y 1.332 hombres heridos, 2.913 hechos prisioneros y 216 se extraviaron, con un total de 5.006 bajas, sin contar las numerosas deserciones posteriores.

En estos totales no está incluida la marinería que desembarcó para realizar servicios auxiliares en general, que fueron 440 con Beresford, 1.400 con Auchmuty en el Puerto de Montevideo y 200 con Whitelocke; un total de 2.040.

De la Escuadra Real vinieron a los Puertos del Río de la Plata 30 buques de guerra, desde navíos de línea hasta pequeños avisos, con un total probable de 5.000

hombres, a los que debemos agregar casi 100 transportes de tropa y materiales, con unos 4.000 tripulantes.

Nadie habló bien de Whitelocke en ninguna parte. El miércoles 30 de septiembre de 1807, el diario *The Times* tronaba: *“Una vez de acuerdo en que la desastrosa campaña en Buenos Ayres debe ser minuciosamente investigada, y la conducta de sus comandantes juzgada en los estrados, el motivo por el que llamamos la atención de nuestros conciudadanos ante sus aparentes errores de conducta no queda bien respondido; deben presentar su defensa, y si se disponen a hacerlo no diremos una palabra más del General Whitelocke hasta que esa defensa esté ante los ojos del público”*.

El 28 de junio de 1808 se abrió en el Royal Chelsea Hospital el juicio al Brigadier General Whitelocke y a 19 de sus oficiales. Se lo hizo objeto de cuatro acusaciones, de incompetencia, y de haber: *“(...) desaprovechado innecesaria y vergonzosamente sus ventajas, y haber evacuado totalmente la Ciudad de Buenos Ayres y haber entregado vergonzosamente al enemigo (¿?) la fortaleza de Montevideo, que había sido puesta a su cargo”*.

Después de un juicio que duró cincuenta y un días, en que todas las fallas fueron expuestas ante la corte para satisfacer al público y a la comunidad comercial por el fracaso en darles la prometida prosperidad de una nueva colonia, Whitelocke fue declarado inepto e indigno para servir a Su Majestad en ningún puesto militar. El Rey Jorge mandó que la sentencia fuera *“(...) leída ante todos los regimientos, de modo que se vuelva un perenne recordatorio de las fatales consecuencias a las que se exponen los oficiales, en el cumplimiento de importantes deberes que se les ha confiado (...)”*.

El otro militar responsable del fracaso de la expedición, el Comodoro Home Riggs Popham, fue juzgado a bordo del navío *Gladiator*, en el Puerto de Postsmouth, a su regreso a Inglaterra, y alegó que no había actuado contra las órdenes recibidas.

Consecuencias de las Invasiones

Del examen del proceso seguido por las invasiones, llamadas *expediciones*, de 1806 y 1807 al Río de la Plata, podemos decir que deducimos ciertas comprobaciones como: La expedición del Comodoro Home Riggs Popham es la resultante de la iniciativa de una autoridad subalterna, que no pidió autorización alguna para la realización en ciertas circunstancias favorables que al momento del ataque exigían en forma inmediata.

En cambio, viendo la de 1807, no solo tuvo la aprobación completa de la iniciativa tomada por la autoridad subalterna, sino el pronunciamiento efectivo del

Gobierno británico dando el visto bueno a favor de un plan que ya había salido del simple marco de un probable proyecto o aspiración unipersonal de un militar; fue con la firme determinación de retener y ampliar las ventajas adquiridas en el principio.

Con tiempo se verían las conveniencias políticas, comerciales y militares de transformar los territorios invadidos en colonias del Imperio, o de seguir conservando sus principales puntos tomando los mismos como bases navales y depósitos de abastecimiento para continuar las conquistas del Atlántico Sur, o bien de concederles la independencia a cambio de fuertes franquicias para el comercio de la isla británica.

También, estas llamadas *expediciones* tuvieron consecuencias posteriores en la vida política colonial que se desarrollaba en el Virreinato del Río de la Plata. Una de ellas, especialmente, tuvo gran trascendencia: la conciencia despertada en el pueblo de su propio valer por las circunstancias de afrontar rápidamente un contingente invasor, fuertemente armado y disciplinado, reconocido mundialmente por su bravura y honor.

La reacción en él operada fue el emotivo y orgulloso episodio de las Reconquistas que actuó como detonante de la modorra ciudadana de la ciudad más lejana del Imperio español, sin riquezas materiales, pero con una conciencia que poseía bríos latentes de independencia, pese a la rigidez del concepto autoritario que ejercía la monarquía.

La voluntad popular brotó abruptamente como un volcán en el Congreso General realizado el 14 de agosto, que se potenció con las primeras concesiones del Virrey y se hizo ley en adelante acatando tibiamente y con reticencias bien marcadas, en especial con el Delegado del soberano, e inclinando a la Real Audiencia a claudicar de su inflexibilidad en el prestigio de la realeza, hasta abrazar sin dudar la causa emprendida y aprendida por el pueblo después de la contienda reciente.

Pero no debemos olvidar el estímulo recibido de la independencia de los Estados Unidos y de la Revolución Francesa, que obró para el brote de la semilla de nuevos sentimientos y anhelos en forma individual y en la colectividad, que recibió estos acontecimientos desarrollados en el Río de la Plata como un directo impulso irrefrenable que, sin prisa pero sin pausa, habría de culminar a los pocos años en la emancipación política y en la Independencia más tarde. Los sucesos de las invasiones inglesas favorecieron en grado sumo al poner en evidencia el abandono en que la corte del Rey Carlos IV dejaba a esta parte de sus amplios dominios, como también demostrando la ineptitud militar de la autoridad investida de la representación del soberano y que demostró una ineficacia en el régimen colonial por su marcado anacronismo al afrontar los nuevos principios políticos y sociales en particular.

Otras consideraciones

Como referencia citaremos que, casi a las vísperas de la invasión, en 1805 se publicó en la ciudad de Londres, al precio de un chelín, las *“Considerations for and against a South American Expedition”* (Consideraciones en pro y en contra de una expedición a Sudamérica), sin embargo, razones de alta política internacional hacían aconsejable no irritar a España y posponer la invasión para épocas más propicias, e hizo falta, por lo tanto, una iniciativa personal, en este caso la del Comodoro Home Riggs Popham. Este último, eventualmente actuó bajo las órdenes del General Beresford; solo le sirvió el éxito un breve lapso, pero fue suficiente para salvarlo del juicio y citó, en su brillante defensa, precedentes como el ataque de Nelson a Tenerife y del Almirante Rooke apoderándose de Gibraltar.

Respecto a la invasión de 1807, uno de los comentarios más curiosos se debe a la pluma de Walter Scott, con apreciaciones y críticas, ásperas y exageradas, que dan al relato un sabor particular respecto al General Whitelocke y deja entrever en aquellas un íntimo homenaje al concepto de la libertad que poseían los habitantes de Buenos Aires, al decir en el párrafo inicial: *“Nuestros principales mercaderes e industriales, entre sus sueños comerciales, habían imaginado como un mercado ilimitado para ellos las inmensas llanuras que rodean Buenos Aires, pobladas en realidad ‘por una suerte de cristianos salvajes’ llamados Guachos (sic) cuyo principal moblaje consiste en cráneos de caballos, cuyo único alimento es carne cruda y agua, cuyo único empleo es atrapar ganado salvaje, enlazándolo por medio del lazo del gaucho y cuya diversión máxima es cabalgar en los caballos salvajes hasta matarlos.*

Infelizmente, encontraron que ellos preferían su independencia nacional a los algodones y muselinas. Dos intentos se hicieron en este miserable país y no redundaron ni en honor ni en ventaja para el Imperio.

Dos distintos intentos se hicieron en este miserable país y no redundaron ni en honor ni en ventajas para la Nación Británica. Buenos Aires fue tomada en posesión por un puñado de tropas británicas el 27 de junio de 1806, las que fueron atacadas por sus habitantes y unas pocas tropas españolas; y, rodeadas en la Plaza del Mercado de la Ciudad, bajo, un fuego general y violento, fueron compelidas a rendir sus armas y entregarse como prisioneros de guerra. Un pequeño remanente de las fuerzas invasoras retuvo la posesión de una pequeña población de la costa, llamada Maldonado. En octubre de 1806, se envió una expedición para reforzar este pequeño cuerpo, y hacer alguna mayor impresión material en el continente Sud-americano, mientras la Nación estaba bajo la errada ilusión de que medida tan extrema favorecía al comercio británico.

Montevideo fue tomada y un gran cuerpo de tropas, bajo el mando del General Whitelocke, hombre de reputación ficticia que se había elevado alto en el Ejército sin haber visto mucho en servicio, marchó contra Buenos Aires. Esta persona se mostró como un tonto y un cobarde. Empujó sus columnas al ataque dentro de las calles de Buenos Aires, sabiendo que las azoteas y terrazas estaban ocupadas por excelentes tiradores irregulares y que los británicos no podían tomar ninguna clase de represalias, no permitiéndoseles cargar sus mosquetes; como si las paredes de piedra pudieran derribarse con bayonetas. Una de estas columnas fue obligada a rendirse y a pesar de que otra, a despecho de una desesperada oposición, habíase posesionado de una fuerte posición y que unas pocas granadas podrían haber probablemente terminado la especie de defensa que se había mantenido. Whitelocke pensó que lo mejor era concluir un tratado con el enemigo para recobrar los prisioneros británicos y renunciar así a todo intento posterior en la colonia. Por esta inconducta fue encarcelado por sentencia de la Corte Marcial.”

Tal el relato del renombrado escritor británico Walter Scott, referente a la fracasada expedición británica al Río de la Plata.

Marchas en homenaje a la Reconquista

La reconquista de Buenos Aires despertó el entusiasmo y la pasión de algunos poetas y compositores de música. Nos referiremos a varios de los últimos, que son poco conocidos pero que merecen estar presentes por la inspiración sentida al recordar esos momentos tan cruciales de defender el suelo donde habitaban, dando sus vidas en muchos casos.

Reconquista – Esta marcha fue compuesta por el Sub Teniente y Director de Banda Juan A. Tonazzi, nacido en Italia en 1858 y fallecido en Argentina en 1935. La misma se tocó por vez primera en 1902.

Himno a la Reconquista – Esta solemne triunfal composición fue escrita en 1919 por el Maestro Conrado A. Fontova, para rendir homenaje a la Reconquista de Buenos Aires. Con letra de Gabriel Montserrat, fue interpretada durante muchos años en las escuelas argentinas. Como curiosidad podemos decir que la partitura de este Himno fue entregada como obsequio a los compradores de la casa Avelino Cabezas, una importante tienda de artículos de vestir para caballeros de la Ciudad de Buenos Aires.

Defensa de Buenos Aires – Marcha realizada por el Mayor Rafael Yoza, nacido en 1927, en homenaje al cuerpo de Patricios, distinguido en la defensa de Buenos Aires.

Cantares en homenaje a la Reconquista

Al señor Liniers

El invicto General,
que este pueblo defendió
con lauro eterno,
ganó una corona inmortal.
En su intrepidez marcial
radicó su elevación
y ésta creció con razón,
cuando con raro heroísmo
supo triunfar de sí mismo
más que triunfo del bretón.

A la Patria

¡Oh patrio suelo! Tus glorias,
con tanto honor merecidas,
mejor en bronce esculpidas
deben ser que en las historias.
Fantásticas tus victorias
a Londres parecerán,
pero de tu noble afán
son fidedignos testigos
tus vencidos enemigos:
ellos las publicarán.

Placas conmemorativas

Cuando en el año 1896 se celebró en el templo de Santo Domingo por primera vez el aniversario de la Reconquista, fueron colocadas, a los lados de la puerta principal del templo, tres placas de bronce conmemorativas de los combates de 1806 y 1807. Las dos primeras tienen los escudos en relieve, el Nacional y el de la Ciudad de Buenos Aires, y en la parte inferior una palma.

En el campo de los escudos está la dedicatoria y los dísticos, que van al pie, son originales de Carlos Guido Spano.

Bibliografía consultada y fuentes de información

- *Archivo General de la Nación Argentina.*
- Arteaye, Mariano C.: *El cerro de Montevideo y su Fortaleza – 1520-1935.* Imprenta Militar, Montevideo, 1936.
- Beverina, Juan: *Las Invasiones Inglesas al Río de la Plata 1806 – 1807.* Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Vol. 244-245 y 249-250, Buenos Aires, 1939.
- Bilbao, Manuel: *Buenos Aires Desde su Fundación Hasta Nuestros Días.* Imprenta de Juan A. Alsina, Buenos Aires, 1902.
- Caillet-Bois, Ricardo R.: *Antecedentes de las Invasiones Inglesas.* Casa Impresora López, Buenos Aires, 1929.

- Caillet-Bois, Ricardo R.: *Los Ingleses en el Río de la Plata 1780-1806*. Casa Impresora López, Buenos Aires, 1933
- Coronado, Juan: “*Invasiones Inglesas al Río de la Plata*”. Documentos Inéditos. Buenos Aires, 1970.
- Destefani, Laurio H. (Director): “*Historia Marítima Argentina*”. Departamento de Estudios Históricos Navales, X Volúmenes, Buenos Aires, 1985
- Destefani, Laurio H. (Director): “*Los Marinos en la Invasiones Inglesas*” Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires, 1975
- Graham-Yooll, Andrew: *La Colonia Olvidada*. Emecé, Buenos Aires, 2000.
- Groussac, Pablo: *Santiago de Liniers* Ed. Estrada, Buenos Aires, 1952.
- Levene, Ricardo (Director) “*Historia de la Nación Argentina*”. Academia Nacional de la Historia, XI Volúmenes, Buenos Aires, 1940.
- López, Vicente Fidel: *Historia de la República Argentina*. Editorial Kraft, Tomo II, Buenos Aires, 1913.
- Mariluz Urquijo, José: *El Virreinato del Río de la Plata en la época del Marqués de Avilés – 1799-1801*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1969.
- Muzzio, Rodolfo A.: “*La Intervención de la Marina Española en la Reconquista de la Ciudad de Buenos Aires en el año 1806*”. Boletín del Centro Naval, Nro. 635, Buenos Aires, agosto de 1957.
- Nuñez, Ignacio: *Noticias Históricas de la República Argentina*. Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1943.
- Pearson, Isaac R.: *Las Heroicas Jornadas de 1806 y 1807 en Buenos Aires*. Editorial de M. Tato, Buenos Aires, 1939.
- Pillado, José Antonio: *Buenos Aires Colonial – Edificios y Costumbres*. Editorial Compañía Sudamericana, Buenos Aires, 1910.
- Ratto, Héctor R.: “*Marinos Argentinos del Siglo XVIII*”. Boletín del Centro Naval, Nro. 494, Buenos Aires, 1932.
- Roberts, Carlos: *Las Invasiones Inglesas del Río de la Plata 1806 – 1807*. Peuser Impresores, Buenos Aires, 1938.
- Rocca, Edgardo José: *Cronología Histórica del Puerto de la Ciudad de Buenos Aires – Siglos XV – XX*. Buenos Aires, 2000.
- Rocca, Edgardo José: *Bibliografía para la Iniciación y Desarrollo de la Historia del Puerto de la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1998.
- Rodríguez Fariña, Bernardo N.: “*Una Propuesta para Humillar a España*”. Departamento de Estudios Históricos Navales, Buenos Aires, 1970.
- Rodríguez Fariña, Bernardo N.: “*Las Invasiones Inglesas a Buenos Aires - Su Crítica Ulterior*”. Imprenta Viuda de C. Bermejo, Madrid, 1965.

- Salas, Alberto M.: *Diario de Buenos Aires 1806/1807*. Buenos Aires, 1981.
- Segui, Francisco: *Los Últimos Cuatro Años de la Dominación Española en el Antiguo Virreinato del Río de la Plata*. Biblioteca de Mayo, Buenos Aires, 1960.
- Taullard, A.: *Los Planos más antiguos de Buenos Aires*. Editorial Peuser, Buenos Aires, 1940.
- Udaondo, Enrique: *Diccionario Biográfico Colonial Argentino*. Buenos Aires, 1945.
- Williams Alzaga, Enrique: *Fuga del General Beresford – 1807*. Editorial Emecé, Buenos Aires, 1965.
- Williams Alzaga, Enrique: *Martín de Álzaga – Cartas 1806-1807*. Editorial Emecé, Buenos Aires. 1970.
- Williams Alzaga, Enrique: *Martín de Álzaga en la Reconquista y en la Defensa – 1806-1807*. Editorial Emecé, Buenos Aires, 1971.
- Zinny, Antonio: *Invasiones Inglesas – Proceso Instruido al Teniente General Don Juan Whitelocke*. Editorial A.E. López, Buenos Aires, 1913.

La mujer y la vida cotidiana a comienzos del siglo XIX

Leticia Maronese

En la casa o en el convento transcurría la vida de las mujeres de la Colonia, fueran estas de origen español o criollo blanco. La prolongación de la casa era la iglesia, como espacio de socialización.

Transitar por la calle sola le estaba vedado. Su concurrencia al culto era seguida por el círculo más íntimo de los varones que la rodeaban. Si era soltera, los hermanos o el padre; si era casada, el marido; si era viuda, los hijos. Podía también, de esta manera, concurrir a las procesiones: la de Corpus Christi, la de San Martín de Tours, etc.

La casa era un sitio con enorme cantidad de parientes y “agregados”; en los sectores más altos un ejército de trabajadores de origen africano asistía y servía a sus dueños. Y las negras hacían todo. Hasta “daban la teta” a los hijos de sus amas, los criaban y los educaban. También lavaban la ropa, la planchaban, cocinaban, limpiaban el hogar, etc.

España había trasladado sus instituciones a las colonias; entre ellas, la más importante era la Iglesia Católica, con su modelo de mujer: la Virgen María. América católica se pobló de conventos y las virtudes femeninas fueron el Honor y la Pureza (virginidad) y la maternidad.

La Iglesia bautizaba, casaba y enterraba. Abarcaba todo el ciclo de vida de las personas. El acta de bautismo era el documento más importante; allí se señalaba el origen y la “limpieza de sangre”⁽¹⁾.

La mujer se casaba temprano y temprano era madre (si sobrevivía a los peligros del parto), y debía, por mandato social, procrear varios hijos. Era asistida en el parto por otras mujeres de mayor experiencia, dado que fue muy tardíamente que los médicos se dedicaron a asistir partos. Las mujeres se arreglaban solas, vivían si eran fuertes, si no había una complicación con la posición del feto, si el ambiente o simplemente las manos de la comadrona no estaban muy sucias. En el Hospital de Mujeres, recién en 1822 se dispone camas para “enfermas de parto”; hasta ese año estaba prohibido asistir a parturientas.

La cesárea también estaba prohibida para mujeres vivas, solamente era posible realizarla con parturientas muertas, a fin de sacar al bebé. Esto fue aceptado por la Iglesia a fin de que los bebés pudieran recibir los autos del Bautismo y la Extremaunción. Fue denominado “parto inmaculado” y debía realizarse aun si el niño estaba muerto. ⁽²⁾ (1805, Real Cédula del Virrey Sobremonte.)

Pese al control de la Iglesia y los bárbaros abortos que generalmente llevaban a la muerte, nacían chicos fuera del matrimonio. Los conventos tenían un dispositivo, “el torno”, para colocar bebés no queridos. También se abandonaba a niños blancos en las puertas de gente conocida. Se llegó a estimar que un 30% de los bautismos, correspondía a chicos abandonados.⁽³⁾

El infanticidio también era muy común; era una sociedad en el cual no estaba esta práctica severamente penada por la Ley. Era frecuente que las negras mataran a sus hijos producto de violaciones o relaciones sexuales no queridas; no deseaban procrear esclavos. La Inquisición consideró que el infanticidio era inducido por brujas y hechiceras. Los médicos del siglo XIX culparon a la “locura puerperal”, propia de personas inferiores, como se consideraba a las mujeres.⁽⁴⁾

Sin embargo, por relatos de viajeros o comparada con la vida de las mujeres en Lima o México, podemos entrever que, a pesar de lo expuesto, en el Río de la Plata las costumbres eran más laxas. Se destaca el hábito de agasajar en los hogares, reunirse en “tertulias” o salones, la concurrencia al teatro e, inclusive, los buenos tratos a la población negra.

1 Tener “sangre impura” vedaba ingresar al convento, a ciertos oficios, al estudio, al uso de vestidos y joyas similares a los de las blancas, etc.

2 CORREA, Alejandra: “Parir es morir un poco. Partos en el siglo XIX”, en Historia de las mujeres en la Argentina. Colonia y siglo XIX. Autores Varios. Buenos Aires, Taurus, 2000. Pp. 194-213.

3 Revista Todo es Historia, septiembre de 1992, p. 62.

4 INI, María Gabriela: “Infanticidios. Construcción de la verdad y control de género en el discurso oficial”. En Historia de las mujeres en la Argentina. Colonia y siglo XIX. Autores Varios. Buenos Aires, Taurus, 2000. Pp. 236-251.

Alexander Gillespie, que participa de la Primera Invasión Inglesa, escribe luego sus memorias bajo el título de *Observaciones coleccionadas en Buenos Aires y el interior de la República*,⁽⁵⁾ donde nos brinda un panorama de la vida cotidiana y los vecinos. Encuentra a los porteños muy benevolentes, especialmente con los esclavos (comparando con el trato en posesiones inglesas); señala cómo se les enseña la lengua y la doctrina católica. “*Los amos, en cuanto pude observar, eran igualmente atentos a su moral doméstica. Todas las mañanas, antes que el ama fuese a misa, congregaba a las negras en círculo sobre el suelo, jóvenes y viejos, dándoles trabajo de aguja o tejido, de acuerdo a sus capacidades. Todos parecían joviales y no dudo que la represión también penetraba en su círculo. Antes y después de la comida, así como en la cena, uno de estos últimos se presentaba para pedir la bendición y dar las gracias, lo que se les enseñaba a considerar como deberes prominentes y siempre los cumplían con solemnidad.*”⁽⁶⁾

Antonio José Pernety también relata los quehaceres de la aldea, la simpleza de la vida española y la indolencia. “*Durante las horas de la mañana, las mujeres permanecen sentadas en los taburetes de sus salas, teniendo bajo los pies una estera (...), allí tocan la guitarra o algún otro instrumento y cantan y toman mate, mientras los esclavos preparan la comida en su apartamento. A las doce y media se sirve el almuerzo (compuesto principalmente de carnes). (...) La caza abunda en el país, pero los españoles no son cazadores, por cuanto este ejercicio los fatigaría. (...) Después del almuerzo, amos y esclavos hacen lo que ellos llaman ‘la siesta’, es decir, se desvisten, se acuestan y duermen dos o tres horas.*”⁽⁷⁾

Los testimonios de viajeros, o de los ingleses, generalmente se refieren a los sectores de la elite porteña, que fueron los que trataron y quienes les abrieron la puerta de sus hogares para compartir sus tertulias. Así relatan las fiestas que tenían lugar por la noche y casi todos los días de la semana.

Me parece importante detenerme en la vida de varias mujeres de la época y, a través de ellas, desatar la madeja del conjunto de comportamientos posibles que tuvieron lugar durante las Invasiones Inglesas

Mariquita Sánchez de Thompson

Mariquita ha dicho que su esposo era el responsable de la Capitanía de Puerto cuando la Invasión. Y es Martín Thompson, en la Casa de Comedias, quien le avisa al Virrey Sobremonte que se divisan barcos de guerra por la zona de Quilmes. Así

5 Se publica en 1818 en Londres. Esas memorias fueron publicadas en nuestro país más de 100 años después (1921).

6 Crónica Argentina. Tomo I. Buenos Aires, Editorial Codex SA, 1968. p. 20.

7 BUSANICHE, José Luis: Estampas del pasado I. Buenos Aires, Hispamérica, 1971. p. 203.

recuerda Mariquita: ⁽⁸⁾“¡Qué noche! ¡Cómo pintar la situación de este virrey, a quien se acrimina toda esa confusión y demasiado se hizo en sacar y salvar los caudales! Mucho se ha escrito sobre esto; yo sólo diré algo: todas las personas encargadas por el virrey esa noche de defender la ciudad, estaban tan sorprendidas de la situación y de la imposibilidad de salvar al país, que esto no se puede explicar bastante!”. En realidad, la historiadora Sáenz Quesada sugiere que el trato benevolente con el virrey proviene de su agradecimiento por haber autorizado su boda con Thompson.

En menos de 48 horas los ingleses entraban a la Ciudad con su música, marchando por la calle San Francisco. A las cinco de la tarde, su flota, ya frente a la Ciudad, lanzaba una salva de cañonazos. Mariquita pinta a los defensores del fuerte: “*Todos rotos, en caballos sucios, mal cuidados, todo lo más miserable y lo más feo, con unos sombreritos chiquititos encima de un pañuelo atado a la cabeza*”. Por el contrario, las tropas británicas eran “*(...) las más lindas que se podían ver, el uniforme más poético, botines de cintas punzó cruzadas, una parte de la pierna desnuda, una pollerita corta (se refiere a los escoceses). (...) Este lindo uniforme, sobre la más bella juventud, sobre caras de nieve. La limpieza de estas tropas admirables, qué contraste más grande. (...) Todo el mundo estaba aturdido mirando a los lindos enemigos y llorando por ver que eran judíos y que perdiera el rey de España esta joya de su Corona. Nadie lloraba por sí, sino por el Rey y la Religión*”.

También había objetos agradables, dado que barcos comerciales acompañaban la Invasión.

José María Rosa señala que “*(...) las mercaderías inglesas se agotaban en la calle de las tiendas: Mariquita Sánchez de Velazco, casada desde el año anterior con el capitán del puerto Martín Jacobo Thompson, se mostrará entusiasmada con los ingleses que han traído jabones de olor*”.⁽⁹⁾

“*Mariquita sólo tiene elogios para Beresford, por su fineza, su educación, por el tratamiento dado a los pobladores y al obispo. ‘La oficialidad que vino en esa expedición era muy fina. Así empezaron a visitar las casas y a conocer la fuerza de la costumbre o la moda y a reírse, unos y otros, del contraste.’ Cuando pienso en esto todavía me da vergüenza.*”⁽¹⁰⁾

Sáenz Quesada habla de un comportamiento confuso del Capitán Thompson, dado que existe un documento que da cuenta de una designación de Beresford como Capitán de Puerto de un tal Thompson. Según otros autores (los menos), este Thompson no sería el marido de Mariquita sino un inglés del mismo apellido. Mariquita no

8 En QUESADA, María Sáenz. Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental. Buenos Aires, Sudamericana, 1995. Pp.44-46.

9 ROSA, José María: Historia Argentina. Tomo 2, Buenos Aires, Ed. Oriente, 1976. p. 31.

10 SÁNCHEZ, Mariquita: Recuerdos del Buenos Aires virreinal. Citada por Quesada. Ob. Cit.

da cuenta del hecho en sus “recuerdos” o “memorias”, que son de un tiempo muy posterior.

La Prefectura Naval Argentina tampoco da muchas pistas sobre este tema. En una publicación propia se remarca el apoyo de Thompson a la Revolución de Mayo y su designación en 1810 en la Capitanía. Pero también –en otra nota de la misma publicación–, sin mucha explicación, menciona que su nombramiento en 1806 fue el primero otorgado a un criollo.⁽¹¹⁾

Las mujeres de los estratos populares: “La Tucumanesa”

Alexander Gillespie recordaría más tarde la buena disposición de los vecinos: *“Los balcones de las casas estaban alineados con el bello sexo, que daba la bienvenida con sonrisas y no parecía para nada disgustado con el cambio”*.⁽¹²⁾

Pero no todo era conformismo, el mismo Gillespie también cuenta un altercado en la posada de los Tres Reyes, cuando percibe la indignación de la muchacha obligada a servirle, indignación que se traduce en una interpelación a los porteños que compartían una mesa: *“Desearía, caballeros, que nos hubiesen informado de sus cobardes intenciones de rendir Buenos Aires. (...) De haberlo sabido, nosotras las mujeres, nos habríamos levantado unánimemente y rechazado a los invasores a pedradas”*.⁽¹³⁾

Si tenemos en cuenta los testimonios que nos señalan el carácter popular de la reconquista de la Ciudad, es obvio que toda la población participó de alguna manera en ella. Al respecto es bueno recordar algunos ejemplos:

- José María Rosa señala que en la plaza, el día de la reconquista, también hay mujeres y niños. Y dice: *“Aquí ocurre el episodio de Manuela Pedraza, ‘la tucumanesa’ (así la llamaba Liniers), mujer de un cabo de asamblea: Entró a la plaza con su marido, mató con sus manos al primer inglés que tuvo al alcance y, apoderándose de su fusil, siguió la lucha entre los ‘tiradores’. Liniers la recomendó al rey y Carlos IV la hizo subteniente de Infantería con uso de uniforme y goce de sueldo”*.⁽¹⁴⁾

- *“La índole del fuego a que estuvieron expuestas las tropas fue violenta en extremo. Metralla en las esquinas de todas las calles, fuego de mosquetería, granadas de mano, ladrillos y piedras lanzados desde lo alto de todas las casas. Cada dueño de casa con sus negros defendía su morada y cada una de éstas era en sí misma una*

11 PREFECTURA NAVAL ARGENTINA. Edición Especial conmemorativa del Centenario de la consolidación jurídico institucional de la P.N.A. Buenos Aires, Ed. Guardacostas, 1996.

12 LUNA, Félix: Historia Integral de la Argentina –Tomo 4, Buenos Aires, Planeta, 1995, p. 74.

13 ROSA, José María: Historia Argentina. Tomo 2, Buenos Aires, Ed. Oriente, 1976, p. 32.

14 Ob. Cit. p. 42.

fortaleza; no es exagerado decir que todos los varones de Buenos Aires se emplearon en su defensa.” Carta de Whitelocke a Windham, 10 de julio de 1807⁽¹⁵⁾.

• *“Manuela Pedraza. Fue una heroína de la Primera Invasión Inglesa. Los días 10, 11 y 12 de agosto de 1806 se combatió encarnizadamente en las calles de Buenos Aires para reconquistarla de manos de sus usurpadores ingleses. Todos participaron en la lucha, las mujeres con el mismo fervor que los hombres. Cuando el combate había llegado a su culminación en la plaza mayor (hoy Plaza de Mayo), donde las fuerzas al mando de Liniers trataban de tomar la Fortaleza (hoy Casa Rosada), una mujer del pueblo se destacó entre los soldados, uno de los cuales era su marido, a quien había resuelto acompañar. La metralla no la acobardó. Por el contrario, se lanzó al lugar de mayor peligro, siempre al lado del soldado de patricios, con el que formaba una pareja de leones. El hombre cayó atravesado por una bala. Manuela tomó su fusil y mató al inglés que había disparado sobre él. Pasada la lucha, el general vencedor la recompensó con el grado de alférez y goce de sueldo. En su parte dirigido a la metrópoli decía: ‘No debe omitirse el nombre de la mujer de un cabo de Asamblea, llamada Manuela la Tucumanesa (era nacida en Tucumán), que combatiendo al lado de su marido con sublime entereza mató un inglés del que me presentó el fusil’. Manuela termina trastornada y en la miseria. Una calle de la ciudad que ayudó a reconquistar lleva su nombre.”* ⁽¹⁶⁾

El caso de Manuela Pedraza anticipó una conducta muy común en las mujeres de los sectores populares que participaron en la Campaña Libertadora, en las luchas internas y en “la frontera”. Muchos soldados iban a la guerra acompañados en la retaguardia por sus mujeres y aun sus hijos. Eran las “cuarteleras”, “soldaderas”. Se ocupaban del abastecimiento, de curar heridos, pero también suplantaban a los soldados caídos en batallas. Tantas había que el Gral. San Martín redactó un reglamento especial para las mujeres agregadas a las tropas.

La revuelta popular

Para Ferns, la facilidad con que habían entrado en la Ciudad los ingleses, la afabilidad con que la elite los trató abriéndoles sus casas, los confió y los llevó a la indefensión.

Para los ingleses y sus informantes, la Ciudad era una presa fácil. *“Buenos Aires era un lugar en que los hombres trabajaban, haraganeaban, comerciaban y oraban.*

15 FERNS, H.S.: Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX. Ediciones Solar, Buenos Aires, 1992, p. 54.

16 SOSA DE NEWTON, Lily: Diccionario Biográfico de Mujeres Argentina. Plus Ultra, Buenos Aires, 1986.

Era el corazón y el cerebro, pero no el brazo fuerte y el puño apretado del Virreinato o, por lo menos, así lo parecía.” También estuvo equivocado Sobremonte, que jamás pensó en una invasión a Buenos Aires. Su huída con los caudales responde al carácter del dominio colonial: “Su acción resumía el régimen español en América, organizado en forma extraordinaria, monolítico, dedicado a acumular tesoros”.⁽¹⁷⁾

Sin embargo, el indicio de que no andaba todo bien, lo da el número y origen de las 58 personas que se presentaron al juramento de fidelidad. *“Las personas que se presentaron (...) eran generalmente comerciantes que hablaban inglés y que habían estado comerciando aquí bajo colores neutrales y, en consecuencia, muy dados a halagarnos con la opinión más favorable del asunto.”* (Informe de Popham al Almirantazgo).⁽¹⁸⁾

La combinación de las tropas al mando de Liniers, los gauchos a caballo, los guerrilleros urbanos organizados en la Ciudad complicaron a los ingleses. Las casas de Buenos Aires, con sus azoteas protegidas con un parapeto, fueron fortalezas para sus habitantes. El 10 de agosto, cuando Liniers ya entraba en la Ciudad, el fuego abierto desde los techos de las casas se hizo tan nutrido que Beresford no tardó en izar la bandera blanca de rendición. Habían muerto 165 soldados ingleses.

La “Santa Revuelta”

La Iglesia también colaboraba con los vecinos, no solo por lealtad al rey: defendía la religión católica contra “los herejes”, nombre que los pobladores usaban para caracterizar a los protestantes. La importancia del tema religioso puede ser señalada por la carta que la Superiora de las monjas dominicas, Teresa de la Santísima Trinidad, le remitiera a Liniers: *“Señor Don Santiago Liniers. Monasterio de Dominicas, Agosto 12 de 1806. Señor: después de rendir a nuestro Dios omnipotente las más humildes gracias por habernos redimido del dominio de los enemigos de Nuestra Sagrada Religión, a nombre de esta religiosa Comunidad las rindo a Vuestra Señoría igualmente por la mucha parte que en tan tamaña empresa ha tenido el grande celo y caridad de Vuestra Señoría por la honra y gloria del Dios eterno, Quien bendito sea siempre y a cuyos pies hemos dirigido nuestros ardientes votos incesantemente, con objeto a que nos concediera la libertad y victoria que ya poseemos (...)”*⁽¹⁹⁾.

17 FERNES, Ob. Cit.

18 FERNES, Ob. Cit. p. 40.

19 Revista Episodios Militares de Nuestra Historia. Año 1, Nro. 1, marzo, 2006

El *glamour* francés. Ana Perichón de Vandeuil de O' Gorman

Ana Perichón había nacido en una posesión francesa del Océano Índico, la Isla de Mauricio, en 1775. Su familia llegó en 1797 a Buenos Aires. Ella ya venía casada con Tomás O' Gorman y con dos hijos. Su padre, Esteban Perichón, era un próspero comerciante dedicado al tráfico de ultramar. También O' Gorman se dedicaba al comercio, pero no tuvo mucha fortuna en sus actividades comerciales, entre las cuales sobresalía el tráfico de armas y el contrabando. Vivió largas temporadas fuera del país y finalmente decidió volver a España.

Ana participaba de las tertulias y también las realizaba en su casa o en la estancia de los O'Gorman. Eran parte de las tertulias dos espías ingleses: Guillermo Pío White y Florentino James Burke, también dedicados al contrabando y amigos de O'Gorman. Ana tenía relaciones íntimas con Burke, que le aliviaban el alejamiento constante de su marido. Se cuenta que Ana llevaba una vida disipada y escandalosa para los cánones morales de la pequeña aldea. Pero era su relación con Santiago de Liniers la piedra del escándalo. Liniers no había tenido fortuna con sus casamientos, era viudo dos veces y tenía varios hijos. La belleza y la alegría de Anita lo conmovieron. La sociedad porteña, a través del rechazo a "La Perichona", canalizaba sus dudas y sus prevenciones contra Liniers, mal visto por los españoles por su nacionalidad francesa y mal visto por los independentistas que ya empezaban a reunirse. Para escándalo de la ciudad, una de las hijas de Liniers se casó con el hermano de Ana Perichón sin solicitar el permiso real.

La pareja fue blanco de murmuraciones continuas; se decía que Ana decidía por Liniers en los asuntos públicos, que usaban en su provecho dinero del Estado, que colaboró en la fuga de Beresford, además de influir para lograr la libertad de White. El mismo Burke hizo públicas sus relaciones anteriores con Ana y la acusó de colaborar con la Corona inglesa. Liniers no tuvo más remedio que desterrarla.

Ana partió hacia Río de Janeiro, convulsionada por la instalación de la Infanta Carlota. Allí tuvo relaciones íntimas con el embajador inglés Lord Strangford. También fue expulsada de Río y debió volver a Buenos Aires, refugiándose en su estancia. Se dedicó allí a casar a sus hijos de manera conveniente. Falleció en 1847, unos días antes de que su nieta, Camila O'Gorman, huyera con el sacerdote Ladislao Gutiérrez.

No todos los que han investigado la vida de Ana Perichón tienen una visión negativa de ella. Al respecto, Silvia Miguens, autora del libro *Ana y el Virrey*, dice: "*Ana es uno de esos personajes que tienen una historia fuerte de la que, por lo común, no se habla. Se habla de lo que es la piedra del escándalo, pero no el fundamento real. Un dato lo demuestra: si hubo otras mujeres que tuvieron otros famosos señores como amantes, ¿qué tenía "La Perichona" de diferente para que la condenaran*

tanto? Sobre todo, teniendo en cuenta que él era viudo y a ella la había dejado el marido. La persecución a “La Perichona” no se comprende hasta que se unen datos que muestran que estaba muy relacionada políticamente. (...) Lo cierto es que era el flanco más débil del virrey, y había que sacar a ese virrey; lo querían sacar España y los criollos. La mejor manera fue buscar sacarlo por ese escándalo. (...) Cosas que se le criticaron a “La Perichona” a Mariquita (Sánchez) no se las cuestionaron. Como cuando Mariquita comienza a tener relaciones con Mendeville; Thompson estaba vivo, loco y aún no había vuelto al país. Todo tiende a demostrar que Mariquita se casó con Mendeville embarazada”. ⁽²⁰⁾

Con las Invasiones Inglesas termina “en la cabeza” de la elite criolla el dominio colonial en Buenos Aires. ¿Estarían concientes todos estos personajes nombrados del cambio profundo que se estaba produciendo en el Río de la Plata? Cambios políticos, cambios sociales, cambios en la vida de las mujeres y en las relaciones cotidianas. Al respecto, Tulio Halperin Donghi dice que “(...) las invasiones inglesas abren la crisis institucional”. Ya nada será igual y dará origen a una nueva elite de origen militar: “La militarización implica un cambio, y ciertamente muy serio, en el equilibrio social de Buenos Aires”. ⁽²¹⁾

Bibliografía

- *Crónica Argentina. Tomo I.* Buenos Aires, Editorial Codex SA, 1968.
- Deleis, Mónica; De Titto, Ricardo; Arguindeguy, Diego: *Mujeres de la Política Argentina.* Aguilar, Buenos Aires, 2001.
- Devoto, Fernando; Madero, Marta: *Historia de la vida privada en la Argentina. País antiguo. De la colonia a 1870.* Edit. Taunus, Buenos Aires, 1999.
- Ferns, H.S.: *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX.* Ediciones Solar, Buenos Aires, 1992.
- Gil Lozano, Fernanda; Pita, Valeria S.; Ini, María Gabriela: *Historia de las mujeres en la Argentina.* Colonia y siglo XIX. Ed. Taurus, Buenos Aires, 2000.
- Halperin Donghi, Tulio: *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla.* Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1972.
- Luna, Félix: *Historia Integral de la Argentina. Tomo 4,* Planeta, Buenos Aires, 1995.

20 Entrevista publicada el 29 de julio en *Ámbito Financiero*. (Suplemento de Espectáculos).

21 HALPERIN DONGHI, Tulio. *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla.* Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1972.

- Moreno, José Luis: *Historia de la Familia en el Río de la Plata*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2004.
- Quesada, María Sáenz: *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1995.
- Rosa, José María: *Historia Argentina. Tomo 2*, Ed. Oriente, Buenos Aires, 1976.
- Sosa De Newton, Lily: *Las protagonistas*. Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1998.

La asistencia médica en las Invasiones Inglesas

Alcira Zarranz

Buenos Aires en los albores del siglo XIX

Hacia el año 1800 Buenos Aires tenía una población estimada en alrededor de 40.000 habitantes. El centro urbano se extendía entre el Río al Este, San Telmo al Sur, la zona de Retiro al Norte y la calle de Las Tunas (hoy Callao - Entre Ríos) al Oeste. En la Plaza Mayor, luego Plaza de la Victoria y finalmente Plaza de Mayo, se levantaba el Cabildo y la Catedral, aún no concluida pero ya habilitada para los servicios religiosos. El Fuerte, residencia de las autoridades, poseía un foso, estaba defendido por 35 cañones de 24 libras y comunicaba con la Plaza mediante un puente levadizo.

La parte edificada no superaba quince cuadras, de las cuales solo estaban precariamente empedradas algunas de las que entraban en la plaza. Las casas, por lo general, solo tenían un piso, techo de tejas y ventanas provistas de grandes rejas. Luego seguía una zona poblada con ranchos de adobe y barro con techo de paja. También había quintas y chacras con cercos de tunas. Varios autores coinciden en afirmar que la expansión de la ciudad estuvo limitada por la existencia de tres arroyos o zanjones:

el del Sur o de “Granados”; el del Medio o de “Catalinas” o “Matorras” y el del Norte o de “Manto”, que fueron cegados a fines de ese siglo. ⁽¹⁾⁽²⁾⁽³⁾

Entre los hechos relevantes que tuvieron por escenario a Buenos Aires en el primer lustro del siglo XIX cabe destacar que:

El 1 de abril de 1801 apareció el periódico “*El Telégrafo Mercantil*”, que dirigió Francisco Antonio Cabello y Mesa, de existencia efímera, pues cesó el 17 de octubre de 1802. Lo sucedió el “*Semanario de Agricultura y Comercio*” que fundó Hipólito Vieytes, que se publicó desde septiembre de 1802 hasta febrero de 1807.

En 1802 se inauguró en Retiro la Plaza de Toros, que funcionó hasta 1817. La construcción de la Vieja Recova, que medía 74 metros de largo por 18 de ancho, comenzó en 1803 y dividió en dos partes la Plaza Mayor. En 1804 murió el Virrey Joaquín del Pino y lo sucedió Rafael de Sobremonte. El 16 de julio de ese año se inauguró el teatro Coliseo, que reemplazó al de “La Ranchería”, destruido por un incendio en 1792.

Solía llamar la atención de los viajeros que visitaron Buenos Aires en esa época, la cantidad de templos existentes en la Ciudad. Desde 1721, en que San Nicolás de Bari fue creada, hasta 1803, en que Santa Lucía dejó de ser un oratorio privado para convertirse en una capilla pública, había en total 18 iglesias. Ello evidentemente contrastaba con la escasa preocupación que la instrucción pública mereció a las autoridades coloniales. Durante largo tiempo la enseñanza estuvo reducida a la que proporcionaban los conventos. A las niñas solo se les enseñaba a “*rezar, zurcir y bordar*”. Aun las de familias más pudientes, educadas en su hogar, solo tenían acceso a la lectura, escritura y en algunos casos a la música.

La asistencia hospitalaria era prestada por tres hospitales. El primero es el “Santa Catalina”, creado en 1613 con el nombre de “San Martín” (por el Santo Patrono de la ciudad), luego “Hospital del Rey” (entre 1708 y 1713) y a partir de 1748, en que se hicieron cargo de su administración los Bethlemitas, orden creada a fines del siglo XVII en Guatemala por Pedro de Bethencourt, cuyos integrantes poseían conocimientos de medicina y farmacia, fue puesto bajo la advocación de esa Santa y estaba ubicado en las actuales calles de Defensa y Méjico.

El de la “Residencia”, también adjudicado a los Bethlemitas en 1795, cuando estos solicitaron al Rey que les otorgara las construcciones y terrenos que los jesuitas expulsados en 1767 poseían en la manzana comprendida por las calles Comercio (hoy Humberto 1°), San Juan, Defensa y el Río (todavía no había sido abierta la calle Balcarce).

1 BOSCH, Felipe: Historia del Antiguo Buenos Aires. Editorial Alborada, Primera Edición, marzo de 1971.

2 ROBERTS, Carlos: Las Invasiones Inglesas del Río de la Plata (1806-1807). Emecé Editores, Buenos Aires, 1936, Pp. 128 a 134.

3 BENÍTEZ, Carlos Pedro José: Buenos Aires. Síntesis histórica y poblacional. Editorial Epsilon, Buenos Aires, 1983, Pp. 29 a 32.

El tercer hospital de la “Hermandad de la Caridad” o de “San Miguel”, por su proximidad a esa iglesia, estaba destinado a mujeres; su capacidad era de 12 camas.⁽⁴⁾
(5)(6)

Estos tres hospitales estaban precariamente instalados, escasos de recursos, con personal insuficiente y lógicamente no se hallaban en condiciones de enfrentar una emergencia médica.

El Protomedicato y la enseñanza de la medicina

El Protomedicato fue creado por el Virrey Juan José de Vértiz el 1 de febrero de 1779. Hasta ese momento se dependía del Protomedicato de Lima. Se puso al frente del mismo al Dr. Miguel Gorman (1749-1819), médico irlandés que había llegado al país con la expedición de Pedro de Cevallos. La inauguración oficial tuvo lugar el 17 de agosto de 1780 con un acto solemne. Si bien Vértiz el 5 de febrero de 1779 comunicó al Rey la instalación del Protomedicato, la aprobación real recién llegó el 17 de julio de 1798, con la autorización para poner en funcionamiento una Escuela Médica. Entre las funciones que debía cumplir figuraban: combatir el curanderismo; revalidar los títulos de los profesionales que deseaban ejercer en el país, previo examen de idoneidad; aconsejar las medidas a tomar en caso de epidemias y organizar los estudios médicos.⁽⁷⁾⁽⁸⁾

El 7 de diciembre de 1803, el Tribunal del Protomedicato elevó a las autoridades la nómina de los 27 médicos y cirujanos que estaban habilitados para ejercer su profesión. A saber: Cosme Mariano Argerich; Gerónimo Arechaga, o Arechaga Amanita; Joseph Ignacio Aroche; Guillermo Aymar; Joseph Capdevila; Carlos Deschamps; Juan Escola; Agustín Fabre; Pedro Faya; Benito Fernández; Joseph Fernández; Salvio Gaffarot; Justo García y Valdez; Bartolomé González, o González Jabanero; Miguel Gorman; Francisco Maciel; Cesáreo Niño; Manuel Pintos; Félix Pineda; Francisco Ramiro; Joseph Redhead; David Reid; Miguel Roxas, o García Roxas; Ángel Refoxo; Manuel Salvadores; Juan Tindall y Juan Ximénes.

Un importante aporte a la medicina preventiva en el país fue la introducción de la vacunación antivariólica, según el método empleado por Edward Jenner en 1796. Tuvo lugar el 28 de julio de 1805, día en que los doctores Justo García Valdez y Salvio Gaffarot la aplicaron a cinco niños de la Casa Cuna.⁽⁹⁾

4 BOKSTEIN, David: “El primer hospital de Buenos Aires: Hospital San Martín”. *Mundo Hospitalario*, Año XIII, mayo, junio, julio, 1951. Pp.27 a 30.

5 BONNET, E. F. P.: “El Hospital General de Hombres”. *Apuntes para una historia sanitaria de Buenos Aires*. La Prensa Médica, Vol. 67, Nro. 8, Año 1980, Pp.372 a 385.

6 LUQUI LAGLEYZE, Julio A.: “La Hermandad de la Santa Caridad”. *Todo es Historia*, marzo de 1976, Nro. 106, Pp.58 a 73.

7 TUMBURUS, Juan: “Síntesis histórica de la Medicina Argentina. 1926”. *El Ateneo*, Pp.47/58.

8 LARDIES GONZÁLEZ, Julio y otros: “Medicina Virreinal y Protomedicato”. En *Panorama Histórico de la Medicina Argentina*, editado por Todo es Historia, julio, 1977, Pp.51 a 63.

9 TUMBURUS, Juan: “Síntesis histórica de la Medicina Argentina. 1926”. *El Ateneo*, p.52.

El plan de estudios para la Escuela de Medicina y Cirugía fue elaborado por el Dr. Miguel Gorman. Comprendía seis años de estudios y las asignaturas eran: Anatomía y Vendajes (Primer Año); Química Farmacéutica y Filosofía Botánica (Segundo Año); Instituciones Médicas y Materia Médica (Tercer Año); Heridas, Tumores, Úlceras y Enfermedades de los Huesos (Cuarto Año); Operaciones y Partos (Quinto Año); Elementos de Medicina y Clínica (Sexto Año). En marzo de 1801, el Catedrático Agustín Eusebio Fabre (1729-1820) dio comienzo a las clases de Anatomía para los alumnos del Primer Curso.

Los días 26 y 27 de febrero de 1802, los nueve alumnos inscriptos dieron sus primeros exámenes públicos. Los nombres de los ocho que aprobaron figuraron en el Telégrafo Mercantil del 14 de marzo de ese año, ellos fueron: Francisco Cosme Argerich; Mariano Vico; Manuel Antonio Casal; Francisco de Paula Fernández; Baltasar Texerina Adeodato Olivera; Matías Rivero; y Paulino Sosa.

En marzo de 1802 se abrió una nueva inscripción para el Primer Curso y se incorporaron 5 alumnos; al parecer uno de ellos fue Juan Madera⁽¹⁰⁾. El Dr. Gorman, que tenía a su cargo la enseñanza de las demás asignaturas, designó como suplente al Dr. Cosme Mariano Argerich, en el que pronto delegó su labor de catedrático para poder ocuparse a pleno de sus obligaciones en el Tribunal del Protomedicato. Como la Escuela de Medicina carecía de sede, las clases se dictaban en los domicilios de esos dos profesores (por la mañana en la del Dr. Fabre y a la tarde en la del Dr. Argerich), los que también llegaron a costear de su peculio el material de enseñanza para los alumnos.

Los días 4, 5 y 6 de julio de 1803 dieron exámenes públicos de Química, Filosofía Botánica y Farmacia 13 alumnos, que resultaron aprobados, pero sus nombres no trascendieron.

El Segundo Curso de Medicina dio comienzo el año 1804, y solo se habían inscripto 4 alumnos. Según el autor Luciano Abeille, pudo haber estado a cargo del mismo Felipe A. Arana. Estaba previsto que los exámenes finales tuvieran lugar a principios de 1807 para el Primer Curso y en 1810 para el Segundo.

Un documento existente en el Archivo General de la Nación, al que han hecho referencia los Doctores Pedro Mallo en 1897 y José Luís Molinari, en colaboración con Horacio H. Hernández en 1960, fechado el 15 de febrero de 1805, resulta interesante para conocer la opinión de 15 alumnos de la primera promoción respecto a la enseñanza que les había sido impartida. Se dirigieron por nota al Virrey Sobremonte manifestando que *“al concluir el curso de medicina teórica y práctica se encuentran como los pilotos que salidos de sus Academias donde han aprendido perfectamente la teórica y práctica de su profesión, se hallan del todo ineptos para dirigir una nave y libertarla de los*

10 ABEILLE, Luciano: Etapas de la vida medical del Dr. Juan Madera. Talleres Gráficos de Guillermo Kraft, 1934, Pp. 53 a 54.

continuados escollos que la rodean". Luego agregaban que temían "*las dificultades insuperables que se les podían presentar al hacer a la cabecera de los enfermos la aplicación de las reglas y preceptos que se les habían dado*". Además, solicitaban continuar dos años más estudiando a la cabecera de los enfermos al lado de un profesor de distinguido mérito.

La nota llevaba la firma de: Juan Escola; Mariano Vico; Francisco Ramiro; Cesáreo Martínez; Antonio Castellanos; Francisco Cosme Argerich; Pedro Francisco Melian (posiblemente Millán); Manuel Antonio Casal; Ángel Lucio Fulco; Juan Madera; Fernando Olivera (se trata de Adeodato Olivera); Pedro Carrasco (es el único que hace anteceder su nombre con las letras Dr.); Baltasar Tejerina; Matías Rivero; y Francisco de Paula Fernández. El expediente a que dio lugar pasó sucesivamente a conocimiento de los catedráticos Cosme M. Argerich, Agustín E. Fabre y al Director del Protomedicato Miguel Gorman.

Todos ellos coincidieron en afirmar que para la enseñanza de la Anatomía se carecía de anfiteatro y del instrumental para las disecciones. Sostenían que en las Universidades y colegios de Europa se empleaban cuando menos diez catedráticos y que era imposible que dos profesores pudieran continuar en el espacio de seis años enseñando todas las partes teóricas, prácticas y clínicas de la Medicina y de la Cirugía. No obstante, Miguel Gorman reconocía que, por falta de presupuesto, no era posible por el momento aumentar el número de profesores. Cabe señalar que estas actuaciones llegaron a su fin el 6 de mayo de 1806, y se desconoce la resolución definitiva, pero lo cierto es que la Anatomía "*siguió enseñándose en la forma que buenamente se podía*".⁽¹¹⁾⁽¹²⁾

La Escuela del Protomedicato de trayectoria discontinua, fue reemplazada en 1815 por el Instituto Médico Militar, ante la necesidad de proveer a los ejércitos libertadores de cirujanos.

Las Invasiones Inglesas; aspectos de la asistencia médica

La Primera Invasión se produjo cuando William Carr Beresford desembarcó en Quilmes el 25 de abril de 1806, al mando de más de 1.600 hombres, y el día 27 se apoderó del Fuerte de Buenos Aires, sin encontrar mayor resistencia. El ejército inglés contaba con un Cuerpo Médico que dirigía el cirujano Tomás Forbes, al que secundaban los cirujanos G. Pooler, J. Evans y cinco ayudantes. La ciudad permaneció

11 MALLO, Pedro: Anales de la Facultad de Ciencias Médicas. Año 1897, Vol. I, Pp.91 a 96.

12 MOLINARI, José Luis y HERNÁNDEZ, Horacio H.: "Los estudios médicos en el Virreinato del Río de la Plata en la época de la Revolución de Mayo de 1810". Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Rosario, 1960, Pp.635 a 643.

ocupada hasta el 12 de agosto de ese año. Santiago de Liniers, que se había trasladado a la Banda Oriental, regresó el 3 de agosto al frente de unos 1.300 voluntarios y logró reconquistarla.

La Reconquista estuvo precedida por un enfrentamiento el 1 de agosto de 1806 en Perdriel, donde Juan Martín de Pueyrredón, que preparaba una rebelión, fue derrotado por Denis Pack, subalterno y más tarde cuñado de Beresford. El 11 de agosto tuvo lugar un cruento combate en Retiro, donde Liniers luchó en la Batería de Abascal y la Plaza de Toros, resultando vencedor. Al día siguiente distribuyó sus hombres en dos columnas y se dirigió a la Plaza Mayor, donde se reanudaron los combates en la Recova, lo que obligó a los ingleses a replegarse hasta el Fuerte, lugar en el que finalmente se produjo su rendición. ⁽¹³⁾⁽¹⁴⁾⁽¹⁵⁾

El cirujano inglés Tomás Forbes improvisó un hospital de sangre en el que se asistió a los heridos hasta el 14 de agosto. Por razones humanitarias, Liniers dispuso que el farmacéutico Narciso Marull le entregara medicamentos y elementos sanitarios entre los que figuraron “6 pares de muletas y 5 piernas de palo”⁽¹⁶⁾. Los prisioneros fueron llevados a las Casas de Oro, que estuvieron ubicadas en el predio limitado por las actuales calles Perú, Alsina, Bolívar y Moreno ⁽¹⁷⁾. Luego, los heridos se trasladaron al Santa Catalina o Bethlemítico y a la Residencia; algunos oficiales heridos se asistieron en casas particulares. El 13 de diciembre de 1806, según Jorge E. Liceaga, los últimos 17 soldados ingleses que permanecían internados se confinaron en el interior del país, como había sucedido con el resto de sus compatriotas. La única excepción fue la del Dr. Forbes, al que se permitió permanecer en Buenos Aires hasta mayo de 1807.

El miércoles 19 de noviembre de 1806, Liniers dio a conocer en el Semanario de Agricultura, Industria y Comercio, datos respecto a la asistencia sanitaria correspondiente al día de la Reconquista. A saber: “*El día 12 de agosto ingresaron al Hospital Bethlemítico 137 heridos, de los que fallecieron 35, y concurrían a curarse diariamente 11 contusos y 12 con heridas leves*”. Nota firmada por los Bethlemitas: Fray Joseph Vicente de San Nicolás, Fray Blas de los Dolores Antuni y Fray Joseph del Carmen. Con ellos colaboró voluntariamente durante un mes y medio el Dr. Bartolomé González. El día 12 ingresaron al Hospital de la Hermandad de la Caridad “San Miguel”: 55 heridos, de los que murieron 4, hecho certificado por los Dres. Salvio Gaffarot, José Capdevila, José Bernardo Nogué, Cosme M. Argerich, Manuel Salvadores, Justo García Valdez,

13 VOGEL, C. A. y VÉLEZ ACHÁVAL, E.: Historia Argentina y Constitución Nacional. Pp. 143 a 148.

14 FLORIA, Carlos Alberto y GARCÍA BELSUNCE, César A.: Historia de los Argentinos. Larousse, 1992, Pp. 235 a 240.

15 NOCETI, Alfredo Luis: “Hitos Porteños”. I Crónica de la Reconquista. Nro. 41. II Crónica de la Defensa. Nro. 42, Presencias, Interjuntas, agosto 2001.

16 LICEAGA, Jorge A.: “Los servicios de sanidad durante las Invasiones Inglesas”. La Semana Médica, 75 Aniversario, 1969, p. 402.

17 FRIGERIO, José Oscar: “Cuando la Manzana de las Luces fue cárcel”. Historia, Año XVIII, diciembre, 1999, Tomo 18, Nro. 72, Pp.28/53.

Gerónimo Amanita, y los alumnos Baltasar Tejerina, Juan Madera, Cesáreo Niño y Manuel Antonio Casal. ⁽¹⁸⁾

Después de la Reconquista, y ante la posibilidad de una Segunda Invasión, en base a la experiencia adquirida, se comenzaron a organizar regimientos destinando a cada uno de ellos cirujanos y también boticarios para constituir un Cuerpo Sanitario, cuya plana mayor a fines de 1806 estaba integrada por: Cirujano Mayor (Dr. José Capdevila); Médico Primero (Dr. Justo García y Valdez); Ayudantes Consultores (Dres. Salvio Gaffarot y Bernardo Nogué); Boticario Mayor (Antonio García Posse); Primer Boticario (Manuel Hermenegildo Rodríguez).

Profesionales agregados a los regimientos o tercios: Tercio de Patricios: Dres. Justo García y Valdez, Pedro Carrasco y el alumno Juan Madera; Tercio de Gallegos: alumno Manuel A. Casal; Tercio de Vizcaínos de Cantabria: Gerónimo Arechaga y Francisco Xavier de Aspiazú; Tercio de Andaluces: alumno Francisco Ramiro; Tercio de Arribeños: alumnos José Tejera y Pablo Millán; Artillería Patriota: Bernardo Nogué; Patriotas de la Unión: Salvio Gaffarot; Húsares Voluntarios de Buenos Aires: Primer Escuadrón: Gerónimo de Lara; Segundo Escuadrón: Cosme Argerich (no se aclara si padre o hijo); Tercer Escuadrón: alumno Francisco de Paula Fernández.

Otra de las medidas que se tomaron fue la de “*expulsar de la ciudad a los extranjeros enemigos de la patria*”, entre los cuales figuró David Reid, médico habilitado por el Protomedicato en 1803 para ejercer su profesión. La documentación que se presentó a su favor no fue tenida en cuenta. ⁽¹⁹⁾

La Segunda Invasión se inició el 3 de febrero de 1807, cuando fuerzas inglesas tomaron Montevideo, a las que poco después se incorporó como jefe de las mismas el General John Whitelocke. Al conocerse la noticia en Buenos Aires, el clamor popular logró que el Virrey Sobremonte fuera reemplazado por Santiago de Liniers, quien de inmediato convocó una Junta de Guerra en el Fuerte. Dispuso que el Cuerpo Sanitario se proveyera del material necesario para poder afrontar una movilización repentina. El 18 de febrero el Cabildo decidió instalar un Hospital de Sangre en el Convento de San Francisco, dada su situación estratégica; además se contaba con el de la Residencia en San Telmo.

Whitelocke, al mando de unos 11.000 hombres desembarcó el 28 de junio en la Ensenada de Barragán. Liniers consideró oportuno atacarlos durante el cruce del Riachuelo, pero lograron eludirlo porque lo efectuaron dos leguas más arriba de donde los aguardaba. El 2 de julio se produjo un encuentro entre el Coronel Gowers y Liniers en los Corrales de Miserere, en el que este último fue derrotado. Mientras Gowers

¹⁸ 18 Seminario de Agricultura, Industria y Comercio. (Miércoles 19 de noviembre de 1806), 14, Nro. 206, Tomo V, Fol. 67, Pp.65/69. (Nota de Liniers.)

¹⁹ BERRUTI, Rafael: “La asistencia médica durante las Invasiones Inglesas”. La Semana Médica, 26 de julio, 1977, p. 136.

aguardaba la llegada de Whitelocke, tuvo que improvisar un hospital de sangre, para los soldados ingleses que habían resultado heridos, en la quinta de Guillermo Pío White, un comerciante nacido en Boston. Luego, los heridos fueron trasladados a la Batería de Abascal en Retiro.

El 3 de julio de 1807, Santiago de Liniers y Martín de Álzaga, Alcalde del Cabildo, se reunieron para planear la defensa de la ciudad. Dos días después, los invasores comenzaron a marchar hacia la Plaza Mayor en columnas paralelas, por las calles céntricas. A pesar de ser atacados por el vecindario con todo tipo de armas durante todo el recorrido, lograron apoderarse de la Residencia, el Hospital de Belén o Santa Catalina, los templos de Santo Domingo, San Francisco y el monasterio de las monjas de Santa Catalina de Siena, inaugurado en 1745, cuyas puertas fueron despedazadas a hachazos para poder instalar un hospital de sangre y reparar sus fuerzas. Se apropiaron de vasos destinados al culto y de los adornos de las imágenes y utilizaron las camas para que reposasen sus heridos, pero respetaron a las 70 religiosas que componían esa comunidad.⁽²⁰⁾

Al ser tomada la Residencia fueron aprisionados: los Bethlemitas; el cirujano Bernardo Nogué, al que despojaron de una caja con instrumental médico; el boticario Juan Bravo; y el practicante Adeodato Olivera, entre los nombres que han trascendido. Al ser sorprendido Olivera alentando a vecinos del lugar para que tomaran las armas, se lo sometió a un juicio sumario y fue condenado a muerte. La rapidez con la que se desencadenaron los sucesos impidió que se cumpliera la sentencia, pero la dramática situación vivida le ocasionó al joven un desequilibrio mental del que tardó una década en recuperarse.⁽²¹⁾

El 6 de julio de 1807, en El Retiro, se enfrentaron José Gutiérrez de la Concha, integrante de las fuerzas de Liniers, y los ingleses parapetados en la Batería de Abascal. La suerte, al principio adversa, obligó a Gutiérrez de la Concha a capitular; luego, un contraataque enérgico de Liniers, en el que se registraron importantes pérdidas por ambos lados, motivó a que Whitelocke solicitara una tregua para poder intercambiar heridos. Como no se logró concretar, el 7 de julio el Jefe inglés aceptó la rendición total, comprometiéndose a abandonar Buenos Aires en dos días y Montevideo en dos meses. Entre muertos y heridos había perdido 1.000 hombres y 2.000 fueron hechos prisioneros.

Los muertos fueron trasladados en carros de limpieza hasta el Hueco de Curro Moreno y el Bajo de la Cancha de Sotoca. El primero estaba ubicado en la manzana hoy limitada por las calles de Tte. Gral. Juan Domingo Perón, Sarmiento, Carlos Pellegrini y

20 QUIROGA, Marcial I.: "La Segunda Invasión Inglesa en el Convento de las Catalinas". La Prensa, 19 de septiembre, 1976, año 107, Nro. 36.759, 3ra. Sección Literaria, p.2.

21 LOUDET, Osvaldo: "La locura de Adeodato Olivera". La Nación, 24 de abril, 1966, Suplemento Literario.

Carabelas, donde desde 1773 funcionaba un Mercado, al que a partir de 1856 reemplazó el Mercado Central. Cuando en 1948 se efectuaron excavaciones, aparecieron junto a los huesos de los soldados allí inhumados, jirones de sus pantalones rojos y chaquetas azules. La Cancha de Sotoca era un lugar destinado al juego de pelota, introducido en el país por inmigrantes vascos, y se encontraba en la esquina noroeste de las calles 25 de Mayo y Corrientes. ⁽²²⁾

A diferencia de lo sucedido después de la Reconquista, se optó por no internar a los vencidos en regiones del interior del país y desde el día 8 comenzaron a ser embarcados los heridos leves y los prisioneros. Al término de las acciones, los heridos se hallaban distribuidos en el Fuerte, San Francisco, Santo Domingo, la Recoleta, el Colegio de San Carlos, el Santa Catalina, el de la Hermandad de la Caridad, la casa del Dr. Capdevila y en muchas otras del vecindario. Los esfuerzos de médicos, Betlehemitas, sangradores y alumnos resultaron insuficientes para afrontar una emergencia médica de esa magnitud. Algunas de las disposiciones que se tomaron son ilustrativas al respecto.

En efecto, el 9 de julio se ordenó al Dr. David Reid, confinado en Villa Luján, que regresara a Buenos Aires para colaborar con sus colegas. Del 11 al 16 de julio fue menester proveer a los heridos asistidos en Santo Domingo de: 218 frazadas, 580 ponchos, 289 colchones y 129 camisas. Se alquilaron dos casas en las proximidades del convento: una para dar más comodidad a los pacientes y otra para alojar a los médicos ingleses que los asistieron durante un mes. Desde el 17 al 19 de agosto, un número importante de heridos en recuperación fue embarcado en el transporte Cumbrian, con los que viajó el cirujano Evans, que había participado en la Primera Invasión y al que se le entregaron los medicamentos necesarios.

A partir del 4 de septiembre de 1807 el hospital Santa Catalina quedó a cargo del licenciado José A. Capdevila, con quien colaboraron: su asociado Juan Pérez, Claudio Parro, Cesáreo Niño, Roque Barragán y Fermín Varela. En la Residencia, junto a Bernardo Nogué asistían a los heridos Francisco Cosme Argerich y Baltasar Tejerina. El 13 de octubre solo quedaban hospitalizados 14 heridos en San Francisco, 11 en Santa Catalina, 4 en la Hermandad de la Caridad y 9 en la Residencia.

Tanto en la Primera Invasión Inglesa como en la Segunda, el Dr. Capdevila tuvo a su lado a Pedro Nolasco Rojas, nacido en 1790, que había concluido los estudios de Filosofía que se exigían para ingresar en la Escuela del Protomedicato, en la que no se había abierto la inscripción para iniciar un tercer curso. Este joven tuvo el privilegio de iniciarse en la medicina complementando la enseñanza teórica con la práctica. No se ha podido establecer la fecha en que logró ingresar, pero recién pudo graduarse en

22 Información proporcionada en marzo de 2005 por los historiadores: Diego A. del Pino; Emilio Sannazaro; y Enrique Mayochi.

1821 al ser creada la Universidad de Buenos Aires, cuando ya poseía una importante trayectoria médica en el ámbito castrense. ⁽²³⁾

Resulta interesante destacar que el 5 de julio de 1807 el cadete del Regimiento de Andaluces, Francisco Javier Muñiz (1795-1871), que aún no había cumplido los 12 años de edad, desde la azotea de una casa próxima a la Iglesia de San Miguel, al ver avanzar una columna inglesa, en un acto imprudente bajó junto con otros soldados a la calle para atacarlos. Muñiz recibió una bala de fusil en la pierna derecha que recién le fue extraída al día siguiente y se le produjo una infección que tardó en curar ⁽²⁴⁾. Él estuvo entre los primeros alumnos inscriptos en el Instituto Médico Militar (1815). Se graduó en 1821, se destacó como médico y paleontólogo, cumplió una importante labor como médico castrense y murió mártir de su profesión durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871. Hoy evocan su memoria: una ciudad del Partido de San Miguel, Provincia de Buenos Aires, un Hospital Municipal y una calle en la Capital Federal ⁽²⁵⁾. Su efigie también figura en una estampilla postal de la serie Nro. 768.772, emitida en 1966. ⁽²⁶⁾

El médico e historiador Pedro Mallo (1837-1899) tuvo acceso a un documento que conservaba la familia del Dr. Cosme Mariano Argerich en la que este, el 18 de mayo de 1808, se dirigió al Virrey Santiago de Liniers solicitando que se certificara su actuación y la de *“los diecisiete discípulos médicos y cirujanos que he presentado y que han asistido en los Tercios Patrios y los hospitales curando a los heridos de los ataques de julio de 1807 y en los meses siguientes a la gloriosa Defensa”*. El Dr. Mallo afirma que ayudó a recuperar el Archivo del Protomedicato, pero que no encontró el Libro de Matriculas de la Escuela del Protomedicato. Al parecer constaba de seis hojas escritas y fue entregado bajo inventario en 1822 al Tribunal de Medicina. La pérdida o extravío de ese material ha impedido, hasta la fecha, conocer con exactitud el número y la nómina de los alumnos que se inscribieron en el primero y en el segundo curso. ¿Cuándo se graduaron los alumnos de la primera promoción inscriptos en 1801 y 1802 y los de la segunda, que iniciaron sus estudios en 1804.

La búsqueda bibliográfica realizada para dar respuesta a este interrogante, solo ha aportado estos datos fragmentarios que se dan a conocer a título informativo:

Los días 7 y 8 de noviembre de 1808 rindieron exámenes en la Escuela del Protomedicato: Francisco Cosme Argerich, Manuel Casal y Mariano Vico, los que en

23 CIGNOLI, Francisco: La sanidad y el cuerpo médico de los ejércitos libertadores. Editorial Rosario, 1951, Pp.208 a 210.

24 GOLLAN, José Santos: “Francisco Javier Muñiz, héroe de la ciencia y el dolor”. RAAM (Revista Argentina de Actualización Museológica), Vol. I, Nro 1, 1981, Pp.43 a 45.

25 Barrios, calles y plazas de la Ciudad de Buenos Aires. Origen y razón de sus nombres. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 1997, p. 310.

26 Revista de la Asociación Médica Argentina: Filatelia médica: Francisco Javier Thomas de la Concepción Muñiz. (21 de diciembre de 1795; 8 de abril de 1871). “Sabio, Patriota, Médico, Investigador, Paleontólogo argentino”. Noviembre de 1985 a diciembre de 1986. Números 5 a 6 (1985) y 1 al 12 (1986), p.35.

1813 fueron propuestos como Disectores para el Instituto Médico Militar⁽²⁷⁾. También revalidó ese año Pedro Buenaventura Carrasco, nacido en el Valle de Cochabamba (Bolivia), que ya era graduado en Lima cuando se inscribió en la Escuela Médica.⁽²⁸⁾

Antonio Castellanos o Castellanos Saravia obtuvo su título en 1810⁽²⁹⁾. Cesáreo Martínez Niño, Juan de Dios Madera y Pedro Nolasco Rojas dieron sus exámenes finales en 1815 al regresar del Sitio de Montevideo. Ese mismo año se graduó Baltasar Tejerina, previa presentación de una solicitud para que se evaluara su competencia. El 12 de enero de 1812 había ayudado al Dr. Diego Paroissien (médico inglés y primer ciudadano naturalizado después de la Revolución de Mayo) a asistir a Manuel Dorrego, que había resultado herido en el cuello en Nazareno (Alto Perú).⁽³⁰⁾

Matías Rivero, Francisco Cosme Argerich, Juan Madera, Pedro Nolasco Rojas y Juan Antonio Fernández, al inaugurarse la Universidad de Buenos Aires (1821) obtuvieron el título de Doctores en Medicina y pudieron efectuar el juramento de práctica.

El nombre de Adeodato Olivera recién reaparece después de la Revolución de Mayo, cuando el Dr. Cosme M. Argerich, Director del Instituto Médico Militar, lo designó como médico del ejército del General Balcarce, el que lo rechazó por ser “un loco de todos conocido”. El Dr. Argerich alegó que se hallaba recuperado y en condiciones de ejercer su profesión, sin embargo a partir de allí se carece de información sobre su trayectoria posterior.⁽³¹⁾

A dos siglos de las Invasiones Inglesas, parece oportuno rescatar algunos comentarios que las mismas han merecido a distintas personalidades a través de los años:

“Esperábamos una vigorosa resistencia, pero yo pregunto a la Corte y a cada uno de sus miembros, si por algún ejemplo transmitido en la historia militar desde el empleo de las armas de fuego, podíamos tener antes del resultado presente una previsión posible de tal existencia; multitud de ejemplos en que cierta proporción activa y joven del vecindario coadyuvó al esfuerzo del ejército defensor. (...) No hay un solo ejemplo, me atrevo a decirlo, que pueda compararse al presente, en el cual, sin exageración, cada habitante libre o esclavo tenía una pertinacia que no podía esperarse, ni un entusiasmo religioso y patriótico, ni un odio más inveterado o implacable”. John Whitelocke. (Al ser enjuiciado en Inglaterra luego de su derrota).⁽³²⁾

27 PALACIOS COSTA, Nicanor: “Breves aportaciones para la biografía del Dr. Francisco Cosme Argerich”. Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina, 1944, Pp. 125 a 133.

28 CIGNOLI, Francisco: “Un médico congresista de Tucumán, Diputado por Cochabamba”. Actas del Primer Congreso de Historia de la Medicina. La Semana Médica, 75 Aniversario - 1894, enero 1969, Pp. 355 a 362.

29 ROMERO SOSA, Carlos Gregorio: “Tres médicos coloniales en Salta: Miln, Redhead y Castellanos”. Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina, Tomo VII, 1944, Pp. 233 a 234.

30 FRIZZI de LONGONI, Haydée: “La herida de Dorrego en Nazareno”. La Semana Médica, 1977, Tomo 150, Nro 14, Pp. 453 a 458.

31 LOUDET, Osvaldo: “La locura de Adeodato Olivera”. La Nación, 24 de abril, 1966, Suplemento Literario.

32 BOSCH, Felipe: Historia del Antiguo Buenos Aires. Editorial Alborada, Primera Edición, marzo de 1971, p.190.

“La lucha a la que dio lugar la Segunda Invasión fue mucho más cruenta que la Primera, pues se enfrentaron fuerzas más importantes y la resistencia estuvo a cargo de verdaderos efectivos militares. García Valdez y Capdevila dirigieron el Cuerpo de Sanidad, el hospital de sangre estuvo a cargo de Gaffarot. Esta organización militar, con médicos de carrera en las tropas, hospitales que recibían las evacuaciones y una dirección técnico-militar concomitante, dio excelentes frutos y los resultados obtenidos en el tratamiento de los heridos puede considerarse excelente para la época”. Dr. Juan Ignacio Imaz. ⁽³³⁾

“La Reconquista y la Defensa fueron la prueba de aptitud de los estudios iniciados por los alumnos de la Escuela de Medicina del Protomedicato de Buenos Aires, abierta en 1801. Al organizarse la sanidad para afrontar las Invasiones Inglesas, pasaron directamente de las aulas a los hospitales de sangre y esa fue la prueba inicial de sus estudios”. Dr. Francisco Cignoli (1898-1990).⁽³⁴⁾

“Creemos haber dejado sentada la importancia de los servicios prestados por los profesionales del arte de curar, su desinterés y su sacrificio. La profesión farmacéutica tuvo en esta oportunidad, como nunca, ocasión de demostrar sus virtudes y sus prerrogativas fueron reconocidas por las autoridades”. Dr. Jorge A. Liceaga.⁽³⁵⁾

“La actuación de los 17 practicantes de medicina en los improvisados puestos de socorro, en la sangrienta jornada del 5 de julio de 1807, debe ser tenida en cuenta como el inicio de la cirugía de guerra dentro de la Ciudad de Buenos Aires. (...) Por ser un hito significativo en la historia de los porteños y en la cirugía argentina, cabe formular un voto para que una calle de Buenos Aires lleve justamente el nombre de: ‘De los 17 practicantes’”. Dr. Oscar Andrés Vaccarezza (1905-1982).⁽³⁶⁾

Comentario final

15 de los 17 alumnos o “practicantes” de la Escuela del Protomedicato, a punto de concluir sus estudios y en vísperas de las Invasiones Inglesas, manifestaron por nota no estar capacitados para tomar resoluciones a la cabecera del enfermo. Pero lejos estaban de imaginar que la época en que les tocó vivir les iba a plantear un desafío de mayor magnitud. En la Reconquista y la Defensa, dieron sus primeros pasos en el ejercicio de la profesión elegida, en hospitales improvisados y en las calles de la

33 IMAZ, Juan Ignacio: “Organización y funcionamiento del Cuerpo de Sanidad Militar. Ley 2377 de 1888”. Revista de la Sanidad Militar Argentina, Sesquicentenario de la Sanidad Militar, 16 de junio (1810-1960), año LIX, Nros.1 y 2, Pp.110 a 111.

34 CIGNOLI, Francisco: “La medicina y los ejércitos libertadores”. La Semana Médica, 75 Aniversario - 1894, 4 de enero, 1969, Edición especial, p.382.

35 LICEAGA, Jorge A.: “Los servicios de sanidad durante las Invasiones Inglesas”. La Semana Médica, 75 Aniversario, 1969, p. 411.

36 VACCAREZZA, Oscar Andrés: “400 años de cirugía en Buenos Aires”. (Conferencia). Revista Argentina de Cirugía, Vol. 40, marzo/abril, 1981, Nros. 3 y 4, p. 123.

ciudad. Luego tuvieron que enfrentar a diario emergencias quirúrgicas en los campos de batalla al acompañar los ejércitos libertadores, alejados de sus familias y en soledad, para decidir la conducta médica adecuada. Tuvieron el mérito de ser los precursores de la Sanidad Militar Argentina.

Bibliografía utilizada

(Búsqueda bibliográfica a cargo de Juana A. Zarranz)

- ABEILLE, Luciano: *Etapas de la vida medical del Dr. Juan Madera*. Talleres Gráficos de Guillermo Kraft, 1934, Pp. 53 a 54.
- *Barrios, calles y plazas de la Ciudad de Buenos Aires*. Origen y razón de sus nombres. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 1997, p. 310.
- BENÍTEZ, Carlos Pedro José: Buenos Aires. *Síntesis histórica y poblacional*. Editorial Epsilon, Buenos Aires, 1983, Pp. 29 a 32.
- BERRUTI, Rafael: “*La asistencia médica durante las Invasiones Inglesas*”. La Semana Médica, 26 de julio, 1977, p. 136.
- BOKSTEIN, David: “*El primer hospital de Buenos Aires: Hospital San Martín*”. Mundo Hospitalario, Año XIII, mayo, junio, julio, 1951. Pp.27 a 30.
- BONNET, E. F. P.: “*El Hospital General de Hombres*”. Apuntes para una historia sanitaria de Buenos Aires. La Prensa Médica, Vol. 67, Nro. 8, Año 1980, Pp.372 a 385.
- BOSCH, Felipe: *Historia del Antiguo Buenos Aires*. Editorial Alborada, Primera Edición, marzo de 1971.
- CIGNOLI, Francisco: “*La medicina y los ejércitos libertadores*”. La Semana Médica, 75 Aniversario - 1894, 4 de enero, 1969, Edición especial, p.382.
- CIGNOLI, Francisco: “*Un médico congresista de Tucumán, Diputado por Cochabamba*”. Actas del Primer Congreso de Historia de la Medicina. La Semana Médica, 75 Aniversario - 1894, enero 1969, Pp. 355 a 362.
- CIGNOLI, Francisco: *La sanidad y el cuerpo médico de los ejércitos libertadores*. Editorial Rosario, 1951, Pp.208 a 210.
- FLORIA, Carlos Alberto y GARCÍA BELSUNCE, César A.: *Historia de los Argentinos*. Larousse, 1992, Pp. 235 a 240.
- FRIGERIO, José Oscar: “*Cuando la Manzana de las Luces fue cárcel*”. Historia, Año XVIII, diciembre, 1999, Tomo 18, Nro. 72, Pp.28/53.
- FRIZZI de LONGONI, Haydée: “*La herida de Dorrego en Nazareno*”. La Semana Médica, 1977, Tomo 150, Nro 14, Pp. 453 a 458.

- GOLLAN, José Santos: “*Francisco Javier Muñiz, héroe de la ciencia y el dolor*”. RAAM (Revista Argentina de Actualización Museológica), Vol. I, Nro 1, 1981, Pp.43 a 45.
- IMAZ, Juan Ignacio: “*Organización y funcionamiento del Cuerpo de Sanidad Militar. Ley 2377 de 1888*”. Revista de la Sanidad Militar Argentina, Sesquicentenario de la Sanidad Militar, 16 de junio (1810-1960), año LIX, Nros.1 y 2, Pp.110 a 111.
Información proporcionada en marzo de 2005 por los historiadores: Diego A. del Pino; Emilio Sannazaro; y Enrique Mayochi.
- LARDIES GONZÁLEZ, Julio y otros: “*Medicina Virreinal y Protomedicato*”. En Panorama Histórico de la Medicina Argentina, editado por Todo es Historia, julio, 1977, Pp.51 a 63.
- LICEAGA, Jorge A.: “*Los servicios de sanidad durante las Invasiones Inglesas*”. La Semana Médica, 75 Aniversario, 1969, p. 402.
- LICEAGA, Jorge A.: “*Los servicios de sanidad durante las Invasiones Inglesas*”. La Semana Médica, 75 Aniversario, 1969, p. 411.
- LOUDET, Osvaldo: “*La locura de Adeodato Olivera*”. La Nación, 24 de abril, 1966, Suplemento Literario.
- LOUDET, Osvaldo: “*La locura de Adeodato Olivera*”. La Nación, 24 de abril, 1966, Suplemento Literario.
- LUQUI LAGLEYZE, Julio A.: “*La Hermandad de la Santa Caridad*”. Todos es Historia, marzo de 1976, Nro. 106, Pp.58 a 73.
- MALLO, Pedro: *Anales de la Facultad de Ciencias Médicas*. Año 1897, Vol. I, Pp.91 a 96.
- MOLINARI, José Luis y HERNÁNDEZ, Horacio H.: “*Los estudios médicos en el Virreinato del Río de la Plata en la época de la Revolución de Mayo de 1810*”. Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, Rosario, 1960, Pp.635 a 643.
- NOCETI, Alfredo Luis: “*Hitos Porteños*”. I Crónica de la Reconquista. Nro. 41. II Crónica de la Defensa. Nro. 42, Presencias, Interjuntas, agosto 2001.
- PALACIOS COSTA, Nicanor: “*Breves aportaciones para la biografía del Dr. Francisco Cosme Argerich*”. Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina, 1944, Pp. 125 a 133.
- QUIROGA, Marcial I.: “*La Segunda Invasión Inglesa en el Convento de las Catalinas*”. La Prensa, 19 de septiembre, 1976, año 107, Nro. 36.759, 3ra. Sección Literaria, p.2.
- Revista de la Asociación Médica Argentina: Filatelia médica: Francisco Javier Thomas de la Concepción Muñiz. (21 de diciembre de 1795; 8 de abril de 1871). “*Sabio,*

Patriota, Médico, Investigador, Paleontólogo argentino". Noviembre de 1985 a diciembre de 1986. Números 5 a 6 (1985) y 1 al 12 (1986), p.35.

• ROBERTS, Carlos: *Las Invasiones Inglesas del Río de la Plata (1806-1807)*. Emecé Editores, Buenos Aires, 1936, Pp. 128 a 134.

ROMERO SOSA, Carlos Gregorio: "*Tres médicos coloniales en Salta: Miln, Redhead y Castellanos*". Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina, Tomo VII, 1944, Pp. 233 a 234.

• Seminario de Agricultura, Industria y Comercio. (Miércoles 19 de noviembre de 1806), 14, Nro. 206, Tomo V, Fol. 67, Pp.65/69. (Nota de Liniers.)

• TUMBURUS, Juan: "*Síntesis histórica de la Medicina Argentina. 1926*". El Ateneo, Pp.47/52/58.

• VACCAREZZA, Oscar Andrés: "*400 años de cirugía en Buenos Aires*". (Conferencia). Revista Argentina de Cirugía, Vol. 40, marzo/abril, 1981, Nros. 3 y 4, p. 123.

• VOGEL, C. A. y VÉLEZ ACHÁVAL, E.: *Historia Argentina y Constitución Nacional*. Pp. 143 a 148.



*DESARROLLO DE LOS
ACONTECIMIENTOS Y
CONSECUENCIAS HISTÓRICAS.*

Don Rafael de Sobremonte, noveno virrey del Río de la Plata

Arnaldo Ignacio Adolfo Miranda

El Virreinato del Río de la Plata

La entonces aldea de Buenos Aires fue centro social, político y económico de una importante extensión territorial a partir del 1 de agosto de 1776, cuando las autoridades metropolitanas españolas propendieron a la creación del cuarto Virreinato Americano. Esta decisión trascendental trajo consigo un vertiginoso proceso de transformación en esta parte de los dominios americanos.

La expansión del Virreinato del Río de la Plata estuvo signada por diversos sucesos, entre los que se subrayan los recursos propios de la tierra, la idiosincrasia de su población, su óptima posición geográfica, el ordenamiento de los asuntos administrativos y la idoneidad de los mandatarios que, con el título de virreyes, gobernaron dilatados dominios desde la ciudad-puerto.⁽¹⁾

Los adelantos tecnológicos y científicos se hicieron notar a través de las diversas expediciones que surcaron el Virreinato, como la de Alejandro Malaspina⁽²⁾ que, partida del puerto de Cádiz el 30 de junio de 1789, efectuó un exhaustivo relevamiento de la costa meridional existente entre el puerto de Buenos Aires y el cabo San Antonio , ins-

1 MIRANDA, Arnaldo Ignacio Adolfo: Los Cabildos revolucionarios de 1806 y 1807 antecedentes de los días de Mayo. (inédito).

2 ROCCA, Edgardo José: El Puerto de Buenos Aires en la Historia II. Junta de Estudios Históricos del Puerto Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre y Barrio Puerto Madero, Buenos Aires, 2005, p. 47.

trumentando, entre otras cosas, la *Carta Esférica del Río de la Plata*. El florecimiento de algunas artes y ciencias estuvo marcado por incursiones de estudiosos que recorrieron otras latitudes de nuestro territorio contribuyendo al aumento demográfico y desarrollo intelectual de toda la población.

El historial familiar de Sobremonte

Nuestro virrey había nacido en Sevilla, Andalucía, el 27 de noviembre de 1745, siendo cristianado dos días más tarde como Rafael Severino Miguel Agustín José María de la Concepción y de la Iniesta, entre otros nombres.⁽³⁾

Hijo de Raimundo de Sobremonte y del Castillo, Doctor en Derecho, Secretario de Estado, Oidor de la Real Audiencia de Sevilla y Ministro Togado, y de María Ángela Núñez Carrasco Angulo y Ramírez de Arellano,⁽⁴⁾ hija a su vez de don Alonso Núñez Carrasco, natural de Chinchilla y de doña Beatriz de Angulo Ramírez de Arellano, siendo además nieta del primer marqués de Angulo⁽⁵⁾.

Ingresado al ejército cuando contaba con trece años de edad, a los diecisiete y era Teniente de Infantería del batallón regular de Cartagena de Indias, donde fue modelando su perfil junto a su tío don José Antonio Francisco Bravo de Sobremonte y del Castillo, Señor del feudo familiar de Aguilar del Campo e hidalgo notorio.⁽⁶⁾

Luego de cumplir varios destinos en América y ser ascendido a Capitán en 1769, fue designado Secretario del Virreinato del Río de la Plata el 29 de enero de 1779, durante el gobierno del Virrey Juan José de Vértiz y Salcedo, quien estimando sus virtudes lo recomendó para gobernar una de las Intendencias en que fue dividida la Gobernación de Tucumán. Con la aprobación Real obtuvo el gobierno de Córdoba del Tucumán en agosto de 1783, cuando ya ostentaba el grado de Coronel, aunque se le solicitó que permaneciese un tiempo más en el secretariado general del Virreinato acompañando al marqués de Loreto, a fin de evacuar con su ya conocida pericia algunos asuntos pendientes.⁽⁷⁾ Finalmente Sobremonte asumió su cargo de Gobernador-Intendente el 7 de noviembre de 1784, ocupándolo con verdadero celo y brillantez hasta el 6 de noviembre de 1797, fecha en la que comenzó su tarea como Subinspector General de Tropas del Virreinato.⁽⁸⁾

3 DEMARÍA, Gonzalo y MOLINA DE CASTRO, Diego: *Historia Genealógica de los Virreyes del Río de la Plata*. Junta Sabatina de Especialidades Históricas, Buenos Aires, 2001, p. 303.

4 DEMARÍA, Gonzalo y MOLINA DE CASTRO, Diego: *Ob. Cit.* p. 302.

5 GARCÍA CARRAFFA, Arturo y Alberto: *Enciclopedia Heráldica y genealógica. Diccionario de apellidos españoles y americanos*, Madrid, 1933, tomos VII / IX, p. 77.

6 DEMARÍA, Gonzalo y MOLINA DE CASTRO, Diego: *Ob. Cit.*

7 MASSA, Pedro y RADAELLI, Sigfrido: *Blasones de los Virreyes del Río de la Plata*. Institución Cultural Española, Buenos Aires, 1945, s/foliar.

8 MASSA, Pedro y RADAELLI, Sigfrido: *Ibidem*.

Las destacadas obras que este gobernante impulsó en la jurisdicción de su mando y la buena administración llevada a cabo le dispensaron del juicio de residencia que establecían las leyes vigentes entonces.

En relación al marquesado de Sobremonte, este había sido concedido originalmente a su tío José Antonio Francisco el 6 de marzo de 1761 por Carlos III. Este importante hombre fue Gobernador de Cartagena de Indias y Brigadier General de los ejércitos peninsulares, falleciendo sin dejar descendencia el 6 de mayo de 1766.⁽⁹⁾ De tal manera el título fue heredado con todos sus derechos y prerrogativas por el padre de nuestro personaje don Raymundo de Sobremonte y del Castillo, quien lo retuvo hasta su deceso acaecido el 24 de agosto de 1775.⁽¹⁰⁾ A partir de esa fecha don Rafael se convirtió en III Marqués de Sobremonte, con mayorazgo de la casa de su apellido radicado en Aguilar del Campoó, actual provincia de Palencia⁽¹¹⁾.

Durante su residencia en Buenos Aires, contrajo primeras nupcias el 25 de abril de 1782 ⁽¹²⁾ con una dama porteña de rancia estirpe como lo fue doña Juana María de Larrazábal y de la Quintana Riglos Gaete, cuya abuela materna, Leocadia Francisca Xaviera Ignacia de Riglos y Torres Gaete fue chozna del primer poblador de Buenos Aires, el hidalgo español don Pedro de Izarra y Astor, arribado a La Trinidad en el *Puerto Nuestra Señora Santa María de Buenos Aires* con su fundador don Juan de Garay en 1580.⁽¹³⁾

El noveno virrey del Plata

A raíz del fallecimiento del Virrey Joaquín del Pino y Rosas ocurrido el 11 de abril de 1804, la titularidad del Virreinato quedó acéfala, asumiendo las funciones de gobierno la Real Audiencia Pretorial.⁽¹⁴⁾ Al abrirse el primer pliego de providencia trece días más tarde, apareció el nombre de Juan Crespo Montes, ex gobernador del archipiélago de Chiloé, quien ya había fallecido. Al abrirse el segundo documento resultó sucesor con carácter interino don Rafael de Sobremonte, marqués del nombre, Brigadier General de los Reales Ejércitos y hasta entonces Subinspector General de las

9 DEMARÍA, Gonzalo y MOLINA DE CASTRO, Diego: Ob. Cit., p. 291; Cfr. D'ALOIA CRIADO, Walter: La ascendencia criolla de los Condes de la Encina y los Marqueses de la Liseda. I Congreso Genealógico del MERCOSUR, Córdoba, Argentina, agosto, 2000.

10 TORRE REVELLO, José: El Marqués de SobreMonte, Gobernador Intendente de Córdoba y Virrey del Río de la Plata. Ensayo Histórico. Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1946, p. 11; Cfr. AZAROLA GIL, Luis Enrique: Apellidos de la patria vieja. Buenos Aires, 1942, p. 42.

11 MIRANDA, Arnaldo Ignacio Adolfo: Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de la Plata. Baires popular, Buenos Aires, 2006, p. 12; Cfr. DEMARÍA, Gonzalo y MOLINA DE CASTRO, Diego: Ob. Cit., p. 291; Cfr. GAMMALSSON, Hjalmar Edmundo: Los pobladores de Buenos Aires y su descendencia. Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires (en adelante MCBA), 1980, p. 371.

12 Archivo Parroquial de Nuestra Señora de La Merced (en adelante APLM): Matrimonios, 1782, fs. 391.

13 MIRANDA, Arnaldo Ignacio Adolfo: Don Pedro de Izarra y Astor, vecino fundador de La Trinidad. IX Congreso de Historia de la Ciudad de Buenos Aires, Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires, noviembre, 2006; Cfr. GAMMALSSON, Hjalmar Edmundo: Ob. Cit., p. 119; Cfr. MIRANDA, Arnaldo Ignacio Adolfo: Ob. Cit. p. 12.

14 MIRANDA, Arnaldo Ignacio Adolfo: Ob. Cit. p. 11; Cfr. GESUALDO, Vicente (Director): Historia Argentina. Editorial Océano, Barcelona, 1983, tomo I, p. 172

Tropas del Virreinato, quien tomó posesión del alto cargo el 28 de abril de aquel año.⁽¹⁵⁾ Con la influencia del Ministro José Antonio Caballero, el 6 de octubre del mismo año, Sobremonte fue confirmado en su cargo, expidiéndosele su correspondiente título en El Escorial el 10 de noviembre del año citado.⁽¹⁶⁾

Al ponerse al frente del gobierno virreinal, Sobremonte advirtió la escasez de tropas adiestradas y armamento para resistir un eventual ataque a la Ciudad. Llegadas a Buenos Aires las primeras noticias de una nueva beligerancia entre España y Gran Bretaña al principiar el año 1805, el Virrey dispuso la adopción de distintas medidas tendientes a preservar la capital de una probable incursión inglesa.

Hechos contundentes, como la convocatoria de una Junta de Guerra, con la asistencia de los más altos jefes militares de la región, concretada el 2 de abril de 1805, el recuento de efectivos y la adquisición de caballada, nos demuestran la preocupación del mandatario, contra la opinión popular y el adverso juicio de la historia en cuanto a una pretendida atonía y falta de previsión ante los acontecimientos posteriores.⁽¹⁷⁾

Para mayores datos, nos remitiremos a un documento fechado el 25 de junio de 1805 –un año antes de la invasión–, donde el Virrey del Plata expone ante la corte española la carencia de armamento, inferioridad de tropas y lo que es más notorio, la advertencia que “(...) *estas provincias no podrán alcanzar a resistir un formal ataque (...)*”⁽¹⁸⁾.

A su constante preocupación se debe la introducción de la vacuna preventiva contra la viruela en Buenos Aires y otros puntos del Virreinato.

El violento temporal de viento y lluvia que azotó el pueblo de Las Conchas, actual localidad bonaerense de Tigre, durante los días 5 y 6 de junio de 1805⁽¹⁹⁾ decidió al mandatario para ordenar a través del Comandante de ese puerto, Carlos Belgrano, el traslado de la población a una posición inmediata más elevada, en lo cual tuvo activa participación el otrora cura párroco de Las Conchas presbítero Manuel de San Ginés⁽²⁰⁾. El paraje elegido fue la Punta Gorda, comisionándose al Ingeniero Hidráulico Eustaquio Giannini⁽²¹⁾ para delinear la incipiente población e iniciar la construcción de un canal. El poblado fue denominado por el mismo virrey como “(...) *Villa San Fernando de Buena Vista, en honor y memoria del Serenísimo Señor Príncipe de Asturias (...)*”⁽²²⁾.

15 RADAELLI, Sigfrido (noticia preliminar): Memorias de los Virreyes del Río de la Plata. Editorial Bajel, Buenos Aires, 1945, p. XXII.

16 Archivo General de Indias: Carta de Sobremonte a José Antonio Caballero del 25 de enero de 1805. Sección V, Audiencia de Buenos Aires, legajo 40; Cfr. TORRE REVELLO, José: Ob. Cit., p. 63.

17 TORRE REVELLO, José: Ob. Cit., p. 58

18 ROBERTS, Carlos: Las Invasiones Inglesas. Buenos Aires, 1938, p. 98.

19 Archivo General de la Nación Argentina (en adelante AGN): Sala IX, 4-8-1, fs. 22.

20 TORRE REVELLO, José: Ob. Cit., p. 77.

21 MIRANDA, Arnaldo Ignacio Adolfo: “La obra del muelle del Puerto de Buenos Aires (1784-1805)”. En XX años con la Historia del Puerto de Buenos Aires (1983-2003). Junta de Estudios Históricos del Puerto Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre y Barrio de Puerto Madero, Buenos Aires, 2003, p. 28.

22 TORRE REVELLO, José: Ob. Cit., p. 80.

Se refiere al futuro Rey Fernando VII y la denominación de villa le fue suprimida por un decreto posterior.

También autorizó la fundación del Curato de San José de Flores el 16 de mayo de 1806, en vista del expediente de la materia que le fuera elevado por el Obispo Monseñor Benito de Lué y Riega, quien quince días más tarde suscribió el auto de erección canónica de dicho curato, donde reconocen sus orígenes todos los barrios que ocupan el oeste de la Ciudad de Buenos Aires.⁽²³⁾

Las tropas británicas llegan a Buenos Aires

Y cuánta razón tuvo el desventurado virrey en todas sus notas dirigidas a la metrópoli, pues el 24 de junio de 1806 con el desembarco en la Ensenada de Barragán de las tropas británicas comenzaba la invasión que le obligaría a denunciar la imposibilidad de defender la plaza militar de Buenos Aires, trasladándose a la ciudad de Córdoba con su familia y Estado Mayor.⁽²⁴⁾

Instalado en la ciudad que había gobernado durante trece años y donde contaba con gran prestigio, su primera medida de envergadura consistió en declararla precisamente como *Capital del Virreinato*, luego de lo cual se abocó a la tarea de reunir el apoyo necesario para, desde allí, intentar un avance sobre nuestra metrópoli con un ejército de más de tres mil hombres; pero, como ya es conocido, cuando se encontraba en las inmediaciones de la Villa de Luján, el 16 de agosto, fue anunciado de la gloriosa Reconquista de Buenos Aires llevada a cabo cuatro días antes por las huestes al mando de don Santiago de Liniers y Bremond.⁽²⁵⁾

Las provincias interiores no estuvieron ajenas a estas medidas, destacándose los batallones *Voluntarios de Tucumán*, el primero de los cuales estuvo dotado y comandado por el distinguido vecino de aquella ciudad don José Ignacio de Garmendia y Aguirre. Al enterarse este que el Virrey se encontraba a las puertas de Buenos Aires, quedó con su tropa estacionado en Córdoba, ayudando en el traslado de más de cuatrocientos prisioneros británicos al interior.⁽²⁶⁾

23 MIRANDA, Arnaldo Ignacio Adolfo: "Relevamiento del Archivo Parroquial de San José de Flores (1806-1824)", Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, Buenos Aires, 2006, p. 25; Cfr. CUNIETTI FERRANDO, Arnaldo José: "San José de Flores, el pueblo y el partido (1580-1880)", Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, Buenos Aires, 1977, p. 30; Cfr. CARBIA, Rómulo D.: "San José de Flores, bosquejo histórico (1609-1906). Editor Arnoldo Moen & hno., Buenos Aires, 1906, p. 117; Cfr. MIRANDA, Arnaldo Ignacio Adolfo: "La ley de ejidos territoriales en el partido de San José de Flores (1870-1887)". En San José de Flores, estudios históricos. Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, Buenos Aires, 1998, p. 86.

24 MIRANDA, Arnaldo Ignacio Adolfo: "El Virreinato del Río de la Plata y la Revolución de Mayo". En Cuadernos Hispanoamericanos de Cultura, número 665. Agencia española de Cooperación Internacional, Madrid, 2005, p. 98.

25 CASTELLO, Antonio Emilio: *El otro Sobre Monte, el verdadero*. Editorial Dunken, Buenos Aires, 2004, p. 64. El autor reproduce parte de una carta dirigida por el Vizconde de Beresford, comandante de las fuerzas Británicas terrestres al general David Baird donde reconoce que los pasos dados por Sobremonte no eran desacertados. Ver también; AGN: Sala IX, 8-10-8, fs. 266/68, Bando del Virrey Sobremonte ordenando el alistamiento de soldados en los cuerpos de milicias regladas. Con este hecho queda demostrada la adopción de diversas medidas antes de ausentarse de nuestra ciudad.

26 MIRANDA, Arnaldo Ignacio Adolfo: *La familia Garmendia y sus descendientes en la Provincia del Río de la Plata*. Sociedad Argentina de Historiadores, Buenos Aires, 2007, p. 42; Cfr. CUTOLO, Vicente Osvaldo: *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*. Editorial Elche, Buenos

Los Cabildos Abiertos de 1806 y 1807

Al día siguiente de reconquistarse Buenos Aires, el Cabildo porteño se reunió para celebrar uno de sus acuerdos y tomar las medidas necesarias tendientes a afianzar aquella victoria. De tal manera, participaron del mismo los señores Francisco Lezica, Anselmo Sáenz Valiente, Manuel Mansilla, José Santos Inchaurregui, Gerónimo Merino, Francisco Antonio Herrero, Manuel José de Ocampo, Francisco Belgrano, Martín Gregorio Yáñez, Benito de Iglesia y Justo José Núñez, en su calidad de Alcaldes los dos primeros, Alguacil Mayor el tercero, Regidores los seis siguientes, Síndico Procurador el penúltimo y escribano el restante.⁽²⁷⁾

Todos ellos coincidieron en convocar a un congreso general solicitando el concurso de algunas personalidades de entonces pertenecientes a los altos estamentos judiciales, eclesiásticos, militares y civiles, considerando la ausencia del Virrey y el pronto ordenamiento de los asuntos pendientes.

La citación, acordada para el día 14 de agosto a las once de la mañana, se efectuó por esquila remitida al domicilio de cada convocado con el tenor siguiente: *“Considerando esta Ciudad la necesidad que tiene de un congreso general para afirmar la victoria, que el Todopoderoso nos concedió ayer; estima por conveniente avisar a usted esta determinación, y espera, de su amor al Rey Nuestro Señor y a la Patria, se sirva favorecerles con su asistencia mañana catorce del corriente a las once a las casas de Cabildo, donde se celebrará la Junta sin ceremonia ni etiqueta de asientos, por haber de concurrir como hijos de un mismo Padre, que es nuestro Rey, y como hermanos interesados en una misma causa: Agosto trece de mil ochocientos seis”*.⁽²⁸⁾

Además de los cabildantes ya mencionados, concurrieron a la asamblea el Obispo Monseñor Benito de Lué y Riega, Lucas Muñoz y Cubero y José Gorvea y Badillo del Concejo de Su Majestad, ministros de la Real Hacienda, representantes del alto clero, los miembros del Real Consulado de Comercio, militares de la más alta graduación, los facultativos en Medicina Cosme Argerich y Bernardo Nogué, integrantes de la Real Audiencia Pretorial y prestigiosos juristas como Manuel José de Labardén, José Darregueira y Juan José Paso. A esta nómina debemos agregar cuarenta y cinco vecinos principales, entre los que contamos a Esteban Villanueva, José Martínez de Hoz, Francisco Antonio Escalada, Juan Martín de Pueyrredón, Martín de Álzaga y Manuel Ortiz Basualdo. Los asistentes sumaron un total de noventa y ocho personas.⁽²⁹⁾

Aires, 1968, tomo III, p. 267.-

27 EXTINGUIDO Cabildo de Buenos Aires, escrutinios de elecciones, índices cronológico y onomástico 1580-1821. Archivo General de la Nación Argentina, Buenos Aires, marzo de 2005. Recopilación renovada y aumentada por Juan Aurelio Lucero.

28 Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires; serie IV, tomo II libros LIX, LX, LXI, LXII, años 1805 a 1807. Publicación del AGN, Buenos Aires, 1926, Pp. 265/66.

29 Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires: Ob Cit., Pp. 267/68.

Entre las resoluciones adoptadas durante aquella jornada se establecieron los pertinentes avisos de los hechos acaecidos al Rey y al Virrey, la intención de inventariar las provisiones de guerra y de adoptar los arbitrios necesarios para la defensa y seguridad de la metrópoli. Pero el punto más destacado sobre el que se pidió resolución a los congregados fue acerca de quién debía asumir el mando militar de la plaza, dado que las Leyes de Indias estipulaban que ante la ausencia, renuncia, destitución o deceso del Virrey el mando político recaía *mero iure et facta* en la Real Audiencia Pretorial.⁽³⁰⁾

La decisión de la asamblea no se hizo esperar, exteriorizando el ferviente deseo de otorgar la comandancia castrense a don Santiago de Liniers y Brémond. Incluso los cabildantes intentaron que Liniers fuese designado ayudante militar del Marqués de Sobremonte, pero las presiones de la tropa y de los presentes determinaron la primera resolución.⁽³¹⁾ En otros términos el Virrey se hallaba suspendido en sus funciones.

A principios de 1807 llegó a nuestra ciudad la nefasta noticia de la capitulación de Montevideo, ciudad a la que se había trasladado el malhadado Virrey. Este hecho sobrecogió los ánimos de los pobladores de Buenos Aires, quienes ante la adversidad de los acontecimientos comenzaron a considerar la deposición de don Rafael de Sobremonte en todos sus cargos.

El 6 de febrero de 1807, mientras el cuerpo capitular celebraba una de sus sesiones ordinarias, se presentó un elevado número de personas a las puertas del Cabildo clamando “(...) *que todos querían ir a reconquistar la Plaza de Montevideo, y estaban prontos a derramar toda su sangre para conservarle al Rey sus Dominios, y que en parte alguna de ellos no se extinga la religión de Jesucristo que profesaron sus mayores. Y que teniendo por perjudicial para esto como para lo demás que puede ofrecerse en lo por venir la Subsistencia del señor Marqués de Sobremonte en el mando de esta provincias se le remueva y separe enteramente, y se asegure su persona para que no embarace ni incomode (...)*”.⁽³²⁾

A mérito de calmar las ansias y satisfacer de algún modo las demandas de aquellos vecinos se decidió convocar una Junta de Guerra, con asistencia de los altos mandos militares, judiciales y algunos vecinos principales, durante la cual se propuso no tomar determinación alguna respecto de una eventual reconquista de Montevideo en atención a no contarse con pólvora suficiente y carecerse de noticias efectivas en relación al estado de aquella ciudad. Se decidió, en cambio, enviar agentes encubiertos que recabasen la información pertinente.

Paralelamente, en cuanto a la pretendida deposición del Virrey, se decidió pasar oficio al Superior Tribunal de la Real Audiencia para que este, atento a la gravedad de

30 MIRANDA, Arnaldo Ignacio Adolfo: “La instalación de la Real Audiencia Pretorial en Buenos Aires, 1785”. En *Historias de Buenos Aires, aportes del VIII Congreso de Historia de la Ciudad*. Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires, 2005, p. 283.

31 Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires: Ob Cit., p. 269.

32 Acuerdos del Extinguido: Ob. Cit., Pp. 432/33

la situación, resolviere acerca de las peticiones efectuadas por los vecinos, el mismo Cabildo y los Comandantes Militares, disponiendo asimismo acerca de las medidas ulteriores tendientes a preservar del enemigo la integridad del Virreinato.

Los cabildantes volvieron a celebrar acuerdo el 9 de febrero, exponiendo que al no haber respuesta alguna por parte de la Audiencia se le oficiase nuevamente la copia del acuerdo del día 6, solicitándole se expidiese qué debía hacerse a la mayor brevedad, siendo al Virrey “(...) y omiso o denegado admitirle sus reverentes protestas, con las cuales considera ponerse a cubierto contra cualesquiera otros fatales resultados que pueda producir la reserva en el público, cuyos movimientos hemos tocado todos sensiblemente, sin ser parte a contenerle ni los mismos señores del Tribunal concurrentes (...)”⁽³³⁾. En la nota de acompañamiento se hizo notar al alto Tribunal “(...) el ansia y clamor con que desea todo el pueblo que se le suspenda (entiéndase destituya) por ahora al Excelentísimo Señor Marqués de Sobremonte de los cargos que S.M. se ha servido confiarle, se asegure su persona (se le detenga) y correspondencia, y se traiga todo a buen recaudo a esta capital, para satisfacer a S.M., a la nación en general y a esta provincia en particular (...)”, concluyendo con la recomendación de “(...) pedirle como pide, se sirva acceder a ella en todas sus partes, librando oportunamente las providencias que su celo, amor al real servicio y prudencia le dictasen (...)”.⁽³⁴⁾

La respuesta fue rápida y el mismo día 9 se leyó en la sala capitular un pliego donde el Superior Tribunal estipulaba que en base a las circunstancias relacionadas “(...) se escriba al Excelentísimo Señor Virrey haciéndole ver que conviene al servicio de S.M. la delegación total de sus facultades en esta Real Audiencia, como si fuera llegado el caso de la ley cuarenta y ocho, título quince, libro segundo (...)”⁽³⁵⁾.

El cuerpo legal invocado por la Audiencia pertenecía a la Recopilación de Leyes de Indias, vigente entonces, el cual preceptuaba que en caso de acefalía de un virreinato, la Real Audiencia Pretorial debía asumir el gobierno provisional del territorio, con ejercicio de todos los poderes pertenecientes al funcionario ausente.⁽³⁶⁾

Acto seguido, el Cabildo propuso la realización de una nueva Junta de Guerra con asistencia de algunos *vecinos principales*, para brindar mayor fuerza a la resolución que se adoptase, citándose a todos para el día 10 de febrero. Celebrada dicha Junta y puesto a consideración el delicado tema a tratar, fueron leídos los testimonios del acta capitular del día 6 y las notas dirigidas a la Real Audiencia con las respuestas del tribunal. Concluidos estos actos se pasó a votación, siendo unánime la resolución adoptada⁽³⁷⁾.

33 Acuerdos del Extinguido: Ob. Cit., Pp. 435/36

34 Acuerdos del Extinguido: Ob. Cit., p. 436.

35 Acuerdos del Extinguido: Ob. Cit., p. 438.

36 MIRANDA, Arnaldo: Ob. Cit. p. 285

37 Debemos aclarar la discrepancia existente entre los distintos autores acerca de la fecha de deposición del Virrey. Esto ocurre dado que el Cabildo en su acuerdo del día 6 de febrero determina la medida, consultando a la Audiencia. Esta última homologa la decisión el 7 de febrero, solicitando la celebración de una Junta de Guerra. Celebrada la misma con la asistencia de los comandantes de armas y algunos

Así fue como “(...) regulados todos los votos resulta que el predicho Señor Marqués de Sobremonte debe ser suspendido por ahora de todos sus cargos, es decir, del de Virrey, de Gobernador y Capitan General, asegurada su persona con la correspondiente atención y debido decoro, y ocupados sus papeles, cartas y correspondencia, aunque en cuanto al modo exista discrepancia que se nota en los votos expresados. Pero que siendo esto accidental, y debiendo estarse en todo a la pluralidad de votos, que se dé por suspendido el Señor Marqués, y tome en sí el mando la Real Audiencia a consecuencia de lo que previenen las Leyes, mientras que Su Majestad resuelve sobre todo lo que sea de su soberano agrado (...)”.⁽³⁸⁾

Para el cabal cumplimiento de todas las resoluciones adoptadas se comisionó al Oidor Manuel de Velasco y a los Regidores Manuel Ortiz Basualdo y Martín de Monasterio, quienes, con dos Compañías de Infantería y una de Caballería bajo las órdenes del Comandante Prudencio Murgiondo, pasaron a la Banda Oriental –donde se hallaba Sobremonte–, notificando al Virrey los términos de su separación en el mando de las Provincias del Río de la Plata, el 17 de febrero de 1807.

Colofón

Acaecidas las instancias relacionadas el funcionario depuesto, fue tomado prisionero y se le incautaron los papeles de gobierno. Conducido a Buenos Aires con su familia cumplió su arresto en la quinta de los padres Betlehemitas, aunque se le continuó brindando el trato de “*Excelencia*” conservando las dignidades propias de su rango.⁽³⁹⁾

Desde allí redactó el documento fechado en Buenos Aires el 8 de septiembre de 1808 conocido como *Representación de Sobremonte*, el cual dirigió a las autoridades metropolitanas escrito en tercera persona. En el mismo incluyó un prolijo y detallado relato de los acontecimientos sucedidos durante las incursiones británicas al Río de la Plata.

En algunos pasajes señaló: “*A V.E., en quien satisfactoriamente reconozco el gobierno supremo de España y de sus Indias, por la gloriosa resolución de formar en esa ciudad de Sevilla mi distinguida patria. Una Suprema Junta, en el conflicto que padece la nación, por el violento y pérfido atentado contra nuestro amado Monarca, el Señor Don Fernando VII y como a la autoridad legítima que aparece en el Reino (...). Se presenta el Brigadier General Marqués de Sobremonte, Virrey, Gobernador*

vecinos principales el día 10 del mismo mes, también se acordó la separación. Por último, en la sesión celebrada por el Cabildo el 12 de febrero de 1807 se puso en ejecución la medida, instrumentándose tal como ha quedado expuesto.

38 Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires: Ob. Cit., p. 446.

39 DEMARÍA, Gonzalo y MOLINA DE CASTRO, Diego: Ob. Cit., p. 296.

y Capitán General de estas provincias (...). El 22 de abril de 1804 tomó el mando del Virreinato y al siguiente día representó al que fue Generalísimo de España y a los demás Ministros del Rey y al estado débil de defensa en que se hallaba, y solo se le contestó por el primero la imposibilidad de enviar los refuerzos solicitados (...). Con este designio marchó a la campaña, y aun hasta la provincia de Córdoba, la más inmediata, de la que regresó a los veinte días con más de tres mil hombres, y dando aviso al Gobernador de Montevideo desde su salida para la reunión de las fuerzas posibles, combinando el ataque; vinieron al mando del Capitán de Navío Don Santiago Liniers, hoy Jefe de Escuadra y Virrey Interino, y la consiguió felizmente auxiliado del Pueblo, no sin prevenciones anticipadas del mismo Virrey (...). Más prolija sería aun la relación de este suceso, y lo que padeció en el modo y forma de su ejecución, pues, aunque se le conservaron sus honores y no se le declaró arresto, (se puede) comprender cuánta sería su amargura, asegurando de no poder argüir defecto en su Ministerio, y menos en su celo, y fiel amor a su Soberano; la prudente conducta que siguió, esperando el día de su vindicación, y dos sucesos militares desgraciados después de su suspensión, al mismo tiempo que confirmaron el concepto de los sensatos en su favor; produjeron el desengaño de muchos preocupados, teniendo presente que de diversas acciones, solo la de la reconquista, y el último referido ataque de esta Capital fueron felices (...) no habiendo conocido su íntegro carácter otros medios que los del sueldo del Rey, su amo en cuarenta y nueve años de servicios en el Ejército y veintisiete en Empleos de mando en estos Dominios (...).”(40)

A fines de 1809 se trasladó a la península, donde luego del lógico proceso legal fue absuelto de culpa y cargo en 1813 y al año siguiente ascendido a Mariscal de Campo. Dejó de existir en Cádiz el 14 de enero de 1827, contando 81 años de edad.⁽⁴¹⁾

40 RADAELLI, Sigfrido (noticia preliminar): Ob. Cit., Pp. 546 y sig.

41 DEMARÍA, Gonzalo y MOLINA DE CASTRO, Diego: Ob. Cit., p. 303.

Bibliografía y fuentes

- *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*; serie IV, tomo II libros LIX, LX, LXI, LXII, años 1805 a 1807. Publicación del Archivo General de la Nación, Buenos Aires, 1926.
- Archivo General de la Nación: Departamento de Documentos escritos.
- Carbia, Rómulo D.: *San José de Flores, bosquejo histórico (1609-1906)*. Editor Arnoldo Moen & hno., Buenos Aires, 1906.
- Castello, Antonio Emilio: *El otro Sobremonte, el verdadero*. Ed. Dunken, Buenos Aires, 2004.
- Cunietti Ferrando, Arnaldo José: *San José de Flores, el pueblo y el partido (1580-1880)*. Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, Buenos Aires, 1977.
- Demaría, Gonzalo y Molina De Castro, Diego: *Historia Genealógica de los Virreyes del Río de la Plata*. Junta Sabatina de Especialidades Históricas, Buenos Aires, 2001.
- *Extinguido Cabildo de Buenos Aires, escrutinios de elecciones, índices cronológico y onomástico 1580-1821*. Archivo General de la Nación, Buenos Aires, marzo, 2005. Recopilación renovada y aumentada por Juan Aurelio Lucero.
- Gammalsson, Hjalmar Edmundo: *Los pobladores de Buenos Aires y su descendencia*. Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1981.
- López Rosas, José Rafael: *Historia Constitucional Argentina*. Ed. Astrea, Buenos Aires, 1970.
- Miranda, Arnaldo Ignacio Adolfo: “*La ley de ejidos territoriales en el partido de San José de Flores (1870-1887)*”. En San José de Flores, estudios históricos. Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, Buenos Aires, 1998.
- Miranda, Arnaldo Ignacio Adolfo: *Buenos Aires, Capital del Virreinato del Río de la Plata*. Baires Popular, Buenos Aires, 2006.
- Miranda, Arnaldo Ignacio Adolfo: “*El Virreinato del Río de la Plata y la Revolución de Mayo*”. En Cuadernos Hispanoamericanos de Cultura, Nro. 665. Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid, 2005.
- Miranda, Arnaldo Ignacio Adolfo: “*La instalación de la Real Audiencia Pretorial en Buenos Aires, 1785*”. En Historias de Buenos Aires, aportes del VIII Congreso de Historia de la Ciudad. Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires, 2005.
- Miranda, Arnaldo Ignacio Adolfo: *Relevamiento del Archivo Parroquial de San José de Flores (1806-1824)*. Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, Buenos Aires, 2006.

- Miranda, Arnaldo Ignacio Adolfo: *La familia Garmendia y sus descendientes en las Provincias del Río de la Plata*. Sociedad Argentina de Historiadores, Buenos Aires, 2007.
- Radaelli, Sigfrido (noticia preliminar): *Memorias de los Virreyes del Río de la Plata*. Ed. Bajel, Buenos Aires, 1945.
- Roberts, Carlos: *Las Invasiones Inglesas*. Buenos Aires, 1938.
- Rocca, Edgardo José: *El Puerto de Buenos Aires en la Historia II*. Junta de Estudios Históricos del Puerto Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre y Barrio Puerto Madero, Buenos Aires, 2005.
- Sáenz Quesada, María: *La Argentina, historia del país y de su gente*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2000.
- Segreti, Carlos: *Un caos de intrigas en el Río de la Plata (1808-1812)*. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1997.
- Torre Revello, José: *El Marqués de Sobremonte Gobernador-Intendente de Córdoba y Virrey del Río de la Plata*. Ensayo Histórico. Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1946.

Creación, actuación y transformación de las milicias criollas en Buenos Aires (1806–1811)

Liliana G. Barela

El proceso que va desde la formación de las milicias urbanas criollas hasta la creación de un ejército profesional tiene íntima relación con el contexto en que cada una de estas formaciones militares se dio.

La creación de las milicias, en 1806, obedeció a problemas de orden local –defensa de la ciudad frente a las invasiones– y a la crítica situación europea que se reflejaba en la escasez de tropas regulares apostadas en esta parte del continente.

A lo largo de las diferentes crisis políticas se puso de manifiesto el proceso de creciente militarización de la ciudad, tal como lo testimonia el análisis de los movimientos de enero de 1809, abril y diciembre de 1811 y la revolución de 1810.

El período que abarca este trabajo, comienza en 1806 y llega hasta 1811, porque creo que, aun cuando la Revolución de Mayo intentó modificar las milicias, esta transformación solamente se logró después de 1811. Es decir que, lo que se trató de analizar a partir de las “Memorias Curiosas” de J.M. Beruti es el proceso por el cual las milicias urbanas –sometidas a regañadientes a la disciplina militar– pasaron

a convertirse en un ejército en el que la virtud más importante era el sometimiento de la tropa a sus jefes.

Se han utilizado para realizar esta investigación algunas obras coetáneas a nuestro cronista y documentos que integran la colección Mayo Documental y las Tomas de Razón, publicado por el Archivo General de la Nación, además de la bibliografía general y específica citada al final del trabajo.

Acerca del valor testimonial y los alcances de la obra de Beruti, entiendo que el autor escribió con la intención de que sus Memorias fuesen leídas algún día, ya que nadie llevaría un detalle tan minucioso de los hechos –incluso con rectificaciones y aclaraciones posteriores– si no pensara en futuros lectores.

El autor, que tuvo simpatías y antipatías políticas, refería acontecimientos con bastante prescindencia de opiniones personales, hecho que lo hace sensible a los diferentes climas de opinión que se vivían en Buenos Aires. Y destaco que, si bien resulta difícil ubicar al autor políticamente, es indiscutible, en cambio, que todos los hechos fueron percibidos y descriptos con clara mentalidad porteña.

En un suplemento de noticias, en el año 1811, J.M. Beruti realiza una enumeración: “(...) de los individuos que en el antiguo gobierno español no eran cosa alguna y después hicieron suerte”. El autor considera que este cambio se originó en el proceso de militarización iniciado por Liniers, y dice: “*El señor Liniers y los primeros gobernantes de la Junta condecoraron a infinitos por sólo el influjo y a algunos por sus méritos.*”, agregando: “(...) los que van nombrados, si no hubiera sido esta metamorfosis, seguramente no habrían salido del estado en que se hallaban anteriormente, como los muchos que dejo de nombrar. Sin embargo hay muchísimos de ilustres casas y representación por haber obtenido empleos públicos en el Cabildo, de alcaldes y regidores (...)”⁽¹⁾.

El autor sugiere que los seis años de “metamorfosis” alteraron algún equilibrio previo que este nuevo Gobierno de 1811 había logrado reponer: “*El actual Gobierno, como tan íntegro que es, sólo premia el mérito y actitud y los que entran a ocupar los empleos militares y políticos son personas de distinción y los que no por sus muchos servicios y acciones que los distingue y es justo premiarlos (...)*”⁽²⁾.

En estas citas de Beruti se enmarca el proceso de creación y transformación de las milicias. Analizando los diferentes momentos trataremos de comprobar hasta qué punto las reflexiones del autor son válidas.

La lucha mundial que llevó a la pérdida del dominio oceánico por parte de España y Francia en beneficio de Inglaterra, preveía el ataque armado de esta última

1 Juan Manuel Beruti: Memorias Curiosas. Imprenta del Congreso, T. VI, Buenos Aires, p. 3815 y sig
2 Ibidem, p. 3817.

potencia sobre el Puerto de Buenos Aires. En 1806, el ataque inglés y la captura de la Ciudad por Beresford puso de manifiesto las fallas que el poder militar español tenía en el Virreinato.

A la escasez de tropas regulares reclutadas en la metrópoli se unía la ineficacia de las milicias locales y la utilización de una escuálida organización militar en la campaña y frontera con el indio. El gobierno inglés duró 46 días y el 12 de agosto, el pueblo, el Cabildo y Liniers se convirtieron en protagonistas de la Reconquista de la Ciudad. El pueblo entendía que “(...) *Sobremonte, con su retirada a Córdoba, había posibilitado el mes y medio de dominación británica. Al mismo tiempo veía en Liniers al hombre que se había hecho eco de su sensibilidad y sus aspiraciones y lo transformó en caudillo*”.⁽³⁾

Cuando el 14 de agosto se reunió el Cabildo Abierto, se planteó el problema de la soberanía popular, por la que para asegurar su defensa únicamente el pueblo tenía autoridad para designar gobernante. La reunión terminó con la “(...) *designación del señor don Santiago de Liniers y Bremont, caballero de la orden de San Juan, Capitán de navío de la Real Armada, su reconquistador, de gobernador interino político y militar; y se excluyó del mando al marqués de Sobremonte, al cual se le pasó oficio por el Ilustrísimo Cabildo en nombre de todo el pueblo suplicándole se retirara* (...)”.⁽⁴⁾

Frente a la amenaza de un nuevo ataque británico se hizo necesario dotar a la Ciudad de una fuerza militar adecuada. Y es a partir de esa necesidad que surgirá en el Virreinato una formación militar nueva que habría de hacerse sentir en una ciudad en la que, hasta el momento, el comercio y la administración pública constituían las actividades principales. Sobre una población aproximada de 40.000 habitantes, un ejército de 8.000 hombres significaba un cambio evidente en el equilibrio de fuerzas de la ciudad.⁽⁵⁾

En menos de un mes se formaron los diversos cuerpos denominados según la procedencia: Gallegos, Arribeños, Catalanes, Montañeses, Asturianos y los criollos, que constituyeron el Cuerpo de Patricios. Sobre una fuerza de 8.000 hombres, 1.300 eran Patricios, “(...) *cuyos oficios hasta entonces según las actas, eran jornaleros, artesanos y menesterales pobres*”.⁽⁶⁾

Acerca de los preparativos para la defensa de la ciudad, nos relata nuestro cronista: “*El 1.º de marzo de 1807 se principiaron a acuartelar las tropas voluntarias levantadas para la defensa de esta capital, teniendo de sueldo cada soldado de infantería*

3 A. J. Pérez Amuchástegui y F. Sabsay: La sociedad argentina. Génesis del Estado Argentino. Feyde, Buenos Aires, 1973, p. 39.

4 Juan Manuel Beruti, Ob. Cit., p. 3680.

5 Ibidem, p. 3680. El autor calcula en 8.000 hombres para las fuerzas de Buenos Aires en 1807. Con respecto a la estimación de población para Buenos Aires: E. Ravignani, 41.642 hab.; Trelles, 45.000; Besio Moreno, 44.731 y García Belsunce, 42.872. (Véase César García Belsunce: Buenos Aires: su gente. 1800-1830, Buenos Aires, Cía. Impresora, 1976).

6 A. J. Pérez Amuchástegui y F. Sabsay, Ob. Cit., p. 39.

14 pesos y el de caballería 22, los 14 para el soldado y los 8 para la manutención de caballo”.⁽⁷⁾

Ya en ese momento Beruti advierte: “(...) *en sueldos y demás gastos se consumen por la Real Hacienda y el Ilustre Cabildo 260.000 pesos cada mes, que es cosa asombrosa pues se encuentran a sueldo, entre marina, artillería, infantería y caballería, de 6.000 a 7.000 hombres*”.⁽⁸⁾

Esta alarma anticipaba las quejas de varios testimonios –entre 1808 y 1809– que acusarían a la militarización como la responsable principal del deterioro financiero.

Luego de la victoria de julio de 1807, la Junta de Guerra, por decreto del 23 de julio, dispone que solamente percibirán sueldo el Cuerpo de Patricios y el Escuadrón de Húsares de Pueyrredón y que los demás quedarían subsistentes sin ninguna retribución⁽⁹⁾. Beruti describe minuciosamente los homenajes y premios que recibieron la tropa y oficiales de cada cuerpo, abundante material que refleja el prestigio que los cuerpos militares habían adquirido. Aportamos como ejemplo uno de ellos:

“(...) Y en atención a los distintos servicios y muy repetidas acciones de valor con que se ha manifestado todo el Cuerpo de Patricios, el Señor General ha condecorado a muchos de sus soldados de todas las compañías de los tres batallones con el grado de alféreces, como también por iguales servicios a los soldados de los húsares del honor de Pueyrredón (...).”⁽¹⁰⁾

Si bien de momento no se advierte la influencia y el apoyo que el Cuerpo de Patricios brindaría al nuevo Virrey designado el 16 de mayo de 1808, el profético Beruti destacaba el 30 de mayo:

“(...) la Compañía de guardia con bandera que le entró en su palacio al Señor Virrey, fue de puros sargentos del Cuerpo de Patricios en lugar de soldados, los que fueron e hicieron sus centinelas las 24 horas, que estuvieron de guardia con sus propias divisas de sargentos, obsequio que hizo dicho Cuerpo de Patricios al señor Liniers; por ser el primer año en el día de su príncipe, recibía besamanos de los tribunales y tropas como carácter de virrey (...).”⁽¹¹⁾

Ya se advierte la prodigalidad de Liniers hacia los cuerpos militares, hecho duramente criticado por Beruti, posteriormente. Refiere:

(...) al obsequio con que los distinguía dicho Cuerpo de Patricios, les dio el grado de Teniente Coronel al Capitán de la guardia y el de Capitán al Teniente y al Alférez el de Teniente, y en sorteo se les dio a seis sargentos la graduación de oficiales”.⁽¹²⁾

7 Juan Manuel Beruti, Ob. Cit., p. 3687

8 Ibidem, p. 3688

9 Fued Nellar: Reseña histórica del ejército argentino. Círculo Militar, Buenos Aires, 1972, p. 8.

10 Juan Manuel Beruti, Ob. Cit., p. 3702

11 Ibidem, p. 3721.

12 Ibidem, p. 3724

Liniers sabía de la inestabilidad de su designación, que se haría evidente en la rivalidad entre él y el Cabildo, razón por la que aprovechó la creación de esta nueva forma de poder para afianzarse. Esta actitud provocaría tensiones entre antiguos funcionarios civiles y nuevos oficiales milicianos y además el efecto directo de acrecentar el costo local de la administración por el peso del aumento de los gastos militares.

La crisis local de 1808 tendría también su epicentro en la metrópoli. Poco después del juramento de Liniers como Virrey, corrieron rumores de que en Río de Janeiro había desembarcado un fuerte contingente británico, con lo que la amenaza portuguesa se tornaba gravísima. Se enfrentaron entonces en Buenos Aires: Álzaga, alcalde de 1er. voto que, secundado por el Gobernador de Montevideo, propiciaba la guerra contra los portugueses y Liniers que optó por buscar la paz por vía diplomática.

Mientras tanto, la situación entre Francia y España se volvía cada vez más difícil. El 19 de agosto llegaba a Montevideo, procedente de España, José Manuel de Goyeneche con la nueva de que España se hallaba levantada contra los franceses. Elío manda detener entonces a Sassenay, enviado especial de Bonaparte, para lograr que Liniers reconociera a José I como Rey de España. La detención se ordenó a pesar de estar el enviado únicamente de paso por Montevideo y poseer las credenciales extendidas por el Virrey Liniers, aun cuando él no había aceptado la propuesta del enviado imperial.

El origen francés de Liniers sería el tema elegido para propiciar el enfrentamiento entre el Virrey y las autoridades de Montevideo, que actuaban apoyadas por el Cabildo de Buenos Aires. Liniers intentó neutralizar la oposición reemplazando a Elío por Michelena como Gobernador de Montevideo, pero Elío se negó a renunciar y se formó en Montevideo una junta similar a la de España. Beruti describe así lo que considera una deslealtad hacia la persona del Virrey:

“El 5 de noviembre se cerró este puerto y comunicación con la ciudad de Montevideo por orden del excelentísimo Señor Virrey por el motivo de que su Gobierno y Cabildo se rebelaron faltando a la obediencia al Virrey y suponiéndole traiciones que no tiene; por el contrario, tiene más una acrisolada y firme lealtad adherida desde la edad de 16 años, en que entró a servir bajo el pabellón (...).”⁽¹³⁾

Los dos bloques estaban enfrentados: Liniers, apoyado por los Patricios, y la Junta de Montevideo, por el Cabildo de Buenos Aires. Lo que no registra Beruti y constituye otra clave en este proceso de militarización es que en octubre de 1808, cuando se temió la inminencia de un levantamiento a favor de la secesión de Montevideo, los comandantes de las fuerzas militares de Buenos Aires dieron una proclama para que:

“(...) están todos resueltos a no cooperar a la alteración del gobierno ni a cosa alguna que pueda influir contra la fidelidad jurada a su soberano (...) y disponía lo

13 *Ibidem*, p. 3734.

conveniente para que se respete la autoridad de los jefes y se reintegre el honor del virrey.”⁽¹⁴⁾

También en Buenos Aires como en Montevideo, la burguesía española monopolista intentó formar una junta similar a la formada en esta última ciudad. Nuestro cronista relata así los hechos:

“(…) en dicha sala capitular habían sus individuos acordado el formar una Junta Suprema y por ello diputaron a dichos dos regidores para que, después de conformadas las nuevas elecciones, suplicaran al excelentísimo Cabildo consintiera en su formación por quererlo así todo el pueblo, como efectivamente dichos diputados se lo hicieron presente diciendo a su excelencia que el Cabildo pedía Junta; a lo que contestó el virrey dijera al Cabildo que ínterin él mandase no consentiría en ello (...).”⁽¹⁵⁾

Los diputados se dirigieron al cuartel de Patricios para que prestaran auxilio al Cabildo. Ante la arenga de los señores diputados contestó el Comandante Saavedra:

“(…) que él no conocía otra autoridad que la del Virrey que representaba la persona del soberano y que no sabiendo por qué el Cabildo pedía su auxilio (...) no podía sin la orden del Virrey prestar el auxilio que se le pedía.”⁽¹⁶⁾

Enterado el Cabildo de la resistencia del Virrey —que estaba preparado para este golpe del Cabildo, según palabras de Beruti: *“Todo lo que se quería hacer lo sabía”*— envió a cuatro diputados para que este accediera a lo pedido. Respondió Liniers *“(…) que antes perecería bajo las ruinas de Buenos Aires siempre que hubiera un solo individuo que lo siguiera, antes que consentir en la Junta que el Cabildo pretendía”*.⁽¹⁷⁾

Se produjo entonces un tumulto en la Plaza Mayor:

“Los catalanes, gallegos y vizcaínos, que se habían reunido junto al Cabildo, y apenas llegaban, como digo, a 300 hombres, que se irritan contra los Patricios por no haber tomado partido a su favor y atropellan enfurecidos (...).”⁽¹⁸⁾

Cuando Liniers ya estaba a punto de renunciar intervinieron los Patricios. Así lo describe Beruti:

“Saavedra se dirige al fuerte, sube al salón Palacio y ve que el Señor Virrey iba a firmar la dejación del mando, le ataja y dice que con qué valor dejaba el bastón que el soberano le había puesto en sus manos, que ni él podía dejarlo sin orden del mismo soberano (...) y el pueblo no era gustoso pues todos lo querían y aclamaban (...).”⁽¹⁹⁾

14 Extracto de un oficio de los comandantes de las fuerzas militares de Buenos Aires en el cual se expone que al crear el Gobernador Elío de Montevideo una Junta de Gobierno semejante a la de España ha precipitado en aquellos reinos la revolución. En Mayo Documental, UBA, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, Kraft, 1962, T. VI, p. 108.

15 Juan Manuel Beruti, Ob. Cit., p. 3738.

16 Ibidem, p. 3738.

17 Ibidem, p. 3738.

18 Ibidem, p. 3739.

19 Ibidem, p. 3742

La derrota del Cabildo fue completa. Los regimientos subversivos fueron disueltos y los oficiales y capitulares comprometidos deportados a Patagones. Era una victoria de los Patricios. Beruti reconoce: *“El Virrey, viéndose reestablecido por los Patricios y pueblo fiel en el mando (...)”*.⁽²⁰⁾

Nuestro infatigable cronista realiza una crítica apreciación sobre la jornada del 1 de enero, cuando relata los sucesos de mayo de 1810:

“Si el Cabildo del 1 de enero de 1809 hubiera coordinado la cosa como al presente lo hubiera conseguido, pero le faltó orden, arreglo y la política, pues todo fue un desorden, y propiamente una borrachera que los cegó, habiéndose expuesto a perderse, perder el pueblo y las glorias que habían adquirido (...)”⁽²¹⁾

Pero la victoria era frágil porque Liniers no seguiría mucho tiempo más como Virrey y los Patricios no tendrían a través de él la posibilidad de lograr que la elite criolla desplazara a la elite española monopolista. Al mismo tiempo, la Junta Central recibía continuamente quejas de los funcionarios en contra del Virrey Liniers. Estas quejas apuntaban a los privilegios militares que él había otorgado. En el informe confidencial de Goyeneche puede leerse: *“El militar abultado consumiendo una inmensa cantidad y como organizado en el desorden carece de bases y las graduaciones militares en poco aprecio por la prodigalidad en que se han repartido”*⁽²²⁾.

En la carta en la que el síndico procurador describe la situación de la Ciudad, el 20 de abril de 1809, se lee:

“Es una vergüenza que la Ciudad de Buenos Aires no haya remitido a la metrópoli un peso de socorro. ¿Quién ha de franquear su dinero para que con desprecio de la sagrada causa a que se destina se reparta entre presidiarios y hombres vagos, a quienes el virrey ha distribuido las dotaciones y honores de los primeros empleos militares?”⁽²³⁾

Beruti, por su parte, en el juicio que hace de Liniers afirma:

“A cuantos pobres y ricos, que le pedían empleos, a todos se los dio haciéndolos oficiales de los cuerpos, por lo que se hizo criticar, por la multitud que hizo de ellos (...)”⁽²⁴⁾

Estas quejas y la propia notificación de Liniers a la Junta Central pidiendo su reemplazo por un *“virrey que no se haya visto precisado a popularizarse para sacar partido de las circunstancias, desconocido y sin relaciones aquí, con dos regimientos de tropas de línea”*, facilitaron la designación como Virrey del Río de la Plata a don

20 *Ibidem*, p. 3743

21 *Ibidem*, p. 3764.

22 Informe confidencial de J.M. Goyeneche a la Suprema Junta de Sevilla, 15 de septiembre de 1808 en Mayo Documental, Ob. Cit., T. III, p. 74.

23 Carta del Síndico Procurador de la Ciudad de Buenos Aires, en la que expone el lastimoso estado del vecindario. *Ibidem*, T. VIII, p. 227.

24 Juan Manuel Beruti, Ob. Cit., p. 3770.

Baltasar Hidalgo de Cisneros, que arribó a Montevideo el 30 de junio de 1809 y tomó su cargo el 29 de julio. ⁽²⁵⁾

A poco de hacerse cargo del Gobierno, Cisneros efectuó una reforma militar cuyo propósito esencial fue aligerar el peso que la militarización había hecho recaer sobre el fisco, aun cuando el trasfondo de la reestructuración era dar un golpe a esa fuerza militar criolla tan independiente de ciertos controles de los funcionarios peninsulares, reduciendo sus efectivos.

En el testimonio de Beruti se advierte: *“El 20 de agosto se pasó orden por el Señor Virrey a tropas de esta capital, que al Cuerpo de Granaderos de Liniers no se reconozca por ese nombre sino por el de Granaderos de Fernando VII (...) y al escuadrón de húsares de Pueyrredón por ser solo se denominará del rey (...).”*⁽²⁶⁾

Se reducen las compañías y en virtud de una orden del 11 de septiembre las tropas se organizan de la siguiente manera:

“(...) los cuerpos urbanos se han reducido a cinco batallones, quedando únicamente en dos batallones el cuerpo de Patricios, extinguiéndose el tercero en un batallón de montañeses, otro de andaluces y otro de arribeños, constando cada batallón de los cinco mencionados de nueve compañías, incluso de granaderos; y su plana mayor de un comandante, un sargento mayor, dos ayudantes, dos abanderados, un capellán, un cirujano, un tambor mayor y dos pífanos. Otro batallón de granaderos de seis compañías con igual fuerza que las anteriores y la misma plana mayor. Un batallón de artillería volante, con la misma fuerza que la antecedente. Un escuadrón de húsares de caballería con 150 plazas de tres compañías, con un comandante, un mayor, un ayudante y un portaguión. Un batallón de castas, con igual fuerza que los cinco primeros pero con dos compañías de granaderos. Del comercio se formaron dos o tres batallones, con igual fuerza que la de los cinco primeros, los que no harían servicio sino cuando lo exigiesen las circunstancias pero sí que estuviesen alistados y regimentados (...). Se quita a los referidos cuerpos los nombres que tenían de provincias y se nombran batallones con el número que se les asigna, a saber: 1° y 2° a los dos patricios; 3° al de arribeños; 4° al de los montañeses y 5° el de los andaluces; 6°, 7° y 8° si los hubiese del Comercio (...).”⁽²⁷⁾

En esta organización se advierte que alguno de los batallones suprimidos habían tenido participación en la jornada de enero, aunque bajo el Cuerpo del Comercio reaparecerían los disueltos.

A pesar de ello, se mantiene en esta reforma el equilibrio militar surgido en la jornada de enero de 1809. Es importante destacar que los cuerpos disueltos no eran

25 A. J. Pérez Amuchástegui y F. Sabsay, Ob. Cit., p. 47

26 Juan Manuel Beruti, Ob. Cit., p. 3753.

27 Ibidem, p. 3753.

soldados recogidos permanentemente en sus cuarteles; y solamente los cuerpos estables enumerados del 1° al 5° eran pagados por la administración local.

El 4 de octubre de 1809: *“Con motivo de no tener el excelentísimo Señor Virrey dinero como para pagar las tropas y demás gastos necesarios de esta capital, por encontrarse exhaustas las reales cajas de numerarios y haber consumido (...) todos los fondos públicos con la continua guerra que estamos haciendo, (...) el Señor Virrey declaró libre el comercio a todas las naciones amigas con nosotros, bajo ciertas condiciones que se les ponen (...)”*⁽²⁸⁾

El Virrey sabía hasta qué punto la situación local dependía de la metropolitana: es por eso que intentaría dosificar la difusión de noticias que, sobre el curso desdichado de la guerra en España, comenzaban a llegar a esta ciudad. Comienza la febril Semana de Mayo, que transcurre en el mismo escenario y con equivalentes personajes que la jornada del 1 de enero de 1809.

El 17 se publican oficialmente las malas nuevas de la península: la Junta Central se había disuelto, delegando su poder en seis miembros que se habían refugiado en la isla de León al amparo de la flota inglesa. Por medida de precaución, las tropas de los regimientos permanecerían acuarteladas y, en nombre de sus oficiales, el Virrey era intimado a abandonar el cargo, caduco junto con la autoridad del que derivaba. Registra Beruti: *“El Cabildo de Buenos Aires, con acuerdo de los jefes militares y demás vecinos y ciudadanos condecorados, determinaron poner a cubierto estas provincias (...) viéndonos sin representación soberana legítima, pues esta había caducado con la pérdida de Sevilla e igualmente la autoridad del excelentísimo virrey, por falta de aquella de la cual dependía; y por lo mismo determinaron hacérselo saber (...) para que en su virtud abdicara el mando en el excelentísimo Cabildo, para que este, con anuencia del pueblo, tratase de formar el gobierno que debíamos adoptar”*⁽²⁹⁾.

A pesar de enviar el Cabildo representantes, el virrey: *“(...) para deliberar llamó a los comandantes de los cuerpos y ya ante el alcalde les dijo le manifestasen su parecer; a lo que contestaron diciéndole que abdicara el mando, pues el pueblo así lo pedía, y de oponerse a ello, daba lugar a un tumulto (...). Oído por el virrey esto por boca de Saavedra, Comandante de Patricios, y viendo que no tenía remedio contestó al señor alcalde que para contestar a su solicitud se lo hiciera saber al excelentísimo Cabildo por oficio que él contestaría; y a Saavedra y demás comandantes suplicó lo morase como era debido, considerando que tenía familia y por lo mismo le señalase sueldo en caso de no dársele mando alguno (...)”*⁽³⁰⁾

28 Ibidem, p. 3757.

29 Ibidem, p. 3760.

30 Ibidem, p. 3760.

Beruti destaca con su descripción la presión ejercida por los militares en el transcurso de los hechos. No menciona específicamente a los Seiscientos (Legión Infernal) que dirigía su hermano, Antonio Luis Beruti, y Domingo French, habla en general de “*una multitud de pueblo que estaba en la plaza*”, exigiendo la reunión del Cabildo Abierto.

El Comandante de los Patricios había ofrecido su auxilio para asegurar el orden durante la reunión. Es así que el 22 de mayo “*Amanecieron puestos centinelas en las bocacalles que entran en la plaza con orden de no dejar entrar a ninguna persona que no presentase la esquila de convocación que el Cabildo pasó la tarde antes (...)*”⁽³¹⁾.

El problema planteado en el Cabildo del 22 no era, en realidad, la caducidad de la autoridad del virrey –hecho que se descontaba– sino quién se haría cargo del poder vacante. El poder pasó entonces al Cabildo, que el 23 lo asume y el 24 designa una junta presidida por el Virrey e integrada por cuatro vocales: Saavedra y Castelli, representantes del grupo que bregaba por el cambio institucional y Solá e Inchaurregui, representantes de los que solo pretendían que el poder pasara al Cabildo. El mismo 24 surge el conflicto: los miembros de la junta presentan su renuncia.

El 25 de mayo, “*(...) con motivo de una representación que hicieron un considerable número de vecinos y los comandantes y varios oficiales de los cuerpos voluntarios por sí y a nombre del pueblo, diciendo no ser de su agrado la elección que se hizo por el excelentísimo Cabildo de los sujetos que componen la junta; pero para esto ya había renunciado el presidente y demás vocales (...)*”⁽³²⁾

De los concurrentes surgió una petición para que el Cabildo se apresurara a recoger una nueva junta, más amplia que la del 24, para reemplazar la autoridad del virrey. La preside Saavedra y la integran como vocales: Juan J. Castelli, Manuel Belgrano, Miguel de Azcuénaga, Domingo Matéu y Juan Larrea, y como secretarios los doctores Juan J. Paso y Mariano Moreno. Relata Beruti:

“*Luego que juraron sus empleos los vocales de la Junta salió al balcón del Cabildo el presidente Saavedra; arengó al pueblo a la fidelidad, paz y armonía*”. Su reflexión sobre la revolución se manifiesta de este modo:

“*No es posible que mutación como la anterior se haya hecho en ninguna parte con el mayor sosiego y orden, pues ni un solo rumor de alboroto hubo, pues todas las medidas se tomaron con anticipación a efecto de obviar toda discordia, pues las tropas estuvieron en sus cuarteles y no salieron hasta estar concluido (...). Verdaderamente la revolución se hizo con la mayor madurez y arreglo que correspondía, no habiendo corrido ni una sola gota de sangre, extraño en toda conmoción popular; (...) pero la*

31 *Ibidem*, p. 3761.

32 *Ibidem*, p. 3762

cosa fue dirigida por hombres sabios, y que esto se estaba coordinando algunos meses hacía (...).”⁽³³⁾

Mucho se ha discutido acerca del origen militar de la revolución. Queda claro que las peticiones llevan la huella de haber surgido en el marco de una organización militar, es decir, el cuerpo de milicias de Buenos Aires.⁽³⁴⁾

Buenos Aires tenía en 1810 aproximadamente cuarenta mil habitantes y cuatro mil soldados y clases en los cuerpos urbanos. La mayoría de sus jefes fueron los surgidos en la organización militar estructurada en 1806. Es decir, la burguesía criolla aseguró la nueva organización institucional a través de la militarización. Cabe señalar que no hubo en los sucesos de mayo una movilización de la masa del vecindario pero sí una movilización de todos los grupos revolucionarios criollos. Tanto los grupos civiles militarizados en los cuerpos de milicias como el resto aparecen coaligados en el Cabildo abierto del 22 y en el pronunciamiento del 25.

El sólido apoyo de los regimientos urbanos aseguró una transición sin violencia, como la atestigua Beruti. Quedaba aún por asegurar la revolución en el resto del territorio que se pretendía gobernar. Esta segunda fase exigía la creación de un aparato militar profesional que el nuevo Gobierno aún no poseía.

Al entablarse la guerra de la independencia se impuso la necesidad de llevar a cabo reformas fundamentales en el orden militar.

Al decreto del 11 de septiembre de 1809 le siguió el del 29 de mayo de 1810, ascendiendo a los batallones militares existentes a la categoría de regimientos. En los considerandos de dichos decretos se elogiaba la actitud de la milicia en los días de mayo:

“Agitados los ánimos —explica a continuación— por la incertidumbre de vuestra existencia política, supisteis conciliar todo el furor de un entusiasmo exaltado con la serenidad de un ciudadano que discurre tranquilamente sobre la su suerte de su patria y las armas que cargabais no sirvieron sino de abrir paso a la razón. (...) ¿Quién no respetará en adelante a los cuerpos militares de Buenos Aires? (...) aunque para justa gloria del país (...) el orden público y seguridad del Estado exigen (...) una fuerza reglada correspondiente a la dignidad de estas provincias.”⁽³⁵⁾

El decreto para mejora y fomento de la fuerza militar de infantería —en el que se dispone que los batallones existentes se asciendan a regimientos con fuerza

33 *Ibidem*, p. 3763.

34 Al respecto, las diferentes obras del Dr. Marfany han venido subrayando el carácter militar de la revolución. Incluso en una de ellas confirma que la petición del 25 de mayo fue escrita por el subteniente de Patricios Nicolás Pombo Otero, al comparar la escritura de la solicitud que dicha persona hiciera en 1807 para pedir su incorporación al Cuerpo de Patricios. (Roberto H. Marfany, “¿Dónde está el pueblo?”, en la Revista de Humanidades de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, Buenos Aires, Imprenta López, 1948, p. 40 y sig.

35 Ricardo Levene: Ensayo histórico sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno. Peuser, Buenos Aires, 1960, T. III, p. 343.

efectiva de 1.116 plazas— revela la preocupación del nuevo Gobierno en el sentido de la transformación del ejército.⁽³⁶⁾

Nuestro cronista registra esta modificación recién con fecha del 7 de julio. Dedicar una minuciosa descripción al decreto por el que los naturales indios, que hasta entonces habían servido con las castas de pardos y morenos, fueron incorporados a los batallones españoles. Con fecha del 8 de junio expresa: “(...) *no debe haber diferencia entre el militar español y el militar indio: ambos son iguales y siempre debieron serlo (...)*”.⁽³⁷⁾

Con respecto a la composición de la jerarquía del ejército, dice García Belsunce:

“En 1810 poseía el ejército de la ciudad 146 oficiales españoles americanos, de los cuales aproximadamente la mitad eran porteños, los españoles europeos 79, entre los que destacamos 23 andaluces (...). La mayoría de los suboficiales era nativa del territorio argentino (...).”⁽³⁸⁾

La nueva Junta de Gobierno trató de dar alguna formación profesional a los futuros oficiales. En octubre de 1810 impuso a todos los cadetes (aspirantes a oficiales) la concurrencia a cursos en la Escuela de Matemáticas por un período de dos meses, al cabo de los cuales el director debía certificar si el candidato poseía “capacidades para la ciencia militar”.⁽³⁹⁾

Al recorrer las “Tomas de Razón”, advertimos que los ascensos militares fueron mucho menores con posterioridad a 1810, que entre 1806 y 1807⁽⁴⁰⁾. Esta nueva disciplina militar creó resentimientos entre los veteranos de 1806 y 1807, que estaban acostumbrados a una conducción menos severa. Cuando en diciembre de 1810 se hicieran más perceptibles las diferencias entre Moreno y Saavedra, la relación que este último poseía con la oficialidad y la tropa se pondrá también en evidencia. El 6 de diciembre de 1810:

“(...) por orden de la excelentísima Junta se ha dado un reglamento, el que circulará a todos los jefes políticos, militares, corporaciones y vecinos para su puntual observancia y es el siguiente: (...) 3º: Solamente la Junta reunida en actos de etiqueta y ceremonia tendrá los honores militares, escolta y tratamiento que están establecidos. (...) 7º: Se retirarán todas las guardias centinelas del palacio, dejando solamente las de las puertas de la fortaleza y sus bastiones. (...) 13º: No debiendo confundirse

36 César García Belsunce: Buenos Aires: su gente. 1800–1830. p. 122. En Agosto de 1810 había 1097 personas de carácter militar; 269 oficiales (24,59 %); 116 suboficiales (10,56 %); 507 soldados (46, 17 %) y 205 personas que declaraban ser militares.

37 Juan Manuel Beruti, Ob. Cit., p. 3764.

38 César García Belsunce, Ob. Cit., p. 123.

39 Tulio Halperín Donghi: Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina Criolla. Siglo XXI, Buenos Aires, 1972, p. 215.

40 Archivo General de la Nación: Tomas de Razón de Despachos Militares, Cédulas de Premio, Retiros, Empleos Civiles y Eclesiásticos, Donativos, etc., Buenos Aires, Kraft, 1925.

nuestra milicia nacional con la milicia mercenaria de los tiranos, se prohíbe que cualquier centinela impida la libre entrada en toda función y concurrencia pública a los ciudadanos decentes que la pretendan (...) Nota: Este reglamento lo originó el que habiendo el Cuerpo de Patricios hecho un sarao y cena en su cuartel, en festividad del triunfo ganado por nuestras armas en Perú (...). (En la cena ocurrió) la broma del oficial Atanasio Duarte (quien) brindó al presidente diciendo: 'Viva el señor Presidente don Cornelio Saavedra, emperador y rey de la América del Sur'; lo que oyó el secretario de la Junta doctor Mariano Moreno, y que se encontraba presente, quien (...) dio cuenta a los demás vocales y estos, como patriotas, (...) tiraron a atajarlo quitando al presidente los honores que disfrutaba y desterrando perpetuamente a Duarte".⁽⁴¹⁾

Pero lo que nuestro cronista agrega, y es a nuestro juicio lo que más nos interesa en el curso de este trabajo es que: "(...) cuando Moreno fue al cuartel, la centinela no quiso dejarlo entrar, sin embargo decir que era el secretario de la Junta, llevado de que no era Militar (...)">⁽⁴²⁾.

Este incidente menor fue aprovechado por Moreno para relevar del mando militar a Saavedra, mando que revirtió sobre toda la Junta. Pero el 18 de diciembre de 1810, con la incorporación de los enviados del interior a la Junta, Moreno, contrario a esta posición y acatando lo dispuesto en ella, se marchó a Londres en misión diplomática, muriendo en alta mar para desaparecer definitivamente de la escena política.

La Junta Grande se hizo cargo del Gobierno, pero opositores tenaces comenzaron a actuar:

"En el café que llaman de Marco (...) hay una sociedad o junta de ciudadanos en la que se tratan asuntos de buen gobierno. (...) en el salón donde están hay, al frente, una tribuna donde sube cualquier individuo de talento y relaciona el discurso que lleva, y en vista de lo relacionado se admite o no lo propuesto y se da a la imprenta si conviene y a la excelentísima Junta se le pide haga lo que se solicita siendo bien de la Patria (...)." ⁽⁴³⁾

El desarrollo poco satisfactorio de la guerra y la adopción por la Junta de las mismas políticas que antes habían denunciado como jacobinas, dieron nuevos ímpetus a la prédica del Club. Sus miembros organizaron una campaña contra el proyecto de deportar peninsulares solteros, viéndose la Junta obligada a dejarlo sin efecto. Los rumores de un golpe inmediato ganaron la calle. Aparecía en escena un nuevo factor para restablecer el equilibrio de la facción que estaba en el poder: la plebe suburbana dirigida por los alcaldes y tenientes de barrio ⁽⁴⁴⁾. Destaca Beruti: "*Amanecieron en la*

41 Juan Manuel Beruti, Ob. Cit., p. 3775 y sig.

42 Ibidem, p. 3777

43 Ibidem, p. 3785

44 Estas autoridades eran en Buenos Aires las que formaban el sistema de policía. La junta había investido a estos funcionarios de autoridades crecientes. Esta acumulación de funciones nuevas transformó a los alcaldes y tenientes alcaldes –desde la perspectiva de los grupos populares

plaza mayor de esta capital todas las tropas de la guarnición formadas y una multitud de gente campestre, que la noche antes habían venido de todos los partidos de la campaña citados por sus alcaldes (...)".⁽⁴⁵⁾

Otra vez los jefes militares, apoyando a una multitud en la plaza, elevaban sus peticiones al Cabildo. Es la primera vez que Beruti analiza y juzga minuciosamente un hecho. La enumeración de los acontecimientos ya no goza de la asepsia que tenían las anteriores y contiene abundantes apreciaciones personales. Dice Beruti:

*"(...) para lograr sus ideas y voltear a los buenos patriotas (Café de Marco y sus adeptos) se valieron los del partido contrario de la gente de campo, y para ello citaron a la gente para la noche del día 5, por medio de sus alcaldes y respectivos tenientes de barrio, a los corrales del Miserere y como las tropas estaban por suyas (...) las hicieron que estuvieran todas en sus cuarteles. Como a eso de la medianoche se mandó poner las tropas en la Plaza Mayor, se hizo venir al Cabildo y a todos los vocales que ya estaban en sus casas y a eso de las 2 de la mañana del día 6 entraron los **campes**tres, de los cuales se valieron, **suponiéndole pueblo**, para hacer lo que queda dicho, y el Cabildo débil otorgó cuanto en nombre de ese **supuesto pueblo** pidieron en su nombre los **faccionistas de la maldad (...)**, suponiendo pueblo a la ínfima plebe del campo, con desdoro del verdadero **vecindario ilustre y sensato de la ciudad** que ha quedado burlado (...)*".⁽⁴⁶⁾

Para Beruti, el movimiento contaba con el apoyo del ejército, la debilidad del Cabildo, la presión de la "plebe del campo" y el "desconocimiento del pueblo ilustre y sensato de la ciudad", y tenía como objetivo "voltear a los insignes patriotas" para lograr "mantener el presidente la silla que ocupaba".

De las peticiones que se elevaron al Cabildo nuestro cronista solamente destaca una: "*(...) que Saavedra quedara en el mando de capitán o comandante de armas y de inspector general de las tropas, y todo esto se dio porque a la fuerza no hay quien resista*".⁽⁴⁷⁾

Efectúa un análisis nuevo sobre el decreto de supresión de honores encontrando esta vez nuevas intencionalidades:

"(...) con el motivo del brindis que en el cuartel de Patricios se le hizo por Duarte (...) al Presidente Saavedra, quedó la Junta celosa, y, sin embargo, de habérsele quitado con política los honores que disfrutaba, y quedó sin ellos como los demás vocales, siempre fueron siguiendo sus recelos, mayormente viendo que era comandante y coronel del Regimiento de Patricios, y que como comandante que era de las armas podía tener

y marginales de la población urbana y suburbana— en representes del nuevo poder. (Tulio Halperín Donghi, Ob. Cit., p. 206 y sig.)

45 Juan Manuel Beruti, Ob. Cit., p. 3784.

46 *Ibidem*, p. 3786. El resaltado es nuestro.

47 *Ibidem*, 3786/87.

*algún partido a su favor en las tropas y mayormente en el cuerpo de su mando, y con el tiempo oprimir a la Junta (como al presente ha sucedido) y mandar absolutamente, perpetuándose en la presidencia o seguir otra idea que pudiera tener; determinaron atajarlo y ponerle freno, **no tanto por él**, sino por los que con el tiempo pudieran entrar en la presidencia, y para ello determinaron crear un inspector general de las tropas, la comandancia de las armas reunirla en la misma Junta y que el presidente no tuviera más mando que el de presidir la Junta (...).”⁽⁴⁸⁾*

Volviendo al tema de abril de 1811, admite Beruti:

“(...) que el cuerpo de América (órgano militar de la gente del Café de Marco) tenía preparado un golpe para deponer al presidente, por desconfiar de él, y sacarle también algunos diputados de las provincias, porque eran de la facción del presidente, y se veía en estos individuos que no trataban de otra cosa que de oprimir al pueblo como ahora se está viendo que sucede (...) en términos que ni al club va nadie, y ya se concluyó dicha sociedad (...).”⁽⁴⁹⁾

Pero la victoria de los moderados sería efímera, y el 26 de agosto de 1811 relata así Beruti la partida de Saavedra:

“Con motivo de las cosas sucedidas el 6 de abril último en esta capital, las provincias del Perú, escandalizadas de lo hecho por el presidente Saavedra, se han negado a mandar sus diputados si antes no se reponen a los señores expatriados en sus respectivos empleos, que tan injustamente se han quitado a unos patriotas tan beneméritos, (...) y se ha determinado salga el Presidente Saavedra (hacia el Alto Perú)”.

A partir de ese momento comienzan entonces las restituciones de los “derrocados” y las depuraciones de los “victoriosos” de abril de 1811. Dice Beruti:

“Con el motivo de la salida del Presidente Saavedra a las provincias interiores se han principiado a varias las intrigas y al procederse en justicia con los desterrados del 6 de abril último. (...) la excelentísima Junta ha decretado con fecha del 1 de septiembre lo siguiente: Con fecha de hoy ha resuelto esta Junta declararles el sueldo que corresponde a sus grados en clase de retirados al Coronel del Regimiento de América Domingo French y al Teniente Coronel don Antonio Luis Beruti (...).”⁽⁵⁰⁾

Con fecha del 16 de septiembre registra Beruti: *“A petición y representación del excelentísimo Cabildo de esta capital ha sido preparado por la excelentísima Junta el Secretario de Gobierno y Guerra don Joaquín Campana y expatriado fuera de la ciudad, quien en esta noche fue sacado de su casa en coche (...).”⁽⁵¹⁾*

48 Ibidem, p. 3787. El subrayado es nuestro

49 Ibidem, p. 3787.

50 Ibidem, p. 3794 y sig

51 Ibidem, p. 3800. Recordemos que el Dr. Campana era uno de los cabecillas del movimiento de abril de 1811 y que había accedido al cargo de secretario como consecuencia del movimiento.

El 23 de septiembre de 1811 se instaló un nuevo ejecutivo: *“Esta nueva autoridad superior se titula Junta Ejecutiva, compuesta de tres vocales y tres secretarios que no tienen voto (...). La presidencia y comandancia de las armas se determinó rodase semanalmente entre los tres señores vocales (...).”* ⁽⁵²⁾

En diciembre de 1811 se produjo una sublevación del Primer Regimiento de Patricios, cuyos oficiales y soldados se sublevaron designando nuevos oficiales, aduciendo y solicitando *“una tracalada de desatinos imposibles de ser admitidos, siendo entre ellos las mudanzas de sus jefes, y nombrando a su arbitrio otros”*. ⁽⁵³⁾

Para esta fecha alarma a Beruti una designación de la oficialidad por la tropa, sin embargo este hecho era común en 1806. Lo que ocurre es que el contexto de 1811 se había transformado y, lo que es más, los críticos momentos del proceso revolucionario llevaron a las milicias a convertirse en ejército profesional, en el que la espontaneidad de la tropa debía ser severamente castigada y reemplazada por una disciplina y adiestramiento ejemplares. La represión de ese movimiento fue muy dura:

“El 12 de diciembre de 1811 se hizo justicia con las cabezas de la insurrección del Cuerpo de Patricios, cuyos individuos fueron sentenciados a ser degradados, pasados por las armas, puestos a la expectación pública en las horcas que se colocaron en la Plaza Mayor y a la presencia de las tropas, siendo ajusticiados (...) cuatro sargentos, dos cabos y cuatro soldados”.

Como advierte Beruti, no había entre los complotados *“ningún oficial”* y por esta razón *“no se ha extinguido el cuerpo”* sino que a partir de ese momento *“se declara que todos los cuerpos que componen el ejército de la patria son patricios y que ninguno podrá tener en adelante esta denominación en particular”*. ⁽⁵⁴⁾

Este movimiento de diciembre de 1811 marcó el fin de las milicias. No fue un final brusco pero la separación de la facción saavedrista del poder despejó el camino hacia la profesionalización.

Desde ese momento se impondría una disciplina más estricta. En marco de 1814:

“Por haber tratado de amotinarse la tropa –dice Beruti–, que guarnecía del Regimiento de Granaderos de Infantería uno de los buques de guerra (...) fueron echados a tierra, e incontinente de hecha la sumaria fueron sentenciados unos a carrera de baquetas, en el acto se ejecutaron, otros a otras penas y tres por cabezas de motín a ser pasados por las armas, como se ejecutó. (...) no habiendo tiempo de capilla para confesarse y prevenirse para morir más que de dos horas, pues los pusieron en capilla a las doce del día, y los sacaron a las dos de la tarde. Ejemplar nunca visto en esta

52 Ibidem, p. 3802

53 Ibidem, p. 3809.

54 Ibidem, Pp. 3811/12

ciudad de que en tan corto tiempo se les hubiera juzgado, sentenciado y aplicado sufriendo de la pena capital en tan cortas horas; pero en las precisas circunstancias es preciso y necesario para con este escarmiento contener la tropa (...).”⁽⁵⁵⁾

Este último episodio marca definitivamente una realidad diferente: aquellas milicias criollas creadas en 1806, poco dóciles a la disciplina militar, se constituyeron al comenzar la Revolución en sostén de la misma. Pero cuando la Revolución trató de imponerse, los rigores de la guerra llevaron a la propia destrucción de las milicias exigiéndoles el comportamiento adecuado a un ejército profesional.

Conclusión

Considero que la obra del memorialista nos ha conducido, a través de sus descripciones sencillas, por el camino que va desde la creación de las milicias en 1806 hasta su transformación en 1811. Él nos dio la calve de la investigación y nos marcó acertadamente los límites del proceso, en el cual distinguimos dos etapas: la primera, de 1806 a 1809, que refleja el ascenso rápido de la oficialidad con casi ninguna exigencia; y la segunda, que va desde 1809 a 1811, en la que —especialmente a partir de 1810— los ascensos son casi nulos, en tanto que comienzan a perfilarse requisitos para acceder a la oficialidad.

Aun cuando en 1812 y 1815 otras crisis políticas requirieran el respaldo militar, y lo obtuvieran, este respaldo estaría dado por un ejército profesional en el que sus oficiales debían demostrar condiciones vinculadas con el arte militar y no, como en los primeros tiempos, ganarse la adhesión de las tropas. El hecho de que la tropa designase por aclamación a sus oficiales era corriente en 1806, y extrañó a Beruti cuando los Patricios, en 1811, lo pretendieron hacer, ya sin lugar alguno para 1814, según lo demuestra la severa represión que hemos descrito.

55 *Ibidem*, p. 3859.

Patrick Island, soldado del Regimiento "71"

Eduardo J. Clancy

Introducción

Sobre la Primera Invasión Inglesa mucho se ha escrito, pero podemos recordar que el 27 de junio de 1806, a poco más del mediodía, la columna inglesa comandada por el Gral. William Carr Beresford entró al fuerte del Virreinato de Buenos Aires. La resistencia de los sorprendidos criollos fue fácilmente superada por los invasores.

Beresford se proclamó Encargado del Gobierno a nombre del Rey de Inglaterra, y tomó medidas para no enemistarse con la población, publicadas en un manifiesto en el que se respetaban la libertad de culto, las autoridades comunales, las garantías civiles y la libertad de comercio.

Poco le duraría el cargo, pues el 12 de agosto del mismo año, después de una porfiada resistencia, se rendía y entregaba su espada a Hilarión de la Quintana, comisionado para recibirla por Santiago de Liniers, el héroe de la Reconquista.

La llegada

Los ingleses salieron del fuerte con todos los honores de la guerra, ya que vencedores y vencidos reconocían la bravura de sus oponentes.

Bajo las arquerías del Cabildo, entregaron a los criollos mil seiscientos fusiles, treinta y seis cañones, cuatro morteros, cuatro obuses y sus banderas, entre las que se encontraba la del Regimiento 71 de Infantería (“71st.Royal Glasgow Regiment of Foot”), con asiento en Glasgow, Escocia, pero acantonado en Ballinasloe y luego en Loughrea, Condado de Galway, Irlanda.

Esta última ciudad fue cuna del Padre Anthony Fahy, apóstol de los inmigrantes irlandeses, tristemente célebre también por la matanza, luego de la rendición, de tres mil defensores irlandeses a manos del ejército inglés comandado por Oliver Cromwell en 1649, durante la guerra civil inglesa (el Parlamento contra el Rey Carlos I).

El Regimiento 71 era uno de los cuerpos más gloriosos del ejército inglés y llegó a Buenos Aires invicto. Se había destacado en campañas en la India y Europa, y en 1799, en la batalla de San Juan de Acre (hoy Israel), constituyó el núcleo de la defensa contra el poderoso ejército de Napoleón. Acababa de desarrollar una campaña en Sicilia y se encontraba en la isla de Santa Elena, cuando el Almirante Home Popham solicitó su embarque para el ataque a Ciudad del Cabo y su “aventura” sudamericana.

En el *Diario de un Soldado* (página 55), un soldado criollo dice lo siguiente sobre el Regimiento 71: *“En todo tiempo, bueno sería tener media idea del Regimiento 71, tan afamado en Inglaterra. Sus oficiales son de las casas principales de la Escocia, sus soldados hijos de las familias de aquel comercio (...), su uniforme casaquilla colocado, centro (...) y medias lo mismo, de manera que parecería este centro el vestido de un arlequismo. Gorro alto, de pelo y plumaje negro (...). Este regimiento ha sufrido mucho el haber caído prisionero y haber perdido sus cuatro banderas, las que con tanto afán Bonaparte en Egipto y Malta nunca pudo vencer. Ahora, al verse vencidos por unos hombres descalzos, de ponchos, unos hombres que Beresford tenía por unos cobardes, presumido de su constancia”*.

Nuestra afamada Mariquita Sánchez de Thompson hace la siguiente descripción de las tropas invasoras: *“Entraba por la Plaza el Regimiento 71 escocés al mando del coronel Pack. La más lindas tropas que se podían ver, el uniforme más poético: botines de cintas punzó cruzadas, una parte de las piernas desnudas, una pollerita corta, unas gorras de terciade alto adornadas con plumas negras y una cinta escocesa que formaba el cintillo, un chal escocés como banda sobre la casaquilla corta punzó”*.

Parece ser que los uniformes escoceses impresionaron a más de una dama criolla, ya que se sucedían fiestas en honor de los invasores, y era frecuente ver a las Sarratea, Marco del Pont, Escalada, etc., paseando del brazo de algún oficial de rojo.

Entre los prisioneros de los criollos estaba Patrick Island, oriundo de Dublín, oficial artillero de la novena compañía, al mando del capitán John Paley. Él, como

muchos otros de sus connacionales, habrá optado por la vida militar como alternativa al hambre y las privaciones de una Irlanda empobrecida por la ocupación inglesa.

En esa compañía revistaban varios soldados ingleses e irlandeses que permanecieron en el Río de la Plata luego de las Invasiones, siendo algunos de ellos fundadores de antiguas familias argentinas. Tal el caso de Richard Green, Alexander Livingston, Abraham Forrester, James Dillon, Jacob Echart, William White, James Tomlinson (que vivió y murió en San Antonio de Areco, en una casa ubicada en una de las esquinas de Gral. Paz y Arellano) y Patrick O'Brien.

Otro irlandés, el general John Thomond O'Brien, que acompañó al Gral. San Martín y fue su edecán, llegó a estas tierras en 1812 y compartió con Juan Lavalle la gesta libertadora de Chile y Perú, a quien le obsequió su espada en el Regimiento de Granaderos, como curioso recuerdo de un duelo sostenido entre ambos por cuestiones de polleras. Lavalle llevó la espada consigo hasta su muerte.

Tal vez no sea muy conocida para los fanáticos de Boca Júnior la presencia de un soldado del 71 en los albores de la historia del barrio de la Boca. En efecto, James Brittain compró, el 5 de mayo de 1817, 120 cuadras de tierra a los frailes de Santo Domingo. Las tierras iban desde el Parque Lezama hasta el Riachuelo y al fallecer Brittain en 1830, sus herederos parcelaron y vendieron lo que luego sería el barrio de los inmigrantes "zeneixi" genoveses, y la cuna del famoso club de fútbol.

Pero volvamos a aquel 27 de junio y al avance de las tropas inglesas que habían desembarcado en Quilmes, dispersando rápidamente a las milicias comandadas por Arce. En el puente de Gálvez (hoy Pueyrredón) sobre el Riachuelo, los esperaba el Capitán de Navío Eustaquio Gianini con otro pequeño grupo, a los que el Virrey Sobremonte había ordenado "sostener la posición todo lo posible". Los contendientes se enfrentaron abriendo fuego desde ambas márgenes, pero al poco tiempo ardía el puente. Los defensores se disgregaron y los invasores cruzaron el Riachuelo e ingresaron a la ciudad desde el sur por la actual Avenida Montes de Oca, para luego tomar por la estrecha calle que luego se llamaría Defensa, en dirección al Fuerte. Avanzaban protegiéndose de proyectiles de todo tipo, lanzados desde los techos de las casas, además de los disparos aislados.

La novena compañía cubría la retaguardia, y llevaba consigo a dos heridos. Había detenido la marcha frente a una casona en los alrededores del convento de San Francisco, propiedad de los Gómez y Farías.

El dueño de casa era ya un anciano y los hijos varones eran muy niños, pero la resistencia igual se llevaba a cabo desde la vasta azotea, y en ella intervenían vecinos, parientes y los esclavos de la casa que, habiendo nacido en ella, eran como de la familia.

De pronto se abrió la pesada puerta colonial y un enorme negro, vestido con chiripa a la usanza gaucha, se plantó frente a los soldados con un trabuco en cada mano y un facón en la cintura. El Capitán Paley dio la orden de no disparar y avanzó con su espada desenvainada, pero se adelantó el soldado Island, casi tan alto como el negro, armado con su sable bayoneta.

El negro dejó los trabucos y aceptó el desafío, envolviéndose el poncho en el brazo izquierdo. A poco de iniciado el duelo, el negro tajeó en la muñeca al soldado y el sable bayoneta voló por el aire. Acto seguido lo levantó como si fuera un muñeco, y lo tiró de cabeza contra un poste. Se aprestaba a degollar al caído cuando desde una de las ventanas, una de las niñas de la casa apodada “Tola” le gritó al negro que lo dejara, salvándole la vida. El destino parecía unir a Tola y Patricio para siempre.

La compañía continuó su marcha hacia el Fuerte y dejó a los heridos, que ahora eran tres, para ser atendidos más tarde. No necesitaron hacerlo, dado que ni bien se marcharon de la casa, salió un grupo de gente que los llevó a su interior. El dueño de casa, don José Santos Gómez hizo llamar al doctor Cosme Argerich y puso a los heridos bajo su atención, tratándolos como huéspedes.

Los huéspedes se “acriollan”

En poco tiempo los soldados estaban repuestos y andaban por la casa con sus bastones, compartiendo la mesa. Como buenos irlandeses, no faltaba el rosario, que se rezaba todas las noches.

Pero no solo de pan y rosarios vive el hombre, y los soldados Island y Camells le “echaron el ojo” a dos niñas de la casa. (Island a la “niña Tola”, y Camells a una prima de nombre Juliana). El tercero, de nombre Peter Campbell, era un hombre taciturno que pasaba mucho tiempo indagando a la servidumbre sobre las costumbres del campo y la vida del gaucho. Su vida tomaría caminos muy distintos a los de sus camaradas.

A todo esto el negro Braulio Gómez, y su casi víctima “don Patricio”, como él llamaba a Island, cimentaron una gran amistad, a la cual el irlandés rendiría culto con el nombre de uno de sus hijos, según veremos más adelante.

Sanados los heridos, llegó el día en que debieron volver a su vida militar, retornando al fuerte. Así lo hicieron, para caer prisioneros de los criollos después de la Reconquista, y luego ser internados en varios pueblos de las cercanías de Buenos Aires.

En San Antonio de Areco permanecieron un tiempo Beresford y trece soldados y oficiales, entre ellos Island. De esa estadía cuenta en su libro *Buenos Aires y el Interior*,

editado en 1818, el Mayor Alexander Gillespie, quien hace una buena descripción del pueblo y sus costumbres. Recuerda también con mucho cariño las amabilidades que prodigaron los habitantes del lugar a sus huéspedes forzosos.

Los prisioneros pasaban el tiempo pescando, cazando o recorriendo el campo a caballo. También en Areco los prisioneros jugaron por primera vez en nuestras tierras al “críquet”, deporte británico por excelencia.

Beresford y Pack pudieron escapar a Montevideo, con la ayuda de Saturnino Rodríguez Peña, secretario de Martín de Álzaga, y de Ana Perichón.⁽⁵⁶⁾

Al llegar a Inglaterra, el coronel Pack solicitó al Comando del ejército un cambio en el uniforme del 71: pantalones con el “tartan” escocés en su tela, en vez de la pollera (“kilt”). La vestimenta de los soldados durante su estadía como prisioneros en estas tierras había sido trocada por prendas de paisanos (tal vez calzones y chiripa, a la usanza gaucha).

En enero de 1808, Beresford le escribió a Lord Castlereagh, Primer Ministro inglés: *“Quien (que sea inglés) basándose en los sentimientos de la gran masa del pueblo espere ayuda de ella para sus propósitos, no conoce al pueblo de Buenos Aires”*.

“Debe asegurársele (al pueblo) que el objeto de Gran Bretaña es darles independencia. Aunque están decididamente inclinados a liberarse del yugo de España, son aun más hostiles a aceptar el de cualquier otra nación; al conquistarlos ataríamos una soga alrededor de nuestros cuellos”.

Podemos mencionar que Beresford participó, como segundo del Duque de Wellington, en la campaña de la Península Ibérica contra Napoleón. Fue comandante del ejército inglés en las batallas de Fuentes de Oroño y Albuera (1811).

El Regimiento 71 luchó en todas las batallas de la campaña, hombro a hombro con sus recientes enemigos en el Río de la Plata, los soldados españoles. Con ellos se habrá cruzado también nuestro Libertador José de San Martín, hasta 1811 teniente coronel del ejército español y oficial de enlace con el Estado Mayor de Wellington.

Los soldados y oficiales prisioneros liberados tuvieron que jurar nunca más empuñar armas contra Buenos Aires, sin embargo Beresford volvería al Río de la Plata en 1816, como asesor de las tropas portuguesas en su invasión a la Banda Oriental.

Luego de su internación en Areco, y a raíz de la segunda invasión, algunos de los prisioneros fueron remitidos a Catamarca. Island estuvo entre ellos, y de esa estadía le quedó una amistad con tres sacerdotes del convento de San Francisco.

En una carta un grupo de los prisioneros le manifiestan al Gobernador de Catamarca el 1 de agosto de 1807: *“su mucha política y consideración personal respecto a nosotros en cuanto ha podido; como igualmente para con los vecinos en general,*

56 Apodada “la Perichona”, esta dama de origen francés fue luego amante de Santiago de Liniers

de cualquier clase con quienes hemos tenido el honor y el gusto de tratar. De todo individuo hemos experimentado el sumo cariño (...)”.

Un año después de la primera invasión, en junio de 1807, una nueva expedición inglesa, esta vez con once mil hombres al mando del General Whitelocke, llegó al Río de la Plata. Los invasores tomaron Montevideo, pero fueron rechazados con grandes pérdidas el 5 de julio por los defensores de Buenos Aires, organizados militarmente por Santiago de Liniers. No intentarían los ingleses otra invasión: el costo había sido demasiado alto. Whitelocke fue sometido a una corte marcial y degradado.

Un joven llamado Martín de Güemes había participado en la defensa de Buenos Aires en 1806 y 1807, y otro joven de catorce años, casi un niño, llamado Juan Manuel de Rosas se había alistado en las milicias que lucharon en la segunda Reconquista.

Terminado el episodio de las Invasiones, y decididos a quedarse en estas tierras, Island y Camells formalizaron su relación con las niñas de Gómez. Según datos del archivo parroquial de Arrecifes: El 20 de octubre de 1808 contrajo enlace Guillermo Camells, natural de la capital de Irlanda, hijo legítimo de Martín Camells y Juliana Moguea, con Juliana Gómez, hija legítima de Justo Gómez y de María Candelaria Gómez. Fueron testigos del acto don Mariano Andrade y doña Bernabela Farías, el casamiento fue bendecido por el Rev. Cura Párroco Juan José Dupuy.

Parece ser que en la época de la Revolución de Mayo, Patrick Island residía ya en unión con doña Bartola en San Antonio de Areco. El matrimonio tendría lugar en Arrecifes, según los siguientes datos del archivo parroquial: El día 6 de agosto de 1815, contrajo enlace Patricio Aisla (Island) natural de Irlanda, hijo legítimo de Juan Aisla y Catalina Noker (Nugent). La ceremonia se celebró con misa nupcial, con Bartola Gómez de esta feligresía. En el acta no figuran los nombres de los padres de la contrayente. Fueron testigos del acto don Mariano Andrade y doña Bernabela Farías, y el casamiento también fue bendecido por el Rev. Cura Párroco Juan José Dupuy, quién en julio de 1815 sería designado elector para diputados que representarían a Buenos Aires en el Congreso de Tucumán de 1816.

Ambas ceremonias se celebraron en la capilla de la estancia de José Santos Gómez, ubicada en la margen derecha del río Arrecifes, junto a la confluencia del arroyo Caguané (hoy Partido de Baradero). Al terminar la celebración, Island se abrazó con el negro Braulio, y le prometió que uno de sus hijos llevaría su nombre.

La residencia de Patricio Yslas (así se hace llamar en adelante) y su mujer Bartola (“Tola”) Gómez y Farías era propiedad de Candelaria Gómez de Del Arca, hermana de Bartola. La vieja casona, de dos plantas, se encontraba frente a la plaza principal de San Antonio de Areco (Plaza Arellano), en la esquina noreste de la manzana que fuera propiedad de don Juan Francisco de Suero, hermano político de Ruiz de Arellano,

fundador del pueblo. Compran además una cuadra de tierra para destinarla a huerta. Los vecinos linderos de la casa eran por un lado don Miguel Cané, y por el otro don Ramón Cané.

Candelaria Gómez de Del Arca y su hermano José Santos Gómez (h) están íntimamente relacionados con el pueblo, ya que donaron la manzana en que se encuentra la Plaza Gómez en la actualidad.

Patricio Yslas, una vez instalado en su nueva residencia, alquiló un campo a la familia Castex y lo pobló con quinientas cabezas de ganado y doscientos yeguarizos, (no le interesó como a otros irlandeses, la cría de ganado lanar). Le había tomado el gusto a las tareas rurales y a las costumbres del pueblo que sería su hogar.

Pero no solo se dedicó al campo, porque su espíritu inquieto lo llevó a desarrollar distintas tareas y a constituirse en un vecino importante y solidario.

Fue Alcalde de San Antonio de Areco desde 1826 a 1827 (hacia esos años y en la presidencia de Rivadavia, se sancionaba una Constitución de corte unitario). Al parecer perdió su puesto a raíz de un incidente en el que propinó una tremenda paliza a un usurero bajo las arcadas de la Recova Vieja en la Plaza de Mayo.

Su preparación militar le permitió ser nombrado Capitán de la Milicia Movilizada de San Antonio de Areco.

Con un amigo de la familia Martínez, que vivía en la casona de dos plantas que sigue en pie en la esquina opuesta a la de los Gómez, llevó a cabo obras de refacción del techo de la Iglesia Parroquial.

Hacia 1836, figura en el padrón como: “Don Patricio Island: casado. Casa: 1; Estanzuela: 1; Hijos: 7; Sirvientes: 6; Blancos: 3; Libertos: 3; Extranjeros: 1”. Sus hijos, bautizados en la parroquia, fueron: María Gregoria 09/05/1817, Juan Anastasio 11/01/1819, Ildefonso 23/01/1821, Ramona Isabel 23/10/1822, José Braulio 26/03/1824, María de la Cruz 03/05/1826, Francisco 03/10/1828, Servanda Isabel 26/10/1830, Juan Bautista 24/06/1832.

Los nubarrones se avecinan

Pero los tiempos de vida pacífica se terminaban para Patricio y su familia. Sus ideas políticas, contrarias al régimen de Juan Manuel de Rosas (al que la Legislatura de Buenos Aires había otorgado poderes supremos en 1835), lo enemistaron con su suegro y con las autoridades del pueblo.

Rosas le mandó decir al sexto Juez de Paz de Areco, don José Vicente Martínez, “que tuviera cuidado con el irlandés de la esquina de la plaza”.

Martínez era un federal moderado en una familia que se dividió, como muchas, al tomar partido algunos de sus miembros por el bando unitario. Después de Caseros, este hombre de bien ocupó cargos importantes en la administración pública, y fue el ideólogo y gestor económico del puente sobre el río Areco, terminado de construir el 4 de mayo de 1856.

Fue reemplazado en su cargo de Juez de Paz por Tiburcio Lima, un personaje un tanto siniestro. Actuaciones judiciales de los Tribunales Ordinarios de la Provincia de Buenos Aires, establecen que: *“Por unitarios, cuando se dirigían a sus estancias, son aprendidos y fusilados en Santos Lugares José Eugenio Martínez, Cayetano Calvo (médico), José Manuel Martínez y otros remitidos de San Antonio de Areco por el Juez Tiburcio Lima, a consecuencia de Rosas”*.

La militancia política había separado a Patricio de su compañero Peter Campbell, transformado en activo federal y de vida bastante violenta. El hijo de Campbell, también llamado Pedro, era ahijado de Yslas y revistaba como oficial de las tropas federales, comandadas por el general oriental Manuel Oribe.

En un relato de Robertson, titulado *Cartas*, aparece Peter Campbell en la provincia de Corrientes, donde se había unido a las montoneras de Artigas. Hacía las funciones de “feroz protector” (una suerte de agente de seguridad) para los Robertson y otros ingleses que querían hacer negocios.

Allí les dice: *“Ustedes han visto, caballeros, el desorden que hay en el campo. Ya sé que ustedes tienen mucho dinero y piensan gastarlo aquí para llevar lo comprado a Buenos Aires; pero no podrán comprar nada a menos que quieran aprovechar mis servicios y disponer de mis conocimientos”*. Y en otro párrafo: *“No hay gaucho pícaro que sabiendo que yo estoy en este negocio se atreva a estorbarlo”*.

En 1839, estalla la fracasada revuelta de los *Libres de Sur*, batidos por Prudencio Rosas, hermano de Juan Manuel, en la batalla de Chascomús. Se inicia así la “Guerra Grande”, que durará hasta 1851. Rivera, presidente de facto del Uruguay y Berón de Astrada, gobernador de Corrientes, declaran la guerra a Rosas.

El Gral. Juan Lavalle, que se había retirado como tantos otros unitarios a la Banda Oriental, organizó un ejército en la isla Martín García, y cruzó a Entre Ríos para luego establecer su cuartel general en Curuzú Cuatiá, provincia de Corrientes. Desde allí, y con tropas del nuevo gobernador Pedro Ferré, avanzó hacia Buenos Aires, decidido a terminar con el régimen rosista.

Para su campaña contaba con la ayuda de la escuadra francesa, que había establecido un bloqueo en 1838 al Río de la Plata y su acceso al Paraná.

El 5 de agosto de 1840, una fuerza de 1.000 hombres del ejército de Lavalle, comandada por Rico, Vega y Ávalos, desembarcó en San Pedro, desalojando la guardia

de tropas federales que había dejado el Gral. Pacheco. El resto de las tropas de Lavalle permanecieron embarcadas en buques franceses en el puerto de Baradero.

Lavalle tenía que resolver un problema logístico: la falta de caballada para sus tropas. Los federales se habían llevado los caballos de la zona, dejando al ejército unitario sin fuentes de provisión.

La solución milagrosa al problema apareció en el horizonte, rodeada de una polvareda: una gran tropilla arriada por un “gringo” alto, al viento su cabello y larga barba entrados en canas. Lo acompañaban el negro Braulio y tres de sus hijos, José Braulio, Francisco y Juan Anastasio.

El recién llegado se apeó, se cuadró y se presentó como Patricio Yslas, soldado del Regimiento 71 de Infantería, compañía 9, Capitán John Paley. No solo le traía a Lavalle los caballos que necesitaba, sino que le daba su propia monta, un tordillo llamado “Ulster Chief”.

Patricio se había enterado, por noticias reservadas de familias amigas, de la fecha de desembarco de las tropas de Lavalle, y había organizado el éxodo hacia San Pedro de varias familias unitarias de la zona de San Antonio de Areco y del norte de la provincia.

Estaban entre ellos las familias Iraola, Cané, Guerrico, Martínez, Conesa, Gainza, Lynch, San Martín, O’Connor, O’Farell, Ham y otros. A la mayoría de ellos, Rosas les había confiscado sus propiedades, y solamente les quedaban los pocos bienes que podían llevar en las carretas que los transportaban.

Lavalle partió hacia Buenos Aires, dejando el pueblo bajo el mando del caudillo local, el comandante Camelino, con un grupo de milicianos y una pequeña pieza de artillería y su dotación, al mando del capitán Yslas.

Al llegar al río del Tala, las tropas de Lavalle sostuvieron un combate con tropas de observación de Pacheco, que se retiró hacia Salto. Así lo comunicó el Juez de Paz de San Andrés de Giles, don Juan A. Gutiérrez.

Lavalle siguió por el camino real hacia Areco, y luego se dirigió a Navarro, donde batió una fuerza a cargo del comandante Pedro Soria. El coronel Vilela llegó hasta la villa de Mercedes y el coronel Costa hasta el Salado. Pero únicamente se logró incorporar voluntarios en Areco, Arrecifes y San Pedro. La población en general, por falta de convencimiento o por temor, faltó a la cita con el ejército de Lavalle.

En Navarro, Lavalle visitó la tumba de Dorrego, al que había hecho fusilar en 1828. La sombra fantasmagórica de ese tremendo error lo perseguiría por el resto de su vida.

Desde Navarro continuó hasta Merlo, donde esperó en vano noticias de la Comisión Argentina de Montevideo, que financiaba y abastecía la expedición.

Estando allí, se enteró del Pacto Mackau-Arana, que solucionaba el conflicto de Francia con el gobierno de Rosas y le retiraba el recurso fundamental del apoyo francés para su incursión sobre Buenos Aires.

Viendo frustrados sus planes, volvió hacia la costa con sus tropas y, luego de pasar por San Pedro, inició una lenta marcha hacia el norte, acompañado por decenas de carretas con familias unitarias. Según cuenta Vicente Fidel López: *“No sólo hombres sueltos, sino padres de familia, tuvieron que asilarse con mujeres e hijos en aquel laberinto que se llamaba ejército. Más de 5.000 hombres, carretas, bagajes y 20.000 caballos iban en columna”*.

Bartola, la mujer de Patricio, viajaba en una de las carretas con sus hijos, salvo su hija mayor María Gregoria, que había sido enviada a Buenos Aires a casa de sus abuelos.

Island vuelve a la guerra

En ausencia de Lavalle, en San Pedro se habían producido importantes hechos que protagonizó nuestro personaje. El 26 de agosto, el destacamento de avanzada de la defensa de San Pedro, conformado por los hijos de Yslas y unos pocos más, avistó una fuerza de caballería de 1.500 hombres del ejército federal acercándose al pueblo.

Patricio emplazó un cañoncito en las afueras del caserío, con unos pocos infantes. Los ancianos, niños y mujeres buscaron refugio en la iglesia.

Los atacantes cargaron sobre el pequeño grupo, y fueron recibidos por una descarga de metralla del cañón de Yslas que diezmó a las primeras filas. No bien se repusieron, recibieron una segunda descarga, que los hizo retirar a buena distancia.

Una vez a salvo de las andanadas del irlandés, decidieron desmontar y sitiar al pueblo para rendirlo por hambre.

Los defensores se prepararon para la resistencia acantonándose en las azoteas, y ubicando el cañoncito en la esquina de la Plaza, donde también encerraron los bueyes de las carretas, a los que sacrificarían para comer como último recurso.

Pero las noticias del inminente regreso de Lavalle hizo cambiar de táctica a los sitiadores, que el 28 de agosto iniciaron un asalto a pie por la calle principal en dirección a la plaza, entre el fuego graneado que recibían de las azoteas.

Para Yslas, la acción de los atacantes trajo recuerdos de los días de junio de 1806 en Buenos Aires. Esperó hasta que estuvieran bien cerca y apuntó a los jefes, matando al Mayor Meana y al Capitán Rodríguez.

Una segunda descarga, apoyada por fusilería, dispersó al resto de los federales, que emprendieron una conveniente retirada.

Una vez regresadas las tropas unitarias, el capitán Patricio Yslas fue ascendido por Lavalle a Comandante, en premio a su pericia y coraje en la defensa del pueblo. Luciría las jinetas del grado hasta el día de su muerte.

La marcha hacia la derrota

El ejército de Lavalle, que, como hemos dicho, enfiló hacia el norte, tomó por asalto la ciudad de Santa Fe entre el 23 y el 25 de septiembre. La operación estuvo a cargo del general Tomás de Iriarte, mientras Lavalle contenía a las tropas del general Juan Pablo López, que amenazaba su retaguardia. El general Garzón, comandante de las tropas que defendían la ciudad fue hecho prisionero junto con trescientos soldados.

En Santa Fe, Lavalle se enteró de la revolución unitaria en Córdoba y la toma del gobierno por el Gral. Lamadrid. Hacia allá se dirigió con sus cuatro mil doscientos hombres, una batería de cuatro cañones al mando del comandante Yslas y el tren de carretas que lo seguía al paso lento de los bueyes.

El retiro de los buques franceses del puerto de Santa Fe le cerraba el camino hacia Entre Ríos y Corrientes, y una posible unión de fuerzas con el general José María Paz. Este era su viejo camarada en la gesta Libertadora y artífice, junto con él, del triunfo de Ituzaingó en la guerra contra el Imperio de Brasil. Con el “manco” había tenido sus diferencias, ya que el gran estratega desaprobaba el estilo de conducción impetuoso y cambiante de Lavalle.

El plan de Lavalle era reunirse con Lamadrid el 20 de noviembre en el paraje “El Romero”, próximo a Quebracho Herrado.

Llevaba dos jornadas de ventaja al ejército federal del general Oribe, que lo seguía de cerca con seis mil hombres y diez piezas de artillería. Las tropas de Lavalle marchaban en dos columnas paralelas. Cerraban la retaguardia dos escuadrones de caballería al mando del coronel Niceto Vega y un batallón de infantería al mando del coronel Díaz.

El lento tren de carretas con las familias marchaba en el medio del cuadro. Lavalle fue eludiendo el combate con Oribe, amagando formar líneas de batalla que luego desarmaba para continuar la marcha. La batalla sería dada en conjunto con las tropas de Lamadrid, ya que de otra manera la desigualdad en números y las pésimas condiciones de su caballada auguraba una segura derrota para sus tropas.

El 23 de noviembre el desgastado ejército unitario llegó a Quebracho Herrado, con Oribe a sus talones. Allí comprobó con desazón que Lamadrid había replegado sus tropas al paraje “El Tío”, en dirección a Cruz Alta, suponiendo que Lavalle había faltado a la cita del día 20 por estar sitiado en “Los Calcines”.

Tanto Oribe como Lavalle sabían que la persecución terminaba allí, porque la única fuente de agua en muchas leguas a la redonda estaba en una lagunita del lugar.

El general Pacheco solicitó a Oribe un ataque inmediato, ya que el aprovisionamiento del ejército federal era bastante incierto si se continuaba persiguiendo a Lavalle.

En un día sofocante, los ejércitos se trenzaron en una lucha sin cuartel, en la que la caballería federal hizo estragos en las filas unitarias.

En poco tiempo, del ejército unitario quedó un solo cuadro de infantería comandado por el coronel Díaz, que encerraba en su centro a las carretas con sus bagajes y a la batería de cuatro cañones de Patricio Yslas, que se sostenía a fuerza de coraje, herido en un muslo por un casco de metralla.

Aquí se produjo un incidente rayano en lo increíble: de las filas federales se aparta un jinete con bandera blanca que se acerca al maltrecho grupo. Al acercarse, los unitarios ven con asombro que el jinete trae una pequeña criatura en sus brazos, y hacia él corre desesperada la madre, que había extraviado su hijo en el fragor de la batalla.

De pronto Yslas reconoce al jinete, que no era otro que su ahijado, el comandante Pedro Campbell, quien le pide la bendición a su padrino, y luego de estrecharse con él en un abrazo, vuelve al lado de sus tropas. El niño del incidente, a quien llamaron “el corderito de Quebracho”, fue protegido en adelante por Oribe, quien de tanto en tanto pedía verlo para hacerle algún regalo. Cosas curiosas en esta guerra cruel.

Ya la lucha era inútil y Pacheco le pidió la rendición al coronel Díaz, garantizándole la vida bajo palabra de honor. Oribe ratificó la rendición y mandó felicitar a Díaz y su grupo, a los que tomó como prisioneros (el trato más común era el degüello). Las familias y sus carretas fueron escoltadas hasta Córdoba por el regimiento de Campbell.

La historia de Lavalle, a partir de Quebracho Herrado, se convierte en una serie de derrotas (la más importante en Famaillá, provincia de Tucumán).

Encontró su muerte en forma fortuita en San Salvador de Jujuy, a donde había llegado con un grupito de sus soldados más fieles, entre ellos cuatro miembros de la familia Castex del pueblo de Areco: Mariano, Vicente José, Feliciano y Eusebio, que integraban su guardia personal.

La travesía de sus camaradas Daniel Pedernera y Aparicio Sosa, llevando los huesos descarnados y el corazón del heroico “León de Río Bamba” a la catedral de Potosí, es descrita en el inolvidable *Romance de la Muerte de Juan Lavalle*, de Ernesto Sabato y Eduardo Falú. En él se dice: *“Los huesos son envueltos en un poncho que alguna vez fue celeste, pero que ahora es apenas un trapo sucio. Un trapo que no sabe bien lo que representa, uno de esos símbolos de las pasiones humanas, celeste,*

colorado, que terminan por volver al color inmortal de la tierra, el color del destino último de los hombres unitarios o federales”.

Cae el telón en Catamarca

Los prisioneros unitarios y un grupo de familias fueron llevados de Córdoba a Catamarca. La mayoría de los militares fueron alojados en la cárcel pública, pero los frailes del convento de San Francisco pidieron bajo su responsabilidad alojar al prisionero Yslas, con quien tenían una amistad desde 1806.

En el convento se bautizó con el nombre de Juan Francisco al “Corderito de Quebracho”, siendo los padrinos la madre del ex gobernador de Córdoba Francisco Álvarez y el comandante Yslas.

Patricio protagonizaría otro incidente, ya en las postrimerías de su vida y de esta historia. Estando junto a los frailes en el interior de la iglesia, él y sus amigos fueron alarmados por un gran tumulto en el exterior. Se trataba de un hombre vestido de colorado al frente de una turba que colocaba sobre un apoyo de piedra, a modo de basamento, un gran busto de mármol de Juan Manuel de Rosas. El padre Barrionuevo salió hacia la vereda, se llevó por delante al personaje en cuestión y derribó el busto hacia la calle. Cuando el conductor de la turba quiso avanzar sobre el padre, Yslas lo derribó con un golpe en la mandíbula.

En eso saltó del grupo otro personaje más peligroso, armado con una cuchilla de carneada. Yslas levantó el pesado busto y lo alzó sobre su cabeza, haciendo que el nuevo contrincante pensara mejor en lo que hacía y abandonara la escena. Luego volvió a tirar el busto a la calle, entró a la iglesia, cerró el portal y corrió los cerrojos.

Pero los días de Patricio llegaban a su fin: el gobernador rosista Balboa había decidido eliminar la molesta figura del prisionero unitario. Otros oficiales internados en la cárcel pública, como Francisco Ramos Mejía y Lázaro Bravo, ya habían sido ejecutados.

El cuaderno de apuntes de Fray Ramón Quintana, que ha quedado en los archivos del convento de San Francisco de Catamarca, dice con fecha de abril de 1841 “(...) *que estaban esos días con toda la federación a cuestras, que acababan de sacar al Hermano Síndico de la Sagrada Casa y de llevarlo al Cabildo, y el día 6 al oficial de Lavalle asilado allí”.*

Se han podido reconstruir los hechos por relatos de Juan B. Reynoso (luego monje franciscano), Víctor Maubecín (luego gobernador de Catamarca) y Juan Francisco Gómez, el “corderito de Quebracho”. Los tres niños concurrían a la escuela de San Francisco y fueron testigos presenciales de lo que sucedió ese día.

El comandante Patricio Yslas salió al portal de la iglesia entre cuatro tiradores, asistido en sus últimos momentos por el padre Ramón Quintana. Al salir, les dijo a los que lo iban a ejecutar: *“No me tiren aquí, bárbaros”*, por lo que fue llevado hasta la esquina del convento, luego calles Esquiú y Sarmiento, donde el pelotón se dispuso a fusilarlo.

Su alta estatura se destacaba del grupo, y sus presillas blancas de la defensa de San Pedro brillaban con el sol de la mañana. Sus ojos celestes miraban al infinito...

No admitió venda en sus ojos, ni intentó tapárselos, cayendo de espaldas, rígido, acribillado por los disparos.

Se dice que en el momento del infame sacrificio, este hombre valiente sacó un pañuelo celeste de mano para limpiar el suelo, alegando que *“la sangre de un patriota que moría por la libertad de la patria de adopción en la que nacieran sus hijos, debía derramarse en terreno limpio”*.

El pequeño Juan Francisco era toda desolación frente a la muerte de su padrino. Su duelo fue interrumpido por la llegada de un regimiento de colorados, cuyo jefe se apeó para rendir homenaje al caído. Se trataba nada menos que del comandante Pedro Campbell, que ordenó el inmediato fusilamiento de los cuatro tiradores y, poniendo al “corderito” por delante en su caballo, se dirigió al Cabildo, en busca de Balboa. Este, enterado de la presencia de Campbell se había escurrido, dejando un delegado que tampoco quiso aparecer. Campbell nombró a José Cubas y Ortiz en su reemplazo.

El ciclón de anarquía que azotaba las provincias al poco tiempo también se llevaría a Cubas, un distinguido ciudadano.

Patricio Yslas recibiría un postrero homenaje de su ahijado, ya que Campbell, asqueado de lo que había visto y sufrido, decidió ponerse a las órdenes del coronel Crisóstomo Álvarez y luchar en el bando unitario. Murió luchando en Rodeo del Medio, la última batalla de 1841.

Y así llega a su fin este relato, que cubre treinta y cinco años de la vida de Patricio, un soldado irlandés del Regimiento 71 y partícipe de la historia del pueblo de San Antonio de Areco.

Seguramente no se habrá cruzado por su mente al desembarcar como invasor en 1806 que terminaría aquí sus días hecho un criollo, y amando estas tierras intensamente.

Podríamos decir que su azarosa vida está tachonada de esas “causalidades” de las que hablábamos al principio.

Bibliografía y fuentes

- Archivo documental de la Biblioteca Popular “Manuel Belgrano” de San Antonio de Areco.
- Costa, Julio: *Rosas y Lavalle*. Buenos Aires, 1926.
- Burgueño, José C.: *Contribución al estudio de la fundación del Pueblo de Areco*. Buenos Aires, 1936.
- Luna, Félix: *Juan Lavalle*. Buenos Aires, 2000.
- Gorostegui de Torres, Haydeé y Bagú, Sergio: “*El Virreinato del Río de la Plata*”, en *Historia integral de la Argentina*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1970.
- Ramirez, José Emilio: *Memorias entre los siglos XVII y XX. El Pago de Areco*. Buenos Aires, 2001.
- Pigna, Felipe: *Los mitos de la Historia Argentina*. Buenos Aires, 2004.

Equipamiento de las Milicias en Buenos Aires

Juan Aurelio Lucero

El Imperio español tenía problemas más que complejos para abastecer y armar sus colonias de América. La distancia enorme y el mar en medio solamente le permitía comunicarse a través de las naves de guerra o comerciales, que eran sumamente lentas. Para la época en que se produjo la Reconquista de Buenos Aires y su posterior Defensa se demoraba, con buen tiempo –buenos vientos y un mar apacible– entre noventa y ciento veinte días. Este era primer escollo a salvar si se deseaba tener una fuerza armada organizada, estable y moderna, que fuese operativa en la campaña y la ciudad; todo esto sin tener en cuenta los naufragios y los ataques de piratas, de corsarios y de naves enemigas que operaban en los Océanos Atlántico y Pacífico.

España era una potencia de ultramar, aunque como nación estaba lejos de estar consolidada y muchos menos unificada. El constante estar en conflicto con otras potencias europeas –eso cuando no estaba ocupada en sus conflictos internos–, llevaba a que, ante tanto que hacer en Europa, los problemas de las lejanas Indias Occidentales quedaban en segundo plano, pues eran otras las prioridades de la Corona.

Al tener constantemente su planta militar en España ocupada, se impedía el envío de tropas frescas a la lejana América española y lógicamente también el equipo necesario para mantener a las tropas destacadas en la defensa de Buenos Aires. Estas

tenían un mínimo de personal capacitado y preparado físicamente para afrontar la rudeza de las acciones bélicas y por supuesto ni soñar con tener actualizado el armamento; la pólvora y la munición brillaban por su ausencia.

Por todo lo expresado anteriormente y debido a la falta de planta completa, el grueso de las fuerzas disponibles en Buenos Aires debía mantenerse dentro de la Ciudad, por dos razones fundamentales: el Puerto y el erario público, que se custodiaba en la Capital del Virreinato.

La “Relación de Cuerpos Fijos Veteranos” en la guarnición de Buenos Aires aparece siempre como desproporcionada frente a la extensión de las fronteras que tenía el Virreinato desde 1776 en adelante.

Debemos tener en cuenta que recién el 26 de abril de 1771, se fijó definitivamente la guarnición de Buenos Aires, casi doscientos años después de haber sido fundada. Hasta 1771, la tropa veterana de Buenos Aires era de 3.151 hombres distribuidos en un Regimiento de Infantería, cuatro batallones, un Regimiento de Dragones y una Compañía de Artillería.

En el año de 1773 se formaron el “Regimiento de Infantería de Buenos Aires”, el “Regimiento de Dragones de Buenos Aires” y la “Compañía de Artillería de Buenos Aires”. Estos serían los tres cuerpos de tropas veteranas organizadas y disciplinadas de la guarnición de Buenos Aires que esperaban al primer Virrey del nuevo Virreinato del Río de la Plata en 1776.

En 1777 Cevallos terminó su campaña contra los portugueses, a quienes enfrentó con un ejército importante y moderno de 10.000 soldados veteranos, bien entrenados, bien equipados y con equipo y armamento de primer nivel, ocupando Santa Catalina y todo Río Grande casi sin oposición; solamente Colonia fue tomada por asalto, dándole al nuevo Virrey un galardón en tierras de América. Posteriormente, no hubo grandes campañas donde la tropa regular no participaba.

Cevallos dejó en un Batallón cuatro Compañías de Dragones y una de Artillería, pero en 1782, luego de idas y venidas, la guarnición quedó conformada por tres Regimientos de Infantería, dos Compañías de Artillería, y un Regimiento de Dragones.

A partir de 1789, alejado el peligro portugués en las fronteras del Virreinato, la mayoría de los cuerpos veteranos fueron regresados a España dejando a Buenos Aires tan desguarnecida que en 1797 el Virrey Melo se quejaba de “(...) *la escasa guarnición de estas provincias, que no alcanza ni en tiempos de paz a llenar los objetivos ordinarios del servicio (...)*”.

La planta de tropas veteranas en Buenos Aires, como en todo lugar del mundo, sufría aun en tiempos de paz de bajas de personal activo; las enfermedades, incapacidad,

deserciones (que no eran pocas) y la edad, eran motivos más que suficientes; la realidad chocaba con los registros siempre desactualizados de la metrópoli.

Los Blandengues, con escaso equipamiento pero con una excelente preparación física y estratégica, eran hombres fuertes, valientes y audaces, muy indisciplinados y dispuestos a la pelea por nimiedades, excelentes en la lucha cuerpo a cuerpo. Estos hombres pasarían a ser los reemplazos naturales de las tropas veteranas de la capital del Virreinato.

A comienzos del siglo XIX, las fuerzas del Río de la Plata solamente habían conseguido cubrir el 58 % de su planta fija, unos 2.500 hombres. Se había retrocedido, no olvidemos que en 1771 Buenos Aires contaba con más de 3.000 hombres veteranos de planta fija.

El sistema de reclutamiento por banderas en España para tropas destinadas a América, como se puede observar, había sido un rotundo fracaso. Las únicas que quedaban en pie eran dos: una instalada en La Coruña, a cargo del Capitán Pedro García, para cubrir las necesidades de la infantería; y la otra en Málaga, para la caballería (Dragones). Pero ni enviando tropas castigadas en su conjunto o soldados en lo individual tuvo éxito. La merma en las tropas veteranas era notoria y esto sería una razón fundamental en el momento de decidir, los oficiales ingleses, si llevar a cabo, o no, el ataque a Buenos Aires en 1806.

Reglamento de las Milicias

El reglamento iría sufriendo, junto con la instrucción, sutiles modificaciones. Estas lograrían que la tropa se adaptase al cambio de escenario: este denominado nuevo mundo no lo era solamente de nombre. El ejército de veteranos de España, se veía en serias dificultades para operar en este campo de batalla, especialmente cuando lo tenían que hacer de acuerdo a las normas de la guerra en Europa. El enemigo no se componía de ejércitos con formación académica, enfrente tenían a una fuerza informal, sin códigos y con una buena organización. Frente a la escuela de los europeos mediocre, pero sumamente efectiva, usaban el terreno y lo aprovechaban al máximo; el caballo y su uso constante durante toda su vida le daba un manejo del animal envidiable; y era en el combate cuerpo a cuerpo donde brillaba la preparación de sus mayores en el arte de la lucha, convirtiendo en sus manos a la lanza en un arma letal.

La estrategia era sorprender, golpear y huir; en el caso de tener que presentar batalla, elegir el mejor terreno para maniobrar con su caballería.

Ni siquiera contra las fuerzas portuguesas de América era una buena idea utilizar la estrategia europea para el combate –estas fuerzas fueron las que mejor se adaptaron al medio en el cual tenían que actuar–.

Cevallos en 1772, Vértiz en 1777, Arredondo en 1790, trataron de comprometer a la mayor población posible y disponerlos para el uso de las armas en la defensa de sus propios hogares y a descentralizar su organización: una jefatura para la ciudad y otra para la campaña y el litoral.

El 26 de abril de 1771 se fijó definitivamente la guarnición de Buenos Aires, siendo hasta esa fecha la tropa veterana de Buenos Aires:

Regimiento de Infantería de Mallorca	978 hombres
Batallón de Cataluña	406 hombres
Batallón de Tropa Antigua de Bs. As.	526 hombres
Batallón Moderno de Bs. As.	424 hombres
Batallón de Santa Fe	166 hombres
Regimiento de Dragones	507 hombres
Compañía de Artilleros	144 hombres
Total	<u>3.151 hombres</u>

Para el año de 1773, el Batallón de Tropa Antigua, el Batallón Moderno de Bs. As., y el Batallón de Santa Fe habían sido unidos dando nacimiento al “Regimiento de Infantería de Buenos Aires”.

El Regimiento de Infantería de Mallorca, el Batallón de Cataluña, más un refuerzo llegado de España, se unieron al Regimiento de Dragones, formando el “Regimiento de Dragones de Buenos Aires”.

Con los sobrantes de distintas unidades, que se sumaron a la Compañía de Artilleros, se formó la “Compañía de Artillería de Buenos Aires”.

Estos fueron los tres cuerpos de tropas veteranas, organizadas y disciplinadas de la guarnición de Buenos Aires, por supuesto insuficiente para el recién nacido Virreinato en 1776.

Como ya se ha dicho, en 1777 Cevallos finalizó su campaña contra los portugueses, enfrentándolos con 10.000 soldados. Ocupó Santa Catalina y todo Río Grande con poca resistencia –únicamente Colonia ofreció–.

Cevallos dejó el Batallón de Saboya, cuatro compañías de Dragones y una de artillería; en 1781 llegó el Batallón de Extremadura y un año más tarde el Regimiento de Burgos, pero se fueron de Buenos Aires el Batallón de Saboya y las cuatro Compañías de Dragones.

Luego de todas estas idas y vueltas la guarnición quedaba conformada de la siguiente manera:

El Regimiento de Infantería de Bs. As.

El Regimiento de Dragones de Bs. As.

La Compañía de Artillería de Bs. As.

Una Compañía de Artillería

El II Batallón de Extremadura

El Regimiento de Burgos

Al comenzar el siglo XIX, más precisamente en el año de 1801, Avilés pidió al Inspector Sobremonte que redactase un Reglamento Militar para todo el Virreinato del Río de la Plata, plan que en la práctica resultó imposible de aplicar. Eran tantas las unidades que debían crearse que no había Asambleas (cuerpo de oficiales y suboficiales) que pudieran hacerse cargo.

Para tener las tropas necesarias para cubrir el vasto territorio del Virreinato, es decir, desde Buenos Aires hasta el Alto Perú, eran necesarias una serie de unidades de combate que no existían y por lo tanto había que crearlas y mantenerlas.

La distancia las tornaba completamente inútiles para la defensa, a pesar del uso del caballo y la realidad planteaba que las desertiones en las fuerzas del interior eran constantes. El caballo, justamente, era el mejor aliado para quien quisiera desertar y proveerse un medio de transporte a mano en cualquier fuerte, fortín u otro tipo de emplazamiento defensivo.

La falta de envíos de tropa española obligó a Buenos Aires a poner a sueldo cuatro Compañías de Infantería y una de Caballería Miliciana para reforzar las unidades veteranas que habían mermado en su planta efectiva a menos de la mitad.

Los Blandengues cumplían bastante bien a pesar de su escaso equipamiento la defensa de la frontera interior, compensando las falencias del equipo con una excelente preparación física y estratégica. Tenían constantes choques armados con un enemigo siempre en movimiento. Eran hombres agresivos e indisciplinados, muy dados a las bebidas pero muy dispuestos para la lucha; con virtudes y defectos, pasaron a ser los reemplazos naturales de las tropas veteranas de la capital del Virreinato. Estas eran tropas pseudo-regulares, cumplían generalmente su función de milicia por obligación; su metodología de lucha era muy diferente a las tropas regulares, pues su enemigo así lo requería, y sacarlos de la frontera interior era desguarnecer esta por falta de reemplazos.

En síntesis, solucionar un problema era provocar otro y este otro afectaba directamente a la producción de la campaña bonaerense y por lógica la subsistencia y el comercio de la propia ciudad.

Los primeros blandengues nacieron en Santa Fe, donde a instancias del Cabildo, en 1726, se formaron dos compañías de 50 hombres, cada una a las órdenes de los Capitanes Miguel de Siburu y Juan Gómez Recio. Buenos Aires organizaría sus primeras tres compañías en 1760, para los fuertes de El Salto, la Laguna Brava y La Matanza.

Las Milicias Provinciales fueron creadas cuatro años después, en 1764. Estaban reglamentadas para que las unidades se movilizaran en caso de peligro. En Buenos Aires estaban previstas las siguientes unidades:

Batallón de españoles en Buenos Aires	9 Compañías
Regimiento Provincial de Caballería	24 Compañías
Cuerpo de Negros Libres de Bs. As.	3 Compañías de Infantería
Cuerpo de Indios Guaraníes de Bs. As.	6 Compañías de Caballería
Cuerpo de Pardos de Bs. As.	9 Compañías de Infantería
Cuerpo de Indios Ladinos de Bs. As.	8 Compañías de Infantería

Los oficiales españoles que formaban parte de los cuerpos de veteranos se negaron a instruir a estos milicianos, razón por la cual su mando estuvo a cargo de oficiales y suboficiales criollos, al igual que su instrucción. Según la instrucción, las milicias eran “regladas”, estas tenían plana mayor veterana o “urbanas” que no tenían plana mayor y solamente podían servir en casos de urgencia en la defensa de ciudades y villas.

Estas unidades estaban formadas en su totalidad por habitantes de la ciudad, siendo su prestación de servicio obligatoria.

En todo plan de defensa que se planteara para la ciudad o la campaña, el caballo era indispensable, para el traslado de la tropa y como compañero de combate. Lamentablemente en esa época no era tan fácil conseguir en la campaña buenos caballos, había muchos menos de los necesarios y los que estaban preparados para el combate eran casi inexistentes, tanto o más que el propio armamento, uniformes y los enseres necesarios para la tropa.

Hacia el comienzo del siglo XIX, las fuerzas del Río de la Plata estaban conformadas con la siguiente planta veterana:

Invasión, Reconquista y Defensa de Buenos Aires (1806-1807)

Unidad	Planta fija	Efectiva	Faltante
Regimiento de Infantería de Bs. As.	2.065	876	1.189
Regimiento Dragones de Bs. As	720	584	136
Regimiento de Blandengues de Bs. As.	720	637	83
Regimiento de Blandengues de Montevideo	800	412	388
	4.305	2.509	1.796
	100%	58,28%	41,72%

Más la Compañía de Artillería de Bs. As., con 200 hombres

Cuando se confirmó la existencia de una amenaza de ataque por parte de las tropas inglesas, se supuso que era Montevideo el objetivo primario, razón más que suficiente para enviar a todas las unidades veteranas disponibles al otro lado del Río de la Plata, dejando a Buenos Aires totalmente desguarnecida y dependiendo de su milicia.

El Gobierno, junto con sus vecinos, formaron un Batallón de Infantería, un Regimiento de Caballería y dos Compañías de pardos y morenos.

Se trató de instruirlos lo mejor posible; se los convocó para la práctica de defensa y uso del armamento los días domingo. Resultó un fracaso.

La Invasión Inglesa de 1806 demostraría lo deficiente e inútil que había resultado la instrucción impartida a las tropas vecinales: una tropa veterana, bien equipada, bien armada y disciplinada, aunque pequeña, logró tomar la capital del Virreinato del Río de la Plata con cierta facilidad al no tener una resistencia estoica y organizada.

Ocupada la capital Virreinal por tropas inglesas, se hizo ineludible iniciar las acciones que llevasen a su reconquista.

La designación de Liniers como Comandante de Armas modificó todo el panorama militar del Río de la Plata.

Durante el mes de julio se fue formando la expedición reconquistadora: se juntaron fondos para la compra de lo necesario (comida, ropa, caballos, mulas, armas blancas y de fuego, pólvora y, por supuesto, uno que otro confidente de las tropas inglesas).

La planta militar estaba compuesta por los siguientes cuerpos de combate:

- A) Compañía de Granaderos del Regimiento de Infantería de Bs. As.
- B) Voluntarios de Infantería de Montevideo
- C) Compañía de Migueletes
- D) Cuerpo de Voluntarios Patricios de la Unión y Real Marina y Marinería desembarcada

- E) Compañías Voluntarias de Blandengues de la Frontera
- F) Voluntarios de la Colonia
- G) Voluntarios de las Conchas

Álzaga puso su fortuna a disposición de la empresa y junto al ingeniero Felipe Sentenach y don Gerardo Esteve y Llach solicitaron, solamente dos días después de caer la ciudad, hacia la plaza de Montevideo, el envió de mil hombres, doce cañones de a veinte y cuatro, doce cañoneras y cuatro bombarderas para atacar el fuerte. El plan incluía la reunión de voluntarios en un punto fuera de la ciudad.

En el plano rural, Juan Martín de Pueyrredón, Martín Rodríguez y su primo Juan Pablo, don Antonio Tejo, don Anzoátegui, el Segundo Comandante de Blandengues don Antonio de Olavarría y otros líderes locales, junto al cabildo de Luján, se dedicaban a alzar a los estancieros y gauchos en la campaña. En la Villa de Luján se reunieron los voluntarios. Llegaron de todos lados: Fortines de San Claudio de Areco, San Antonio de Salto, Rojas, Arrecifes, Pilar, Cañada de la Cruz, Escobar, Guardia de Luján, Areco, Areco Arriba, Baradero, Quilmes, Morón, etc. Las Compañías Voluntarias de Blandengues serían los primeros hombres de tropa que al mando del capitán de milicias Nicolás Amarilla, se plegaran a la todavía incipiente expedición.

Se reunieron en la cañada de Morón cerca de 800 hombres de a caballo que llegaron desde todo el interior de la provincia, tomando el nombre popular de “Húsares de Pueyrredón”, con solamente dos cañoncitos sin avitrén, ni cureña. Este era un grupo de fervorosos bien dispuestos a la lucha pero sin ninguna organización que garantizara un buen aprovechamiento de su poderío combativo.

La acción de la estancia de Perdriel sería la primera de un largo eslabón de acontecimientos que culminarían con la Reconquista de Buenos Aires. Después de la derrota frente a 500 hombres y seis cañones comandados por el propio General Beresford, se puso al desnudo la poca preparación de los centauros que comanda Pueyrredón.

El General Pascual Ruiz Huidobro, Comandante de Montevideo, junto a su esposa Josefa Morales de los Ríos, exaltaban a la población para formar parte de los voluntarios que acompañaran a la expedición auxiliadora comandada por don Santiago de Liniers y Bremond. El 22 de julio partió de Montevideo acompañado, entre otros, por el corsario francés Hipólito Mordeille; junto a ellos marchan los Voluntarios de Infantería de Montevideo. Llegaron a Colonia el 30, viajando por tierra, sufriendo lo que es la constante en esta expedición: los fuertes y continuos aguaceros. El Comandante de la Plaza don Ramón del Pino y su esposa Francisca Huet pusieron todo a disposición de la expedición. Al continuar, el viaje había sumado a los Voluntarios de la Colonia,

a los que se le agregaron los rebeldes de Perdriel. Liniers tenía claro que la disciplina, a falta de preparación, le podía otorgar las mieles de la gloria.

Los 600 hombres de la Banda Oriental tenían una vanguardia de lujo: los Blandengues del combate de Perdriel. La expedición desembarcó en las Conchas (Tigre), donde, según Juan Manuel Beruti, “(...) *se le sumaron 1500 hombres con todo lo necesario (...)*”: municiones, caballos, carretas y provisión de bebida y comida para todo el contingente. Las armas eran fusiles, sables, pistolas, chuzas enastadas, cuchillos, etc.; se clavaban las vainas de latón de los sables rotos para usarlas de mandoble y hasta las ballestas eran útiles. Se les plegaron los Voluntarios de las Conchas y al día siguiente se propagó la noticia del desembarco. Las patrullas desplegadas al mando de Martín Rodríguez llegaban casi a los arrabales de la ciudad.

Liniers ya contaba con una fuerza respetable, viéndose obligado el enemigo a utilizar otro criterio distinto si debía enfrentarla, una estrategia diferente que la utilizada en el choque con las fuerzas de Pueyrredón, reunidas en Perdriel. Para entonces, la lluvia comenzó a convertirse en un aliado de los expedicionarios.

Los expedicionarios se movilizaron desde las Conchas hacia San Isidro, arribando el día 6 bajo una lluvia torrencial. Se le iban uniendo en el camino los voluntarios de San Fernando y toda la costa del Paraná. El destino era la Chacarita y desde allí, luego de un corto descanso, se partiría al destino final los Corrales de Miserere, donde llegarían el 10 de agosto alrededor de las 10 de la mañana. Era difícil reprimir la impaciencia de la tropa que pretendía enfrentar al enemigo lo más pronto posible. En el camino se han sumado más efectivos. Las piernas y los brazos empujaban los cañones y las carretas encajadas en el barro. Nada detiene al destino cuando es empujado por tanta gente... Ya no había edad, no había color de piel ni razón social que los diferenciase, a todos los igualaba una meta: recuperar Buenos Aires, y no les importaba dejar la vida en el trámite.

Apegado a las normas de la guerra europea, el comandante envió a su ayudante Hilarión de la Quintana a intimar la rendición de la plaza al General Beresford, quien se negó en dos ocasiones.

A partir de esos momentos, comenzó la verdadera batalla por la reconquista: la milicia se movió hacia el depósito militar, ubicado en Retiro. Eran Mignones (Catalanes) y Granaderos con dos obuses. A cargo de las municiones estaba don Victorio de García y Zúñiga, y lo acompañaba el teniente de navío don Juan Ángel Michelena. Se les unió la marina de guerra desembarcada a las órdenes de don Cándido Lasala y una multitud que los ayudaba a arrastrar la artillería y los implementos de guerra necesarios a través de las calles llenas de barro. A las cuatro y media de la tarde, una multitud atacó el Parque de Artillería; eran milicianos y gauchos, quienes con nutrido fuego de fusiles

y cañones hicieron rendir a los defensores en una sangrienta toma de las instalaciones. Se enarboló la enseña Real en la Plaza de Toros.

Al día siguiente, quedó a cargo del Depósito don Agustini, con un obús a metralla. La retirada de los ingleses estaba cortada.

Las tropas atacantes, convertidas en una multitud, se mueven con un grado muy alto de libertad: no solamente se busca recuperar la ciudad, se busca venganza, se ha tomado la reconquista como una cuestión de honor, y cada uno de los habitantes toma como propia la empresa. Algunos jefes militares tratan de imponer ciertas pautas de conducta y disciplina, pero solo la lluvia y el tiempo que media entre la ocupación de Retiro y las acciones del día siguiente logran que se atemperen los ánimos. Esto y la férrea voluntad de los jefes militares, donde se destacan los de la campaña, que estaban muy acostumbrados a vérselas con tropas indisciplinadas, fue lo que evitó la masacre final de los soldados ingleses que Liniers y sus oficiales veían como inevitable.

No olvidemos que la ciudad tenía previsto para su defensa el “Cuerpo de Milicias Provinciales”, creado en 1764, y que estaba reglamentaba la movilización de unidades en caso de peligro y en Buenos Aires aún eran las mismas unidades creadas cuarenta y dos años atrás; su mando estaba a cargo de oficiales y suboficiales criollos.

Esta era, en definitiva, una pequeña organización en una gran desorganización.

Organizado el ataque final el día 12 de agosto desde el Retiro, por la calle del Correo (Florida), por la parte superior de la barranca, de norte a sur avanza la expedición libertadora. Al llegar a Santa Lucía (Sarmiento), una columna derivaba una cuadra al este hasta la calle de la Catedral (San Martín); el Coronel Daniel Anaya de Pinedo tomaba hacia la Plaza Mayor, en tanto que Santiago de Liniers seguía una cuadra más hasta La Merced al Norte (Reconquista) y en el atrio de la iglesia de La Merced instalaba su comando de operaciones. Lo acompaña un pintoresco personaje, el Capitán Agustín de Souza, y a su lado la tucumana Manuela a caballo.

El resto de las tropas continuaba por la calle del Correo (Florida) hasta la de Las Torres (Rivadavia) en una columna al mando del Capitán Juan Gutiérrez de la Concha, a quien lo acompaña Murguiondo con un cañón de 18 y un obús de 36. Toman rumbo hacia la plaza.

Lo que restaba de la tropa de ataque seguía por la calle del Correo hasta la del Cabildo (Irigoyen), doblando hacia el este y avanzando sobre las defensas inglesas. En ella esta Mordell con su marina francesa.

Como se podrá observar, estos movimientos envolventes para atacar al enemigo atrincherado en la Plaza y el Fuerte marcan una organización, una preparación de la tropa y su gente, a la que se le dio descanso, se los aprovisionó con pólvora seca y

munición, se les proveyó de alimentos frescos y se los predispuso física y mentalmente para la batalla final.

El ataque a la Plaza Mayor y el Fuerte mecen una historia aparte. En esa lucha final se destacaron Chain y Balbín con la tropa de marina, el Cuerpo de la Unión con los comandantes Felipe Sentenach y don Joseph Forneguerra.

El Sargento Mayor don Tomás de Valencia tuvo el orgullo de ser quien enarbolará la bandera de su Rey Carlos IV en el Fuerte, declarando a los cuatro vientos que la ciudad era libre.

Pelearon en ella hombres provenientes de toda la provincia de Buenos Aires y muchos del interior: San Nicolás, Baradero, Tigre, San Fernando, San Isidro, Pilar, Escobar, Luján, Mercedes, Morón, Carmen de Areco, Rojas, Arrecifes, Quilmes, La Matanza, San Antonio de Areco, Santa Fe, Córdoba, Mendoza, Corrientes, entre otros lugares.

En definitiva, la Reconquista fue en sí misma una movilización popular a nivel Virreinal.

Reconquistada la ciudad, la Junta de Guerra se reunió el día 14 de agosto y se abocó al estudio de la formación definitiva de los cuerpos de la ciudad.

Se partía del convencimiento que la Reconquista había sido lograda gracias a la intervención directa del pueblo y sin ninguna ayuda externa.

El día 16 de agosto, don Nicolás de la Quintana ordenó que las Milicias de la Campaña de Buenos Aires se restituyeran a sus casas, por no ser necesarias.

Con esta orden quedaba sellada la suerte de varios cuerpos de voluntarios que no habían llegado a tiempo a las acciones de la Reconquista, como el Coronel César Balbiani, que el día 11 estaba estancado en San Antonio de Areco por falta de caballada para movilizarse. Este Coronel sería después el comandante de la División Derecha, bandera roja en la defensa de Buenos Aires.

El Sargento Mayor de Voluntarios de Mendoza don Faustino Ansayl solamente había conseguido 7 caballos en la posta de Rojas (necesitaba 300). Su intención era reunirse en el Fortín Areco con los voluntarios de Córdoba, a las ordenes de don Felipe Antonio Martínez. El día 23 Faustino Ansayl reclamó el apoyo prometido al Virrey.

Otros fueron apoyados para viajar a unirse a la gloria de la Reconquista y luego abandonados en medio de la campaña. Tenían pocas posibilidades de volver a sus hogares sin apoyo del gobierno central y muchos de ellos se instalaron en la campaña; un grupo importante se ubicó en la zona de San Nicolás.

El 6 de septiembre, Liniers lanzó la proclama en la que exhortaba al pueblo de Buenos Aires y a todos los ciudadanos de estos Reinos de España a unirse a los cuerpos de voluntarios. La primera creación de un cuerpo de voluntarios fue el de “Húsares”,

llamados “de Pueyrredón”, formado por 4 escuadrones a los que luego se uniría el escuadrón de “Cazadores” o “Infernales”.

Entre agosto y septiembre se creó el cuerpo de “Patriotas de la Unión”, formado por 7 compañías; su planta estaba integrada por los vecinos que se habían unido a Liniers en el Retiro.

“Patricios” fue el primer regimiento reglamentado, conformado por 3 batallones. Fue fundado el 13 de septiembre y su reglamento aprobado el día 15. Estaba formado íntegramente por vecinos americanos, bien pertrechado y entrenado. Con su formación nacieron las fuerzas militares organizadas en el Río de la Plata.

“Patricios”

“Artilleros Indios, Pardos y Morenos”, con 8 compañías.

“Quinteros y Labradores”, con 2 escuadrones.

“Granaderos de Infantería”, con 2 compañías.

“Escuadrón de Migueletes” que al mando de José Díaz se convirtió en escolta de Liniers.

“Batallón de Marina”, formado por los marinos desembarcados luego de la capitulación de Montevideo.

Se formaron los tercios respetando el origen de sus integrantes:

“Arribeños”, con 9 compañías; lo componen hombres llegados del norte del Virreinato.

Tercios de españoles:

“Gallegos”, con 9 compañías.

“Andaluces”, con 18 compañías.

“Catalanes”, con 8 compañías.

“Vizcaínos”, con 5 compañías.

“Montañeses”, con 4 compañías.

Para octubre, las fuerzas para defender a Buenos Aires contaban con 8.584 hombres distribuidos de la siguiente manera:

	Veteranos	Voluntarios	Total
Marina	482	---	482
Artillería	219	1.142	1.361
Infantería	167	4.538	4.705
Caballería	461	1.575	2.036
	1.329	7.255	8.584

Parque de Artillería = 99 cañones

Esta fuerza a su vez se organizaba en Divisiones:

Derecha, Bandera Roja, al mando del Coronel César Balbiani.

Centro, Bandera Blanca, al mando de Javier de Elio.

Izquierda, Bandera Azul, al mando de Bernardo Velazco.

Reserva, Bandera Tricolor, al mando de Juan Gutiérrez de la Concha.

Estaba definitivamente asegurada la defensa de Buenos Aires, y no se volverían a repetir los errores que llevaron a la ocupación inglesa. La población daría, un año después y por segunda vez, un ejemplo a imitar por las generaciones posteriores.

La Instrucción en las Milicias

La instrucción militar de los ejércitos europeos se efectuaba partiendo de reglamentos sumamente detallistas y estrictos que no dejaban nada librado al azar. La Corona los había aplicado en España usando un criterio conservador. Estos, por lógica, se extendieron a las colonias, aunque su fracaso era fácil de prever. El medio, la situación y los objetivos eran muy distintos. Lejos de sus hogares, las tropas oriundas de España no tenían motivos sentimentales por los cuales pelear; la patria y el honor por el cual luchaban habían quedado muy lejos, en su tierra natal, y esta que pisaban les era extraña.

Las bajas en las unidades no se cubrían ni en el tiempo ni en la forma que las autoridades habían previsto y la renovación del parque y el material no llegaba en la cantidad necesaria ni en la oportunidad conveniente. Tampoco la ropa y ni hablar del sueldo.

En resumen, de tropas solamente tenían el nombre. El soldado, desacostumbrado a la férrea disciplina europea, no tenía casi insubordinación; asistía a los cuarteles solamente a dormir y muchas veces ni se pasaba lista; el rancho, que en la práctica no existía, lo obligaba a salir fuera del cuartel para comer; la fajina o el ejercicio al cual estaba acostumbrado en España aquí casi no existía y solamente se prestaba para la guardia del cuartel y muchas veces ni eso; el castigo era un anexo muchas veces inaplicable; muchos soldados realizaban distintas tareas, y el fuerte de Buenos Aires siempre estaba demasiado tranquilo.

La instrucción del armamento solamente se remontaba a los principiantes: se les enseñaba a cargar y disparar, siendo esta una de las pocas veces en que se usaba

la carga completa. Las prácticas posteriores solamente se resumían a cargar el arma y disparar, sin pólvora ni munición, con el fin de mecanizar los movimientos; como en las acciones de combate se disparaba al bulto, las prácticas de puntería no existían y realmente con un arma de alma lisa y con un peso tan importante en la punta como la bayoneta, por más puntería que se tuviera, el hecho de poder acertar a un blanco fijo o en movimiento era una cuestión más de la física y muy poco podía hacer el soldado ya que no dependía del lugar donde iba a impactar la bala. Solamente los jefes y algunos oficiales eran tiradores expertos; en su lugar de origen militar se llevaban a cabo prácticas de tiro a blancos fijos; también, en general, se dedicaban a la caza, por lo cual contaban con armas de mejor calidad.

A fines del siglo XIX comenzó una práctica en Europa que tardaría muchos años en imponerse y solamente sería efectiva al aparecer el arma larga de fuego con el caño de alma rayada, que permitía una mayor precisión en el disparo. Algunos ejércitos trataban a través de tiradores expertos de poner fuera del combate a los oficiales enemigos, logrando con ello el desbande de la tropa al encontrarse sin mando. Quien estableció esta práctica en sus ejércitos y con buen éxito fue Estados Unidos de América, tanto en su lucha por la independencia como en las jornadas de la conquista del oeste americano. En las tropas inglesas que en 1806 y 1807 atacaron Buenos Aires ya había tiradores para esta tarea.

Las prácticas de combate brillaban por su ausencia y cuando las había eran marcha y contramarcha al sonido de trompas o tambores de órdenes; frente al enemigo, la compañía marchaba con un frente extendido de tantos hombres como permitiera el terreno, al paso, al trote o a la carrera, según indicaba su oficial a cargo. Esta forma de combate solamente era posible teniendo en cuenta calidad del arma de fuego en esa época; la dificultad de la carga y el tiempo que llevaba hacerla efectiva, le permitía a la tropa estar sobre la posición enemiga rápidamente y allí el combate era cuerpo a cuerpo –aquí la bayoneta calada en el fusil se convertía en un arma formidable–.

En tiempos normales la tropa estaba concentrada en Buenos Aires y se le impartía instrucción y orden, pero durante el periodo virreinal las amenazas de invasión fueron constantes, por lo cual los cuerpos debían cumplir misiones que los alejaban de su comando, haciendo que se relajara aun más el control y la disciplina. Se organizaban en pequeños grupos, las tropas en el interior y en la frontera con los portugueses, sin relevo posible y con abastecimientos que se agotaban mucho antes de lo planeado. Si la tropa no desertaba o se dispersaba era porque el desierto era mucho más peligroso que la vida en los pobres ranchos que oficiaban de cuartel.

Los esfuerzos de Vértiz por reflotar la imagen de un ejército bajo las normas europeas, aplicando las ordenanzas, reglamentos y normas vigentes no dieron resultado.

En 1790, el Subinspector Olaguer y Feliú propone al Virrey Arredondo que, ante el estado militar del Virreinato, se debían llevar adelante urgentes reformas militares; la tropa dispersa por todo el territorio y por mucho tiempo fuera de su asiento fijo, como el fuerte de Buenos Aires, se hallaba sin instrucción alguna y era necesario en estos territorios andar a caballo. Sobre eso dice: “(...) *precisados ellos a andar siempre a caballo y en ocupaciones muy ajenas a su instituto, inutilizan en poco tiempo su vestuario, pierden la subordinación y no se puede decir con verdad que son soldados, sino unos peones de campo separados enteramente de toda instrucción militar (...)*”.

Más sombría la situación del Virreinato no podía ser: a fines del siglo XVIII se suspendía el envío de contingentes de veteranos y el material de guerra quedaba librado a la buena conservación del existente.

Los oficiales, en su gran mayoría, conservaban el título, aunque sin tropas a quienes mandar, hacían abandono de servicio y se dedican a otras actividades más lucrativas.

El Cabildo, el 1 de agosto de 1807, en carta a sus apoderados en España les relata lo que ocurre en Buenos Aires: jefes y oficiales que no quieren en recuperar sus regimientos y mucho menos sujetarse a la disciplina. En la ciudad nunca se hacía una parada militar. Entre otras cosas, se aclara que el fijo de Infantería contaba con 72 soldados de servicio y para ellos había 94 oficiales, y que el de Dragones tenía también más oficiales que soldados. Les ordena a sus apoderados que consigan más tropas para esta ciudad, con buenos jefes y que no se les permita estar en esta plaza por más de cinco años, “(...) *para cortar de este modo la afeminación que contraen con sus enlaces, indolencias y abandono (...)*”.

Tres años después comienza otra época, un nuevo ejército toma forma.

El Vestuario

Para esta época, el vestuario de la tropa comprendía dos tipos de uniforme. el más importante era el de “parada”, conocido también como de “prenda mayores”, este era el de combate. El otro era el de “fajina” o “medio vestuario”, también conocido como de “masita”; estas prendas les fueron provistas a las tropas de Buenos Aires durante el siglo XVIII hasta comienzos del Virreinato del Río de la Plata.

A fines de este siglo el sistema cambió. La Corona estaba en graves problemas económicos y se buscaban distintos medios que posibilitaran aunque sea un pequeño

ahorro al erario público, por lo tanto se dispuso que la tropa tenía que pagarse la ropa y para tal fin se dispuso descontarlo de su sueldo, 2 pesos mensuales al sargento y 1 peso al resto de los suboficiales y tropa.

El uniforme de parada se confeccionaba en España, disponiendo la Real Ordenanza de abril de 1778 sobre las características y colores para cada unidad, aclarando que la provisión del mismo debía ser solicitada a la Real Hacienda “(...) *con un año de anticipación a la fecha del término de su duración, la cual estaba fijada en 30 meses (...)*”.

Tal renovación no pasaba de ser un simple trámite burocrático, con mucho de ilusión y poco de realidad: muchas unidades pasaron más de diez años sin equipo de repuesto.

Por aquella época, que un regimiento fuera al combate era una cuestión de honor, por lo tanto no se admitía que se presentara frente al enemigo si no era con sus mejores ropas; el uniforme de “parada” era para tal ocasión.

Los colores de cada unidad eran el orgullo de sus integrantes; es decir, la tropa, como la conocemos hoy en día, donde se le da prioridad al camuflaje del personal y el ocultamiento del equipo, sería para aquellos soldados tomado como un acto de cobardía y algo más grave todavía: un deshonor para la unidad de combate.

Los Dragones de Buenos Aires usaban pantalón y chaqueta azul, capa y mantelete con vivos encamados y botón dorado; los oficiales chaqueta amarilla con vivos azules y morrión amarillo con penacho rojo.

La Infantería de Buenos Aires calzaba chaqueta y pantalón azul, chupa con vuelta encarnada y botón blanco; los oficiales usaban chaqueta blanca con vivos azules, polainas hasta arriba de la rodilla color blanco y morrión con vivos blancos.

El corraje comprendía el portabayoneta y la cartuchera, esta se sostenía en el cinturón y el mismo a dos correas que se ajustaban en la parte trasera luego de haber pasado por los hombros.

La cartuchera era de madera rectangular forrada en cuero, su interior estaba subdividido en varios compartimientos, para llevar los cartuchos de pólvora.

Los Artilleros vestían pantalón y chaqueta azul con vivos amarillos y tricornio azul.

La oficialidad de todos los cuerpos usaba sin distinción de grado su peluca blanca y para los soldados era una tradición irrenunciable lucir coleta en el pelo, baste con recordar el motín que se provocó cuando el General Belgrano prohibió esta costumbre en las fuerzas patrióticas.

El vestuario de las milicias desde 1790, por disposición Real, debía ser similar al de las tropas veteranas; en la realidad solamente lo fue para los oficiales y suboficiales;

como este cuerpo era voluntario no consiguió la Corona, tan lejos de Buenos Aires, hacer cumplir sus ordenes y obligar a sus miembros a costearse el correspondiente uniforme.

Lo único que se consiguió fue permitir a los cabos y soldados, para que se los reconociera como milicianos reglados, el uso de la cucarda encarnada en el sombrero, claro que este lo compraba el miliciano voluntario; la cucarda en muchos casos fue provista por el Cabildo de Buenos Aires y no por la Real Hacienda, como correspondía de acuerdo a las disposiciones vigentes.

En el caso de los Blandengues Provinciales, ellos debían usar una cinta de estambre o cerda encarnada, cosida en la copa del sombrero.

Abastecimiento

La Real Hacienda costeara las provisiones comestibles del ejército. La ración era de una res cada treinta soldados, bizcocho, media onza (14,35 gramos) de sal, media onza de tabaco y una onza (28,70 gramos) de yerba, a cada uno. El costo que tenía la Corona era a razón de tres pesos por plaza. Claro que esto duró para América hasta el año 1771, cuando por una Real Orden se dispuso que la comida de la tropa, al igual que lo que pasaría más adelante con los uniformes, correría por su cuenta. Lógicamente, no se les permitía la compra a cada unidad o a las unidades asentadas en Buenos Aires, se les descontaba de su sueldo, siendo el abastecimiento provisto por la Real Hacienda.

El 2 de octubre de 1771, el Virrey Vértiz, en oficio al ministro Arriaga, trató de darle una solución a tremenda injusticia proponiendo entregar un sobresueldo a cada soldado de un peso mensual; de esa forma compensaba la ración que los soldados pagaban de su sueldo. De cualquier forma fue más una buena intención que una solución, el sueldo seguía sin cobrarse con o sin descuento.

Los soldados cobraban su sueldo de la siguiente forma: media paga mensual y el ajuste a pago completo cada seis meses, cuando se contaba con los recursos necesarios.

Pero el sueldo era una cosa y lograr cobrarlo otra muy distinta. Conseguir que se hiciera efectivo todos los meses era una tarea casi irrealizable y cobrar los reajustes que debían poner las cuentas en cero cada seis meses pasaba a ser un tema imposible de resolver. Por lo tanto, conseguir su cobro era uno de los temas más arduos y difíciles para las tropas de Buenos Aires y, por lógica, su liquidación era uno de los problemas más importantes para las autoridades virreinales, siempre de sus arcas de dinero. La capital del Virreinato del Río de la Plata no era una de las ciudades más prósperas de América y muchas veces para las cajas reales era deficitaria.

Decíamos al principio que el viaje desde España no solamente era largo, también muy peligroso. Si se querían transportar armas que eran muy codiciadas, desde el norte por tierra, al no haber para custodiar valor similar o superior para el regreso de las tropas destinadas para tal fin, no se justificaba la escolta militar y esta quedaba varada en Buenos Aires; ni imaginar si se quería transportar dinero desde Lima o Potosí a Buenos Aires, por ejemplo el pago para la tropa.

La única opción que quedaba, por mar o tierra, era que la tropa a cargo de la custodia de los valores fuera la destinada a quedarse en la plaza de Buenos Aires, pero por las guerras en Europa esto era cada vez menos frecuente.

La tropa de Buenos Aires, por lo tanto, no solamente cobraba mal, muchas veces no cobraba. Los reclamos a la Real Hacienda y al Cabildo por falta de pago de servicio llevaba años, algunos juicios se resolvieron por reclamos de los herederos y aun en las sucesiones siguientes.

En 1806, Liniers pidió a la Junta de Guerra, creada a instancias de las Invasiones Inglesas, que se asegurasen y se entregasen para abastecimiento de la tropa las siguientes raciones: una res para cuarenta soldados, 16 onzas (459,2 gramos) de pan, una onza (28,7 gramos) de yerba, media onza (14,35 gramos) de ají, media onza de sal y media onza de tabaco y para cocinar una libra y media (680 gramos aproximadamente) de leña. Con la llegada de los días de mayo y la organización posterior del ejército patrio, cambiaría todo el sistema militar.

Los Blandengues tenían para cobrar sus sueldos los mismos problemas que las tropas fijas de Buenos Aires, con el agravante de que estaban lejos de la ciudad y a medida que se adentraba la frontera en el desierto pampeano se alejaban cada vez más de la administración central, por esa razón los reclamos eran sumamente difíciles. De cualquier forma los hubo y por cierto algunos de tal gravedad que pusieron en más de una oportunidad en peligro la seguridad de la frontera interior.

Su uniforme, cuando existía, nunca fue provisto por la Corona y desde su creación corría a su cargo exclusivo. En algunas oportunidades, a través de un medio administrativo llamado “arbitrios”, el Cabildo colaboraba en la compra de los uniformes y del abastecimiento de la tropa en todos sus rubros, claro que esto tampoco ocurría con la frecuencia necesaria para tener a los efectivos convenientemente alimentados, vestidos, equipados y armados.

La leña más común era el cardo y su raíz hace el mejor fuego. Su comida dependía de lo que podían conseguir en la campaña. Incluso, en el fortín de Areco, en el año 1781, se mataban perros no solamente porque atacan el ganado vacuno, sino también para compensar muchas veces la falta de provisión de carne fresca por parte de las autoridades.

Las Armas

Para fines del siglo XVIII y principios del XIX, era norma que todas las armas de guerra y de uso civil, blancas o de fuego, usadas en el Virreinato del Río de la Plata fueran de fabricación española.

En estas tierras funcionaba la Real Armería de Buenos Aires, dedicada a la fabricación de armas blancas, como sables, bayoneta y lanza para la Infantería y la Caballería, aunque resultando de baja calidad y a un costo muy alto, dada la falta de materia prima, herramientas adecuadas y artesanos competentes. Le era imposible a la manufactura local competir con la calidad de las hojas españolas, reconocidas en toda Europa por su insuperable artesanía, por lo tanto la Real Armería estaba muy limitada.

En lo que respecta a las armas de fuego, el mercado local solamente podía proveer su reparación, supeditado al repuesto que se hallaba en plaza, escaso y de baja calidad. Si bien se daría la aparición de buenos armeros, estos poco podían hacer ante la falta de piezas y la imposibilidad de fabricarlas en el Río de la Plata, por no haber fábricas ni fundiciones.

En muchos casos se recurría a Potosí, tratando de proveerse de armamento de mejor calidad, pero si el mar era peligroso no lo era menos el viaje por tierra y con una mercadería muchas veces más codiciada que la plata. Era necesaria una custodia numerosa y bien armada, que lamentablemente no justificaba su retorno, por los valores de las mercaderías que podían enviarse desde el Río de la Plata al norte.

El armamento del infante era *fusil, bayoneta y espada*. El fusil de chispa era el arma reglamentaria, pero por la falta de abastecimiento de armas nuevas, se utilizaban las disponibles en el arsenal para extraer piezas y poder tener un parque utilizable, claro que al repetirse esta operación una y otra vez el número de armas disminuía rápidamente, por esa razón no era raro que las tropas utilizaran armas más antiguas, las que tenían a su favor el estar armadas con piezas más sencillas, que un buen armero podía reemplazar y hasta fabricar. Claro que también era más fácil conseguir estas armas en Lima, Potosí, etc., guarniciones que mejor provistas ya las habían desechado, reemplazándolas por armas de fuego más modernas o de mejor calidad.

El arma blanca que se usaba por reglamento en el ejército era la bayoneta, que adosada al fusil era temible, llegando a reemplazar a la lanza y luego al sable, como arma reglamentaria del cuerpo de combate.

El sable, en la guarnición de Buenos Aires, lo usaban exclusivamente los oficiales y las compañías de caballería. En la campaña su uso era más generalizado entre la tropa, fuera esta montada o no. Junto con el cuchillo iba a ser una herramienta en

las manos de los paisanos. Más adelante, ambos serían reemplazados por un arma de pelea que por tamaño hace más acordar a la bayoneta pero con todas las cualidades del sable y la practicidad del cuchillo: el facón, como dirían hoy los jóvenes “un arma todo terreno”, un elemento de persuasión, defensa y trabajo que aún hoy está en pleno uso para las tareas del campo.

La lanza, como decíamos antes, había sido desplazada de la tropa de Infantería por el fusil-bayoneta; solamente tenía uso en algunos cuerpos dedicados a la custodia o el acompañamiento de los gobernantes de más alto nivel de la ciudad, y por supuesto era un arma fundamental en los cuerpos de caballería.

La ballesta, como arma del medioevo, había reemplazado al arco, mejorando la puntería y la precisión en los tiros con flechas. A pesar de que para esta época había sido superada ampliamente por las armas de fuego en Buenos Aires todavía quedaban algunas como rezago de la conquista y hasta ellas fueron usadas en el ataque de 1806 por las tropas de Liniers.

Las chuzas enastadas eran armas de neto uso en la campaña, si bien siempre se las visualiza como de uso indígena y las llamamos lanzas. Pero tenía tantas diferencias con esta que se podría considerar un arma con nombre propio: no tenía misericordia como la lanza española; su cuerpo es de caña y no de madera o hierro; no poseía mano o agarre y mucho menos cubo; cualquier elemento punzante o cortante (generalmente cuchillos o sables rotos) era atado con tientos de cuero mojado (cuando seca se contrae y endurece) a la caña. En la sencillez estaba toda su virtud: con elementos sencillos se armaba un arma que en manos expertas era temible.

Durante la Reconquista se llegó al extremo de clavar las vainas de latón de los sables rotos o perdidos para usarlas como mandoble.

Por supuesto, el *cuchillo*, arma de trabajo del paisano, era el arma de los gauchos de a pie o a caballo. Lo manejaban como nadie y el tener que llevarlo toda su vida en su cinto lo convertía en un aliado imprescindible.

Los primeros datos sobre las armas de fuego en Europa aparecen en 1247 en la defensa de Sevilla, donde surgen cañones arrojando piedras; y en 1259, en la defensa de Melilla, aparece una máquina que, por su descripción, se deduce que es un cañón.

Para conocer las primeras armas que viajaron a América hay que remitirse a la obra del Balletero Mayor del Rey, don Alonso Martínez Espinar, quien publicó en Madrid su libro “Arte de Ballestería y Montería”, en el año 1644.

Pistolas, arcabuces y mosquete comparten la conquista de América. Para el comienzo del siglo XIX solamente la pistola ha mantenido su nombre, el resto ha ido mutando hasta llegar al fusil de chispa; pero la necesidad de que cualquier arma

disponible fuera usada hizo que hasta estas armas, ya antiguas para la época, aparecieran en las manos de las milicias de la Reconquista.

El fusil a chispa era el arma larga de reglamento en la Infantería durante toda la época del Virreinato del Río de la Plata. Estaba fabricado en hierro fundido y tenía una longitud de 1,50 metro y un peso de 4 kilogramos. El calibre estaba dado por la cantidad de balas que podían entrar en una libra:

de 16 en libra (28,75 gramos)

de 19 en libra (24,21 gramos)

Al ser suplantada la llave de rueda por la de “miguelete” o de “patilla”, la piedra pasó a sujetarse firmemente en una pieza que se llama “pie de gato”, que se levantaba sobre un muelle que al disparar caía violentamente sobre una pieza llamada “rastrillo” que raspaba la piedra y producía la chispa necesaria para prender el oído del arma y producir el disparo. Al lograr incorporar buena parte de este mecanismo al interior del arma se lograría mejorarla sustancialmente.

Pero las armas de las milicias que reconquistaron la Plaza de Buenos Aires aún tenían el mecanismo exterior y era de hierro. El empavonado recién se descubrió a principios del siglo XIX y su aplicación se popularizó después de 1810; era, por lo tanto, necesario protegerla para que no se oxidara interiormente, en especial por la lluvia, y durante la Reconquista llovió.

Por ser un arma de avancarga, se la debía cargar por la boca, baquetear la pólvora, paño y proyectil, montar el arma y disparar, con suerte cuatro a seis disparos por minuto, y al bulto, al comienzo de la acción. Esto era todo lo que podía obtener un oficial de un soldado experto, de un miliciano era una cifra difícil de lograr.

La incorporación del cartucho de pólvora que se rompía con la boca para cargar el arma con una medida de pólvora más acorde con el calibre y no a ojo, significó un adelanto importante: se podían efectuar una mayor cantidad de disparos. Más adelante aparecería el fulminante, el cual se ubicaba en el oído del arma, se impactaba y prendía la pólvora interior efectuándose el disparo. Pero esta arma, que es la que vemos en la mayoría de las películas que recrean esta época, no existía durante 1806-1807, incluso es muy posterior a 1810.

La *bayoneta* es un arma blanca que complementa al fusil. Algunos historiadores dan como inicio del nombre al hecho de haberse fabricado y utilizado en la ciudad francesa de Bayona cuando en el año 1523 era asediada por ingleses y españoles. De cualquier forma, los franceses ya la utilizaban regularmente en su ejército en 1670. En España su uso comenzó hacia 1685, año en que varios regimientos de granaderos recibieron de dotación el fusil con bayoneta, siendo desde entonces parte inseparable del armamento del soldado de Infantería. Su apogeo se daría durante el siglo XVIII,

cuando desterró a las picas como arma oficial, relegándola al uso de algunas unidades aisladas o con plaza en América. Era más sencillo su reemplazo y abastecimiento. El fusil-bayoneta se convirtió en uno de los mayores enemigos de la Caballería. Adosada la bayoneta al fusil, le permitía al soldado de Infantería tener un espacio de lucha que cubría un radio de más de dos metros, siendo la de cubo la utilizada en esta época, pues permitía usar el fusil aun con la bayoneta puesta, aunque su peso dificultaba la puntería.

La *carabina* es semejante al fusil, pero más corta y a la que comúnmente se la denomina mosquetón. Longitud del cañón medido desde la entrada de la recámara hasta la boca de fuego es inferior a los 55 centímetros.

La *tercerola* es un tercio más pequeña que la carabina. La utilizaban preferentemente tropas de servicios auxiliares y algunas unidades de caballería.

La *cuarterola* es menor que la tercerola y la utilizaba la Caballería por su facilidad de transporte y más fácil manejo desde el caballo.

Cañones. El calibre se consideraba al revés de los fusiles, mientras en estos el mismo estaba dado por las veces que el proyectil integraba una libra, en los cañones estaba dado por el peso del proyectil. Los había de 36; de 24, se cargaba con 8 libras de pólvora; de 18, con una carga de 6 libras; de 16, cargado 5 libras de pólvora; de 12, con 3 libras; de 6; o de 4. Esta diversidad de calibres motivó serios problemas para abastecer la pólvora y los proyectiles necesarios.

El proyectil era esférico y macizo. En los que se denominaban “bala rasa”, en algunas oportunidades se usaban dos proyectiles unidos por una cadena con el fin de provocar un daño mayor, aunque esta era una práctica más común en los combates marinos de alta mar. Entre la pólvora y el proyectil se baqueteaba estopa mojada a fin de mejorar la presión de la pólvora en el interior del cañón y con eso lograr un mejor alcance del proyectil.

En la artillería terrestre era muy común usar la “metralla”, los pasos a seguir eran: primero introducir la pólvora, que se baqueteaba con estopa mojada, luego un recipiente de hojalata, se llenaba el oído del cañón con pólvora y se disparaba. El recipiente se destruía y la metralla contenida en él duplicaba el efecto de cualquier bala explosiva.

El *obús* es una pieza corta y de grueso calibre. Su uso estaba limitado a la defensa de fortalezas o al asedio de plazas. Su alcance era relativamente reducido y su proyectil se disparaba en un ángulo muy elevado de modo que cayera sobre el objetivo lo más próximo a la vertical posible. Mientras el tiro de cañón era rasante, el de obús y mortero efectuaba una pronunciada parábola para sortear parapetos y defensas.

El calibre estaba dado por el diámetro interior de la boca medido en pulgadas. Los obuses fueron siempre de un calibre uniforme, 6 pulgadas, y los morteros oscilaban entre 5 y 12 pulgadas y a diferencia del cañón usaban en vez de bala rasa, la “bala hueca” o granada. Este tipo de proyectil tenía una mecha o se le adaptaba un sistema de percusión para hacer estallar la carga de pólvora interior y esparcir sus fragmentos. El Virreinato llegó a tener 29, todos de bronce.

Los *pedreros* eran piezas muy pequeñas, de muy pocas libras pero que disparaban una o varias piedras. Su uso era múltiple. Se colocaban fijos a bordes de chalupas o veleros menores, se agregaban a ciertos lugares de las fortalezas y hasta en los pértigos de las carretas como defensa en el desierto. Las instrucciones del Virrey Sobremonte al Coronel Mosquera encargado de poner a salvo los caudales públicos en caso de peligro decían: “(...) también se proveerá a V. S. de 4 a 6 pedreros que se acomodarán en la lanza del yugo, y hecho el cerco con ellas, se aumentará la defensa (...)”.

Una parte de las tropas que recuperaron la ciudad de la Santísima Trinidad en el Puerto de Buenos Aires y restauraron la bandera de España en su fortaleza, y las que posteriormente defendieron la ciudad al año siguiente, contaron con un equipamiento que distaba mucho de ser el ideal para tamaña empresa. Lo poco que tenían lo aprovecharon al máximo y hasta las armas rotas cumplieron alguna función. Lo demás fue todo corazón y coraje.

Bibliografía

- AGN IX -1-4-1 (Campamento de Acevedo).
- AGN IX -1-5-2 (Arrecifes, San Fernando, San Isidro).
- AGN IX -1-7-1 (Luján).
- AGN IX -1-7-3 (Las Conchas).
- AGN IX -26-6-7 (Rendición de Buenos Aires – 1806).
- AGN IX -26 -7-5 (Certificaciones de servicios – 1806-1807).
- Melli, Oscar Ricardo: *Historia de Carmen de Areco. 1771-1970*. Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires “Ricardo Levene”, La Plata, 1974.
- Guido, Horacio J.: “*Las Armas y los Regimientos Virreinales*”, Revista Todo es Historia, Nro. 145, junio, 1979, Pp. N° 8 al 26.
- Deimundo Piñeiro, Antonio José Gral. de Brigada: *Brevísima Reseña Histórica del Arma de Infantería*. Publicación extraordinaria de la Comisión de Armas de Infantería.

•Venero, Gustavo: *El Mundo de las Armas de Fuego*. Hobby Press S.A., Polígono Industrial de Alcobentas, Alcobentas (Madrid), Gráficas Reunidas, Madrid, 1985.

*Santiago de Liniers.
Décimo Virrey del Río de la Plata. Conde
de Buenos Aires*

Nélida Rosa Pareja

Nace el hombre

Santiago de Liniers nació en Niort, Francia, el 25 de julio de 1753, en una noble familia de militares y marinos. Su padre fue Santiago José Luis de Liniers, Subbrigadier de Guardias Marinas y señor de Cran-Chaban, y su madre Enriqueta Teresa de Brémond. Ambos pertenecían a la antigua nobleza militar de Poitou, encontrándose referencias de su familia en la historia regional desde el siglo XI. Su hogar era profundamente cristiano y monárquico.

Recordemos que en el siglo XVIII, regía el mayorazgo⁽¹⁾. De esta forma, Enrique Luis Santiago de Liniers, el primogénito, ostentó el título de Conde. El resto de los hermanos se inclinaron por la vida militar (Luis Agustín Andrés, Santiago y Santiago Antonio María) o por la vida religiosa (Amable José llegó a Obispo). Tenía cuatro hermanas mujeres, dos de las cuales fueron religiosas, una se casó y la mayor murió soltera.

1 Mayorazgo, en Derecho: Institución destinada a perpetuar en una familia la propiedad de los bienes, siendo el único heredero el hijo mayor o primogénito.

Santiago recibió sus primeras letras de los padres del oratorio de Niort y, a los doce años, se decidió por la carrera militar, según la tradición familiar. Como muchos segundos hijos de la nobleza, en 1769, ingresó a la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, en la isla de Malta, como paje del Gran Maestro Manuel Pinto de Fonseca. La Orden de Malta era una de las mejores escuelas militares, pero su estadía en la isla despertó su vocación náutica. Al saber que la España Borbónica había iniciado una expedición contra los piratas moros, decidió participar en ella. Después de tres años de permanencia en Villeta, dejó la isla y regresó a su patria condecorado con la Cruz de Malta.

Ya en Francia, a instancias de su tío, optó por la Caballería. Egresado con la Cruz de Caballero fue destinado a Carcassone, en el sur de Francia. Llegó a la guarnición de Royal Piémont, como Subteniente del Regimiento, donde permaneció seis años. Alcanzó el grado de Teniente de Caballería y a los veintiún años abandonó su carrera.

Nace el marino

El primer Borbón que ocupó el trono español, Felipe V, creó la Escuela de Guardias Marinas, situada en Cádiz. El prestigio que alcanzó la misma incentivó la creación de otras dos: Cartagena y El Ferrol. El Pacto de Familia de 1761 le permitía a los franceses intervenir en las empresas militares de los españoles, con iguales derechos y obligaciones que estos. En 1774 Liniers, retirado con el grado de Teniente de Caballería, partió a Cartagena, España, e ingresó a la Marina Española como oficial voluntario. Participó en la guerra contra Argel, integrando en Cartagena la flota de Pedro González Castejón. Allí conoció a Baltasar Hidalgo de Cisneros, a quien reencontraría posteriormente en el Río de la Plata. Liniers fue asignado al navío *San José* como edecán del príncipe Camilo de Rohan. Después de esta Campaña, al regresar a la península, ingresó en la Real Compañía de Caballeros Guardias Marinas.

Su actuación en la Guerra de Argel le abrió las puertas de la Escuela de Guardias Marinas de Cádiz, donde había solicitado el ingreso. Obtuvo el grado de Alférez de Fragata, a los 23 años (1776), quedando a cargo del navío *Princesa*, que patrullaba el Mediterráneo.

El 3 de noviembre de 1776, zarpó de Cádiz integrando la escuadra que comandaba Pedro de Cevallos con destino al Río de la Plata. Cumpliendo el Tratado de Permuta entre España y Portugal, Liniers, a bordo del bergantín *Hoope*, asistió a la toma de Santa Catalina, Maldonado, Montevideo, Colonia del Sacramento e Isla de San Gabriel. Esta experiencia le significó el ascenso a Alférez de Navío el 23 de mayo

de 1778. Allí conoció a otro marino: Diego de Alvear y Ponce, padre de Carlos María de Alvear. El tratado de San Ildefonso, puso fin a la exitosa expedición de Cevallos.

De regreso en España, Liniers inició el período más intenso de su carrera, cuando la alianza franco-española movilizó a la flota contra el Imperio Británico, que se había apoderado de territorios españoles. Después de algunas acciones menores, en 1779 fue embarcado en el *Concepción*, formando parte de la escuadra del Almirante Luis de Córdoba. Actuó en la campaña en el Canal de la Mancha y se destacó cuando, frente al Cabo Santa María, esa escuadra sorprendió a un convoy británico de 55 naves con un valioso botín.

Fue destinado a numerosos navíos como el *San Luis*, *San Vicente*, *Concepción*, *San Lorenzo* y *San Pascual*. En agosto de 1781, a bordo de este último, participó de la reconquista de Menorca, una de las islas Baleares. Esta posición era defendida por los ingleses desde la fortaleza de Mahón, su capital. En una audaz operación de desembarco, tomó por asalto dos navíos enemigos cargados de víveres y municiones. En mérito a esa acción, Liniers obtuvo el grado de Teniente de Fragata. Su rápida carrera estaba jalonada por actos de arrojo. En las acciones de Menorca conoció a Nicolás Francisco Cristóbal del Campo, Marqués de Loreto. Liniers lo encontraría posteriormente en la lucha por Gibraltar y años después en el Río de la Plata.

Durante una licencia en Málaga, conoció a Juana Úrsula de Menvielle⁽²⁾. En febrero de 1783, en Málaga, contrajo matrimonio con esta joven de ascendencia francesa. De esa unión nació su primogénito, llamado Luis de Liniers y Menvielle.

Durante el sitio de Gibraltar (1783), capturó el *Fincastle*, con un importante cargamento. Fue una gran batalla que terminó en desastre para los aliados, pero le permitió a Liniers un brillante desempeño, reconocido como heroico por el Almirante Luis de Córdoba. Ese mismo año, participó de la segunda expedición contra regencias berberiscas y fue promovido a Capitán de Fragata.

España firmó la paz con los berberiscos y de ahí en más la Corona trató de realizar relevamientos tendientes a perfeccionar las cartas náuticas. Entre los años 1785 y 1788, Liniers acompañó al prestigioso astrónomo y cartógrafo español Vicente Tofiño de San Miguel en sus viajes de estudios. El resultado de este trabajo es el primer Gran Atlas Marítimo de las costas españolas, islas Azores y adyacentes. Hasta 1787 realizó mediciones de la costa gallega, en la zona de El Ferrol. Las escasas oportunidades que le ofrecía Europa para desarrollar su carrera forzaron a Liniers a aceptar la posibilidad de trasladarse a las colonias españolas en América. Su nuevo destino fue el Apostadero del Río de la Plata. Por Real Cédula de Carlos III del 5 de agosto de 1788, se lo destina

² Este apellido se suele hallar también con otra grafía: Membielle.

al Río de la Plata, lugar por él solicitado, ya que era un territorio que conocía. Había pasado doce años ininterrumpidos en el mar.

Se embarcó con su familia en la isla de León, en septiembre de 1788. En diciembre, arribaron a Montevideo. Pasó un mal momento al llegar ya que entre su equipaje los funcionarios de la Aduana encontraron efectos que Liniers desconocía. Estos efectos fueron decomisados por el Marqués de Loreto, entre ellos un microscopio que posteriormente utilizaría la expedición científica de Alejandro Malaspina.

Santiago llegó a Montevideo, una ciudad de unos diez mil habitantes, con un hijo de cinco años y con otro próximo a nacer. Había una gran actividad económica por la comercialización de cueros y grasa. Grandes casas de comercio de Sevilla y Cádiz tenían sus representaciones. La ciudad contaba con el monopolio de la actividad esclavista.

El Apostadero Naval de la Real Armada de Montevideo era una pieza importante dentro del Plan Patagónico, esbozado por Carlos III. Tengamos en cuenta que era el puerto más cercano a mar abierto. Las fragatas, bergantines y sumacas ⁽³⁾ que allí fondeaban tenían por misión: defender el litoral marítimo y las Islas Malvinas. Tuvo la tarea de organizar la flotilla de cañoneras, como Segundo Comandante de la Escuadrilla del Río de la Plata.

En septiembre de 1789, siendo miembro de la tripulación de la fragata Gertrudis, llegó al Apostadero de Montevideo, expedición a cargo de Malaspina, encargado de hacer el relevamiento de la América Austral. Liniers se reencontró entonces con dos ex camaradas de la Compañía de Guardias Marinas: Antonio de Alcalá Galiano y Juan Gutiérrez de la Concha. Conoció al jefe de la expedición y futuro jefe del Apostadero, José Bustamante y Guerra.

Familia, negocios y la Revolución Francesa

En enero de 1789, había nacido Antonia María del Carmen Josefa Rafaela Buenaventura Margarita Higinia, segunda hija de Santiago de Liniers con Juana Úrsula de Menvielle. Pero en 1790, falleció la esposa de Liniers y pocos meses después la pequeña Antonia. La única forma que encontró Santiago de mitigar el terrible dolor que sentía fue refugiándose en su actividad profesional. Las Reales Órdenes de la Corona Española eran extremar las defensas en el Río de la Plata, por la amenaza inglesa. Realizó un extenso informe, analizando las riquezas de la región y la situación estratégica. Entre sus propuestas, dos de ellas, años más tarde, fueron concretadas: el establecimiento de faros en la costa oriental y la construcción de lanchas cañoneras ligeras.

3 Sumaca: Embarcación pequeña y planuda de dos palos empleada en el Brasil e Hispanoamérica para el cabotaje.

Contemporáneamente a estas pérdidas familiares, llegó al Río de la Plata el hermano mayor de Santiago de Liniers, que había salido de Francia después de la Revolución Francesa. Como tantos nobles franceses, don Enrique Luis Santiago de Liniers, se refugió en España. Por sus contactos, logró que Carlos IV lo nombrara Coronel Agregado a las tropas del Río de la Plata, dado que aquí estaba su hermano menor. Arribó en 1790 al Río de la Plata.

La Revolución Francesa y el peligro que encarnaba para las monarquías, generó un cambio en las alianzas europeas, pasando España a aliarse con Inglaterra. Esta novedad trajo como consecuencia una vida rutinaria en el Apostadero, sin el peligro inglés. Ante un futuro sin enfrentamientos, se evaporaron las posibilidades de ascenso.

En 1791, Santiago de Liniers se mudó a Buenos Aires. Alquiló una casa a don Benito González Rivadavia, en el barrio de Santo Domingo. Vecina a su nueva morada vivía la familia de Martín Simón Sarratea, representante de la Compañía de Filipinas en Buenos Aires.

¿En qué consistía la propuesta que le traía su hermano desde Europa? El proyecto industrial de su hermano mayor, el Conde Henry de Liniers, consistía en producir en Buenos Aires las llamadas “pastillas de caldo”, ideadas para evitar el escorbuto en los largos viajes en barco. Probadas en la expedición de Malaspina, mejoraban la dieta de los viajeros y habían sido por lo tanto recomendadas. El Conde Henry había logrado, antes de llegar, una Cédula Real que lo autorizaba a instalar la industria como Fábrica Real en la Ciudad de Buenos Aires, con algunos privilegios. Además había obtenido un permiso, por el lapso de ocho años, para extraer y destilar aguardientes de granos y fabricar almidones. La Corona dio estos permisos, ya que si daba resultado este tipo de alimentación, se mejoraría la carga de los barcos. Si este alimento concentrado pasaba a ser la base de las comidas, no se necesitaría embarcar reses.

Los ganaderos y el Cabildo porteño se opusieron a este proyecto, acostumbrados a actuar monopólicamente, destacándose don Martín de Álzaga. El Cabildo se opuso a la instalación de la fábrica al norte del Retiro, en la finca que los hermanos Liniers alquilaron a los Altolaquirre. La razón aducida era el peligro de contaminación del Río. Debieron alquilar a Lorea una quinta, en el sur de la Ciudad (hoy barrio de Almagro). La persecución del Cabildo prosiguió, con la intervención de la Real Audiencia, que frustró una importante entrega a la Comisión Demarcadora de Límites con Portugal, a cargo de don Diego de Alvear. La situación se complicó cada vez más y el Conde Enrique partió, dejando a Santiago al frente de la fábrica, con innumerables problemas y deudas.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, el 3 de agosto de 1791, Liniers se casó con María Martina de Sarratea, hija de su vecino, un caracterizado y fuerte comerciante de la Ciudad. Simultáneamente, Enrique de Liniers había logrado entrar en el negocio del tráfico de esclavos. Había obtenido un permiso, en 1791, para entrar dos mil, con lo que se alivió en parte la difícil situación económica. Ya en España, Enrique envió más esclavos, en los años 1792 y 1793.

La suerte pareció cambiar. En 1792, Santiago de Liniers fue ascendido a Capitán de Navío y en ese mismo año nació su primera hija con Martina, María del Carmen Rosario. Pero la Real Fábrica, estaba condenada. Con la excusa de los acontecimientos que se sucedían en Francia, después de la muerte de Luis XVI, surgió en Buenos Aires el rumor de una conspiración promovida por franceses. La mira fue puesta en Santiago de Liniers, especialmente por Martín de Álzaga, Alcalde de 1er. Voto, a principios de 1795. Se allanó la Real Fábrica y hubo detenidos. El largo proceso judicial demostró la inexistencia de las acusaciones, pero varios franceses habían sido desterrados, entre ellos el encargado de la fábrica. Finalmente, la Real Fábrica se cerró en 1795, año en que nacería la segunda hija, María de los Dolores Enriqueta.

Nace el gobernador

Ante el decepcionante resultado de su actividad económica, Liniers pidió la reincorporación al Apostadero Naval. Esa era su profesión, aunque los sueldos siempre se liquidaban con retraso. Se mudó a Montevideo y se puso a las órdenes de José Bustamante y Guerra, ahora Jefe del Apostadero.

En Europa, la situación continuaba presentando cambios y nuevamente España se había vuelto a enfrentar con ingleses y portugueses. Por orden de Bustamante, se construyeron aquellas lanchas que Liniers anteriormente había aconsejado. Ante la posibilidad de un ataque anglo-lusitano, el entonces Virrey Olaguer y Feliú convocó a una Junta de Guerra. Se realizó un plan defensivo, con mucho de lo propuesto por Liniers y que sería un antecedente de la actuación de 1806.

Durante estos años de residencia en Montevideo, aumentó la familia de Santiago de Liniers. Nacieron tres hijos: José Atanasio, Santiago Tomás María del Rosario y Martín Inocencio. Pero Liniers volvería a las penurias económicas y procurando un cargo en la administración colonial. Su situación económica se fue deteriorando sensiblemente al iniciarse el nuevo siglo. El Virrey del Pino, ante la vacante dejada por

Joaquín de Soria, nombró a Liniers Gobernador Interino de las Misiones Guaraníes y de Tapes, que comprendía treinta pueblos de las misiones guaraníicas. Previo a la partida, buscó asesoramiento sobre las características de su nuevo destino con Fray Julián Perdriel e ideó un plan de defensa de los pueblos de las misiones.

Llegó a Candelaria, cabecera de la Gobernación, y se encontró con pocas tropas y mal equipadas. La zona era un territorio que sufría las incursiones portuguesas, ante la inercia de la burocracia virreinal. Con el joven Capitán Antonio González Balcarce, dieron instrucción al escaso personal militar y a los indígenas que podían portar armas. En una copiosa correspondencia dirigida al Virrey del Pino, Liniers señaló la existencia de numerosos problemas por resolver. La precaria defensa de esos territorios frente a la expansión lusitana mereció todo su empeño. Trató de subsanar la falta de asistencia sanitaria para los pobladores y naturales en Yapeyú, Concepción, Santiago y Candelaria, así como proveer medicamentos y la reciente vacuna antivariólica. No recibió apoyo alguno, pese a sus reclamos, ni fueron atendidas sus necesidades económicas. Para entonces, tenía una numerosa descendencia y no había cobrado la totalidad de sus sueldos. Liniers mantuvo una posición de respeto y defensa de los derechos de los indígenas, generalmente maltratados en los obrajes y yerbatales, y constantemente reclamó por la explotación que sufrían. Su desempeño fue muy bueno, reordenando y administrando con honestidad y buen criterio a las misiones prácticamente abandonadas después de la expulsión de los jesuitas en 1767.

Después de diecinueve meses de gestión, con el advenimiento del Virrey Sobremonte (1804) y la organización de las misiones en Gobernación Civil, Liniers debió alejarse. Por si esto fuera poco, le adeudaban los casi dos años de su gestión. Había decidido nuevamente volver a España. Cumplidas las formalidades del relevo, partió hacia Itapúa en octubre de 1804. Arribó el día 13. Desde allí, a bordo de la sumaca *Nuestra Señora del Pilar*, inició una penosa travesía hacia Buenos Aires. María Martina de Sarratea, que se encontraba embarazada, dio a luz a María de los Dolores de la Cruz Concepción, durante el viaje fluvial. Una grave enfermedad asoló la nave y cobró la vida de su joven esposa y de una esclava que los servía. El 29 de abril de 1805, en el puerto de Las Conchas⁽⁴⁾, Liniers enterró a su esposa. Poco después murió la pequeña recién nacida. En mayo de 1805, llegó a Buenos Aires con sus otros hijos.

Liniers expuso su precaria y difícil situación a Sobremonte, quien informó a la metrópoli los méritos y los servicios prestados de Liniers. Por Real Orden del 20 de

4 Juan de Garay llamó Riachuelo de las Conchas al curso de aguas muertas, hoy conocido como Río de la Reconquista. En la anegadiza desembocadura del Riachuelo de las Conchas funcionó un primitivo puerto de cabotaje, para unir las islas y la aldea de Garay. En el siglo XVIII figuró como pueblo de Las Conchas. En 1813 comenzó a aparecer el nuevo río Tigre. El proceso que terminó con Las Conchas y dio origen a Tigre es de 1820.

diciembre de 1804 se ordenó al Virrey tener en cuenta a Liniers para darle un destino, civil o militar, acorde con su persona.

En abril de 1805, Sobremonte convocó una Junta de Guerra ante un posible ataque inglés. Liniers estuvo presente. Se repasaron los planes defensivos anteriores y se estimaron las fuerzas con las que se contaba⁵. Sobremonte daba por sentado que el ataque inglés sería sobre Montevideo, por lo que reforzó esa plaza con las pocas tropas veteranas que había. A Liniers le encargó el armado de una flotilla, ante la presencia del bergantín inglés Antílope en la zona.

El 16 de diciembre de 1805 murió el Coronel José González, Gobernador Intendente de Córdoba. Liniers consideró que ese era el puesto para él, pero nada sucedió. Debió conformarse con continuar en la escuadrilla. A fines de 1805, la entrada al Río de la Plata estaba bloqueada por los ingleses. En junio de 1806, el Virrey ordenó al Capitán de Navío Liniers reforzar el puerto de la Ensenada.

Nace el héroe

“Han aparecido a la vista de esta Ensenada cinco naves grandes, enemigas, que hicieron amago de desembarco (...).” Así comienza la nota enviada por Liniers desde la Ensenada de Barragán al Virrey, la noche del 24 de junio. Al día siguiente, el 25, los ingleses desembarcaron en Quilmes. Por cuatro días, Liniers permaneció en su puesto.

Sobremonte trató de frenar la invasión, pero en el Puente de Gálvez no pudo evitar el avance inglés. Finalmente, el Virrey delegó en el Brigadier José Ignacio de la Quintana la rendición de la plaza y partió primero a Monte Castro y luego a Córdoba. Las tropas de William Carr Beresford entraron a la Ciudad, ocuparon el Fuerte y establecieron su cuartel general en La Ranchería. Un día después se obligó a prestar juramento a las nuevas autoridades, con la promesa de respetar la propiedad, las leyes y las creencias religiosas. Los caudales de la Real Hacienda, que el virrey Sobremonte había dejado depositados en Luján, fueron capturados y embarcados en la flota del Comodoro Home Riggs Popham y enviados a Inglaterra, junto con las rentas de la Compañía de Filipinas, de Correo y Tabacos. Sin duda, también partió un pedido de refuerzos para consolidar el dominio obtenido con tan pocas tropas en un país tan vasto.

A los pocos días de los sucesos, surgieron varios planes para expulsar al invasor. Liniers se dirigió a Buenos Aires desde la Ensenada, para velar por su familia. Lo pudo

5 Tropas regulares: Regimiento de Infantería –defensa de la ciudad–, Dragones –infantes y jinetes–, Blandengues (frontera con el indio) en Buenos Aires y Montevideo. No había Unidad de Artillería sino compañías sueltas en Montevideo, Buenos Aires, en la frontera con Portugal –Fuertes Santa Teresa y San Miguel–, baterías en Maldonado, Colonia y Ensenada de Barragán.

hacer gracias a un salvoconducto, dado que no se había enfrentado a las tropas invasoras. Días después se embarcó en el Puerto de Las Conchas rumbo a Colonia, para reportarse con quien era en ese momento la máxima autoridad a cargo: Ruiz Huidobro.

La Junta de Guerra en Montevideo había elaborado un plan de reconquista y Liniers fue nombrado Comandante en Jefe. A su vez, Gutiérrez de la Concha fue designado Jefe de las Tropas de Desembarco. Juan Martín de Pueyrredón se presentó ante Liniers, el día 2 de agosto, con la novedad de que las tropas de los catalanes, más las reunidas por él y sus hermanos, se habían enfrentado a los ingleses en Perdriel. Beresford, que estaba a cargo de las tropas inglesas, consideró negativo el encuentro para su gente. Liniers dio a Pueyrredón la responsabilidad de los aprovisionamientos y comunicaciones del ejército. También lo comisionó para organizar la campaña.

Una fuerte sudestada impidió a Liniers desembarcar en Olivos de acuerdo al plan para la reconquista de Buenos Aires elaborado en Montevideo. Debió hacerlo en el Puerto de Las Conchas y un día después acampó en San Isidro, dada la inclemencia del clima. Se aprovechó estas horas para limpiar las armas, integrar numerosos voluntarios, aceptar donaciones y aportes, requisar bueyes y reforzar las cureñas⁽⁶⁾. El 10 de agosto, Liniers, que había acampado en los Corrales de Miserere, envió a Hilarión de la Quintana con la intimación de rendición para Beresford. *“Me defenderé hasta el caso que me indique la prudencia”*, respondió Beresford. La marcha ordenada por el Comandante de la Reconquista hacia la Plaza se adelantó por los desordenados voluntarios. Guillermo Pío White⁽⁷⁾, intérprete de los invasores, pidió el 11 de agosto una entrevista a Pueyrredón, que no llegó a concretarse por la efervescencia de los sucesos. Se combatió todo el día 11 de agosto. Beresford se replegó hacia la Plaza Mayor y el Fuerte. Ordenado el ataque a la Plaza, la defensa inglesa cedió e izaron la bandera de parlamento. Finalmente, Beresford, acompañado por Gutiérrez de la Concha, cruzó la Plaza y en las puertas del Cabildo entregó a Liniers su espada.

Con el inmenso júbilo convivía el peligro de la escuadra inglesa dominando el estuario. Ausente el Virrey, la autoridad recayó en la Real Audiencia. *“Liniers aparecía a los ojos de todos como el caudillo natural, como el conductor providencial y necesario”*⁽⁸⁾.

A los dos días de la Reconquista, el Cabildo comenzó a decidir qué acciones tomar y a actuar. Se resolvió el 14 de agosto, en Cabildo Abierto, proponerle al Virrey Sobremonte que Liniers fuera el Jefe Militar de Buenos Aires. Pocos días después, en

6 Cureña: Armazón compuesta de dos tabloncillos laterales fuertemente unidos y colocados sobre ruedas o correderas, y en la cual se monta el cañón de artillería.

7 White era un negrero que frecuentaba al espía inglés James Burke, al portugués Juan de Silva Cordeiro y a algunos miembros de la sociedad porteña, como los hermanos Saturnino y Nicolás Rodríguez Peña, entre otros.

8 PALACIO, Ernesto: Historia de la Argentina. Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 1968, Tomo I, p. 158.

San Nicolás de los Arroyos, Sobremonte nombró a Liniers Comandante de Armas, delegó el mando político en el Presidente de la Audiencia y se dirigió a Montevideo.

Rápidamente, Liniers organizó el alistamiento para la población apta. Ordenó seis escuadrones de caballería y un cuerpo de artillería. Los cuerpos militares de nativos y españoles fueron agrupados según su origen o característica racial: patricios, arribeños, cazadores correntinos, montañeses, catalanes, andaluces, asturianos, migueletes, gallegos, mulatos, pardos y húsares. Se eligieron a los jefes democráticamente y se separó a los criollos y a los españoles en los cuerpos militares.

Se construyeron baterías en Retiro, la Residencia, Barracas y Quilmes. Se solicitó pólvora a Chile y Perú y se decomisó todo el plomo y el estaño. Liniers no dejó ninguna actividad sin realizar, desde adiestrar a los caballos, hasta determinar lugares de asistencia para heridos.

Los refuerzos solicitados por Beresford llegaron a Maldonado desde Ciudad del Cabo en el mes de octubre al mando del Coronel Backhouse. A principios de 1807, llegó sir Samuel Achmuty, completándose las fuerzas con tropas enviadas desde Inglaterra, al mando del general Robert Crawford. Esta fuerza estaba destinada a invadir Chile, pero fue desviada. El Teniente General John Whitelocke fue designado para comandar esta operación militar. Antes de su llegada al escenario de las operaciones, Achmuty tomó Montevideo y Sobremonte debió retirarse al interior. El Gobernador Brigadier Pascual Ruiz Huidobro cayó prisionero junto con otros oficiales y fueron confinados en Reading, en las islas Británicas. Liniers no pudo auxiliar a Ruiz Huidobro, que por ese entonces había sido nombrado Virrey Interino. Las actitudes de Sobremonte determinaron que la Junta de Guerra lo destituyera. El 6 de febrero de 1807 un Cabildo Abierto pidió el arresto del Virrey Sobremonte y el nombramiento de Liniers como Jefe Supremo del Virreinato. La situación empeoró cuando cayó Colonia.

Durante tres meses, los invasores trataron de persuadir pacíficamente a los pobladores para volcarlos a su favor. Whitelocke, dueño de la Banda Oriental, decidió atacar Buenos Aires. Rápidamente planeó el desembarco de 12.000 hombres, que arribaron a la Ensenada en 23 naves de guerra. Liniers se preparó y puso a Gutiérrez de la Concha a cargo de la Reserva. Se dio la batalla de Miserere, donde se creyó muerto a Liniers. El Cabildo convocó entonces a una reunión donde se decidió desarrollar el plan de defensa, elaborado previamente. Martín de Álzaga, Alcalde de 1er. Voto del Cabildo, se destacó al ponerse al frente de esta tarea. Catorce columnas inglesas atacaron la Ciudad, pero ya Santiago de Liniers, en esos momentos, estaba dirigiendo las acciones. Por la tarde, la suerte estaba echada: los ingleses se habían rendido, con excepción de la Residencia y El Retiro. Por orden de Liniers, el Capitán José Piris atacó

la Residencia y desde el Fuerte se cañonearon los barcos ingleses anclados en el Retiro. Las condiciones de la rendición impuestas por el Virrey Liniers fueron aceptadas el 7 de julio por Whitelocke

Santiago de Liniers, Virrey del Río de la Plata

“El prestigio de Liniers creció más todavía. (...) El Rey lo nombró jefe de escuadra y Virrey Interino del Río de la Plata”⁽⁹⁾. Cumpliendo su promesa, Liniers devolvió a la Virgen del Rosario las banderas inglesas. Obtuvo el reconocimiento del Rey Carlos IV y la condecoración de la Orden Militar de Montesa.

La gestión de Santiago de Liniers al frente del Virreinato debió sufrir muchas complicaciones. La primera fue la de su nombramiento, ya que fue uno de los últimos actos de Carlos IV, aliado de Francia y de su emperador. Poco después, sería un rey cautivo y la Patria de Liniers entraría en guerra con España, cuando asumía el cargo de Virrey. El 16 de marzo de 1808 recibió el nombramiento de Virrey Interino. Expresó entonces, con humildad, que no estaba capacitado para el cargo. Para algunos autores, comenzó ahí a mostrar su absolutismo.

Cuando llegó a Buenos Aires, la noticia de la abdicación de Carlos IV a favor de su hijo Fernando VII, también llegó a Montevideo el marqués de Sassenay, enviado del Emperador Napoleón. Meses atrás, en el momento victorioso y de alianza entre España y Francia, Liniers había escrito a Napoleón relatando los sucesos en el Río de la Plata con la aprobación del Cabildo y de la Real Audiencia. Ahora Sassenay exigía el reconocimiento como Rey de España de José I Bonaparte. La propuesta fue terminantemente rechazada en Audiencia Pública con los miembros del Cabildo y los oidores. Pero la proclama que emitió Liniers, el 15 de agosto, abrió paso a las constantes intrigas. De todas formas, el 21 de agosto se procedió, según el habitual protocolo, a la jura de Fernando VII. Sassenay, en viaje de regreso a Europa, al llegar a Montevideo, fue arrestado por De Elío. Poco después y con el apoyo del Cabildo montevideano, se sublevó contra el Virrey y estableció una Junta. Resistieron a este hecho los integrantes del Apostadero Naval, que inmediatamente se trasladaron a Buenos Aires para ponerse a las órdenes de Liniers.

Una de las primeras medidas de gobierno que tomó Liniers fue un empréstito, para paliar los grandes gastos provocados por las acciones bélicas. Comenzaron a tensarse las relaciones tanto con la Real Audiencia como con el Cabildo, este último dominado por Álzaga. Se desarrolló un conflicto entre los dos puertos –Montevideo y

9 PALACIO, Ernesto: Ob. Cit., p. 160.

Buenos Aires–, por la gran cantidad de mercaderías inglesas que entraron al puerto de Montevideo durante la dominación inglesa.

La confianza de los pobladores en Liniers era cada vez menor, tanto por el origen de su nombramiento, como por el manejo de sus intereses personales. También, algunos relatos señalan su afición al juego para ese entonces. Esta situación se vio agravada por la relación que mantenía Santiago de Liniers con Marie Anne Perichón, esposa de Tomás O' Gorman. Frecuentaban a este matrimonio James Burke –que tenía el rango de Coronel, especializado en la formación de células de espionaje–, Guillermo Pío White, Wayne, comandante de un barco negrero, todos relacionados con actividades de espionaje, como la propia Anita. El entorno de Liniers se completaba en su mayoría por franceses, como su secretario o edecán Lavin. La opinión pública culpaba a esta relación amorosa como la causa del abandono con que Liniers atendía los asuntos propios de su cargo. En 1808, por la confesión de Burke sobre las actividades de Ana Perichón, Liniers la confina en su estancia y la deporta posteriormente a Río de Janeiro.

Los intereses de la familia real portuguesa, establecida en Brasil, se patentizan con la llegada de un enviado de Juan VI de Portugal, el brigadier Curado, para sellar una alianza comercial. Además, la corte portuguesa hizo llegar contemporáneamente al Cabildo una propuesta de Protectorado, rechazada rotundamente.

Liniers, sin tomar decisión alguna y a la espera de los acontecimientos europeos, basaba su poder en las fuerzas armadas, teniendo 1.217 oficiales para 4.006 soldados. La crisis económica se agravó. Ya se vislumbraban cuatro grupos: los linieristas, los juntistas –Junta como en España–, los carlotistas y los conservadores, que preferían esperar los acontecimientos.

El grupo de españoles, partidarios del monopolio, no desaprovecharon la oportunidad. Liderados por Martín de Álzaga, urdieron la destitución de Liniers y el establecimiento de una Junta formada solamente por españoles europeos. Los sucesos del 1 de enero de 1809, conocidos como “Asonada del 1 de enero de 1809”, fueron favorables al Virrey Liniers, por el apoyo de los cuerpos militares. Algunos autores consideran que Martín de Álzaga no era realista, ni conservador. La mala gestión de Liniers y sus coqueteos con los distintos centros de poder, su falta de modestia respecto de la defensa y la mala administración, crearon descontento. Un dato que no podemos dejar de lado es que el abogado defensor de Álzaga era Mariano Moreno. Desde los sucesos del 1 de enero de 1809, se estableció que el Cabildo solamente podía convocar a Cabildo Abierto con permiso del Virrey. De este modo, el Cabildo quedaba supeditado al virrey. Liniers disolvió los regimientos comprometidos en el motín de enero y su salvación únicamente podría provenir de España, cualquiera fuera la autoridad que rigiera en ella.

Un decreto de Sevilla fechado el 13 de febrero de 1809 le otorgó “*un título de Castilla, libre de lanzas y media annata; y cien mil reales de vellón de pensión anual, interin se le asignen tierras que produzcan igual renta*”. El favorecido en casos similares, podía elegir entre ser conde o marqués, así como la denominación. Hecho esto se pasaba lo resuelto a la Cámara de Castilla o de Indias. Llegada la documentación, el 15 de mayo, Liniers difundió la noticia y que tomaba “en uso de la elección del nombre”, el título de Conde de Buenos Aires con una pensión anual de 6.000 pesos. Este título fue mal recibido por el Cabildo, como lo documenta la nota que dirigió el cuerpo a la Real Audiencia. La respuesta de Liniers fue “*que es indiferente titularse Conde o Marqués por que ni lo uno ni lo otro arguye señorío (...), pues el honor y la dignidad está en la gracia del título de Castilla*”. En 1862, la Reina Isabel II confirmó el título, tal como lo había hecho Fernando VII en 1815. Cabe destacar que la renta establecida no se materializó. Podemos afirmar que esta distinción fue, en 1809, motivo de un nuevo roce.

La oposición al gobierno de Liniers no cesó, por el contrario, se agravó con la negativa de abrir el puerto al comercio inglés. Esta propuesta del Secretario del Consulado, Manuel Belgrano, se daba en el marco de la alianza anglo-española contra Bonaparte y podría reactivar la economía del Virreinato.

El 29 de julio de 1809 llegó su antiguo compañero don Baltasar Hidalgo de Cisneros, a quien entregó el mando como su sucesor en el Virreinato. Cisneros trajo consigo la indicación de enviar a Liniers a la metrópoli, por las noticias que habían llegado a Cádiz. Liniers se negó a ir y solicitó retirarse a Mendoza. Cisneros puso el tema a consideración de la Audiencia y se autorizó el viaje al interior hasta tanto se tuviera una nueva información a la Junta Central. Cisneros y la Junta Central, al conocer los hechos del 1 de enero de 1809, decidieron el regreso a España.

En busca del destino

Liniers, que se dirigía a Mendoza, se detuvo en Córdoba, desobedeciendo a Cisneros. Adquirió una estancia el 3 de febrero a don Victorino Rodríguez, en Alta Gracia. Ante la insistencia de Cisneros, le envió una carta en la que accedía a ir a España, en compañía de su hijo Luis, cuatro criados y los equipajes. Cisneros pone a la fragata *Descubierta* a su disposición.

Los hechos se precipitaron. En mayo de 1810 se formó la Primera Junta de Gobierno en Buenos Aires y en junio Napoleón atacó Andalucía. En Córdoba, las

autoridades, con excepción del deán Funes, habían decidido desconocer la Junta de Mayo y exhortar a los gobiernos dependientes a tomar la misma actitud. Liniers, por su parte, solicitó refuerzos a Perú y a Montevideo, los cuales no le fueron remitidos. Desconfiando de las tropas cordobesas, trató de marchar al Perú con los pocos leales a la Corona que todavía quedaban y organizar allí un ejército para someter a los rebeldes de Buenos Aires. Mensajes de su suegro Sarratea, de sus parientes de Buenos Aires, de sus amigos como Letamendi, no lograron convencerlo para abandonar su actitud. La Junta, convencida de que los responsables del conato ponían en grave peligro la revolución, resolvió castigarlos severamente. Francisco Ortiz de Ocampo estaba al mando de la expedición para desbaratar la contrarrevolución de Córdoba, siendo su segundo Antonio González Balcarce. Los acompañaba, como delegado de la Junta, Hipólito Vieytes. A Liniers, ante el cariz de los acontecimientos y permaneciendo junto a él unos pocos oficiales, en su mayoría europeos, no le quedó más recurso que la fuga. Inició la marcha a la cabeza de 300 hombres, que poco a poco lo fueron abandonando. Lograron llegar a Tulumba y en el camino de Córdoba a Santiago del Estero, decidieron separarse. La persecución estaba a cargo del Coronel Antonio González Balcarce. A pesar de haberse dispersado, el Teniente Urien, apresó a Liniers y a todos sus acompañantes. Liniers no aceptó huir a “tierra de indios”. Creyó que el prestigio obtenido en las Invasiones Inglesas, sería suficiente para torcer la situación a favor de su juramento al Rey de España. La Junta dispuso que los prisioneros fueran pasados por las armas. Ortiz de Ocampo resistió la medida y procuró enviar los presos a Buenos Aires. La Junta entonces destacó al doctor Castelli, Domingo French y Saturnino Rodríguez Peña para cumplir la orden. El lugar de la ejecución fue un pequeño bosque llamado Monte de los Papagayos, distante dos leguas de la posta Cabeza de Tigre. Salvo el obispo de Córdoba, Rodrigo Antonio de Orellana, beneficiado con un perdón de último momento en mérito a su jerarquía eclesiástica, fueron arcabuceados Santiago de Liniers, Juan Gutiérrez de la Concha, el Coronel Allende, el Oficial Real Joaquín Moreno y el doctor Victorino Rodríguez. Los cuerpos fueron enterrados en el cementerio de la iglesia de Cruz Alta, el 26 de agosto de 1810. La opinión general no acompañó a la Junta en esta decisión y, a los pocos días de muerto Liniers, apareció escrita en el lugar de la ejecución, la palabra “C.L.A.M.O.R.”, formada por las iniciales de las víctimas.

El presbítero don Lázaro Gadea ⁽¹⁰⁾, natural de Soriano en la Banda Oriental, fue confesor de Liniers y de sus compañeros. Antes de morir en 1869, Gadea remitió a España, al Marqués de La Habana, hijo del General Juan Gutiérrez de la Concha, el testamento ológrafo que le entregara antes de morir.

10 Gadea abandonó las filas de los morenistas, plegándose a los saavedristas. Pasó a servir al General Artigas, como secretario y consejero íntimo, animándolo a resistir la política de la Junta. Después fue Capellán de San Martín y Secretario de la Constituyente de 1825 en la República Oriental del Uruguay.

En 1861 don Santiago Derqui, presidente de la Confederación y deudo de uno de los ajusticiados, ordenó recuperar las cenizas y guardarlas en la ciudad de Paraná en el panteón de la familia Rams y Rubbert. El hijo de Liniers, heredero del título pidió que se cambiara el mismo, por el de Conde de la Lealtad, pero Isabel II de España, en 1862, confirmó el título de Conde de Buenos Aires. En julio de ese mismo año, el General Mitre, encargado del Poder Ejecutivo Nacional, autorizó el pedido de la Reina Isabel II a trasladar los restos del Conde de Buenos Aires a España. Fueron depositados en el Panteón de los Marinos Ilustres de San Carlos, en Cádiz. En 1960 la Marina de Guerra colocó en la base del mausoleo una placa con el pensamiento del escritor francés Paul Groussac: *“Los últimos héroes de la patria vieja fueron las primeras víctimas de la patria nueva”*.

El 22 de octubre de 1904, el presidente del Club Francés de Buenos Aires envió una carta al ayuntamiento de Niort para erigir un monumento a Santiago de Liniers, en conmemoración al centenario de la Reconquista de Buenos Aires. Los concejales de Niort se mostraron muy reticentes al analizar la trayectoria de Liniers y el pedido de emplazamiento del monumento fue finalmente rechazado. El concejal Frère dijo, entre otras cosas, que *“(...) organizó la resistencia contra los demócratas de Buenos Aires. (...) Cayó al servicio de España bajo las balas de los héroes de la Independencia Argentina”*. Sin embargo, el proyecto no fue abandonado: la familia Bazire ofreció el emplazamiento en la ochava de su propiedad, ubicada en la esquina de rue Alsace Loraine y rue Bernard d'Agescy. Arthur Bouneault diseñó el monumento y Pierre-Marie Poisson realizó el bronce. Fue inaugurado el 13 de noviembre de 1910, con la presencia del Alcalde Martín Bastard. El monumento presenta la inscripción: *“Erigido por suscripción de sus compatriotas y de la colonia francesa de Buenos Aires – 1910”*.

En Buenos Aires tiene monumento por ley 22.824 del 7 de junio de 1983. Está ubicado en la plazoleta San Nicolás, en Corrientes y Reconquista. Fue emplazado el 16 de mayo de 1985, obra de Carlos María Toto, realizado en cemento patinado, imitación bronce y base de mampostería.

Bibliografía

- Belgrano, Mario: *“El enviado especial, el marqués de Sassenay”*. En Historia de la Nación Argentina, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1941.
- Groussac, Paul: *Santiago de Liniers, Conde de Buenos Aires, 1753-1810*. Arnoldo Moen, Buenos Aires, 1907.

- Luna, Félix: *Santiago de Liniers*. Planeta, Barcelona, 1999.
- Palacio, Ernesto: *Historia de la Argentina*. A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1968.
- Sierra, Vicente: *Historia de la Argentina*. Editorial Científica Argentina, Buenos Aires, 1974.

Otras fuentes

- Archivo General de la Nación, Sala IX, Reales Órdenes, febrero, 1809.
- Agesci, Communauté, Agglomération de Niort, Francia.
- Campos Carlés, Alberto: “*Liniers, el héroe, espera su homenaje*”. La Nación, 12 de agosto, 2003, p. 15.
- Centro de Documentación Municipal. Cedom. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Courant, Daniel. Conservateur des Musées, Museo Bernard, Niort.
- Office de Tourisme, Niort Cédex, Francia. Folletos varios.

CONSIDERACIONES Y ESTUDIOS

Bases para una Bibliografía acerca de las Invasiones Británicas al Río de la Plata

Diego Amado del Pino

Las incursiones británicas al Río de la Plata durante los años 1806 y 1807 han sido objeto de análisis y estudio por diversos especialistas, dada su gran connotación histórica, jurídica y sociológica.

El objeto de este trabajo es consignar una bibliografía básica de útil y necesaria consulta para acercarse a la comprensión del tema.

A

- ABAD DE SANTILLAN**, Diego: Invasiones Inglesas en la Historia Argentina. Ed. TEA, Tomo I, Buenos Aires, 1969, Pp.251 a 373.
- ARCHIVO** General de la Nación Argentina (en adelante AGN): “Bandos de los Virreyes y Gobernadores del Río de la Plata (1741-1809)”, Colección referencia, serie descriptores N° 5. Buenos Aires, 1997. (años 1806-1807), catálogo cronológico y temático.

- AGN**: Reproducción de testimonios históricos en adhesión al IV Centenario de la fundación de la Ciudad de “La Trinidad; Puerto de Santa María de Buenos Ayres”. Ed. Xerox, 1980 - Planos.
- ÁLZAGA**, Enrique: Martín de Álzaga en la Reconquista.
- ÁLZAGA**, William: En la Reconquista y en la Defensa. Buenos Aires, 1971.
- ALSINA, V.**: Compilación de documentos relativos a sucesos del Río de la Plata. Montevideo, 1851.
- ASSADOURIAN**, Carlos S. y otros: Historia argentina. De la conquista a la independencia, Buenos Aires, 1972.
- AUBIN**, José M.: Mármol y bronce. Ed. Ángel Estrada y Cía. Buenos Aires, 1911.

B

- BARBA**, Enrique: “La Primera Invasión Inglesa”. Todo es Historia. Nro. 43, Buenos Aires.
- BARBAGELATA, H. D.**: El centenario de la Reconquista. Montevideo, 1966.
- BATOLLA**, Octavio C.: Los primeros ingleses en Buenos Aires. Ed. Muro, Buenos Aires, 1928.
- BERENQUER CARISONO**, Arturo: Cuando Buenos Aires era colonia. D. Aguilar. Buenos Aires, 1960.
- BEVERINA**, Juan: “Las invasiones inglesas”, en Historia del Nación Argentina, (Director Ricardo Levene, Tomo 4, Buenos Aires, 1938).
- BEVERINA**, Juan: Las Invasiones Inglesas al Río de la Plata. Ed. Círculo Militar. (Biblioteca del Oficial) - 2 Tomos.
- BERRUTI**, Juan Manuel: Memorias curiosas. Biblioteca de Mayo. Buenos Aires. Pp. 30 a 69.
- BIEDMA**, Juan y **BEYER**, Carlos: Atlas histórico de la República Argentina. Buenos Aires, 1909.
- BISCHOFF**, Efraín: “Sobremonte, el gran calumniado”. Todo es Historia Nro. 6.
- BUSTAMANTE**, J. L.: Ensayo histórico sobre la defensa de Buenos Aires.
- BRUNO**, Cayetano: “Los conflictos con Inglaterra y su repercusión en el Río de la Plata”. En Historia Argentina. Ed. Don Bosco. Buenos Aires, 1977.
- BUSANICHE**, José Luis: Estampas del pasado. Ed. Hispamérica, Tomo 1, Ilustrado, Buenos Aires, 1986.
- BUSTILLO**, José María: Papeles añejos, vidas ignoradas. Ed. Desalma, 1972.

C

- CAILLET BOIS**, Ricardo F.: Antecedentes de las Invasiones Inglesas. Buenos Aires, 1929.
- CAILLET BOIS**, Ricardo F.: Los ingleses y el Río de la Plata, 1780-1866. Casa Impresora, López Buenos Aires, 1933.
- CAILLET BOIS**, Ricardo F.: Informe reservado del Virrey del Pino. Buenos Aires, 1930.
- CANSANELLO**, Carlos: Las milicias y la crisis política, en Historia Visual de la Argentina, Edit. Clarín, Buenos Aires, Pp 250/257.
- CAPDEVILA**, Arturo: Las Invasiones Inglesas. Ed. Espasa, Calpe, 1951.
- CARRIL** del, Bonifacio y **AGUIRRE SARAVIDA**, Aníbal G.: Iconografía de Buenos Aires desde Garay hasta 1852. MCBA, Ilustrado.
- CARRERA IÑIGO**, Héctor J.: Caudillos en las Invasiones Inglesas. Todo es Historia Nro. 34. Buenos Aires.
- CASTELLI**, Jorge: Cuestiones de un general inglés. (Whitelocke) Ed. Sudamericana.
- CASTELLO**, Antonio Emilio: El otro Sobre Monte. El verdadero. Ed. Dunken, Buenos Aires, 2004.
- CASELLA de CALDERÓN**, Elisa: (Directora) "Buenos Aires nos cuenta". N°. 7, 8, 9 y 10. Buenos Aires.
- CERVIÑO**, Pedro A.: El tercio de Galicia en la Defensa de Buenos Aires. Ed. Ortega y Radaella, 1911.
- CÉSAR ORTEGA**, Ezequiel: Santiago de Liniers. Un hombre del antiguo régimen. Ed. Universidad Nacional de La Plata, 1946.
- COMISIÓN** Nacional de la Reconquista y Defensa de Buenos Aires. 150 Aniversario, 1962.
- CRONICA HISTORICA ARGENTINA**. Editorial Codex, S.A. Buenos Aires, Tomo I, pag. 1/117

D

- "DOS VERSIONES INGLESAS DE LAS INVASIONES"**. Boletín del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades - N° 5.
- DEL CARRIL**, Bonifacio: La Plaza San Martín. Ed. Emecé, Capítulo 5.
- DEL CARRIL**, Bonifacio y **AGUIRRE SARAVIDA**, Aníbal G.: Iconografía de Buenos Aires desde Garay hasta 1830. Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1982

- **DEL PINO**, Diego A. y **GELLY Y OBES**, Carlos M.: “Érase una vez la Argentina”. Fascículo 5, España, 1981.
- **DEL PINO**, Diego A.: “Llegan los ingleses”. En Cuentos Históricos Argentinos Ed. Escuela Argentina Modelo. Tomo I. Buenos Aires, 1992.
- **DEL PINO**, Diego A.: Chacarita y Colegiales, barrios porteños. Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, 1994.
- **DEL PINO**, Diego A.: La antigua Chacarita de los Colegiales. Ed. G.C.B.A. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2004.
- **DEL PINO**, Diego A.: La Chacarita de los Colegiales. MCBA, Ilustrado, Buenos Aires, 1971.
- **DEMARÍA**, Gonzalo y **MOLINA DE CASTRO**, Diego: Historia Genealógica de los Virreyes del Río de la Plata. Ed. Junta Sabatina de Especialidades Históricas, Buenos Aires, 2001.
- **DESTÉFANI**, Laurio H. (Director): Historia Marítima Argentina. Departamento de Estudios Históricos Navales ,10 volúmenes, Buenos Aires, el número I editado en el año 1981.
- **DESTÉFANI**, Laurio H.: La defensa militar del Río de la Plata en la época hispana. Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1979.
- **DESTÉFANI**, Laurio B.: Un ingeniero portuario en el proceso de Mayo. Fundación Argentina de Estudios Marítimos, ilustrado, con mapas, 1970.
- **DESTÉFANI**, Laurio H.: Los marinos en las Invasiones Inglesas. Buenos Aires, 1975.
- **DIARIO** de un soldado del Regimiento 71, de **GALSCO** 1, Montevideo, 1929.
- **DIRECCIÓN** de Propaganda del Ejército. Las invasiones inglesas, 1800 - 1807. Buenos Aires, s/f.
- **DUCROT**, Víctor E.: “A la hora de comer, los ingleses pagaron sus culpas”. Ed. Norma, Buenos Aires, 1998.

E

- **EISINCK**, Oscar Luis: Propios y ios de Cabildo de Buenos Aires. Quinto Centenario Buenos Aires, 1990 - 500 páginas.
- **ESTRADA**, S.: Liniers - Estudio biográfico. Imprenta de Pablo E. Conj. Buenos Aires, 1886.

F

- FERNS H.S.:** Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX. Ed. Solar. Buenos Aires, 1965.
- FERREIRA,** Andrés: Mi Patria. Ed. Ángel Estrada y Cía., Ilustrado, Buenos Aires, 1917.
- FERIA,** Salvador: Liniers, un líder desertor. Todo es Historia Nro. 91. Buenos Aires.
- FORTÍN,** Jorge L. P.: Invasiones Inglesas. Edit. Lamsa, 1967.
- FURLONG,** Guillermo: San Telmo y el reloj de los ingleses. Todo es Historia Nro. 55, Buenos Aires.

G

- GALLO,** Klaus: Los ingleses desembarcan en el Plata. Historia Visual Argentina. Ed. Clarín, Buenos Aires, Pp. 234 a 248.
- GALLO,** Klaus: Las invasiones inglesas. Eudeba, Buenos Aires, 2005.
- GALLO,** Klaus: De la invasión inglesa al reconocimiento de Gran Bretaña. Edit. A.R. Buenos Aires, 1944.
- GAMMALSSON,** Hjalmar Edmundo: El Virrey Cevallos. Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1970.
- GANDIA,** Enrique de: Buenos Aires colonial. Ed. Claridad, Buenos Aires, 1957.
- GÁLVEZ,** Manuel: La muerte en las calles. Ed. El Ateneo.
- GARCÍA BELSUNCE,** César: Buenos Aires, su gente (1800 – 1830). Emecé, Buenos Aires, 1976
- GARCÍA,** Pedro Antonio: “Memoria sobre la gran invasión inglesa en Buenos Aires”. En Revista de Buenos Aires. Tomo 3, 1863.
- GESUALDO,** Vicente: Las invasiones inglesas en la historia argentina. Ed. Océano, Tomo II, Buenos Aires, Pp. 215 a 240.
- GILLESPIE,** Alexander: Buenos Aires y el interior. Ed. Hyspamérica, Buenos Aires, 1999.
- GIMENEZ,** Ovidio: Vida época y obra de Manuel Belgrano. Academia Argentina de la Historia , Buenos Aires, 1999.
- GRENNON,** Presbítero: Internación de prisioneros ingleses. Córdoba, 1929.
- GROUSSAC,** Paul: Santiago de Liniers. Ed. Americana, Buenos Aires, 1907 y 1942.

- GONZÁLEZ**, Julio César y M. MORENO: “Memoria sobre la invasión de Buenos Aires”. En Historia, Tomo II, Colección de Mayo, N° 18, 1960.
- GONZÁLEZ CLIMENT**, Anselmo y Aurelio: Historia de la Marina Mercante Argentina. Talleres Gráficos Negri, Buenos Aires, 1973, tomos 2 y 3.
- GONZÁLEZ**, Lidia: Reconquista y Defensa de Buenos Aires (1806–1807). Catálogo Muestra Documental. Secretaría de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires, 2001
- GUTIERREZ ZALDIVAR**, Ignacio: Léonie Matthis. Zurbarán Ediciones, Buenos Aires, 1992

H

- HALPERIN DONGHI**, Tulio: Historia contemporánea de América Latina. Alianza. Madrid, España, 1969
- HANON**, Máxime: El combate del Retiro en las Invasiones Inglesas. Historias de la Ciudad Nro. 7.
- HANON**, Máxime: “Las quintas de Retiro a Recoleta”. En Nace la Patria. Cap. 2, Ed. Jagüel, Buenos Aires, 2000.
- HARDOY**, Jorge Enrique: Cartografía urbana colonial de América Latina y el Caribe. Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo, Buenos Aires, 1991.
- HOLLAND**, Lancelot: Expedición al Río de la Plata. Eudeba, Buenos Aires, 1976.
- HONSE**, Roberto: Historias del Río de la Plata. Ed. Plantea, Buenos Aires, 1948.

I

- INSTITUTO** Cultural de la Provincia de Buenos Aires; Las Invasiones inglesas (1806-1807). Una aproximación documental. La Plata, 2006.
- INSTITUTO** de Estudios Históricos sobre la Reconquista y Defensa de Buenos Aires. Documentos. 1957.
- INSTITUTO** Histórico de la Ciudad de Buenos Aires: 1806-1807 Invasiones Inglesas al Río de la Plata. Aporte documental. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (en adelante GCBA), Buenos Aires, 2006.
- ÑIGO CARRERA**, Héctor J.: Caudillos en las invasiones inglesas, en revista “Todo es Historia N° 34”, Buenos Aires.

J

- **JARKSI**, Germán O. E.: EL Consulado de Buenos Aires y sus proyecciones en la historia del Río de la Plata. Ed. Universidad de Buenos Aires, 2 Tomos, Planos, 1962.
- **JUÁREZ**, Alberto: Un golpe maestro: La evasión de Beresford. Todo es Historia Nro. 11, Buenos Aires.

K

- **KEILTY**, Fernando: El rifle Baker y el Regimiento N° 95 en las Invasiones Inglesas. Todo es Historia Nro. 265, Buenos Aires.
- **KRAFT**: Trofeos de la Reconquista de Buenos Aires. 1882.

L

- **LEVENE**, Gustavo Gabriel: “Los ingleses necesitan mercados y se adueñan de Buenos Aires”. En La Argentina se hizo así. Ed. Hachette, Buenos Aires, 1960.
- **LEVENE**, Gustavo Gabriel: Historia ilustrada de la Argentina.
- **LIVACICH**, Serafín: Notas históricas. Ed. del autor, Ilustrado, Buenos Aires, 1916.
- **LOBO**, Miguel: Historia General de las antiguas colonias hispano americanas desde el descubrimiento hasta el año 1808. Miguel Guijarro, Tomos I y II, Madrid, España, 1875
- **LÓPEZ**, Vicente Fidel: Historia de la República Argentina. Tomo V. Editorial Sopena Argentina, Buenos Aires. 1960
- **LOZIER ALMAZAN**, Bernardo: Beresford. Gobernador de Buenos Aires. Ed. Galerna, Buenos Aires, 1944.
- **LOZIER ALMAZAN**, Bernardo: Liniers y su tiempo. Ed. Emecé. 1889.
- **LÓPEZ**, Vicente: Historia de la República Argentina. Tomo II, Buenos Aires.
- **LUQUI LAGLEYZE**, Julio: Iglesias de la Ciudad de la Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Ayre. Buenos Aires, MCBA, 1981.
- **LUNA**, Félix; Historia Integral de la Argentina. Tomo II. Buenos Aires, Editorial Planeta, 1995.

M

- **MACIEL**, J. B.: La estructura virreinal. Centro Editor, Buenos Aires, 1979.

- MADDONNI**, Alejandro. La Reconquista de Buenos Aires. Escenarios, Hitos y Vestigios. Ediciones La Pizarra, Buenos Aires, 2006
- MANUAL INFORMATIVO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES**. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, MCBA, 1980.
- MASSA**, Pedro y **RADAELLI**, Sigfrido (bosquejos biográficos): Blasones de los Virreyes del Río de la Plata. Institución Cultural Española, Buenos Aires, 1945.
- MATTIS**, Leonie: Cuadros históricos argentinos. Ed. Kapeluz, Buenos Aires, 1970.
- MELO**, Manuel Carlos: Miserere, ignorado topónimo de una plaza principal. MCBA. Buenos Aires, 1963.
- MIRANDA**, Arnaldo Ignacio Adolfo: Buenos Aires, Capital del Virreinato del Río de la Plata. Baires Popular, Buenos Aires, 2006.-
- MIRANDA**, Arnaldo Ignacio Adolfo: El Virreinato del Río de la Plata y la Revolución de Mayo, en “Cuadernos Hispanoamericanos de Cultura”, número 665. Agencia española de Cooperación Internacional, Madrid, 2005.-
- MIRANDA**, Arnaldo Ignacio Adolfo: La instalación de la Real Audiencia Pretorial en Buenos Aires, 1785, en “Historias de Buenos Aires, aportes del VIII Congreso de Historia de la Ciudad”. Junta Central de Estudios Históricos de la Ciudad de Buenos Aires, 2005.-
- MIRANDA**, Arnaldo Ignacio Adolfo: La familia Garmendia y sus descendientes en la Provincias del Río de la Plata. Sociedad Argentina de Historiadores, Buenos Aires, 2007.-
- MITRE**, Bartolomé: Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina.
- MONNER SANS**, E.: Los catalanes en las Defensa Buenos Aires, 1843.
- MOORES**, Guillermo H.: Estampas y vistas de la Ciudad de Buenos Aires (1599-1895). Buenos Aires.
- MORENO**, Mariano: Memorias sobre la invasión de Buenos Aires.
- MUSEL**, Enrique: La Primera Invasión Inglesa al Río de la Plata. Todo es Historia, Nro. 222, Buenos Aires.
- MUZZIO**, Rodolfo A.: La intervención de la marina española en la Reconquista de Buenos Aires. Separata del Boletín del Centro Naval, Buenos Aires, 1957

N

- NOCETI**, Alfredo Luis: Mitos porteños. Ed. Inter. Junias. Buenos Aires, 2001. Temas: Reconquista Defensa.
- NÚÑEZ**, Ignacio: Noticias históricas de la República Argentina. Buenos Aires, 1857.

O

- **OBLIGADO**, Pastor: “La reconquista y la Defensa”. En Tradiciones Argentinas, 1903.
- **OBLIGADO**, Pastor: Tradiciones de Buenos Aires. (Selección) Ed. Eudeba. 1965.
- **OCHOA DE EGUILEOR**, Jorge: La Reconquista de Buenos Aires. Ed. Fundación Urbe, 1991.
- **DE OLIVEIRA CEZAR**, Francisco: Las Invasiones Inglesas. Ed. Felix Lajuane. Buenos Aires, 1894.

P

- **PALACIO**, Ernesto: “Los ingleses en Buenos Aires”. En Historia Argentina. Tomo 1, Buenos Aires, 1965.
- **PALCOS**, Alberto – La visión de Rivadavia – Buenos Aires – Editorial El Ateneo -1936
- **PEARSON**, Isaac R.: Las heroicas jornadas de 1806-1807 en Buenos Aires. Ed. La Nena, de M. Tato, Buenos Aires, 1939.
- **PELÍCULA**. “La muerte en las calles”. Adaptación de Abel Santa Cruz. Director Leo Fleider, Buenos Aires, 1957.
- **PEDERNERA IBARRA**, Augusto: Reconquista y Defensa de Buenos Aires. 1927.
- **PEÑA**, Juan Manuel y **ALONSO**, José Luis – Invasiones inglesas a Maldonado – Buenos Aires – En publicación del Museo Histórico Nacional – Segunda época – Año 8 N° 7 – Octubre 2005
- **PEREIRA**, Antonio N.: La invasión inglesa al Río de la Plata. Montevideo, 1877.
- **PÉREZ**, Leopoldo: Historia de la influencia británica en el Río de la Plata. Montevideo, 1946.
- **PÉREZ ANZOÁTEGUI**: Buenos Aires, factoría británica. Crónica Argentina.
- **PICCIRILLI**, Ricardo – Diccionario Histórico Argentino – Buenos Aires – Ediciones Históricas Argentina – 1954.
- **PILLADO**, José Antonio – Buenos Aires colonial, edificios y costumbres – Tomo I – Buenos Aires – Compañía Sudamericana de Billetes de Banco - 1910.
- **PIGNA**, Felipe: Los mitos de la historia argentina. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2004. pag. 171/215.
- **PINASCO**, Eduardo H.: Biografía del Riachuelo. Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1968.

- **PIÑERO**, Martín Avelino: Discurso en conmemoración de la Defensa de Buenos Aires, Buenos Aires, Imprenta de Mayo Defensa 73, 1858
- **PUCCIA**, Enrique Horacio: Historia de la Calle Larga. Ed. Adrogué, Buenos Aires, 1983.
- **PUCCIA**, Enrique Horacio: Barracas su historia y sus tradiciones (1536-1936) Editorial Barracas, Buenos Aires, 1975.
- **PUCCIA**, Enrique Horacio: Barracas en la historia. Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1977.
- **PUNTES**, Gabriel A.: Don Francisco Javier de Elío en el Río de la Plata Editorial Esnaola, Buenos Aires, 1966
- **PUEYRREDÓN**, Carlos A.: En tiempos de los Virreyes. Buenos Aires, 1932.
- **Proceso** al Teniente General Juan Whitelocke. Ed. López. Buenos Aires, 1913.
- **PELÍCULA**. “La muerte en las calles”. Adaptación de Abel Santa Cruz. Director Leo Fleider, Buenos Aires, 1957.
- **PEDERNERA IBARRA**, Augusto: Reconquista y Defensa de Buenos Aires. 1927.
- **PEREIRA**, Antonio N.: La invasión inglesa al Río de la Plata. Montevideo, 1877.
- **PÉREZ**, Leopoldo: Historia de la influencia británica en el Río de la Plata. Montevideo, 1946.
- **PÉREZ ANZOÁTEGUI**: Buenos Aires, factoría británica. Crónica Argentina.
- **PINASCO**, Eduardo H.: Biografía del Riachuelo. Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1968.
- **PUCCIA**, Enrique Horacio: Historia de la Calle Larga. Ed. Adrogué, Buenos Aires, 1983.
- **PUEYRREDÓN**, Carlos A.: En tiempos de los Virreyes. Buenos Aires, 1932.
- **Proceso** al Teniente General Juan Whitelocke. Ed. López. Buenos Aires, 1913.

Q

- **QUESADA**, Héctor: El Alcalde Álzaga. Buenos Aires, 1936.
- **QUIROGA MICHEO**, Ernesto: Falda y pantalones de los soldados en las Invasiones Inglesas. Todo es Historia Nro. 281, Buenos Aires.

R

- **RADAELLI**, Sigfrido: Memorias de los Virreyes del Río de la Plata, Buenos Aires, Editorial Bajel, 1945.
- **RAFFO de la RETA**, Julio César: Documentos y escritos de la historia de Juan Martín de Pueyrredón. Editorial Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires, 1949.

- RECUERDOS DE LA RECONQUISTA DE BUENOS AIRES.** Varios autores. Editor Fundación Urbe, Buenos Aires 1991.
- REZZÓNICO**, Carlos: La llamada “Quinta de Liniers”, en revista “Historias de la Ciudad” N° 8, Buenos Aires,
- RIVAROLA**, Pantaleón: Romance heroico de la gloriosa Reconquista, (poema) – Buenos Aires.
- ROBERTS**, Carlos: Las invasiones inglesas del Río de la Plata (1806 – 1807) y la influencia en la independencia y organización del Río de la Plata. Jacobo Peuser Ltda., Buenos Aires, 1938.
- ROBERTSON**, J.P. y G.P.: Cartas de Sudamérica, andanzas por el litoral argentino. Emecé, Buenos Aires, 1950.
- ROBERTSON**, J.P. y G.P.: La Argentina en la época de la Revolución. Imprenta Vaccaro, Buenos Aires, 1920.
- ROBERTSON**, William Spence: La vida de Miranda. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1938. (Traducción de Julio E. Payró).
- ROCCA**, Edgardo José: Bibliografía para la iniciación y desarrollo de la historia del Puerto de la Ciudad de Buenos Aires. Junta de Estudios Históricos del Puerto Nuestra Señora Santa María de Buen Ayre, Buenos Aires, 1994.
- ROCCA**, Edgardo José: Bibliografía para la iniciación y desarrollo de la historia del Puerto de la Ciudad de Buenos Aires II. Junta de Estudios Históricos del Puerto Nuestra Señora Santa María de Buen Ayre. Buenos Aires, 1998.
- ROCCA**, Edgardo José: Cronología histórica del Puerto de Buenos Aires. Siglos XV – XX. Junta de Estudios Históricos del Puerto Nuestra Señora Santa María de Buen Ayre, Buenos Aires, 2000.
- RODRIGUEZ**, Bernardo A.: Historias, en revista “La Ciudad” N° 18.
- ROMERO**, José Luis y **ROMERO**, Luis A.: Buenos Aires, historia de cuatro siglos. Editorial Abril, Buenos Aires, 1983, 2 volúmenes.
- ROSA**, José María: Las invasiones inglesas. Capítulos 1, 2, 3, y 4 en “Historia Argentina”. Editorial Granda, Buenos Aires, 1965.
- RUFFO**, Miguel J.: Iconografía de las invasiones inglesas, en publicación del Museo Histórico Nacional, segunda época, Año 8 N° 6, Buenos Aires..
- RUIZ**, Ricardo S. y otros: Hechos de la historia de San Telmo. Junta de Estudios Históricos de San Telmo, Buenos Aires, 1990.

S

- SABOR VILA** de FOLATTI TORNADO, Sara: La mujer americana en la invasiones inglesas al Río de la Plata 1806 – 1807- Santa Fe – 1957.
- SÁENZ VALIENTE**, José María: Bajo la campana del Cabildo. Talleres gráficos de Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1952.
- SAGUI**, Francisco: Los últimos cuatro años de la dominación española en el Río de la Plata, desde el 26 de junio de 1806 hasta el 25 de mayo de 1810. Imprenta Americana, San Martín 124, Buenos Aires, 1874.
- SALAS**, Alberto M.: Diario de Buenos Aires. 1806 – 180. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1981.
- SALAS**, Alberto M.: Buenos Aires y las invasiones inglesas. Tiempos de Sosiego. Editorial Roche, Buenos Aires, 1980.
- SANCHEZ**, Mariquita: Recuerdos del Buenos Aires Virreinal . Buenos Aires, 1953.
- SANCHEZ de TOMPHSON**, María: Memorias. Buenos Aires.
- SANCHEZ RAMOS**, Ignacio: Sobremonte. Buenos Aires – 1929.
- SANGUINETTI**, Manuel Juan: San Telmo. Su pasado histórico (1536–1806). Editorial República de San Telmo, Buenos Aires, 1965.
- SCUNIO**, Alberto D. S.: Patricios . Editorial Círculo Militar, Buenos Aires, 1967.
- SPERONI**, José L.: La Dimensión de una agresión. América del Sur ante la invasión inglesa de 1806 – 1807. Edivern, Buenos Aires, 2004.
- SUVIELA**, Jacinto: Reconquista de Buenos Aires. Montevideo, Uruguay, 1896.

T

- TAU ANZOÁTEGUI**, Víctor y **MARTIRE**, Eduardo: Manual de Historia de las Instituciones Argentinas. Macchi, Buenos Aires, 1975 .
- TAULLARD**, Alfredo: Nuestro antiguo Buenos Aires. Peuser, Buenos Aires, 1927.
- TAULLARD**, Alfredo: Los planos más antiguos de Buenos Aires (1580–1880). Peuser, Buenos Aires, 1940.
- TJARKS**, Germán O. E.: El Consulado de Buenos Aires y sus proyecciones en la historia del Río de la Plata. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1962, 2 volúmenes.
- TORRE REVELLO**, José: Cuatro cartas anónimas sobre las invasiones inglesas. Azul, Buenos Aires, 1930.

•**TORRE REVELLO**, José: El Marques de Sobre Monte, Gobernador Intendente de Córdoba y Virrey del Río de la Plata. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1946.

•**TROFEOS DE LA RECONQUISTA DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES EN EL AÑO 1806**: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1882.

U

• **UDAONDO**, Enrique: Los mes militares.

• **UZAL, H.** Francisco: Anita Perichón. Todo es Historia Nro. 1.

V

•**VARELA**, Florencio: Manuscrito sobre las invasiones inglesas, citado por R. Piccirilli.

•**VARELA**, Rodolfo Héctor: La invasión británica de 1806 y 1807 al sur del Riachuelo. Municipalidad de Avellaneda, Buenos Aires, 2007.

•**VILLALOBOS**, Sergio: Comercio y contrabando en el Río de la Plata y Chile. (1700–1811). Eudeba, Buenos Aires, 1986.

•**VILLANUEVA**, Carlos A.: Historia y diplomacia de Napoleón y la independencia d América. Garnier Hermanos, París, Francia, 1911.

W

•**WALTER**, Samuel (Teniente): Las invasiones inglesas. Memorias.

•**WILLIAMS ALZAGA**, Enrique: Documentos relativos a la actuación de Martín de Alzaga en la Reconquista y en la defensa de Buenos Aires (1806 – 1807). Buenos Aires, 1948.

•**WRIGHT**, Iones S. y **NEKHOM**, Lisa P: Diccionario Histórico Argentino. Editorial Emecé, Buenos Aires, 1990.

Z

•**ZAEFFERER**, de Goyeneche Ana: La navegación mercante en el Río de la Plata. Editorial Emecé, Buenos Aires, 1987.

